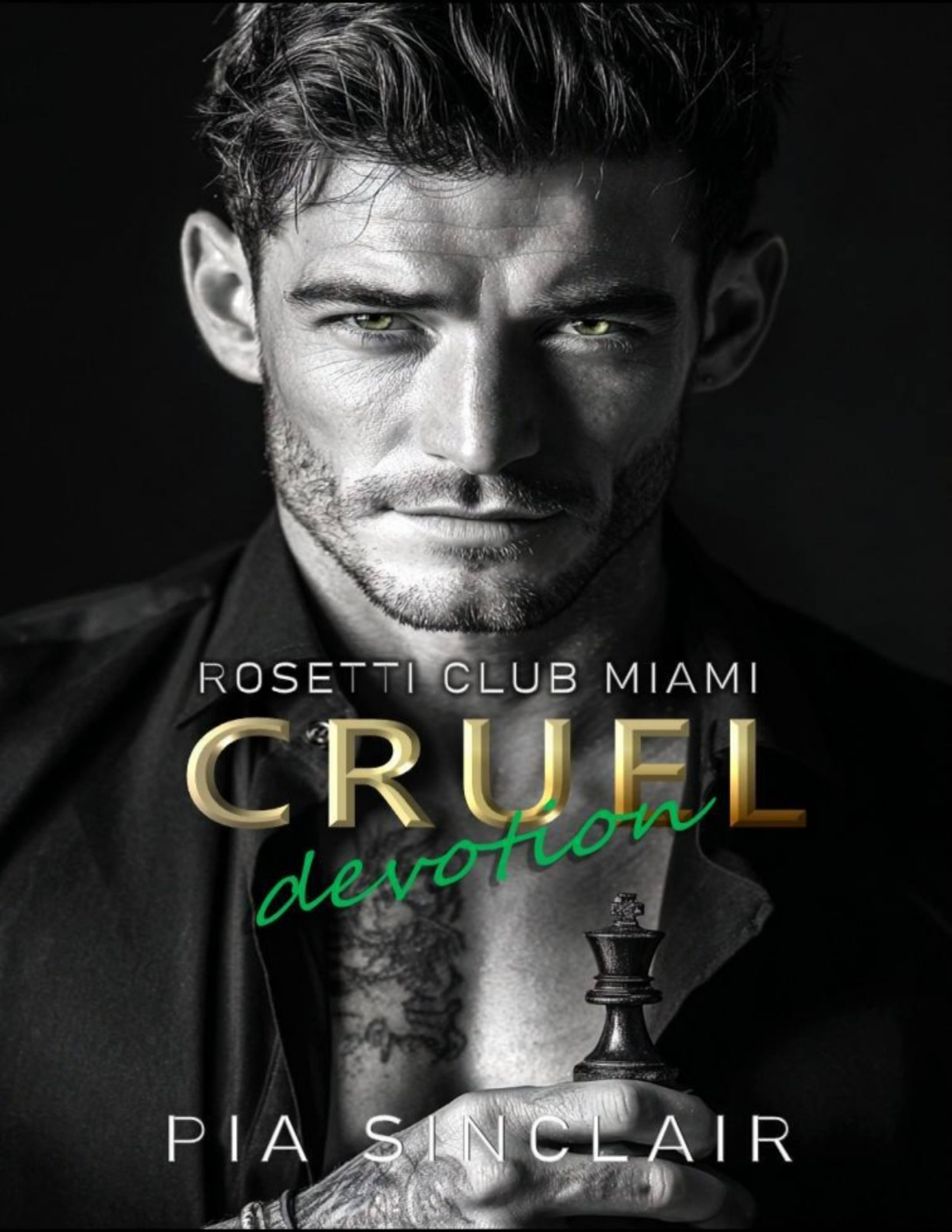

ROSETTI CLUB MIAMI
CRUEL
devotion
PIA SINCLAIR

CRUEL DEVOTION

PIA SINCLAIR

© 2026 Pia Sinclair.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción.

Primera edición.

Table of Contents

1. 1 - Isa
2. 2 - Adrian
3. 3 - Isa
4. 4 - Adrian
5. 5 - Isa
6. 6 - Adrian
7. 7 - Isa
8. 8 - Adrian
9. 9 - Isa
10. 10 - Adrian
11. 11 - Isa
12. 12 - Adrian
13. 13 - Isa
14. 14 - Isa
15. 15 - Adrian
16. 16 - Isa
17. 17 - Adrian
18. 18 - Adrian
19. 19 - Isa
20. 20 - Adrian
21. 21 - Adrian
22. 22 - Isa
23. 23 - Isa
24. 24 - Adrian
25. 25 - Isa
26. 26 - Isa
27. 27 - Isa
28. 28 - Adrian
29. 29 - Isa
30. 30 - Adrian
31. 31 - Adrian
32. 32 - Isa

33. 33 - Isa
34. 34 - Epílogo - Santiago

1 - Isa

El mecanismo del reloj encaja en su lugar bajo las yemas de mis dedos, preciso y definitivo como el seguro de una pistola. Tres horas encorvada sobre este banco de trabajo, y el viejo Seiko finalmente se rinde. El segundero avanza a trompicones y luego encuentra su ritmo. Organizo mis herramientas por orden: destornilladores de joyero por tamaño, pinzas paralelas al borde, el aplicador de aceite tapado y de vuelta a su ranura.

Mi departamento mantiene el mismo orden. Cada superficie limpia, cada objeto en su espacio designado. No hay fotografías en las paredes. No hay cojines decorativos en el sofá. Solo el banco de trabajo junto a la ventana, la cama individual contra la pared del fondo, la cocina que podría pertenecer a cualquiera.

El reloj hace tictac con paso firme ahora, recuperando el tiempo que había perdido. Mis dedos buscan la fina cadena de plata en mi cuello, un gesto de inconsciencia que noto y detengo. La pequeña llave tatuada en la parte interna de mi muñeca capta la luz del final de la tarde mientras alcanzo la correa de cuero.

Taiwán tiene montañas que desaparecen entre las nubes.

El pensamiento llega de soslayo, no deseado. La voz de Meiling, años más joven, prometiéndome mostrarme los mercados nocturnos de Taipéi, los templos tallados en los acantilados. —Iremos cuando cumplamos dieciocho —había dicho ella, sentada con las piernas cruzadas en el suelo de su habitación con las guías de viaje extendidas entre nosotras—. Solo tú y yo y toda esa comida callejera que te da demasiado miedo probar.

La culpa me atraviesa, aguda y física. Mi mano se acalambra de repente, un dolor fantasma por apretar demasiado fuerte, por aferrarme demasiado a algo que debería haber dejado ir. Me estremezco, todo mi cuerpo retrocediendo antes de que el recuerdo pueda terminar de llegar. Mis manos se quedan quietas sobre la correa del reloj, temblando ligeramente antes de que las obligue a recuperar la estabilidad.

Obligo a mi atención a volver a la reparación, abrochando la correa con una precisión innecesaria. Pero el daño ya está hecho. Taiwán flota en mi visión periférica ahora, mezclándose con el formulario de renovación de pasaporte que ha estado sobre mi mostrador durante tres días.

El formulario atrae mi atención como la gravedad. Abandono el reloj reparado y tomo la renovación de pasaporte. Sus páginas están desgastadas y suaves de tantos años de no ir a ninguna parte. El papel se siente como piel, como algo que ha sido tocado demasiadas veces sin propósito. Vence en seis semanas. Una simple tarea burocrática que de repente se siente como estar al borde de un precipicio.

La foto de mi pasaporte me devuelve la mirada. Una mujer intentando desaparecer incluso en el retrato oficial requerido. Pero son las páginas en blanco las que hacen que se me oprima el pecho. Todos esos destinos nunca visitados. Taiwán, al que nunca llegué. Un documento destinado a cruzar fronteras que se ha convertido en la evidencia de la jaula que me he construido.

El departamento de repente se siente más pequeño. Las paredes me presionan a pesar del orden perfecto que mantengo. El aire sabe viciado, reciclado, como si llevara años respirando las mismas moléculas.

Lisboa.

La ciudad surge en mi mente como una escotilla de escape. Allí no hay historia. No hay fantasmas en las esquinas. No hay promesas rotas en el suelo de una habitación. Solo un lugar lo suficientemente lejano como para que ni siquiera el océano de por medio se sintiera como distancia suficiente.

Tomo el bolígrafo. El formulario de renovación hace preguntas sencillas: dirección actual, contacto de emergencia, viaje previsto. Mi mano se mueve por la página con una decisión repentina, cada trazo es un compromiso. Bajo "motivo de procesamiento acelerado", escribo: *Reubicación*.

La palabra me devuelve la mirada, concretando la decisión. Ya no es una fantasía. No es una charla ociosa compartiendo tragos a altas horas de la noche. Es una decisión, plasmada en papel. Lleno el resto del formulario de renovación con la misma precisión feroz que uso con los relojes rotos. Esta soy yo comprometiéndome a irme, a

escapar, a elegir finalmente Lisboa por sobre esta trampa que me he construido.

El alivio me golpea físicamente, liberando la presión de mi pecho. Dejo el formulario a un lado, calculando ya lo que necesitaré. Cuánto puedo ahorrar, qué puedo vender, con qué rapidez puedo desenredarme de esta vida que me ha envuelto con tanta fuerza.

La luz del final de la tarde vira hacia el anochecer. Es hora de trabajar. Pero por primera vez en meses, tal vez años, siento algo que podría ser ligereza. O esperanza. O simplemente la primera grieta en un muro que finalmente estoy lista para derribar.

Las calles de Miami brillan en ámbar bajo la luz agonizante mientras camino hacia La Sirena. La sal de la bahía se mezcla con el escape de los autos y la dulce podredumbre de las flores que brotan con el calor. Normalmente esta ruta me calma. Los giros familiares, los perros del vecindario tras sus rejas, el jazmín floreciendo sobre la cerca de alguien. Esta noche algo se siente mal.

Ojos en mi espalda. La sensación comienza a tres cuadras de mi departamento, un hormigueo entre los omóplatos que me obliga a mirar hacia atrás. Nada. Solo el tráfico peatonal habitual de la tarde. Parejas que van a cenar, un corredor con auriculares. Pero hay un auto al ralentí en la esquina que lleva allí demasiado tiempo, con las ventanas tintadas de negro como el petróleo.

Sigo caminando.

El sentimiento se agudiza. No es una atención agresiva, no del tipo que quiere algo. Esto es diferente. Paciente. Propietario. Percibo un rastro de fragancia. Como tabaco con toques de lima. Luego desaparece. Dos cuadras más tarde, el mismo aroma vuelve a pasar flotando, imposible de la misma fuente a menos que alguien esté siguiendo exactamente mi camino.

En la esquina de Fifth y Ocean, lo oigo: un silbido, bajo y sin melodía, que se detiene en el instante en que giro la cabeza. Las farolas se encienden, proyectando charcos de amarillo que hacen que los espacios entre ellas sean más oscuros. Mi mano se desliza hacia mi bolsillo, mis dedos encuentran mi teléfono.

Atravieso el callejón detrás de la bodega latina. Un atajo que rara vez tomo. El sentimiento no disminuye. En todo caso, se intensifica. Mi pulso se acelera.

Dos cuadras más. Las grandes decisiones te vuelven paranoica. Eso es todo. La repercusión de haber elegido finalmente irme. Miami

jugándome trucos una última vez antes de que escape.

—Isa, mi amor, pareces lista para pelear con alguien.

La voz de Adrian corta mi inquietud como miel tibia. Está apoyado contra la farola frente a La Sirena, todo encanto relajado con su camisa de lino y las mangas arremangadas.

Está exactamente como cuando lo conocí hace cinco años: la misma inclinación relajada contra cualquier superficie cercana, la misma cadena de oro captando la luz en su cuello, el mismo cabello oscuro peinado hacia atrás como si se hubiera pasado la mano una vez y hubiera decidido que con eso bastaba. Un metro ochenta de naturalidad. La energía vibrante de Miami personificada.

La farola proyecta su sombra alargada sobre el pavimento. Por un momento parece que me está alcanzando. Luego sonríe, y todo vuelve a ser cálido.

—Caminata larga —digo, y él lo acepta sin cuestionar. Ese es el don de Adrian, hacerte sentir que cualquier cosa que le des es exactamente suficiente.

Dentro de La Sirena, el mundo se endereza. El caos familiar previo a la apertura me envuelve. El aire ya transporta perfume y whisky añejo y algo más oscuro. Aceite de armas, tal vez, de quienquiera que haya estado en las salas de atrás. Los meseros ajustan las mesas mientras Logan cruza el salón con su tableta, cada una de sus líneas precisa como una cuchilla. En la esquina, dos hombres con trajes a medida mantienen una conversación hecha enteramente de subtexto; sus voces nunca suben más allá de un murmullo mientras sus manos permanecen visibles sobre la mesa. Reglas de la vieja escuela.

Me deslizo detrás de la barra y entro en mi elemento. La rutina de la preparación borra la extrañeza de la calle. Adrian recorre el lugar incluso cuando está vacío, ajustando un foco aquí, encantando a un mesero nuevo allá. Se detiene junto a los hombres de traje, pone una mano en el hombro de uno. Amigable para cualquiera que lo esté viendo, pero el hombre se pone rígido solo un momento antes de forzar una carcajada. El apretón de Adrian parece ligero. Yo lo conozco mejor. Lo he visto romper nueces con las manos desnudas sin cambiar la expresión.

El moretón en sus nudillos derechos es reciente, de color negro púrpura e inflamado. Me atrapa mirando y guiña un ojo, rotando la

mano como si no fuera nada. —Un desacuerdo con una lima. La lima perdió.

El club se llena a medida que el sol se pone por completo. La gente hermosa de Miami con sus ropas hermosas. Dinero de los cárteles en Armani mezclándose con príncipes de fondos fiduciarios, todos fingiendo no notar a los hombres de la esquina que nunca piden tragos pero que siempre son atendidos. Yo sirvo, dándoles nada más que cócteles perfectos. Sin sonrisas, sin conversación, solo la competencia por la que pagan.

A mitad de la noche, alguien le susurra algo urgente a una mujer de rojo en la barra. Ella palidece, deja su trago sin tocar y desaparece por la salida trasera. Su perfume perdura. Jazmín y sudor de miedo. Nadie comenta nada. Nadie mira. Así es como funciona La Sirena: ves todo y no reconoces nada.

A las tres horas de servicio, Adrian aparece a mi lado con un espresso. Café cubano, lo suficientemente fuerte como para despertar a los muertos, con ese toque de azúcar quemada que significa que lo hizo él mismo. Sabe exactamente cómo me gusta. Sin añadidos, sin suavizantes. Lo deja sin ceremonias, en el mismo lugar de siempre. Lo suficientemente cerca para que pueda alcanzarlo sin mirar, lo suficientemente lejos para que no interfiera con mi trabajo. El ritual del café, con años de antigüedad ya, sin que ninguno de los dos lo reconozca.

Pero esta noche no se aleja. Se queda allí, estudiándome con esos cálidos ojos marrones que lo ven todo. Y observo cómo me lee. Observo cómo capta algún cambio invisible en mi postura, en mi enfoque, en la forma en que me sostengo. Él lo sabe. Antes de que yo diga una palabra, Adrian sabe lo que he decidido.

—Te vas —dice. No es una pregunta. Es un hecho que ha leído en mi cuerpo como otras personas leen los periódicos.

Hago una pausa mientras sirvo un trago. La exactitud de ello, la forma en que extrae la verdad de mí sin intentarlo, debería sentirse invasiva. En cambio, se siente como ser comprendida.

—¿Qué te hace decir eso?

—La forma en que miras todo esta noche. Como si lo estuvieras memorizando. —Se apoya en la barra, esa sonrisa fácil sin flaquear nunca, pero sus ojos permanecen atentos, extrayendo más de mí sin preguntar—. Lisboa, ¿verdad? Lo mencionaste una vez.

El hecho de que recuerde un comentario casual de hace meses no debería sorprenderme. Adrian lo recuerda todo, a todos; todos somos piezas en el mundo cálido que él ha construido. Pero la forma en que lo sabe, realmente lo sabe, antes de que yo haya dicho nada. Eso es diferente. Ese es Adrian leyéndome como nadie más puede, extrayendo secretos que yo no sabía que estaba lista para contar.

Termino de servir, deslizo el trago hacia el cliente que espera y finalmente lo miro a los ojos.

—Me voy —confirmo—. Pronto. Los trámites del pasaporte ya han comenzado.

Su sonrisa no cambia. Ni un ápice. Esa sonrisa perfecta, cálida, de Adrian que te hace sentir como la única persona en la habitación mientras no revela absolutamente nada de sí mismo.

—Todo lo que quieres ya es tuyo, Isa. Solo tienes que reclamarlo. —Las palabras tienen un peso extraño, como si significaran algo diferente en su boca de lo que significarían en la mía. Luego, más ligero—: Todo el mundo necesita un nuevo comienzo a veces.

Se endereza, volviendo a la multitud antes de que yo pueda responder. Pero hay algo en su forma de moverse. La misma gracia relajada, la misma atención cálida hacia todos los que pasa. Se siente como un muro que me acaban de mostrar. Como si esa sonrisa fuera una puerta cerrándose tan suavemente que no notaré que está cerrada con llave hasta que intente abrirla de nuevo.

El resto del turno transcurre en el habitual desenfoque. Adrian trae dos espressos más a lo largo de la noche, nuestro ritmo tácito intacto. Cada vez deja la taza con la misma precisión casual, cada vez yo la bebo sin reconocimiento. El baile familiar de dos personas que conocen los patrones del otro de memoria.

—¿Cuándo? —pregunta durante un breve intermedio, puliendo vasos a mi lado como si perteneciera a la barra.

—En unas pocas semanas. Tal vez un mes. —La verdad se siente más ligera al ser pronunciada en voz alta, más real—. Una vez que ahorre lo suficiente para el boleto de avión y el primer mes de alquiler.

—Lisboa es hermosa en otoño —dice él—. Con todas esas colinas y tranvías amarillos. Te encantará.

La facilidad de su respuesta hace que se me relajen los hombros. Me había estado preparando para preguntas, para resistencia, para cualquiera de los ganchos que suelen aparecer cuando intentas dejar

un lugar. Pero Adrian no me da nada contra lo que luchar, solo esa cálida aceptación que lo hace imposible de leer. ¿Está dolido? ¿Aliviado? ¿Planeando algo? Su rostro no deja traslucir nada más que ese mismo interés genuino que muestra a todo el mundo.

Detrás de él, Gunner emerge de la oficina de seguridad, con sus hombros llenando el umbral. Escanea la sala con esos ojos pálidos que no pasan nada por alto, se detiene en la mesa de la esquina donde están sentados los hombres de traje, y luego desaparece de nuevo en su dominio. El momento se siente cargado, pero así es La Sirena. Cada gesto conlleva un significado si sabes cómo leerlo.

Me siento más ligera a medida que la noche llega a su fin. La decisión hablada, atestiguada, aceptada. El formulario del pasaporte esperando en casa. La ruta de escape finalmente trazada. Lo que sea que me retenía en Miami se afloja con cada hora que pasa. La culpa, el miedo, el peso de lo que no puedo cambiar.

La inquietud de mi caminata intenta aflorar de nuevo mientras limpio la barra, pero la alejo. Las grandes decisiones te vuelven paranoica. Eso es todo.

He empezado algo esta noche. Finalmente, de verdad he empezado a irme, algo con lo que he amenazado durante tanto tiempo. El alivio de esto me hace sentir casi ingrávida.

La multitud disminuye a medida que nos acercamos al cierre. Los incondicionales apuran sus últimos tragos mientras el personal comienza el sutil baile de fomentar la retirada. Estoy midiendo lo último del vodka bueno cuando Adrian aparece de nuevo a mi lado. Esta vez no trae café. Solo él, parado más cerca de lo necesario. Lo suficientemente cerca para que perciba esa fragancia. Tabaco y lima.

Mi pulso se acelera, repentino y agudo. El mismo aroma de la calle.

—En unas semanas entonces —dice, pero no se ha alejado. Está parado lo suficientemente cerca como para que sienta el calor que irradia de su cuerpo, mirándome con esos ojos oscuros que ven demasiado. La calidez en ellos ha cambiado a algo más, algo que hace que se me escape el aliento—. Debería darte algo para que recuerdes Miami.

Antes de que pueda responder, su mano sube a mi cara. Su pulgar quita algo de mi mejilla. Posos de café, tal vez nada en absoluto. El contacto me atraviesa como electricidad. Todo mi cuerpo se queda quieto, hiperconsciente de cada punto de contacto. Su pulgar en mi

pómulo, sus dedos rozando mi mandíbula, el calor de su palma tan cerca de mi boca que podría inclinarme hacia ella si tan solo—

Nos quedamos congelados allí. Su mano contra mi piel, mi pulso acelerado con tanta fuerza que debe sentirlo saltar bajo sus dedos. La barra, el club, el mundo entero se reduce a esto: el toque de Adrian, la forma en que sus ojos se oscurecen al bajar a mi boca, el espacio entre nosotros que se siente repentina y peligrosamente delgado.

—Hay algunas cosas —murmura, con la voz lo suficientemente baja como para que tenga que inclinarme más para oírlo, lo suficientemente cerca para que sienta su aliento contra mi oído—, por las que vale la pena quedarse, Isa.

Su pulgar se desliza hacia abajo, el roce más ligero contra la comisura de mi boca. El calor se acumula en mi bajo vientre, inmediato y no deseado. Mis labios se abren involuntariamente. Veo sus ojos seguir el movimiento, veo algo cruzar por ellos que parece hambre.

Luego se ha ido. El contacto de su mano desaparece mientras se funde de nuevo con la multitud, dejándome allí de pie con la piel en llamas y mis cuidadosos planes sintiéndose de repente tan frágiles como el cristal. El lugar donde me tocó arde. Resisto el impulso de presionar mis propios dedos allí, de mantener el calor de él contra mi piel.

Lo observo recorrer el salón, con ese encanto relajado de vuelta en su lugar como si los últimos treinta segundos nunca hubieran ocurrido. Pero todavía puedo sentir el fantasma de su pulgar en mi boca. Todavía huelo su fragancia en el aire entre nosotros. Todavía siento el peso de esas palabras: "vale la pena quedarse".

La taza de espresso está vacía sobre la barra, y me doy cuenta con un sobresalto de que no sé si la decisión de irme sigue siendo mía en absoluto.

2 - Adrian

Han pasado veinte minutos desde que dijo Lisboa. Veinte minutos de sonreír mientras la palabra me corroe el pecho como el ácido.

La pelirroja de la mesa doce se está ahogando en su propio cumpleaños. Lo noto en el momento en que cruza las puertas de La Sirena. La sonrisa forzada, la forma en que no deja de tocarse el anillo nuevo en el dedo como si le quemara, el brillo desesperado en su risa que delata que se está esforzando demasiado por estar feliz por cumplir treinta.

—Mi amor —digo, deslizándome hacia su mesa con mi calidez al máximo—, nadie celebra un cumpleaños como es debido sin un champán que debería estar en una caja fuerte. —Hago una señal al mesero sin mirar—. Pero esta noche, la primera botella corre por mi cuenta. Porque cualquiera que se vea así de hermosa mientras planea su escape merece un cómplice.

Toda la mesa se ríe. Sus amigas se relajan, ella se sonroja y la tensión se rompe como una fiebre. La verdad envuelta en encanto: mi especialidad. Para cuando llega el champán, ella sonríe de verdad, hablándome del ascenso que acaba de conseguir, la mudanza a Miami, la vida que está construyendo. La hago sentir como la única persona en este club abarrotado, y durante estos pocos minutos, lo es.

Esta es la parte fácil. La mesa de ejecutivos en la esquina necesita que les masajeen el ego. Les cuento una historia sobre un senador que estuvo aquí la semana pasada, los hago sentir importantes. Detrás de ellos, el clan Montague preside su mesa habitual, fingiendo que están aquí por el espectáculo en lugar de por el dinero que están lavando a través de nuestra contabilidad, dándonos nuestra parte justa, por supuesto. No les doy más que un asentimiento respetuoso. Saben que no deben esperar más.

El aire apesta a loción cara mezclada con algo más penetrante. Aceite de armas de quienquiera que esté armado en la sección VIP.

Un viernes por la noche normal en Miami.

Al otro lado del salón, capto al chico nuevo batallando con una orden complicada; le tiemblan un poco las manos. Me acerco, suave como el humo.

—Carlos, hermano —digo, sosteniendo la bandeja con una mano mientras la otra cae ligera sobre su hombro—. ¿Recuerdas lo que te dije? La gente está aquí para divertirse, no para juzgarte. De todos modos, están demasiado borrachos para notar si confundes sus pedidos. —Le guiño un ojo, animándolo con esa clase de calidez que hace que la gente se yerga—. Tú puedes con esto. Eres el mejor mesero que he contratado en meses.

Toda su postura cambia. Endereza la espalda, recupera la sonrisa. Para cuando se aleja, vuelve a moverse con confianza.

La debutante que claramente usa su primera identificación falsa recibe un guiño y un cóctel sin alcohol que parece letal pero que no hará que me clausuren. El teniente de la autoridad portuaria recibe su sobre habitual deslizado en el bolsillo de su abrigo mientras le cuento un chiste sobre la hermana de su esposa.

El amor es un arma que se perfecciona. Aprendí eso muy joven, cuando hacer felices a las personas adecuadas significaba que mi familia comía esa semana, cuando el encanto era la diferencia entre la protección y una bala. Ahora es memoria muscular. Un toque, una palabra, una sonrisa perfectamente sincronizada. No me cuesta nada hacer que todos se sientan especiales. Es tan natural como respirar, este calor que llena la habitación, que hace que La Sirena se sienta menos como un club nocturno y más como llegar a casa.

Tomás pasa apurado con una bandeja en alto, moviéndose con firmeza tras tres semanas en el trabajo. —Eso que me enseñaste funcionó —dice, sin aliento y sonriente—. La mesa seis me dio cincuenta dólares de propina solo por recordar el nombre de su hija.

—Por supuesto que funcionó —le digo, acomodándole el cuello como lo haría un hermano mayor—. La gente no paga por el servicio, mijo. Pagan por importar.

Esto es lo que hago. Lo que siempre he hecho. Hacer que la gente importe, que se sientan vistos, que sientan que esta noche es la más importante de sus vidas. La calidez no es una actuación. Es real, profunda, lo único de mí que nunca ha sido complicado.

Lo fácil. Lo natural.

Todo excepto ella.

Lisboa.

La palabra me golpea entre una sonrisa y la siguiente, repentina como un cuchillo entre las costillas. Me estoy riendo del chiste de alguien, el remate ya se desvanece de mi memoria, pero por debajo, mi mente se ha bloqueado en esa única palabra y no la suelta.

Hace un mes, lo mencionó de pasada. Tan casualmente que casi se me escapa. —A veces pienso en irme —había dicho, limpiando la barra después del cierre—. A Lisboa, tal vez. —Como si hablara de cambiarse el cabello o probar un restaurante nuevo. Lo anoté de la forma en que anoto todo sobre ella. La forma en que prefiere el café amargo, cómo gira el hombro izquierdo cuando le duele, el silencio particular que significa que está pensando en el pasado.

Pero esta noche lo dijo de otra manera. —Me voy —. En presente. Decidido. La renovación de pasaporte ya ha comenzado.

El café que le traje antes está vacío sobre la barra, a un lado con las otras tazas terminadas. Se lo bebió, como siempre. Pero de alguna manera, se siente como si ya se hubiera ido.

Le sonrío al banquero de inversiones que me habla de su barco, hago los ruidos adecuados en los momentos oportunos, pero por dentro estoy repasando la cronología. Hace cuatro semanas: mención ociosa. Hace tres semanas: le traje café y parecía instalada, arraigada. Hace dos semanas: arregló ese encendedor vintage con sus herramientas de joyería, completamente absorta, completamente aquí. Hace una semana: nada, sin señales, sin indicios que pudiera leer.

Esta noche: —Me voy.

¿Cómo se me pasó? ¿Cómo transcurrió un mes con esto creciendo dentro de ella y no lo vi?

Sé que tiene una peca debajo de la oreja izquierda. Sé que cambió de perfume en marzo, lo noté el día que lo cambió. Sé cuándo lleva tres tragos de retraso frente a cuándo está verdaderamente enojada por el ángulo exacto de tensión en sus hombros. Conozco la diferencia entre su agotamiento de las 2:00 a. m. y su segundo aire de las 3:00 a. m. La conozco mejor de lo que nadie se ha molestado jamás en conocerla.

Pero no sabía esto. No vi cómo echaba raíces, creciendo de pensamiento a plan y de plan a hecho.

—¿Estás bien, hermano? —pregunta alguien, y me doy cuenta de que he estado callado demasiado tiempo.

—Perfecto —digo, y la sonrisa sale tan fácil que me asusta—. Solo pensaba en la suerte que tenemos todos de estar aquí esta noche.

Soy dos hombres en este momento. El que habla, encantador, cálido. Él es real, siempre lo ha sido, siempre lo será. Y el otro por debajo, aquel cuyo pecho se ha apretado y no se relaja, el que rastrea sus movimientos detrás de la barra mientras mantiene tres conversaciones diferentes. Él también es real.

Dos hombres. Uno que quiere a todo el mundo un poco, que reparte calidez como quien respira. Y otro que la ama demasiado a ella, con una precisión que roza lo patológico.

Ella está mezclando algo complicado en el extremo lejano de la barra. Puedo notarlo por la forma en que mantiene los hombros, el enfoque particular que significa que está contando las medidas. En treinta segundos buscará el amargo. En cuarenta y cinco, se lo deslizará al cliente sin expresión. En un minuto pasará al siguiente pedido, eficiente y fría y perfecta.

Observo sus manos moverse, las imagino sobre mi piel, imagino los sonidos que haría si la presionara contra esa barra y le mostrara exactamente por qué irse no es una opción.

Conozco sus patrones como los latidos de mi propio corazón. Pero no sabía lo de Lisboa hasta que ya era real.

—¡Adrian! —Alguien grita mi nombre, necesita mi atención, mi calidez, mi sonrisa fácil.

Se la doy. Por supuesto que lo hago. El Adrian de la superficie nunca flaquea, nunca deja caer la máscara, nunca permite que nadie vea que por debajo, el otro Adrian está desarmando el último mes minuto a minuto, buscando el momento en que decidió dejarme.

Dejar Miami, me corrijo. Se va de Miami.

Pero en nuestro mundo, lo que es tuyo, se queda contigo. E Isa pasó a ser mía hace nueve años. Solo que aún no lo sabe. Por Dios, si hasta piensa que nos conocimos hace apenas cinco años.

—Te vas temprano.

Marisol me intercepta cerca de la oficina mientras la multitud empieza a raleal. Tiene esa mirada, mitad divertida, mitad sospechosa, que significa que está a punto de ser un fastidio de la forma en que solo la familia puede serlo.

—¿Desde cuándo Adrian Marín se va antes de que se enciendan las luces? —Se apoya contra el marco de la puerta, con una copa de champán colgando de los dedos. Sin alcohol, por supuesto. Detrás de

ella, uno de los soldados de los Montague nos observa con esa clase de atención que cuesta extra—. ¿Estás enfermo? ¿Muriendo? ¿Finalmente desarrollaste un sentido de autopreservación?

—Tal vez solo me estoy haciendo viejo, princesa. —Le doy la sonrisa que suele poner fin a este tipo de interrogatorio—. Ya no puedo salir de fiesta como antes.

—Mentira. —Pero está sonriendo—. Tenías veinticinco y parecías de cuarenta y cinco. Ahora tienes treinta y uno y pareces de… ¿qué? ¿Veinte? ¿Estás teniendo una crisis de los cuarenta a la inversa?

Durante todo este intercambio, sigo a Isa sin que parezca que la sigo. Se ha movido de la barra principal a reponer botellas. A cuatro metros. Ahora a cinco. Dirigiéndose hacia la bodega. Estará fuera tres minutos, tal vez cuatro si se toma su tiempo.

Esto es memoria muscular, años de práctica. Sé dónde está en cualquier habitación de la misma forma en que sé dónde están las salidas, hacia dónde apuntan las cámaras de seguridad, dónde se cierran los tratos. Ya no es consciente, es simplemente parte de cómo existo en cualquier espacio que ella ocupe.

—¿Hola? ¿Tierra llamando a Adrian? —Marisol agita una mano frente a mi cara—. ¿Ves? A esto me refiero. Estás aquí pero no estás. Muy impropio de ti.

—Solo estoy cansado —digo, pero algo debe de habérseme escapado porque ella entrecierra los ojos.

—Cansado —repite, como si estuviera saboreando la palabra en busca de mentiras—. Adrian Marín, el que una vez se quedó despierto treinta y seis horas seguidas para asegurarse de que mi fiesta de veintiún años fuera perfecta, está cansado.

La observación golpea demasiado cerca de algo real. Me desvío, devolviéndole el golpe. —¿Cómo te trata la vida de casada? ¿Nico te mantiene fuera de problemas?

—Nico ES el problema —dice ella, pero se deja redirigir. Casi. Hay un momento en que me mira, me mira de verdad, y veo que nota que algo anda mal. La máscara resiste, pero apenas. Una grieta que ella puede ver pero que no logra ubicar.

Isa sale de la bodega. Tres minutos, doce segundos. Más rápido de lo habitual. Está eficiente esta noche, concentrada. Ya pensando en Lisboa, probablemente. En la vida que está planeando sin…

—¿Seguro que estás bien? —pregunta Marisol, ahora más inquieta.

—Nunca he estado mejor —le aseguro, y el calor en mi voz es tan genuino que hasta yo casi me lo creo.

Ella me estudia un momento más y luego se encoge de hombros. —Bien. Sé misterioso. Pero cuando estés listo para hablar de lo que sea que te tiene siguiendo a Isa por todo el salón como si pudiera evaporarse, aquí estaré.

La sangre se me hiela. La máscara no flaquea, tengo demasiada práctica para eso, pero por dentro, algo se contrae.

—No sé a qué te refieres —digo a la ligera.

—Qué bueno. —Se aparta del marco de la puerta y me da un beso en la mejilla—. Porque eso sería un desastre de proporciones épicas.

Se aleja antes de que pueda responder, dejándome allí parado con la incómoda comprensión de que mi vigilancia no ha sido tan invisible como pensaba.

Pero si me ha visto observándola esta noche, entonces ve a un hombre con un capricho, tal vez. Un anhelo inofensivo.

No ve la documentación. Los archivos mentales. Los nueve años de observación cuidadosa que me dicen que Isa tiene pesadillas en el aniversario de algo de lo que nunca le ha contado a nadie, que cuenta sus pasos cuando está ansiosa. Siempre en grupos de ocho.

Marisol no sabe que yo podría hacer desaparecer a cualquiera antes de la mañana si se convirtiera en un problema. Que la calidez que le gusta proviene del mismo lugar que la violencia que mantengo encadenada.

Reviso la hora. Otros diez minutos para el cierre. Debería quedarme, recorrer el salón hasta que se vaya el último cliente.

En lugar de eso, me disculpo y me dirijo a las escaleras de mi apartamento. La puerta de mi hogar se cierra tras de mí con un suave clic. Solo. Finalmente solo.

Durante tres segundos, me quedo perfectamente inmóvil. La máscara no solo flaquea. Cae por completo, y lo que hay debajo es feo.

Mi puño atraviesa la pared antes de que decida lanzarlo del todo. El impacto raja la piel, envía ondas de choque por mi brazo y el panel de yeso se desmorona hacia adentro, dejando un agujero del tamaño de mi rabia.

El dolor florece en mis nudillos. Agudo, limpio, real. La sangre brota, gotea en el suelo. Mis nudillos palpitan al ritmo del bajo de la

planta baja, cada latido es un recordatorio de lo que he hecho, de lo que estoy a punto de hacer.

Esto es lo que ella me hace. Lo que hace la idea de que se vaya.

Nueve años de control perfecto, y ella lo deshilacha con dos palabras: —Me voy.

Flexiono la mano, viendo la sangre correr entre mis dedos. El dolor ayuda, en realidad. Enfoca las cosas. Convierte la espiral en algo con dirección.

Cree que puede simplemente irse. Recoger su vida cuidadosa y controlada y desaparecer en Lisboa como si los últimos nueve años no fueran nada. Como si su vida en Miami no significara nada. Como si yo no significara nada.

La idea es casi graciosa. Como si pudiera existir en algún lugar que yo no conociera. Como si hubiera una versión del mundo donde Isa está en Lisboa y yo sigo aquí, llevando café a un taburete vacío.

Saco mi teléfono, con la decisión cristalizando con perfecta claridad. Miguel responde al segundo tono. Siempre lo hace cuando llamo.

—Adrian, amigo mío —dice, con calidez en su voz porque rescaté a su hija de una red de trata el año pasado. El tipo de favor que se paga con sangre en nuestro mundo.

—Ese favor que me debes —digo, y mi voz es perfecta. Cálida, fácil, el mismo tono encantador que uso abajo—. Necesito cobrarlo.

—Por supuesto, lo que sea.

—Hay una renovación de pasaporte que entró esta noche. Isadora Navarro. —Le doy sus detalles, hablando como si esto no fuera nada, un inconveniente menor—. Tiene que perderse en el sistema. Retrasarse. Un enredo burocrático, ya entiendes.

—Eso es… inusual.

—Ha recibido algunas amenazas —miento con fluidez—. El clan Zayas ha estado husmeando, haciendo ruido sobre unos viejos asuntos. Necesitamos mantenerla aquí hasta que esté resuelto. Por su seguridad.

—Ah. —Su voz cambia, ahora protectora. Hombres como Miguel entienden lo que es proteger a las mujeres de hombres como el clan Zayas—. Considéralo hecho. El papeleo se perderá. Podría tardar meses en solucionarse.

—Eres un buen hombre, Miguel.

—Solo devuelvo un favor a uno mejor.

Termino la llamada y vuelvo a mirar el agujero en mi pared. Mis nudillos han dejado de sangrar pero palpitan con cada latido.

Esto es por su protección, me digo. En nuestro mundo, estar sola significa estar muerta. Ella no entiende lo peligroso que es allá afuera. Lisboa no es segura para alguien como ella. Sola, desprotegida, terca. Necesita a alguien que cuide su espalda, alguien que sepa qué sombras esconden cuchillos.

Y si eso no es cierto, si realmente ella estuviera bien en Lisboa, construyendo una vida tranquila arreglando relojes en algún apartamento bañado por el sol, entonces la dejaría ir. Por supuesto que lo haría. Si fuera realmente lo mejor para ella, yo mismo la subiría al avión.

Pero no lo es. Necesita protección. Necesita a alguien que la conozca lo suficiente como para ver venir las amenazas. Me necesita a mí, aunque sea demasiado orgullosa para admitirlo.

Esto no es control. Es cuidado. Es amor.

El pensamiento se instala en mi pecho como una verdad, incluso cuando mis nudillos partidos sostienen lo contrario. No soy un monstruo. No soy un psicópata posesivo que no puede dejarla ir. Si Isa realmente necesitara irse, si Miami la estuviera matando, si quedarse significara peligro, dolor o pérdida, yo sería el primero en comprarle el boleto.

Pero esto no es eso.

Esto es Isa huyendo porque tiene miedo. Porque quedarse significa que alguien podría ver más allá de los muros que ha construido. Porque cinco años en La Sirena es más tiempo del que jamás pretendió quedarse, y esa inquietud bajo su piel no la deja descansar.

No necesita Lisboa. Necesita a alguien que no la deje desaparecer cada vez que el pasado se vuelve demasiado pesado.

Mi teléfono vibra. Miguel de nuevo: —Hecho. La renovación de pasaporte ha tenido un contratiempo. Podrían pasar meses antes de que se solucione.

El primer hilo tensado. Para cuando se dé cuenta de que la jaula se está cerrando, ya será mía.

Cada vez que revise el estado de su renovación, encontrará retrasos. Dificultades técnicas. Errores en el sistema. Se sentirá frustrada pero no sospechará. Estas cosas pasan. Esperará una

semana, tal vez dos, antes de insistir. Más retrasos. Más complicaciones.

Para cuando se dé cuenta de que algo anda mal deliberadamente, yo ya habré arreglado lo que sea que la haga huir.

Porque eso es lo que hago. Lo que siempre he hecho. Resuelvo el problema antes de que ella sepa que existe. Despejo el camino antes de que ella lo recorra. Hago su mundo más seguro, más fácil, mejor, todo sin que ella sepa que estoy allí.

No es control si ella nunca siente la jaula.

3 - Isa

La bisagra no chirría.

Me quedo congelada en el umbral, con las llaves aún en la mano, mirando la puerta de mi departamento mientras se abre sobre bisagras silenciosas. Durante tres meses, esa bisagra ha anunciado cada entrada y salida con una pequeña queja metálica que ya esperaba, de la que incluso dependía. Mi sistema de alerta temprana. Tenía la intención de aceitarla. Lo fui posponiendo, de la forma en que uno hace con las pequeñas irritaciones con las que aprende a vivir.

Ahora se mueve como la seda. Recién aceitada. Con cuidado. Con la cantidad exacta.

Mi pulso se acelera al máximo, la adrenalina inunda mi sistema tan rápido que mi visión se agudiza. Empujo la puerta para abrirla más, probándola. Silenciosa. Perfecta. Alguien la arregló mientras yo no estaba.

Entro, con cada nervio alerta. La bombilla del techo en mi entrada brilla constante y nueva. La vieja parpadeaba desde febrero, tenía una mancha negra visible cerca de la base donde el filamento estaba muriendo, una falla distintiva que veía cada maldito día. Esta brilla con un blanco inmaculado, una temperatura de luz diferente que vuelve alienígena mi espacio familiar. Incluso huele mal. No es el aroma a polvo eléctrico de las bombillas viejas, sino algo estéril, tocado recientemente por las manos de alguien.

La transgresión me golpea como agua fría. Se me eriza la piel, cada vello se pone de punta.

Alguien ha estado dentro de mi departamento.

La mañana había comenzado con mucha ligereza. Lisboa asentada en mi pecho como un secreto, el formulario de renovación de pasaporte sobre mi mostrador completado con la misma precisión que uso en los relojes rotos. El alivio de elegir, de finalmente elegir, aún vibrando bajo mi piel mientras seguía mi rutina. Café, solo, sin azúcar. No como el espresso cubano que Adrian trae todos los días a

La Sirena, tan espeso que se puede clavar una cuchara, dulce en los bordes de la forma en que solo él lo prepara.

Había descartado ese pensamiento, irritada conmigo misma por comparar. En Lisboa, no habrá cafés matutinos que no haya preparado yo misma. Sin rituales tácitos. Sin deudas de gratitud que nunca pedí.

Mi cuchillo se había acomodado en mi bota, su peso familiar contra mi tobillo. Tres pulgadas de acero de Solingen que compré hace cinco años, la semana después de que uno de los soldados de Gunner se pusiera demasiado amable detrás de la barra, sus manos sugiriendo cosas que su boca no se atrevería a decir en presencia de otro hombre. La hoja ha probado la sangre antes. Algunas mujeres llevan gas pimienta. Yo llevo certeza.

Ahora avanzo más en mi departamento, y es entonces cuando lo veo. La bombilla del pasillo también. La que llevaba meses amenazando con morir, la que tenía la intención de reemplazar. Nueva. Brillante. Constante.

Mi mano va hacia mi cuchillo, pero me obligo a moverme por el espacio con una calma medida, documentando las transgresiones. La cerradura gira más suave que esta mañana, recién lubricada. La puerta del gabinete que solía trabarse, que requería un movimiento específico de tirar y levantar que yo había perfeccionado durante dos años, ahora cierra al ras. Silenciosa. Perfecta.

Pequeñas mejoras, cada una de ellas una prueba de que alguien estudió mi vida lo suficientemente de cerca como para saber qué me molestaba. Me vio luchar con ese gabinete. Me escuchó maldecir las luces parpadeantes. Notó el chirrido que marcaba mis idas y venidas.

No se llevaron nada. No destruyeron nada.

Lo mejoraron.

Darnos cuenta de eso hace que la bilis suba por mi garganta. La destrucción sería simple. Una amenaza que podría entender, violencia a la que podría responder. ¿Pero esto?

Cuidado. La palabra me dan ganas de romper algo. Esto no es cuidado. Es una invasión envuelta en amabilidad, control disfrazado de consideración. Alguien ha estado en mi espacio, ha tocado mis cosas, ha mejorado mi vida sin permiso. La intimidad de esto hace que se me erice la piel.

La sensación de ser observada de esta mañana de repente tiene sentido. Esa certeza de estar siendo vigilada no había sido paranoia.

Había sido instinto, mi cuerpo sabiendo lo que mi mente se negaba a aceptar.

Y yo tenía razón. Alguien había estado mirando. Siguiendo. Aprendiendo mis patrones lo suficientemente bien como para saber cuándo no estaría, cuándo podrían entrar y hacer sus mejoras.

Por un momento, pienso en llamar a alguien. ¿Pero a quién? Los policías se reirían. — ¿Alguien arregló su bisagra chirriante, señora? —. Mi instinto es llamar a Adrian, pero él... ¿qué haría? ¿Traerme café? ¿Contarme un chiste? Logan exageraría con las armas, y Gunner probablemente me secuestraría y haría que Daphne me atara en su departamento recién ampliado hasta que el peligro pasara. Marisol... bueno, no tenemos el tipo de relación en la que yo le pediría algo así.

No. Esto me toca manejarlo a mí.

Trabajo metódicamente, de la forma en que reparo relojes rotos, pero bajo la calma, algo salvaje araña mis costillas. Este es mi espacio. Mío. La transgresión me dan ganas de gritar, pero me trago el sonido y canalizo la rabia en acción.

Primero, pruebo cada cerradura. Reviso cada pestillo de las ventanas, el cerrojo de la puerta, incluso la ventana del baño que está sellada con pintura. Paso mis dedos por los marcos, buscando marcas de herramientas, señales de entrada. Las yemas de mis dedos salen polvorientas pero no revelan nada. Todo seguro. Sin rayones, sin daños, nada forzado. Quienquiera que haya entrado tenía acceso legítimo o habilidades para abrir cerraduras que no dejan rastro. Alguien profesional. Alguien que podría haber hecho esto antes, a otras mujeres que pensaban que sus cerraduras significaban seguridad.

El cuchillo sale de mi bota ahora, empuñado con intención más que por reflejo. El peso en mi mano me aporta concentración, convierte el miedo en propósito. Tres pulgadas de acero alemán entre yo y quienquiera que piense que puede entrar en mi vida sin invitación. No soy una víctima encogida en un espacio profanado. Soy alguien que ha sobrevivido en el bajo mundo de Miami durante cinco años, que conoce el peso del peligro real.

El superintendente del edificio cruza por mi mente. Miguel, el anciano cubano que se anuncia a gritos cada vez que necesita entrar en un departamento, que deja notas escritas a mano explicando cualquier trabajo realizado, cuya artritis hace imposible el trabajo

delicado como los mecanismos de las cerraduras. No es él. Demasiado sutil. Demasiado cuidadoso. Demasiado íntimo.

Reviso cada posible punto de entrada de nuevo, esta vez buscando cámaras, dispositivos de escucha, cualquier cosa que extienda la transgresión más allá de las mejoras. Nada visible, pero eso no significa que no haya nada allí. Se me eriza la piel ante la posibilidad de estar siendo observada incluso ahora, en mi propio espacio.

Luego me muevo por el departamento con un propósito, reclamándolo de la única manera que sé. Coloco un hilo a través del marco de la puerta, invisible a menos que sepas dónde mirar. Un vaso colocado precisamente en el mostrador, fotografiado con mi teléfono. Otra foto de cómo he dispuesto los objetos en mi estante.

Si algo se mueve, lo sabré.

El cuchillo permanece en mi mano mientras hago una última comprobación. Rincones, armarios, la ducha, cualquier lugar donde alguien pudiera esconderse. Cada espacio vacío es tanto un alivio como una decepción. Una parte de mí quiere la confrontación, quiere enfrentar a quien haya hecho esto, para hacerle entender que no soy una presa.

Me quedo dormida con el cuchillo todavía en la mano, aún completamente vestida con mis jeans negros y camiseta, sin siquiera quitarme las botas antes de acostarme. El sueño me reclama rápido y profundo.

Un golpe me despierta de sobresalto. Me toma unos momentos de desorientación antes de darme cuenta de que es de mañana, y el sonido es solo un ruido común de un edificio que se despierta.

Un movimiento en el pasillo me atrae hacia la mirilla, mi cuerpo desplazándose automáticamente a un lado de la puerta en caso de que alguien dispare a través de ella. Hábitos aprendidos en un mundo donde la paranoia te mantiene respirando. A través de la lente de ojo de pez, veo a unos hombres de mudanza maniobrar cajas a través de la puerta del 4B, mi vecina de al lado. La señora Villaverde debe haberse mudado. Es raro que no me lo dijera; no es que fuéramos mejores amigas, pero yo conocía los nombres de sus sobrinos y sobrinas y que jugaba al boliche en las pistas de Main Street los domingos. De hecho, nunca se cansaba de ponerme al día sobre los detalles mundanos de su vida, ¿pero ni siquiera mencionó que se iba? Raro.

El personal de mudanza trabaja de manera eficiente, profesional, solo otro trabajo de un martes cualquiera. La normalidad del asunto hace que mis hombros caigan ligeramente. Solo es la vida que sigue. El mundo continuando mientras yo salto ante las sombras.

Alcanzo a ver a la nueva inquilina dándoles instrucciones. Una mujer, de estatura media, jeans y camiseta, totalmente común. Solo una silueta en realidad, medio de espaldas mientras señala hacia donde debe ir algo. Podría ser cualquiera. El tipo de persona con la que te cruzarías en la calle sin notar nada. Nadie que dispare mis instintos, nadie que haga que mi mano se desplace hacia mi cuchillo.

Un aroma tenue entra por mi puerta. Algo caro, bergamota tal vez, aparece y desaparece antes de que pueda ubicarlo adecuadamente. Probablemente sea la colonia de diseñador en la que se están ahogando los de la mudanza. Los hombres de Miami y sus aromas, cada uno de ellos convencido de ser un regalo de Dios.

Pero mi cuerpo responde de todos modos. Un flujo de calor que no tiene nada que ver con el miedo y todo que ver con la imagen repentina de unas manos. Manos masculinas, cuidadosas y competentes, arreglando mi bisagra. Soñé con eso, me doy cuenta, mientras estaba desmayada en mi cama. El pensamiento hace que apriete los muslos.

Esto es lo que hacen los hombres de nuestro mundo. No cortejan con flores o palabras dulces. Cortejan con transgresión disfrazada de cuidado, con control vestido de protección. Te demuestran que pueden llegar a ti, tocar tu vida, cambiar tu mundo, todo mientras duermes sin enterarte. Es como reclaman territorio antes de reclamar la carne.

Reconozco el juego ahora. Alguien ahí fuera cree que me está cortejando.

La comprensión debería darme asco. En cambio, algo más oscuro se despliega en mi pecho. No es del todo miedo, no es del todo deseo, sino algo que vive en el espacio intermedio. Mi pulso se acelera, pero esta vez no es solo adrenalina.

Presiono mi espalda contra la puerta, cuchillo aún en mano, y me odio por la humedad que se acumula entre mis muslos. Esto está mal. Es enfermizo. Debería estar planeando mi escape, no imaginando esas manos enguantadas en mi piel en lugar de en los pomos de mis puertas.

Pero siempre me ha atraído el peligro. Por eso he durado cinco años en La Sirena cuando otros barman huyen después de cinco semanas. Por eso puedo servirles bebidas a los monstruos y sostenerles la mirada sin pestañear. Hay algo roto en mí que responde a las cosas rotas.

¿Y quienquiera que me esté cazando? Definitivamente está roto. Tendrías que estarlo para cortejar a una mujer irrumpiendo en su casa y arreglando su vida sin permiso.

El calor de mayo presiona contra mis ventanas, denso y vivo, pero yo estoy ardiendo de adentro hacia afuera. Esta mañana, cazaré. Usaré cada habilidad que he aprendido en el bajo mundo de Miami para descubrir quién cree que puede reclamarme como territorio. Le haré entender que no soy una cosa frágil para ser coleccionada, protegida o poseída.

Aprieto mi cuchillo e imagino todas las formas en las que le haré pagar por quererme. Imagino presionar la hoja contra su garganta, viendo sus ojos oscurecerse no de miedo sino de reconocimiento. Depredador reconociendo a depredador. Imagino la cantidad exacta de presión que se necesitaría para sacar sangre, ese punto perfecto entre la amenaza y la promesa.

Mi respiración se acelera, y me digo que es rabia. Solo rabia. No la excitación retorcida de finalmente encontrar a alguien que podría estar tan jodido como yo.

Me alejo de la puerta, necesitando distancia de ese aroma persistente, de los sonidos de la vida normal de al lado que ahora se sienten de todo menos normales.

El cuchillo vuelve a mi bota, pero mis dedos recorren primero su mango, una promesa para mí misma. Quienquiera que sea, desde donde sea que esté mirando, está a punto de aprender algo importante sobre Isadora Navarro.

Yo no huyo de los cazadores.

Me convierto en uno.

Los hombres en nuestro mundo pueden cortejar con transgresión, ¿pero las mujeres como yo? Nosotras cortejamos con violencia. Y he estado afilando mi cuchillo, y mi hambre, durante años, solo esperando a alguien lo suficientemente estúpido como para pensar que podría domarme.

El pensamiento me hace sonreír, afilada y feroz en mi departamento vacío.

Que mire. Que desee. Que piense que está ganando este juego enfermizo.

Le mostraré qué pasa cuando decides despertar la hoja.

4 - Adrian

Las llaves giran en mi mano, aún tibias por mi bolsillo, y empujo la puerta de lo que finalmente es mío. No el club, no el escenario, no el Adrian cuidadosamente curado que todos conocen. Este departamento vacío, a una pared delgada de distancia de ella, es lo primero honesto que me he permitido en años.

El espacio huele a pintura fresca. La luz de la tarde entra por las ventanas que reflejan las de ella exactamente. Mismo ángulo, misma vista, misma distancia de la calle. Ella no llegará a casa hasta dentro de unas horas, tiempo de sobra para instalarme antes de que termine su turno. Lo había comprobado, por supuesto. Medido. Los planos del edificio extendidos sobre la barra de mi cocina hace dos semanas mientras calculaba las líneas de visión y las tasas de transmisión de sonido.

Sacar a la inquilina anterior había sido sencillo. Más fácil que negociar territorio con the Zayas, más limpio que los tratos que cierro en La Sirena. La señora Villaverde, setenta y tres años, manos artríticas que luchaban con sus llaves. Arreglé para que su sobrino en Boca Ratón de repente tuviera espacio para ella, ayudé con los gastos de la mudanza, me aseguré de que su nuevo lugar tuviera barras de apoyo en el baño y una ducha accesible. Sostuve sus manos frágiles entre las mías, le conté historias sobre el «nuevo ascenso» de su sobrino mientras la ayudaba a empacar los álbumes de fotos que tanto apreciaba. Ella lloró cuando me abrazó para despedirse, me llamó buen chico, sin saber nunca que yo era la razón por la que la situación financiera de su sobrino había mejorado milagrosamente.

Todos ganan cuando sabes cómo organizar las cosas adecuadamente.

Dejo la única caja que cargo. Herramientas en su mayoría, y algunas necesidades. Los de la mudanza ya entregaron los muebles esta mañana, acompañados por una mujer joven a la que pagué para que pareciera que se estaba mudando. Una cama porque terminaré

durmiendo aquí, un escritorio que nunca usaré, artículos de cocina porque las apariencias importan.

Pero la pared. La pared compartida que recorre el largo de nuestros dos departamentos, eso no es utilería. Ese es todo el punto.

Presiono mi palma contra ella, buscando cualquier vibración que pudiera decirme si ha regresado antes. Al otro lado está su cocina, su orden perfecto, su vida cuidadosamente controlada. Quince centímetros de yeso y vigas entre nosotros. He estado estudiando los planos originales del edificio de 1947. Nada de concreto, nada de ladrillo, solo madera y yeso y la plegaria de la privacidad.

Ella no tiene idea de lo delgada que es esa plegaria.

Esto se siente como un regreso a casa, aunque nunca he vivido aquí. Como si hubiera estado dando vueltas alrededor de este momento durante años, y ahora finalmente estoy donde se supone que debo estar. No al otro lado de la barra llevándole café, no al otro lado de la habitación viéndola trabajar. Aquí.

La satisfacción de esto se asienta cálida en mi pecho, mi pulso se estabiliza por primera vez en días.

El taladro pesa perfecto en mi mano. No el tipo barato de ferretería que grita y vibra. Este es un equipo de precisión, casi silencioso. Ya he marcado los puntos, diminutos puntos de lápiz a diferentes alturas. A la altura de los ojos cuando estoy de pie. Más bajo para cuando esté sentado. Uno angulado hacia su cama.

Mi pulso se estabiliza con cada agujero que estoy por completar, la ansiedad de la distancia finalmente se alivia. El primer agujero toma treinta segundos. Trabajo despacio, con cuidado, la broca moliendo el yeso como si fuera mantequilla, luego enganchándose ligeramente en la viga de madera antes de atravesar el espacio hueco intermedio. El taladro vibra en mi mano, cada pulso viajando por mi brazo. Soplo el polvo. Vista perfecta de la barra de su cocina.

Esto no es sobre sexo. Si quisiera ver a alguien desvestirse, Miami tiene muchísimas ventanas. Esto es sobre saber que ella está a salvo. Sobre estar presente en su vida de la manera que necesita, incluso si ella no sabe que lo necesita. Ella necesita protección. No solo de lo que sea que esté huyendo, sino de los tiburones que circulan alrededor de cualquiera relacionado con La Sirena. The Zayas que han estado husmeando, haciendo preguntas sobre nuestras operaciones, sobre ella.

El segundo agujero, más bajo, cerca de los zócalos donde nunca se notará. Este muestra su sala de estar, el sofá donde nunca se sienta, siempre demasiado inquieta para relajarse. El tercero, detrás de donde irá mi cuadro de Van Gogh, apuntando a su puerta. Sabré cuándo llega a casa, cuándo se va, si alguien intenta visitarla.

Cada agujero es preciso, deliberado. No más grande de lo necesario. Agujeros diminutos con lentes de aumento incrustados dentro, casi imposibles de detectar desde el otro lado. No soy un animal desgarrando paredes. Esto es artesanía. Cuidado. La misma atención que pongo en todo lo que importa. Usaré mi llave de su departamento para limpiar el aserrín de su lado también.

Las cámaras serían más fáciles, pero no confío en las cámaras. Fallan. Se quedan sin batería, pierden la señal, son hackeadas. Y están a un paso de distancia. Estás mirando una pantalla, no mirándola directamente. La distancia importa. Desconfío de cualquier cosa que ponga tecnología entre yo y lo que protejo. A través de estas pequeñas ventanas, la veré con mis propios ojos, de forma directa y sin intermediarios. Sin retrasos digitales, sin píxeles, solo la verdad de su existencia. Podría tener a veinte hombres vigilándola, podría ponerle un equipo de seguridad sin que ella lo supiera. Pero esto, yo, personalmente, a través de estas paredes. Esto es amor.

El cuarto agujero lo coloco más alto, requiriendo un taburete. Este se angula hacia abajo, hacia la puerta de su baño. No adentro, no soy esa clase de monstruo. Pero sabré cuándo se ducha, cuánto tiempo tarda, si se cae y necesita ayuda.

Pruebo cada línea de visión, asegurándome de que las vistas se superpongan ligeramente. Sin puntos ciegos. Sin momentos en los que ella pueda desaparecer.

El polvo del taladro cubre mis manos. Me lo sacudo con cuidado, planeando ya cómo cubriré los agujeros de mi lado. Cuadros pequeños, colocación de muebles, cosas que parezcan naturales. Ella nunca los verá desde su lado. Los agujeros son demasiado pequeños, colocados de forma discreta.

Así es como se ve la devoción cuando es más que palabras y rosas. Es vigilancia hecha física, cuidado tallado en los huesos del edificio mismo.

El archivo oculto espera en el armario de la recámara, detrás de un panel que instalé yo mismo. Con clima controlado, calidad de

archivo, del tipo que los museos usan para la preservación. Mi archivo sobre ella, años en proceso. Saco la caja con cuidado, colocándola sobre la cama como algo sagrado, algo que merece reverencia.

Adentro, todo tiene su lugar. El agitador de café del primer «Old Fashioned» que me preparó hace cinco años, todavía levemente manchado. Un recibo de la bodega donde compra comida. Tres horquillas recolectadas a lo largo de los meses, del tipo barato que usa y pierde sin darse cuenta. Cada artículo en mi archivo oculto cuenta una historia que ella no sabe que está escribiendo.

Cada artículo está etiquetado con una fecha, guardado en su propio sobre pequeño. No es obsesivo. Es de archivo. Hay una diferencia entre guardar y acumular. Esto es curaduría, como se preservarían las cartas de amor de una guerra, la prueba de que algo hermoso existió.

El trofeo de hoy hace que mi pecho se apriete con algo eléctrico, algo que se extiende cálido por mis venas. Durante mi visita a su departamento ayer, arreglando su bisagra que rechinaba, cambiando sus focos fundidos, lo encontré en el cesto de basura de su baño. No un hilo de su ropa o un recibo de su bolsillo, sino algo mejor: un disco de algodón con el rastro más sutil de su labial, el rojo oscuro que usó esa noche.

El rastro de labial en el disco de algodón se secó hace mucho, pero imagino que aún conserva el calor de su boca. Se lo había quitado antes de dormir. Desechado sin pensar. Basura para ella, pero para mí es la prueba de un momento específico. Esa noche a las 2 AM, ella estuvo frente a su lavabo y se quitó la máscara que usa para el mundo. Este pequeño círculo de algodón contiene esa transición.

Coloco el trofeo de hoy, este íntimo recibo de su momento privado, en su sobre, escribiendo la fecha y la hora en el exterior. «15 de mayo, 2 AM. La noche que dijo Lisboa». Es como sostener el fantasma de un beso.

Algunos llamarían a esto robar. Pero no puedes robar algo que ha sido desechado. Soy un poeta recolectando momentos, convirtiendo cosas ordinarias en algo que importa.

La caja vuelve a su escondite, sellada y segura. Estos fragmentos de ella son míos ahora, mi archivo oculto que cuenta la verdadera historia de quién es ella cuando nadie está mirando.

Sus llaves tocan la cerradura a las 11:45 PM. Tres segundos para girar el primer cerrojo, dos para el segundo. Está cansada. Puedo notarlo por el momento extra antes de que empuje la puerta para abrirla. Cuando está alerta, es fluido. Esta noche hay una pausa. Mi pecho se aprieta ante el sonido de sus llaves, la misma anticipación que siento antes de subir al escenario, pero más profunda, más necesaria.

A través del agujero que está más arriba, la veo entrar. Se mueve diferente cuando cree que está sola. Los hombros caen, ese control cuidadoso se afloja solo un poco. Saca el cuchillo de su bota y lo pone sobre la barra. Al alcance. Inteligente. El Delgado puede estar reconstruyéndose, pero nuestros enemigos siguen ahí fuera, merodeando.

Su rutina es liturgia, cada movimiento una oración al dios de mantenerse a salvo. Cerrojos revisados, dos veces. Luces encendidas en un orden específico: entrada, cocina, sala. Abre el refrigerador después, no porque tenga hambre, sino porque necesita confirmar que nada ha cambiado.

Luego la pausa. Se queda quieta en su cocina, con la cabeza ligeramente ladeada, escuchando. Está sintiendo algo diferente, algún cambio en el aire. Mi respiración se vuelve superficial, silenciosa, mi cuerpo se inmoviliza automáticamente como lo hace cuando la policía hace redadas en La Sirena, buscando lo que nunca encontrarán.

Revisa sus cerraduras de nuevo. Revisa sus ventanas. La veo moverse por su departamento, y podría narrar cada paso antes de que lo dé. Al baño después, escaneo rápido. A la recámara, revisando el armario, debajo de la cama. No frenética, sino minuciosa. El cuchillo permanece en su mano.

Al no encontrar nada, regresa a la cocina. Prepara café aunque es casi medianoche. El asqueroso café instantáneo; tengo que obligarme a no intervenir y prepararle algo mejor. Negro, sin azúcar, lo bebe de pie junto a la barra como si fuera medicina.

A través de mis agujeros cuidadosamente colocados, tengo una vista completa. Cuando se mueve a la sala, me paso al agujero inferior. Cuando finalmente se dirija a su recámara, me moveré a la vista angular. Siempre vigilando, siempre presente. Esto es lo que sería el matrimonio. Conocer la música de la vida privada de alguien,

compartir el espacio incluso cuando las paredes te dividen. Estamos viviendo juntos en todo menos en el nombre.

A veces, cuando abre sus ventanas, percibo el rastro más sutil de ella. Ese jabón limpio que usa, nada elegante, pero hace que se me haga agua la boca, hace que quiera presionar mi rostro contra su cuello y respirarla hasta embriagarme de ella.

El fantasma que ella descartó en la calle era yo. Soy la sombra en el borde de su visión, la presencia que no logra atrapar del todo. Me emociona, este casi descubrimiento, la forma en que se acerca tanto a la verdad antes de retroceder. Mi pulso se acelera con el encuentro fallido, el delicioso peligro de casi ser atrapado.

Cuando finalmente se va a su recámara, sigo sus movimientos a través de las paredes, rastreando los sonidos de su rutina nocturna. Se ducha primero, y cuento los minutos, decidido a aprender cada parte de su rutina. Veinticuatro minutos.

Escucho el agua cerrarse, la imagino envolviéndose en la toalla raída que se niega a reemplazar, imagino las gotas de agua aún aferradas a su clavícula, ese punto donde su cicatriz atrapa la luz. Estos detalles domésticos lo son todo. Esto es lo que significa la verdadera intimidad. No solo conocer el cuerpo de alguien, sino conocer sus hábitos más silenciosos.

Ella no sabe que ya compartimos un hogar. ¿Por qué no hice esto hace años?

Pronto, se queda dormida. Puedo notarlo por el ritmo del movimiento, la ausencia de sonido. Tiene el sueño ligero. He aprendido esto al observarla en el club durante las raras veces en que el cansancio gana. El menor ruido la despierta. Pero esta noche, sintiéndose más segura con sus cerraduras revisadas y su cuchillo cerca, se permite descansar.

Me siento contra nuestra pared compartida, presionando mi palma contra ella, sintiendo las vibraciones de su presencia como si leyera cartas de amor en braille. Esto es necesario. ¿De qué otra forma sabría si alguien intentara entrar a robar? ¿De qué otra forma podría asegurarme de que respira con regularidad, de que no tiene pesadillas sobre el trauma del que huye?

Porque ella está huyendo. Lisboa no es un plan de vacaciones. Es un escape. Reconozco la forma de alguien intentando desaparecer. La forma en que cuenta los pasos a veces, siempre de ocho en ocho. La cicatriz en su clavícula que nunca ha explicado. Estas son señales

de daños antiguos, del tipo que provienen de nuestro mundo, de la violencia que acecha bajo la superficie perfecta de Miami's.

Ella necesita protección. No del tipo que ella piensa. Cuchillos y puertas cerradas e hipervigilancia. Necesita a alguien que vea las amenazas que ella no ve. Alguien que pueda eliminar los problemas antes de que se conviertan en peligros. The Zayas ha estado forzando los límites desde la muerte de Jorge, probando qué pueden tomar. Si supieran que ella me importa, la usarían. Esta vigilancia secreta la mantiene más segura de lo que cualquier anuncio de protección lo haría.

Esto es amor. Amor real. No flores y promesas, sino presencia real. Estar ahí lo sepa ella o no. Asegurarse de que esté a salvo, alimentada, cuidada. Un amor que cuesta algo, que requiere que vivas en las sombras para que ellos puedan vivir en la luz.

Algunos llamarían a esto acoso. No entienden la diferencia entre obsesión y devoción. La obsesión es egoísta, trata sobre poseer. La devoción trata sobre proteger, incluso cuando te cuesta todo, incluso cuando ellos nunca lo saben. La devoción es paciente de la misma forma en que yo soy paciente, conforme con existir a una pared de distancia, con amar sin reconocimiento, con proteger sin gratitud.

A través de la pared, la oigo moverse en sueños. Suspira, un sonido suave que hace que mi pecho me duela con un deseo tan agudo que se siente como si me ahogara. Las sábanas crujen mientras se gira, y mi miembro se endurece instantáneamente con solo el sonido de su cuerpo moviéndose en la cama. Presiono mi palma con más fuerza contra la pared, sintiendo la leve vibración de su existencia, y tengo que reprimir un gemido.

Esta es mi tortura y mi iglesia. Estar aquí tirado, duro y dolorido, mientras ella duerme sin ser tocada a centímetros de distancia. Mi mano libre se mueve hacia mi entrepierna, apretándome a través de los pantalones, pero no me acaricio. Todavía no. Solo me sostengo, sintiendo el peso de mi necesidad, permitiendo que aumente hasta que duela.

En Lisboa, ¿quién conocería el sonido exacto que hace cuando sueña? ¿Quién reconocería la diferencia entre su sueño inquieto y su sueño tranquilo? ¿Quién estaría aquí, con el miembro latiendo, memorizando cada respiración?

Nadie.

Otro movimiento. Otro suspiro. Este más largo, más jadeante. ¿Estará soñando? Mi agarre sobre mí mismo se tensa, e imagino atravesar esta pared, imagino sus ojos abriéndose de par en par cuando me vea, imagino el cuchillo que guarda cerca siendo inútil contra lo que se ha estado construyendo entre nosotros durante años.

A través de la pared, escucho que su respiración se profundiza de nuevo, volviendo a sumergirse en el sueño. Mi miembro pulsa en mi mano, exigiendo un alivio que no le daré. Esto es parte de ello. La disciplina, el control, la prueba de que puedo desearla tanto y aun así esperar. Cada agujero que he taladrado, cada momento que he observado, cada respiración que he contado nos acerca al momento inevitable en que esta pared caiga.

Cuando me mire y finalmente comprenda que algunas hambres no se pueden evitar, solo saciar.

Cuando se dé cuenta de que Lisboa nunca fue real, que cada ruta de escape conduce de regreso a mí.

Cuando finalmente pruebe esa boca que me persigue, finalmente ponga mis manos sobre la piel que solo he observado, finalmente me entierre tan profundo dentro de ella que olvidará que alguna vez existió un mundo donde éramos extraños.

El pensamiento hace que mi miembro gotee, y tengo que retirar la mano antes de perder el control por completo. No así. No masturbándome contra una pared como algún adolescente desesperado. Cuando me corra, será dentro de ella, con sus uñas en mi espalda y mi nombre en sus labios.

Hasta entonces, espero. Observo.

Ella suspira de nuevo en sueños, y todo mi cuerpo se tensa de deseo.

Pronto, Isa.

Muy pronto, maldita sea.

5 - Isa

Esa sensación de estar siendo observada se ha convertido en mi compañera constante. Ya pasó una semana desde que mi departamento fue violado, y he reconstruido mi vida entera en torno a evitar ojos invisibles.

El restaurante en la Tercera ya no sabe mi nombre. Dejé de ir hace cinco días, la mañana después de darme cuenta de que la mesera había empezado a preparar mi pan tostado antes de que yo llegara al mostrador. Los patrones son peligrosos en El bajo mundo de Miami. Te hacen fácil de encontrar, fácil de lastimar. Que la mesera sepa mi pedido no debería sentirse como una amenaza, pero ahora todo se siente como una amenaza.

Ahora roto entre cuatro establecimientos diferentes, nunca el mismo dos veces seguidas. Hoy es el local cubano en Ocean, mañana será la cadena en Lincoln. Mis rutas hacia La Sirena cambian a diario. A veces por el parque, a veces por la playa, a veces retrocediendo por callejones que huelen a orina y jazmín. Registro cada variación en mi cabeza, un mapa mental de aleatoriedad que debería hacerme imposible de seguir.

El cuchillo descansa contra mi pantorrilla dentro de mi bota, un consuelo frío que me hace pensar en otras cosas presionadas contra la piel. No. Concéntrate. Tres pulgadas de acero alemán que no cambia, no varía, no me deja cuestionando si estoy perdiendo la razón. Mis pensamientos se centran en la Cuchilla mientras camino, un tic nervioso que no parezco poder romper. Al menos este patrón podría salvarme en lugar de matarme.

La sensación de estar siendo observada no se ha ido. En todo caso, ha empeorado. Se trata de un picor persistente entre los omóplatos que ninguna cantidad de cambios de ruta puede aliviar. Ojos sobre mí, siempre. Me descubro revisando los reflejos en los escaparates de las tiendas, estudiando rostros en mi visión periférica, notando a cualquiera que aparezca dos veces. Un hombre con gorra de béisbol en la esquina. Desaparece cuando vuelvo a mirar. Una

mujer con un cochecito que camina demasiado lento. Otra mujer, la misma sensación. Siguen sin seguir, observan sin observar, están ahí sin estar.

La nueva inquilina del 4B. Todavía no la he visto bien desde que vinieron los de la mudanza. Solo sombras pasando detrás de la puerta, el sonido de pasos a través de la pared. Otra cosa que rastrear, otra amenaza potencial. La señora Villaverde debería haberme dicho que se iba, pero no lo hizo. Nadie le dice nada a nadie en esta ciudad hasta que es demasiado tarde.

Me están cazando. O cortejando. O soy una paranoica. El hecho de que no pueda distinguir cuál de las tres es me está volviendo loca.

Mi teléfono vibra con la respuesta automática que he estado recibiendo durante una semana: —Su renovación de pasaporte está siendo procesada. Debido al alto volumen, se esperan retrasos—. Alto volumen, mis narices. Es mayo, no es exactamente temporada alta de viajes. Pero luchar contra la burocracia implica patrones. Llamar al mismo número, visitar la misma oficina. Así que espero, varío mis rutinas y finjo que cambiar de cafetería significa que estoy tomando el control.

El calor de Miami se aferra a mí como un amante posesivo, volviendo mi camiseta transparente por el sudor. Tres cuadras más hasta La Sirena, tomando el camino largo pasando por los hoteles boutique donde los turistas beben mimosas de quince dólares. Su mayor preocupación es una quemadura de sol. Debe ser agradable.

El bendito aire acondicionado de La Sirena me golpea como la salvación. Los preparativos antes de abrir están en pleno apogeo a mi alrededor. Meseros ajustando las mesas, el sistema de sonido haciendo pruebas, un salón a punto de llenarse con los hermosos monstruos de El bajo mundo de Miami en sus trajes de diseñador. La barra huele a colonia cara y ron añejo, bajo lo cual subyace algo más oscuro. Huele a hogar.

Me deslizo detrás de la barra, el único lugar donde los patrones no hacen que te maten. Te hacen eficiente. Las botellas en sus lugares, las herramientas en sus sitios, movimientos practicados hasta que son automáticos. Aquí, no tengo que pensar en que me observan. Todo el mundo observa a la bartender. Es parte del espectáculo.

Juliet Price se sienta en mi barra incluso antes de que abramos oficialmente, con esos ojos color avellana brillantes con algo que no

quiero descifrar. La princesa de Disney del imperio Rosetti, toda bordes suaves y sonrisas genuinas. Lleva dos meses en Miami y, de alguna manera, siempre termina en mi barra en lugar de molestar a alguien con quien sea más fácil hablar.

—¡Isa! —Me sonríe como si fuéramos amigas. No somos amigas. Su calidez me asusta. Me recuerda al pasado, cuando sabía cómo dejar que la gente se acercara sin calcular estrategias de salida.

Le deslizo un vaso de agua sin preguntar. Nunca bebe durante el servicio, solo se sienta y observa como si estuviera estudiando para un examen.

—¿Dónde más iba a estar? —Mi voz suena más cortante de lo que pretendía.

Adrian aparece a mi lado con un café cubano, dejándolo en ese lugar exacto que siempre usa. Lo suficientemente cerca para alcanzarlo, lo suficientemente lejos para no estorbar. Sus dedos rozan los míos cuando tomo la taza, y un calor me recorre el brazo. Inapropiado, no deseado, pero innegable. Odio que mi cuerpo responda ante él cuando mi mente intenta trazar rutas de escape. El calor de su piel hace que algo en mi pecho se apriete, pero lo reprimo donde viven todos los demás sentimientos inoportunos.

El café de Adrian sabe a seguridad, y me odio a mí misma por necesitar ese pequeño ritual de cuidado.

—Pareces cansada, cariña —dice él, con esos ojos marrones que ven demasiado—. ¿Todo bien?

—Todo perfecto. —Bebo el café en un trago ardiente. Sabe a rutina. Como la única cosa en mi vida que no ha cambiado.

Él me estudia por un momento más, luego se aleja para hacer su magia con el nuevo personal. Ese es el don de Adrian. Hacer que todos se sientan el centro del universo sin revelar nada sobre sí mismo.

El servicio entra en pleno apogeo y me pierdo en el ritmo. Servir, agitar, colar, deslizar. La barra se llena de príncipes de los cárteles mezclándose con traficantes de fondos fiduciarios; todos fingen que este es solo otro club exclusivo. La mesa de los Montague está vacía esta noche. Inusual, preocupante, otro patrón roto. Juliet se queda durante todo el rato, ocupando su taburete como si hubiera echado raíces.

—Nunca te vas a casa —observo durante un breve intervalo.

Ella se encoge de hombros, jugueteando con su vaso de agua—. El hogar es una habitación de hotel que huele a limpiador de alfombras industrial.

Levanto una ceja—. Tu hermana es una Rosetti.

Ella esboza una sonrisa pícara, como si acabaran de descubrirla —. Está bien. Mi casa es una suite de hotel de lujo donde el personal exageradamente atento entrega rosas frescas a diario, con una alfombra tan gruesa que podrías perderte en ella, y está tan cerca del agua que a veces me despierto y pienso que estoy en un yate. Pero aun así, esto es mejor.

Quiero decirle que lo de «mejor» es relativo, que este lugar devora a la gente, que debería huir de vuelta a New York mientras todavía pueda. En lugar de eso, le relleno el agua y no digo nada.

La multitud disminuye a medida que nos acercamos al cierre. Los rezagados apuran sus últimos tragos mientras los meseros comienzan la sutil danza de fomentar la partida. Juliet no se mueve.

—Ya vamos a cerrar —le digo, aunque obviamente lo sabe.

—Lo sé. —No se mueve—. Te ayudaré a limpiar.

—No necesito ayuda.

—Eso también lo sé.

Se queda de todos modos, observando mientras limpio la barra, hago el inventario de las botellas, cuento la caja. Su presencia debería molestarme. En cambio, se siente como algo… No tengo una palabra para definirlo que no me asuste.

—Eres diferente a los demás —dice Juliet, rompiendo el silencio que he estado cultivando durante veinte minutos.

—¿Los demás? —Clasifico los billetes, sin mirarla.

—la familia. Este mundo. No eres… —Hace una pausa, buscando las palabras—. No pareces alguien que disfrute de esto.

—¿Y tú sí? —La pregunta me sale más afilada de lo que pretendía, pero ella no se inmuta.

—Yo no lo elegí. Mi hermana se casó dentro de esto para protegerme, y ahora aquí estoy de todos modos. —Su risa es suave, autocrítica—. La princesa de Disney en el castillo del asesinato.

La descripción es tan acertada que casi sonrío—. ¿Eso es lo que crees que eres? ¿Una princesa de Disney?

—Eso es lo que todos ven. La dulce y pequeña Juliet que necesita protección. —Traza patrones en la barra con el dedo—. Pero tú ves

algo más, ¿verdad? Por eso me gusta sentarme aquí. Me miras como si fuera simplemente… normal.

Normal. Si tan solo supiera lo lejos que estoy de lo normal. Cómo el cuchillo en mi bota susurra promesas sobre cualquiera que se acerque demasiado. Cómo cuento mis pasos de ocho en ocho para mantener a raya el pánico. Cómo dejar que se siente aquí, dejar que se quede, se siente como estar al borde de un precipicio.

—No soy una buena amiga para tener cerca —le digo, y la verdad se me escapa involuntariamente.

—Menos mal que no estoy buscando amigos, entonces. —Sonríe, y eso rompe algo en mi defensa que no sabía que estaba ahí—. Solo alguien que no me trate como si estuviera hecha de cristal.

—Eres más fuerte de lo que pareces. —La confesión me cuesta algo, pero su sonrisa hace que valga la pena.

—Tú también. Excepto que también eres más blanda de lo que finges. —Se pone de pie, finalmente lista para irse—. ¿A la misma hora mañana?

Ya no es una pregunta, y ambas lo sabemos. Está reclamando un espacio en mi vida sin permiso, y estoy demasiado cansada para luchar contra ello. Tal vez demasiado sola.

—Es un bar, no una cita.

—A la misma hora mañana —repite, ya no como una pregunta.

Sale caminando, dejándome sola con el eco de su calidez. Se sintió peligroso dejarla acercarse tanto. Se sintió como algo que quería de todos modos.

El bar vacío me presiona, demasiado silencioso tras la charla de Juliet. Termino de limpiar, cada movimiento es mecánico, pero mis manos no dejan de temblar.

Ahí es cuando Meiling surge.

No es un recuerdo que yo elija, sino uno que rompe sobre mí como una ola. Meiling a los catorce años, riéndose de algo estúpido que dije, con su cabello negro ondeando al viento. Éramos inseparables entonces. Mejores amigas de esa manera intensa en que lo son las adolescentes, como si el mundo fuera a acabarse si estábamos separadas más de un día.

Todavía puedo oler su champú. Coco y lima. Sentir su mano en la mía mientras corríamos por las calles de Miami, invencibles a los catorce. Saborear la culpa que sube como bilis cada vez que intento recordar exactamente cómo la destruí.

La culpa golpea tan fuerte que tengo que aferrarme a la barra para mantenerme en pie. Está muerta, y de alguna manera es mi culpa. Eso es lo único que sé con certeza, la única verdad en una niebla de recuerdos poco fiables. Estábamos juntas, luego ella se había ido, y el peso de eso se asienta en mi pecho como una piedra.

No puedo recordar cómo murió. No con claridad. Hay fragmentos. El sol demasiado brillante, su voz gritando mi nombre, algo sobre una caída. Pero las piezas no encajan. La neblina de las drogas, el trauma, el tiempo, algo ha devorado el recuerdo hasta que lo único que queda es esta certeza aplastante de que yo la maté. Tal vez no directamente. Sino por descuido, por imprudencia, por ser el tipo de amiga que atrae el peligro.

Mi respiración sale en jadeos agudos. Catorce años de edad, y destruí a la única persona que realmente me conocía. ¿Es por eso que ahora alejo a todo el mundo? ¿Por qué no puedo dejar que la calidez de Juliet se acerque a menos de la distancia de la barra?

Meiling tendría veintiocho años ahora. Mi edad. ¿Seguiría riéndose de cosas estúpidas? ¿Habría ido a Taiwán como planeamos, me habría enviado postales de mercados nocturnos y templos? ¿Me habría perdonado por lo que sea que hice aquel día que no consigo recordar bien?

El peso de ella presiona hacia abajo hasta que apenas puedo respirar. Esto es lo que pasa cuando dejo que la gente se acerque. Mueren, se van, se convierten en fantasmas que me asolan en bares vacíos.

Me obligo a moverme, a cerrar con llave, a salir a la noche de Miami. Pero Meiling me sigue de todos modos, una sombra que nunca podré sacudirme, una deuda que nunca podré pagar.

El camino a casa me lleva por Atlantic en lugar de Ocean, pasando por las tiendas cerradas en lugar de los restaurantes nocturnos. Otra variación en el patrón, otro intento de sacudirme la sensación que nunca me abandona.

Esta noche es peor. La sensación de ser observada tiene peso ahora, sustancia, como si alguien respirara justo fuera de mi vista. Me sorprendo contando los pasos. Uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho, uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho. El ritmo que evita que el pánico me devore entera.

Un automóvil está encendido en la esquina, con las ventanas demasiado oscuras para ver a través de ellas. Se aleja mientras me

acerco, pero otro aparece dos cuadras más adelante. Auto diferente, la misma sensación. Mi mano encuentra el mango del cuchillo y lo saco de mi bota, mis dedos envolviéndolo como un rosario. El metal se calienta bajo mi palma, y por un momento imagino usarlo, imagino el deslizamiento húmedo del acero en la carne, la forma en que una amenaza se convertiría en silencio. La violencia del pensamiento debería repugnarme. En cambio, me estabiliza.

Reviso los reflejos en cada superficie. Escaparates, espejos de autos, la pantalla negra de mi teléfono. Nada. Nadie. Solo yo y mi paranoia caminando a través de la densa noche de Miami que huele a sal, a escape y a jazmín de noche.

Para cuando llego a mi edificio, el sudor ha empapado mi camiseta a pesar de la corta caminata. Me quedo en la entrada durante un minuto entero, escaneando la calle, notando cada sombra. Un anciano paseando a un perro diminuto. Una pareja discutiendo en español tres edificios más allá. Sonidos normales de la noche que se sienten de todo menos normales.

Adentro, realizo mis rituales de seguridad con precisión religiosa. Primera cerradura, probar la resistencia. Segunda cerradura, escuchar el clic. Tercer cerrojo, el que instalé yo misma, el que realmente importa. Cada cerradura es una oración, cada clic seguro una pequeña salvación.

Reviso el hilo que coloqué a través del marco de la puerta. Intacto. Pruebo cada pestillo de las ventanas, dos veces, porque una nunca es suficiente cuando intentas protegerte contra algo que podría estar ya dentro. El cuchillo sigue en mi mano mientras me muevo por el departamento, revisando esquinas, armarios, detrás de la cortina de la ducha. Mis rituales se han vuelto más elaborados cada noche. Más hilos, más comprobaciones, más formas de convencerme de que estoy a salvo.

Vacío. Seguro.

En mi habitación, me quito la ropa empapada de sudor, tomo una ducha rápida y me desplomo en la cama, pero el sueño parece imposible. Mi cuerpo vibra con la adrenalina sobrante, con el recuerdo de ser observada, con algo más que no quiero nombrar.

Cierro los ojos y odio que sea el rostro de Adrian lo que veo. No el observador, no la amenaza de la que huyo. Adrian. Sus dedos rozando los míos sobre esa taza de café esta mañana. La forma en que ese pequeño contacto me provocó un calor inmediato y no

deseado. Su voz diciendo «cariña» como si significara algo más que un cariño casual.

Mis muslos se aprietan involuntariamente y maldigo a mi cuerpo traidor. Este no es el momento. Me están cazando, vigilando, violando mi intimidad de formas que ni siquiera puedo probar, ¿y mi cuerpo elige anhelar al único hombre que me hace sentir a salvo? ¿A la única persona cuyo ritual diario de café se ha convertido en algo que necesito como el aire?

Conozco a Adrian desde hace años, pero estos últimos días algo ha cambiado. No dejo de notar el estiramiento de su camisa sobre su pecho, imaginando que la mirada en sus ojos es hambre en lugar de simple amabilidad. Debe ser mi acosador, que me asusta, que me hace recurrir a la persona más segura que conozco.

Me permito imaginar qué pasaría si no me apartara cuando Adrian me toca. Si dejara que sus dedos demoraran sobre los míos. Si me inclinara hacia su calor en lugar de ahogarlo en un trago ardiente.

El deseo entre mis piernas se intensifica, y presiono mi palma contra mí misma a través de la ropa interior, odiándome por el alivio que eso me trae. A esto he sido reducida. Paranoica y desesperada, ansiando el toque de un hombre que no puedo permitirme querer. Porque las personas que se acercan a mí, mueren.

Adrian con su encanto fácil y su distancia cuidadosa. Adrian, que ve demasiado pero nunca presiona. Adrian cuya colonia, tabaco mezclado con algo cítrico, tal vez lima, hace que quiera enterrar mi cara en su cuello y quedarme allí hasta que el resto de Miami desaparezca.

Mis dedos se mueven contra mí y me muerdo el labio para no hacer ruido. Porque en algún lugar allá afuera, alguien está observando. Esperando. Y la parte enfermiza es que no sé si el calor en mi vientre es por miedo a mi acosador o por imaginar las manos de Adrian en lugar de las mías.

Llego al clímax con su nombre silencioso en mis labios.

6 - Adrian

Ella está limpiando la barra. Tres pasadas, siempre tres, el trapo doblado en cuartos perfectos.

La disciplina de no estirar la mano hacia ella se ha convertido en mi segundo esqueleto, lo que me mantiene erguido. Años de estar lo suficientemente cerca para memorizar cómo cambia su respiración cuando cuenta las medidas al servir. Superficial para el vodka, más profunda para el whisky. Pero ni una sola vez dejando que mis dedos encuentren ese punto donde su pulso salta cuando alguien la sobresalta.

—¡Adrian, hola! —La mujer de la mesa nueve me atrae de vuelta, queriendo que le presente al chef, queriendo sentirse especial en su aniversario. Le doy toda mi atención, la sonrisa cálida que abre puertas y corazones, pero por debajo estoy rastreando los movimientos de Isa de la misma forma en que otros hombres rastrean acciones o resultados deportivos.

Cambió la funda de su teléfono en febrero. De negro azabache a carbón oscuro. Esperé una semana entera antes de mencionarlo, con la naturalidad suficiente para que nunca supiera que noté exactamente el lunes por la mañana en que apareció por primera vez.

La pareja se aleja feliz, y yo me desplazo hacia la barra, manteniendo esa distancia cuidadosa. Lo suficientemente cerca para ver la pequeña cicatriz en su nudillo de cuando se cortó arreglando la caja registradora antigua el año pasado. Lo suficientemente lejos para no sentir el calor que irradia de su piel.

La mesa de los Montague está vacía esta noche. Es inusual tras la disputa en el puerto de la semana pasada con el clan Zayas. Su ausencia hace que el salón se sienta desequilibrado, como un diente que falta en una sonrisa. En la esquina, dos de los hombres de Gunner fingen beber mientras vigilan la puerta. Todos están nerviosos desde que los límites territoriales empezaron a cambiar.

Así es como se ven los años: saber exactamente cómo se mueve su cuello mientras traga whisky, mientras me niego el conocimiento de

a qué sabría si presionara mi boca contra esa peca. Es observar el movimiento de sus manos mientras mantengo las mías trabadas a mis costados, casual, tranquilo, sin traicionar nunca el esfuerzo que requiere no estirarme y descubrir finalmente si su piel es tan suave como se ve bajo las luces de la barra.

La disciplina tiene un costo. Cada turno, cada noche, el esfuerzo de no tocarla me arranca algo. Pero lo cargo porque la alternativa destruiría lo único que importa: estar cerca de ella.

Un alboroto en la mesa siete me saca de mi órbita cuidadosa. El joven se ha puesto de rodillas, la caja del anillo tiembla en su mano, y su novia parece lista para salir huyendo. Tres semanas. Los oí decirlo cuando entraron. Tres semanas de noviazgo, y el pobre bastardo ya le está pidiendo matrimonio.

—Diego, ¿qué estás haciendo? —Ella retrocede, su voz aguda por un pánico que está a punto de convertirse en el entretenimiento de todos.

Este es un desastre desarrollándose en tiempo real, del tipo que termina con videos virales y un hombre bebiendo solo. Pero esto es también lo que mejor sé hacer. Rescatar momentos del borde de la catástrofe. Rescato el momento de la misma forma en que rescato todo: con una manipulación cuidadosa disfrazada de amabilidad.

—Amigos míos —me deslizo entre ellos con champaña que no pidieron pero que necesitan desesperadamente—. La botella especial que solicitó para su celebración de tres semanas. —Sirvo con elegancia, dándole a Diego un salvavidas con la mirada—. Aunque debo decir, ¿sacar joyería tan pronto? Movida audaz.

Todo el restaurante observa, esa anticipación de aliento contenido al presenciar ya sea un romance o un naufragio.

—Me dijiste que esperara unos aretes —dice ella, mirando fijamente el diamante de dos quilates—. Eso no son unos aretes.

—No —concuerdo, dejando que la calidez inunde cada palabra—. Pero podría serlo. ¿Una piedra tan perfecta? Podría ser cualquier cosa que desees. —Levanto la copa de champaña—. Por los diamantes.

Ella mira a Diego. Lo mira de verdad. Algo cambia. Él saca con torpeza unos aretes reales de su bolsillo. El chico listo tenía un plan de respaldo. De repente ella está riendo y llorando mientras el salón estalla en aplausos.

Sirvo champaña para las mesas de alrededor, convirtiendo el desastre en la historia que contarán durante años. Esta calidez no es una actuación. Es real, lo más honesto de mí. Tomar la catástrofe y transformarla en magia, enviando ondas de alegría por todo el salón. Me hace feliz también a mí, saber que puedo ayudar a otros.

El ejecutivo farmacéutico se ha tomado cuatro whiskies y cree que eso lo hace valiente. Se dice que lava dinero para el clan Zayas. De poca monta, pero lo suficientemente conectado como para sentirse intocable. Su mano se desliza por la barra hacia la muñeca de Isa, y veo cómo ella sigue el movimiento sin que su expresión cambie. Ya está calculando. Puedo verlo en el microajuste de su postura, la forma en que su peso se desplaza imperceptiblemente hacia su pie trasero.

—Eres demasiado linda para ser tan mala —dice él, con los dedos casi tocando su piel—. Vamos, una sonrisa no te matará.

La mano de ella se mueve tan rápido que casi no lo veo. Atrapa los dedos que se estiran de él y aplica presión en algún punto de su palma que lo hace jadear. Para cualquiera que esté mirando, parece que simplemente le está devolviendo su mano, pero puedo ver la forma en que el rostro de él pierde el color, la forma en que sus dedos sufren espasmos involuntarios.

—Su bebida cuesta veintidós dólares —dice ella, con la voz plana como pavimento de invierno—. La propina es opcional. Tocarme no está en el menú.

Él retira su mano de un tirón, sacudiéndola, ya dominado, ya vencido. La amenaza neutralizada con facilidad. Ella se ha dado la vuelta para atender a otro cliente antes de que él pueda articular palabra.

El cliente empieza a inclinarse hacia atrás, ya buscando su billetera, ya retrocediendo. La situación está completamente resuelta. Ella ha hecho esto mil veces, no necesita la ayuda de nadie, especialmente la mía.

Pero algo frío se despliega en mi pecho, territorial y absoluto. El sabor de la violencia llena mi boca, metálico y familiar.

Se terminó. Resuelto por completo. Ella ya está a salvo.

Y me estoy moviendo de todos modos.

La calidez se drena de mí como si alguien hubiera quitado un tapón. Siento que se va, siento al Adrian familiar desvanecerse. El que rescató la propuesta, el que hace que todos se sientan especiales.

Lo que queda es algo que normalmente mantengo enjaulado, algo más viejo, mucho peor. Ella es mía para protegerla, incluso de los hombres que piensan que trabajar con nuestra familia significa que pueden tocar a nuestra gente.

Mi mano se cierra sobre su muñeca mientras él busca su billetera. Con la fuerza suficiente como para sentir sus huesos crujir bajo mi agarre.

—¿Ya te vas? —Mi voz sale mal. Demasiado suave. El tipo de suavidad que hace que los hombres inteligentes busquen las salidas.

—Yo solo estaba…

—Solo te estabas yendo. —Mantengo el agarre, dejando que sienta con qué facilidad esos pequeños huesos podrían romperse—. Y vas a mencionarles a tus amigos en el puerto que el personal de aquí es intocable. ¿Verdad?

Sus ojos se agrandan ante la referencia a su trabajo real. —Sí —consigue decir—. Sí, por supuesto.

Me inclino cerca de su oreja, con la voz modulada solo para él. —Y déjame dejar algo muy claro. No la miras. No hablas con ella. Ni siquiera piensas en ella. —Mis dedos se aprietan, moliendo los huesos de su muñeca—. No quieres convertirte en un problema que yo tenga que resolver permanentemente. ¿Comprende?

Se pone pálido, el aliento se le traba. La violencia en mí quiere más, quiere sentir algo romperse bajo mis manos. La cosa fría y territorial exige sangre por la ofensa de querer lo que es mío.

Me retiro en el último segundo, lo suelto con una palmadita suave como si fuéramos viejos amigos. Él tropieza hacia la salida, no mirará atrás, nunca volverá a venir aquí.

El frío no se drena por completo. Se queda en mi pecho como hielo que no se derrite. La rabia territorial sigue zumbando por mis venas, haciendo que mis manos tiemblen por la necesidad de destruir algo. Porque aunque ella lo manejó, aunque nunca me necesitó, la idea de que otro hombre la quiera hace que desee destrozar todo este salón.

Isa me está mirando ahora, y por una vez puedo leerla perfectamente. No está agradecida. Está evaluando, estudiando este atisbo de algo que normalmente oculto mejor.

La redundancia de mi acción pende entre nosotros. Ella ya lo había neutralizado. Mi intervención fue innecesaria. Nunca se trató de su seguridad.

Se trató del hecho de que él intentó tocar lo que es mío.

El pensamiento debería perturbarme. En cambio, se asienta en mi pecho junto al frío territorial que no termina de drenar.

El frío provocado por el cliente sigue ahí, ardiendo todavía, cuando me encuentro detrás de la barra recogiendo vasos vacíos. Demasiado cerca de ella. Debería alejarme, pero la cosa territorial en mi pecho no me deja. Mi corazón late tan fuerte que estoy seguro de que ella puede oírlo.

Ella está reponiendo botellas, con el perfil afilado bajo la luz tenue. Nueve años sin estirar la mano. Nueve años de una disciplina perfecta. El muro que construí con tanto cuidado, ladrillo a ladrillo, evitando que mis manos hicieran lo que siempre han querido.

Me acerco más. No puedo detenerme. El frío provocado por el cliente exige algo, exige el reconocimiento de que ella es mía aunque no lo sepa.

—No necesitabas mi ayuda —digo, y mi voz sale mal. Más ronca. Más oscura.

—Nunca la necesito —responde ella sin mirarme.

Eso rompe algo. El desdén casual, la confianza fácil, la forma en que ella existe en mi espacio sin verme nunca como lo que realmente soy. La disciplina que he mantenido durante nueve años se agrieta como hielo bajo presión. El horror hacia mí mismo se mezcla con el alivio de que finalmente esté sucediendo, finalmente liberándose.

Me muevo antes de pensar. Mis manos golpean la barra a ambos lados de ella, atrapándola contra el mostrador. Sin tocarla. Incluso ahora, alguna parte de mí mantiene ese último límite. Pero enjaulándola con mi cuerpo, mis brazos, el colapso repentino de todo ese control cuidadoso. El calor de su cuerpo irradia a través del espacio entre nosotros, mareándome.

Ella se queda rígida. Lo siento en el aire entre nosotros. La sorpresa, la forma en que su aliento se corta. Estoy lo suficientemente cerca para sentir el calor de su piel, oler ese jabón y el leve sudor de un turno largo, ver el pulso saltando en su garganta.

—Adrian —dice, y hay una advertencia en su voz. Nunca antes había pronunciado mi nombre así. Con una conciencia real de que soy una amenaza, en lugar de solo el hombre que le trae café.

Pero no puedo retroceder. No puedo reconstruir el muro. Mis años de disciplina han fallado en este momento, mi cuerpo

finalmente haciendo lo que nunca le he permitido. Acorralándola. Controlándola. Haciéndole sentir el peso de lo que me provoca.

—Mía —la palabra escapa en español, mi control deslizándose hacia mi lengua materna. Mía.

Esto es lo que he estado ocultando bajo toda esa calidez. Esta cosa dominante, posesiva, que quiere enjaularla, conservarla, hacerle entender que ha sido mía desde antes de que supiera mi nombre.

La hoja aparece tan rápido que no la veo sacarla. En un segundo la estoy acorralando, borracho por haber roto finalmente mis propias reglas. Al siguiente, hay acero presionado contra mi garganta.

Su cuchillo. El que guarda en su bota. El que la he visto tocar mil veces cuando está nerviosa.

Ahora está en mi arteria, preciso y letal. El filo besa mi piel con la presión suficiente para que, si trago, sangre. El metal está tibio por el calor de su cuerpo, íntimo de una forma que hace que mi polla lata con fuerza.

Nos quedamos congelados. Mis manos siguen apoyadas contra la barra a ambos lados de ella. Su cuerpo sigue atrapado entre mis brazos. Pero ella ya no es la presa. Nunca lo fue. Tiene a la muerte en mi garganta y el asesinato en sus ojos, y maldita sea si eso no hace que la desee más.

Nuestra respiración llena el espacio entre nosotros, áspera e irregular. Puedo sentir el filo de la hoja, lo suficientemente afilado para que incluso respirar demasiado profundo pueda romper la piel. Ella podría abrirme la garganta ahora mismo. Un solo movimiento. La Cuchilla —el nombre que la mitad de el bajo mundo de Miami le dio años antes de que yo la oyera hablar— ganándoselo.

Me está demostrando exactamente lo que siempre he sabido. Es tan peligrosa como yo.

—Retrocede —dice, con la voz mortalmente calmada. Profesional. Como si ya hubiera hecho esto antes.

Pero no puedo moverme. No puedo pensar más allá de la verdad que está aflorando ahora, con la muerte en mi garganta y su cuerpo casi pegado al mío.

Quiero inclinarme hacia la hoja. Quiero ver si lo haría. Quiero probar su boca aunque signifique desangrarme en esta barra.

El cuchillo presiona más fuerte, y me doy cuenta de que me he inclinado hacia adelante sin querer. Una gota de sangre brota donde el filo toca la piel. El sabor a cobre me llena la boca, mezclándose con

la violencia que ya estaba allí. Sus ojos se agrandan ligeramente. Sorpresa de que no esté retrocediendo, de que la hoja no me esté haciendo someter.

Si acaso, me está poniendo más duro. Haciendo que el dolor en mi polla sea casi insoportable.

Y entonces lo veo. Sus pupilas se dilatan, su respiración se traba, y por un segundo perfecto antes de que pueda ocultarlo, su cuerpo se balancea hacia el mío.

7 - Isa

El cuchillo presiona contra la garganta de Adrian y mi cuerpo me traiciona por completo.

El calor me inunda en el instante en que sus manos me acorralan contra la barra. No es miedo. Eso tendría sentido. Esto es algo más, algo que comienza en lo bajo de mi vientre y se extiende como un incendio forestal por cada nervio. Su cuerpo irradia calor allí donde casi toca el mío y, durante medio segundo horroroso, quiero soltar el cuchillo. Quiero dejar que la hoja caiga y ver qué haría él con sus manos apoyadas a ambos lados de mí, lo que esa mirada en sus ojos promete.

El acero alemán permanece firme en su garganta incluso mientras mi pulso se acelera. Tres pulgadas de hoja que podrían abrir su arteria con un solo movimiento, y yo estoy pensando en la rendición. En lo que se sentiría dejar de luchar por una vez, dejar que alguien más tome el control, dejar que él tome lo que sea que estaba a punto de tomar cuando me inmovilizó aquí.

Mi control se impone con fuerza. Me odio al instante por la humedad que se acumula entre mis muslos mientras sostengo un cuchillo en la garganta de un hombre. Esta no es quien soy. Yo no me rindo. Yo no me someto. Sobrevivo manteniendo un control perfecto sobre cada variable, y la mayor variable actualmente es el dolor en mi cuerpo que desea lo que no puedo permitirme desear.

El aliento de Adrian calienta mi rostro, rápido y superficial. El filo de mi hoja ha dibujado una perla de sangre donde besa su piel. Debería estar retrocediendo, disculpándose, haciendo cualquier cosa excepto inclinarse más cerca como si quisiera probar qué tan afilado está realmente.

El conocimiento pulsa a través de mí con los latidos acelerados de mi corazón. Un movimiento, tal vez dos segundos antes de que se desangrara. He cortado a hombres antes, sé exactamente cuánta presión se necesita para pasar de una amenaza a una promesa y a un cadáver. Mi mano no tiembla. Mi cuchillo no vacila. Detrás de

nosotros, el cristal de Baccarat detrás de la barra atrapa la luz como diamantes. Toda esta belleza, y yo estoy pensando en sangre.

Pero debajo de la competencia letal, debajo del cálculo frío de ángulos y arterias, ese calor sigue aumentando. Porque sus ojos no muestran miedo. Muestran algo crudo y hambriento que coincide con lo que intento aplastar en mi pecho. Como si supiera exactamente lo que mi cuerpo está haciendo incluso mientras sostengo la muerte en su garganta.

Lo odio por verlo. Me odio más a mí misma por sentirlo.

—El cliente —digo, con la voz plana y rasposa—. Perdiste la cabeza por un cliente borracho que ya se estaba yendo.

Adrian no quita las manos de la barra, pero algo cambia en su rostro. Sus hombros se relajan primero, recuperando esa postura despreocupada. Luego, las comisuras de su boca se suavizan. Para cuando sus ojos vuelven a irradiar calidez, estoy presenciando un truco de magia. El extraño peligroso desapareciendo bajo el amigo que creía conocer.

—Te estaba molestando. —Su voz suena ronca, luego se suaviza—. Solo quería ayudar.

—No necesitaba ayuda. —Cada palabra es deliberada, sin emociones. Oraciones completas gastadas como moneda mientras mi cuerpo todavía arde por su proximidad—. Lo tenía controlado. Siempre lo tengo controlado.

En mi visión periférica, capto a Gunner moviéndose entre la multitud, con la mano rozando su cadera donde descansa su arma. El recordatorio de dónde estamos, de qué mundo habitamos, debería enfriar el calor. No lo hace.

—Lo sé. —Adrian traga saliva y tengo que inclinar un poco el cuchillo para evitar cortarlo más profundamente—. Sé que lo tenías. Lo siento.

La disculpa no significa nada. Ambos lo sabemos. Ambos sabemos que algo más sucedió aquí, algo que no tuvo nada que ver con ayudar.

—Mueve tu mano izquierda —le digo—. Lentamente.

Lo hace, levantándola de la barra con exagerado cuidado. Luego la derecha. Cada movimiento cuidadoso, coreografiado; dos personas fingiendo que tenemos una conversación diferente a la que nuestros cuerpos gritan.

—Retrocede.

Da un paso. Luego otro. La distancia ayuda, pero no lo suficiente. Todavía puedo oler su colonia. Tabaco con algo cítrico debajo. Todavía siento el fantasma de su calor donde casi se presionó contra mí.

Bajo el cuchillo lentamente, manteniéndolo visible entre nosotros. Un recordatorio. Una barrera.

—Eso no puede volver a suceder —digo.

—Por supuesto. —El Adrian que todos conocen ya casi ha vuelto. Esa calidez fácil, ese encanto practicado—. Solo cuido a la familia, ¿sabes? A veces me pongo… —Hace una pausa y, por un segundo, su expresión me recuerda a los soldados que a veces beben aquí. Hombres que han hecho cosas que harían que Dios mismo desviara la mirada. Entonces desaparece y vuelve a ser Adrian, pero mi piel todavía se eriza al reconocer algo depredador—. Protector.

La palabra cae mal. Tiene peso, posesión tal vez, que hace que mis instintos se activen. Pero luego él sonríe con esa sonrisa familiar, relajando los hombros en su pose casual de siempre, y archivo ese destello. Algo para examinar más tarde cuando mis muslos no estén todavía apretados, cuando no esté todavía luchando contra el impulso de guardar el cuchillo y atraerlo de nuevo hacia mí.

—Deberíamos volver al trabajo —dice, como si nada hubiera pasado. Como si no acabara de inmovilizarme contra una barra. Como si yo no acabara de desear que lo hiciera—. Larga noche por delante.

—Sí. —Deslizo el cuchillo de nuevo en mi bota, el metal todavía caliente por mi agarre—. Deberíamos.

Se gira para irse, luego se detiene. —Gracias —dice, y no sé por qué me está dando las gracias. ¿Por no matarlo? ¿Por no hacer preguntas? ¿Por no nombrar lo que acaba de romperse entre nosotros?

—¿Por qué?

—Por recordarme los límites. —La mentira brota tan fácilmente de su boca—. Tendré más cuidado.

Nos separamos en el ruido del club, ambos fingiendo que le creemos, ambos sabiendo que mentimos por omisión. La máscara es perfecta ahora. Él es Adrian el encantador, Adrian el anfitrión, Adrian que hace que todos se sientan especiales. Pero capté ese destello de algo más. Algo oscuro.

Lo observo trabajar en la sala durante otra hora, llevando calidez a cada mesa, antes de que se excuse y desaparezca arriba, a su apartamento. Es inusual que se vaya temprano, pero después de lo que acaba de pasar, tal vez la distancia sea mejor para ambos.

Le hago una seña a Carlos para que cubra la barra. —Solo cinco minutos —le digo sin voz, y me deslizo hacia el pasillo trasero, encontrando un nicho de almacenamiento vacío donde nadie me buscará.

La puerta del nicho se cierra tras de mí y mi cuerpo finalmente hace lo que ha estado amenazando con hacer desde el momento en que las manos de Adrian golpearon la barra.

El espacio huele a cartón y al limpiador industrial que usamos en los suelos. Cajas de licor apiladas contra una pared, y yo apoyo la espalda contra la otra, con las piernas temblando, la respiración saliendo en jadeos agudos que no podía permitirme allá afuera. El dolor entre mis muslos se ha vuelto insoportable. Mi ropa interior está empapada y me odio por ello. Odio que mi cuerpo haya respondido a ser enjaulado, controlado, casi poseído.

Intento pensar en cualquier otra cosa. Conteos de inventario, entregas de mañana, el patrón de cicatrices en mis manos de años de trabajo en la barra. Pero mi cuerpo no se deja redirigir. Quiere lo que quiere con una ferocidad que me asusta.

La fantasía surge antes de que pueda detenerla: Adrian llevando a cabo cualquier oscuridad que vi en sus ojos. Sus manos en mis muñecas, sosteniéndolas sobre mi cabeza. Su peso presionándome contra la barra, contra la pared, hacia la rendición. Dejar ir la vigilancia constante, el control perfecto, el esfuerzo agotador de gestionar cada variable. Solo por una vez, dejar que alguien más decida. Dejar que él decida.

Control significa que no hay sorpresas. No hay variables. No hay posibilidades de que las personas que me importan terminen… No. Pero es exactamente eso. La rendición significa caos, y el caos significa muerte. Siempre ha sido así.

Mi mano se desliza entre mis piernas con la inevitabilidad de la gravedad, encontrando el lugar donde ya estoy hinchada y dolorida, con mi cuerpo tan adelantado a mi mente que resulta humillante. El primer toque a través de mi ropa interior me hace morderme el labio con la fuerza suficiente para saborear el cobre. Presiono mi mano sobre mi boca para ahogar cualquier sonido que pudiera escapar.

Esto está mal. Esto es lo opuesto a todo aquello en lo que me he convertido. Yo no rindo el control. No me someto. No fantaseo con hombres que me inmovilizan y toman lo que quieren. Excepto que aparentemente sí lo hago, porque mis dedos se mueven más rápido ahora, rodeando mi clítoris mientras imagino las manos de Adrian en lugar de las mías.

En la fantasía, él no pide permiso. No duda. Toma lo que quiere y hace que me guste, hace que lo ruegue, hace que olvide que el control es lo único que me mantiene a salvo.

El orgasmo aumenta rápido, casi violento. Presiono con más fuerza sobre mi boca para ahogar el sonido mientras llego al clímax, con todo mi cuerpo temblando por la fuerza de este. Durante unos segundos, todo se vuelve blanco, silencioso y simple.

Luego me invade la vergüenza.

Acabo de correrme en un nicho de almacenamiento pensando en Adrian controlándome. En renunciar a la única cosa que no puedo permitirme perder. Mis dedos todavía están mojados. Prueba de lo completamente que me he traicionado.

Me limpio mecánicamente, con el odio ardiendo en mi pecho. Esta no es quien soy. Esta no es quien puedo permitirme ser. Hombres como Adrian, cálidos y encantadores y repentinamente peligrosos, son exactamente el tipo de variable que hace que maten a la gente. Que hace que maten a la gente que amas.

Pero a mi cuerpo no le importa la lógica, ni la seguridad, ni las lecciones escritas en tejido cicatricial. Quiere lo que quiere, y aparentemente lo que quiere es lo opuesto a todo lo que me he entrenado para ser.

Más tarde, la barra finalmente está tranquila, solo yo limpiando superficies y Juliet encaramada en su taburete habitual de nuevo como si le hubieran crecido raíces allí. La humedad del exterior se filtra cada vez que se abre la puerta, haciendo que todo se sienta pesado y cercano. La mayoría de las noches ya la habría echado. Esta noche, agradezco la distracción de lo que ocurrió en el nicho de almacenamiento.

—Sabes —dice Juliet, agitando el hielo en su vaso de agua—, Adrian parecía listo para asesinar a ese tipo antes. También se fue temprano. Eso nunca pasa.

Mi mano se detiene sobre la barra. —Exageró.

—Tal vez. —Inclina la cabeza, estudiándome con esos cálidos ojos color avellana que ven demasiado—. O tal vez ha estado medio enamorado de ti durante años y finalmente perdió un poco los papeles.

—Adrian no es… —Me detengo, porque en realidad ya no sé qué es Adrian. La imagen surge sin ser llamada: algo que mencionó una vez, hace años, cuando un cliente se quejaba de su familia. Solo un fragmento. Cómo el apartamento de su abuela en Little Havana siempre olía a café y flores, cómo las cenas de los viernes significaban demasiado ruido y nunca suficiente espacio. Había sonreído cuando lo dijo, luego cambió de tema cuando lo miré durante demasiado tiempo, desviando la conversación con un chiste sobre el cliente como siempre hace cuando las cosas se vuelven demasiado personales.

Ese es el Adrian que creía conocer. El que deja escapar piezas diminutas pero nunca el cuadro completo. No el que me inmovilizó contra una barra con algo posesivo en sus ojos.

—¿Ves? —Juliet sonríe—. Lo estás defendiendo. Estamos charlando de chicos. Esto es básicamente una amistad. Estamos progresando.

—No somos amigas.

—Podríamos serlo. —Se inclina hacia adelante, ahora seria—. Sé que piensas que soy esta mujer ingenua que no entiende cómo funciona el mundo, pero lo entiendo más de lo que crees. Entiendo lo que es mantener a la gente a distancia porque dejar que se acerquen se siente demasiado peligroso.

Detrás de ella, capto fragmentos de español del personal de cocina que está cerrando. El ritmo familiar del corazón de Miami's. Tiene razón. Tiene toda la razón, y eso lo hace peor. Pero hay algo en su calidez que no se siente como una amenaza. Tal vez porque somos demasiado diferentes para una amistad real. La chica rica y brillante y la camarera con un cuchillo en la bota. Somos tan incompatibles que dejarla acercarse se siente seguro. Como jugar con fuego cuando sabes que en realidad es solo una iluminación astuta. No puede volverse lo suficientemente real como para doler.

—Está bien —me oigo decir—. Podemos ser… lo que sea que esto sea.

Su sonrisa podría iluminar todo el club. —«Lo que sea que esto sea» es perfecto. Lo acepto.

Se queda mientras termino las tareas de cierre, parloteando sobre nada y sobre todo. Sobre su hermana Eleanor. Sobre extrañar New York pero estar contenta de haber escapado de allí. Sobre cómo Miami se siente como un nuevo comienzo a pesar de que técnicamente está aquí por negocios familiares y debe regresar a New York cualquier día de estos. Con retraso, en realidad, me dice.

Me encuentro respondiendo más de lo que pretendo. Interactuando de verdad en lugar de solo asentir. Contándole sobre un cliente que intentó pagar con criptomonedas la semana pasada. Sobre las mejores empanadas a tres calles de aquí que nadie conoce. Cosas pequeñas, cosas seguras, pero aún más de lo que suelo dar a nadie.

Después de que se marcha, me quedo sola en el bar vacío preguntándome por qué permití que eso sucediera. Por qué estoy dejando que se deslice a través de las defensas que he pasado años construyendo. Pero sé la respuesta. Porque una amistad real entre nosotras es imposible. Demasiada distancia, demasiada diferencia. Es seguro dejarla acercarse porque nunca podrá acercarse lo suficiente como para importar.

El bar vacío me rodea, demasiado silencioso ahora que la calidez de Juliet se ha ido con ella. Las botellas caras detrás de la barra brillan como joyas en sus estantes iluminados. Todo este lujo construido sobre dinero manchado de sangre, y de alguna manera eso se siente apropiado esta noche. He estado aquí parada durante diez minutos, solo mirando las superficies limpias e intentando comprender qué sucedió esta noche.

Dos frentes. En eso falló mi control. Dos batallas completamente diferentes, y perdí ambas.

Primero, Adrian. Mi cuerpo deseando lo que nunca una vez he dejado que pida. Rendición. Sumisión. Lo opuesto a todo lo que me he construido para ser. El cuchillo debería haber terminado con eso, pero en cambio estoy aquí parada sintiendo todavía el fantasma de sus manos a ambos lados de mí, mis bragas todavía mojadas por lo que hice sola en ese nicho de almacenamiento. Una cerradura que he mantenido aceitada durante años falló esta noche, y lo que pasó fue la necesidad. Necesidad de exactamente lo incorrecto.

Segundo, Juliet. De alguna manera peor porque tomé la decisión conscientemente. La dejé entrar, le conté cosas, actué como si pudiéramos ser amigas. La misma cerradura, fallando dos veces en

una noche. Esta vez lo que pasó fue la soledad. El peso agotador de mantener a todos a distancia finalmente ganó un asalto.

He pasado años perfeccionando este control. Mantener a todos a distancia. Nunca dejar que nadie se acerque lo suficiente como para herir. Nunca ser la variable que hace que maten a alguien. Ha funcionado. Me ha mantenido funcional, me ha mantenido a salvo, me ha impedido destruir a alguien más de la forma en que destruí a…

No. Esta noche no. No puedo enfrentarme a Meiling esta noche, además de todo lo demás.

El punto es que mi armadura está fallando desde adentro. No por amenazas externas o recuerdos de los muertos, sino por la traición de mi propio cuerpo. El deseo y la soledad, las dos cosas que pensé que había extirpado quirúrgicamente de mi vida.

8 - Adrian

El calor de Miami me envuelve como un amante posesivo mientras me subo a mi auto. Tres mensajes de mi red confirman la ruta de Isa. El dueño de la bodega, el aparcacoches del Carlisle, la mujer que dirige el camión de comida nocturna. Todos ellos creen que me están haciendo pequeños favores. Ninguno sabe que son hilos en una red que he estado tejiendo mucho antes de que ella supiera mi nombre.

Se dirige a the Aviary por algún asunto de los Delgado, probablemente algo turbio en lo que Logan la ha metido. The Aviary es uno de nuestros locales menos decorosos, igual de caro que La Sirena pero los clientes no compran glamur, compran pecado. No me gusta que mi chica entre allí sola.

Se encuentra donde el brillo neón para turistas de South Beach se desangra en algo más voraz. Sin letrero, solo una placa de latón que bien podría decir: *Aquí hay monstruos*. El Zayas crew utiliza las salas traseras para negociaciones de territorio y Logan se lo permite, grabando cada palabra. El juez Martinez preside la sección VIP cada jueves, probando mercancía tanto química como humana. A un soldado de los Montague le abrieron la garganta en el baño el mes pasado por un trato que salió mal. Logan tuvo que pagar el triple al equipo de limpieza para que olvidaran lo que trapearon.

Observo desde el otro lado de la calle mientras Isa se acerca a la entrada. Se mueve con esa eficiencia fría que me oprime el pecho. Revisando ángulos, notando salidas, mirando de reojo hacia su bota, donde habita el cuchillo. Mi hermosa cuchilla, lo suficientemente afilada como para sacar sangre con una mirada.

Le da un nombre al portero, probablemente no el real, y luego desaparece en el interior.

Cuento hasta treinta y luego la sigo.

El portero me saluda con la cabeza. —Sr. Marín.

—Teo, mi hermano —lo saludo con la calidez que abre todas las puertas, y él sonríe ampliamente mientras se mueve para dejarme

pasar.

Adentro, The Aviary se revela por etapas. Luces rojas pintan todo en tonos de sangre y vino. El aire tiene sabor a caro. Cuero, cigarros y perfume. Un juez federal comparte un reservado de esquina con dos fiscales; sus anillos de boda captan la luz mientras se pasan a una mujer enmascarada entre ellos como si fuera vino de comunión.

Aquí todos llevan máscaras. Venecianas, médicas, de cuero, de encaje. Mentiras hermosas que convierten los rostros en posibilidades. El anonimato no es solo teatro. Es supervivencia. Cuando el fiscal de distrito necesita olvidar su nombre, cuando la jefa de policía necesita castigar a alguien que no sea su marido, cuando los asesinos y reyes de el bajo mundo de Miami necesitan darse un festín. Vienen aquí, donde la identidad se disuelve en la luz roja y nadie existe.

Isa lo atraviesa todo como un escalpelo a través de la piel. No examina la carne en exhibición, no deja que su mirada se demore en la pareja que folla contra la pared en el rincón de una alcoba. Está aquí por negocios, no por placer, y la distinción se nota en cada línea de su cuerpo.

La sigo desde las sombras, usando a la multitud como cobertura. Una rubia con una máscara dorada desliza sus dedos por mi brazo. Una invitación, una pregunta. Pero le doy la sonrisa que significa *esta noche no, hermosa* y me dejo llevar más profundo entre el gentío.

Isa se detiene en un reservado de esquina donde la espera su contacto. Máscara de médico de la peste. Teatral incluso para este lugar, pero los criminales de Miami siempre han amado el drama. Ella se desliza en el asiento frente a él con la misma gracia controlada que usa para servir tragos. Sin movimientos innecesarios, sin delatarse. Incluso aquí, rodeada de rendición, se mantiene distante.

No hablan. Ella saca un sobre del interior de su chaqueta. El pago por algo que Marisol o Gabriel necesitan. Él revisa el contenido con un dedo enguantado, asiente una vez y desliza algo pequeño por la mesa. Un vial, tal vez, o una memoria USB. Ella se lo guarda en el bolsillo con un movimiento fluido y se levanta para irse.

Toda la transacción dura cuarenta segundos. Limpia, profesional, exactamente lo que esperaría de ella.

—Eres nuevo. —La rubia de antes me ha seguido, persistente de esa manera que suele significar problemas—. ¿Primera vez en The

Aviary?

—Solo disfruto del ambiente —le digo, manteniendo mi voz cálida incluso mientras mi atención permanece fija en Isa, que se dirige hacia la parte trasera del club.

Ella se ríe, el sonido brillante contra el pulso oscuro de la música —. Nadie solo disfruta del ambiente aquí, guapo. Todos vienen hambrientos de algo específico. La pregunta es de qué estás famélico.

De lo mismo que me ha consumido desde antes de que supiera que yo existía, pienso, pero le doy la sonrisa que hace que todos se sientan especiales y me alejo antes de que pueda seguirme.

El depredador la encuentra cerca de las habitaciones privadas.

Veo cómo se fija en ella como un tiburón que olfatea sangre en aguas oscuras. Un metro ochenta y ocho, cien kilos al menos, el tipo de músculo que proviene de lastimar a la gente por dinero. Soldado de los Zayas, tal vez, o uno de los chicos del puerto que piensa que un arma lo hace inmortal. No lleva máscara, lo que significa que es estúpido o está protegido. En Miami, eso suele ir de la mano.

Atraviesa la multitud con determinación, los cuerpos se apartan para él por instinto. Isa no lo ve venir. Está revisando su teléfono, confirmando la recogida probablemente, cuando él la acorrala contra la pared cerca de una alcoba con cortinas.

Su mano se estrella al lado de su cabeza, enjaulándola, y algo primitivo se desgarra en mi pecho. Esa es mi mano la que debería enmarcar su rostro. Ese es mi cuerpo el que debería presionarla contra las paredes. Una rabia posesiva me inunda.

—Te conozco —dice él, lo suficientemente alto para que lo capte incluso a tres metros de distancia—. Eres esa perra fría de La Sirena. La que se cree demasiado buena para todo el mundo.

Isa levanta la pierna y su mano se desliza hacia su bota. Donde habita su cuchillo. Pero él agarra su muñeca antes de que ella pueda alcanzarlo. Sus dedos rodean el lugar donde deberían estar los míos. Su piel toca lo que me pertenece.

—Siempre quise ver qué cara pondrías cuando finalmente te soltaras —continúa él, acercándose más, su cuerpo tratando de apropiarse de un espacio que ya tiene dueño—. Apuesto a que no eres tan fría cuando alguien sabe cómo calentarte.

La rodilla de Isa sube rápido, pero él se desplaza, bloqueándola con su muslo. Profesional. No es la primera vez que acorrala a

mujeres en rincones oscuros, tomando lo que quiere porque nunca ha enfrentado consecuencias.

—Suéltame —dice ella, con la voz plana como una cuchilla, pero escucho el cálculo debajo. Está esperando, buscando su momento.

Él se ríe—. ¿O qué? ¿Gritarás? Nadie escucha los gritos en The Aviary.

Ella le da un fuerte codazo, doblándolo por el dolor, luego gira sobre sus talones y se aleja a grandes zancadas. Él no va a dejar que se salga con la suya.

Me muevo entre las sombras como el humo. Mi brazo rodea su garganta por detrás con la misma precisión suave que uso para sostener a un cliente que se tambalea. La cuchilla se desliza entre sus costillas como si perteneciera allí. Rápido, limpio, angulado perfectamente hacia el corazón.

—Shhh, hermano —le susurro al oído mientras se queda rígido—. Es hora de dormir para que se te pase.

Él se desploma y lo guío hacia las sombras de la esquina con la ternura de una madre que acuesta a un niño. Acomodo sus brazos, cierro sus ojos, inclino su cabeza como si hubiera bebido demasiado bourbon y necesitara descansar. Todo el proceso dura seis segundos. Eficiente. Necesario. Amor en su forma más pura. Eliminando amenazas de su mundo con la misma facilidad con la que arreglo sus bisagras chirriantes.

El cuchillo vuelve a mi chaqueta, la sangre en mis manos es solo otra mancha en un lugar construido sobre manchas.

Hay un protocolo para esto. Mi protocolo; yo lo escribí. Un cuerpo en un local de la familia se reporta en menos de una hora: Logan notificado, el equipo informado, el problema identificado para que pueda ser gestionado. El soldado de los Montague del mes pasado recibió el procedimiento completo, y esa ni siquiera era nuestra cuchilla.

No busco mi teléfono.

Reportarlo significa preguntas. Las preguntas significan explicar qué estaba haciendo en the Aviary una noche en la que no estoy de turno, significa que alguien inteligente —y todos lo son— pregunte a quién estaba vigilando. Significa pronunciar su nombre en una habitación donde se identifican los problemas. Así que el hombre se queda donde lo acomodé, durmiendo la mona en las sombras de una esquina de un club construido sobre el mirar hacia otro lado. El

equipo de cierre lo encontrará alrededor de las cuatro, y Logan hará lo que Logan hace con los cuerpos que nadie reclama: pagar el triple, trapear, olvidar. Enterrará mi desastre sin saber nunca que es mío, sin saber que es de nadie, que es de lo que se trata. Me digo a mí mismo que no es nada. The Aviary devora hombres como él todos los meses. Está solucionado.

Primera mentira de la noche, y ni siquiera siento que me cueste decirla.

Cuando miro a través de la cortina, Isa ya se está alejando, probablemente asumiendo que el depredador perdió el interés o encontró otro objetivo. No sabe que él es carne enfriándose en la esquina.

Me deslizo hacia un armario de mantenimiento, me lavo la sangre de las manos. El olor a cobre se mezcla con el jabón industrial. La muerte no me cuesta nada emocionalmente. Es solo amor vistiendo ropas diferentes.

Manteniéndola a salvo. Manteniéndola mía.

Ella se detiene en la barra, pide agua, y la observo beberla en sorbos cuidadosos. Incluso aquí, en un lugar construido para perder el control, ella se mantiene separada de todo. Las máscaras, los cuerpos anónimos restregándose en la penumbra, la promesa de rendición sin consecuencias. Nada de eso la toca.

Pero yo lo sé mejor.

La he observado durante todos estos años, memorizándola como una oración. La conozco hace más tiempo del que ella cree, desde antes de La Sirena, desde antes de que se convirtiera en esta criatura controlada. Conozco la forma en que su aliento se entrecortó cuando la acorralé contra la barra en La Sirena. El calor que ardió en sus ojos antes de que apareciera el cuchillo. La forma en que sus muslos se apretaron incluso mientras sostenía el acero en mi garganta. Ella quiere soltarse, lo necesita como los pulmones necesitan aire, como yo necesito dárselo. Pero moriría antes de admitirlo.

El hombre que acabo de matar por intentar usarla. ¿Cuál es la diferencia entre él y yo?

La diferencia es el amor. La diferencia es conocerla. La diferencia es que yo le estoy dando lo que necesita, no tomando lo que quiero.

La mentira sabe perfecta en mi mente, cálida como el sol de Florida, dulce como la absolución.

The Aviary tiene una solución para lo que ella necesita.

En la esquina del fondo, pasando la pista de baile y los reservados donde se hacen tratos con carne y polvo, hay un pasillo que la mayoría de la gente pasa por alto a menos que lo esté buscando. Cámaras anónimas donde los extraños se encuentran a través de las paredes, agujeros de gloria y espacios oscuros donde puedes rendirte sin mostrar tu rostro, sin dar tu nombre, sin hacerte cargo de lo que quieres. La nada perfecta que lo significa todo.

Ella necesita esto. Necesita perder el control en un lugar donde no le cueste nada, donde nunca tenga que admitir que lo deseaba. El tipo de rendición que no requiere confianza porque no hay nadie en quien confiar. Solo sensación sin identidad, placer sin consecuencia.

Una pareja emerge de la cámara del medio, sofocada y despeinada, sin mirarse. El hombre más alto se ajusta la corbata mientras el robusto se acomoda el cinturón, ambos fingiendo que no acaban de compartir algo a través de un agujero anónimo en la pared. Se separan en direcciones opuestas sin decir palabra, olvidando ya las siluetas del otro en la oscuridad.

Esto es lo que Isa necesita pero no tomará. La oportunidad de no ser nadie, de desear sin consecuencias, de dejar finalmente de mantenerse tan entera que podría hacerse añicos.

Ella nunca lo elegiría por sí misma. Demasiado orgullosa, demasiado controlada, demasiado asustada de lo que el deseo la hace ser.

Pero yo podría dárselo. Como le doy todo lo demás. De forma invisible, inevitable, con el tipo de amor que moldea una vida sin pedir permiso.

Lo que pasa cuando diriges un club es que aprendes cómo se mueve la multitud. Cómo cambiar la corriente de los cuerpos con una palabra, un gesto, una puerta cerrada. The Aviary fluye bajo los mismos principios que La Sirena. Guía la corriente y la gente pensará que está eligiendo su propia dirección.

Veo a Isa terminar su agua, revisar su teléfono. Terminó los asuntos de los Delgado, lista para irse. Se dirige a la salida principal con ese paso decidido que me dan ganas de presionarla contra la pared más cercana y mostrarle lo que realmente significa la determinación.

Pero todavía no. No de esa manera.

Primero, el regalo.

Me muevo entre la multitud delante de ella, mi camino es un arco que se cruza y me acerca a la salida principal mientras ella todavía se abre paso por la habitación.

Saludo a Teo de nuevo con una de mis sonrisas de un millón de vatios. Él ha trabajado en los clubes de Miami durante una década. Me conoce, conoce La Sirena, sabe cuándo mirar hacia otro lado.

Mi mano encuentra el hombro del portero, amigable para cualquiera que esté mirando, pero con la presión justa para que preste atención. Los trescientos dólares que le pongo en la palma también ayudan.

—La salida principal debe estar cerrada por unos minutos. Un problema de mantenimiento, tal vez. Envía a quien necesite salir por el pasillo trasero.

Sus ojos pasan al dinero, luego a mi cara. —Ese pasillo pasa por…

—Sé por dónde pasa. —Mi sonrisa sigue siendo cálida, pero mi agarre se aprieta solo una fracción—. Solo unos minutos. Eso es todo.

Él asiente, guardándose el efectivo como un hombre que ha sido sobornado antes. Cuando Isa se acerca, él se coloca suavemente frente a la puerta.

—Lo siento, señorita. La salida principal está bloqueada. Problema de mantenimiento. Tendrá que usar el camino de atrás. —Señala hacia el pasillo que he elegido para ella.

Ella se detiene, tensando los hombros con irritación, luego asiente. Sin sospechas, solo molestia por el inconveniente. Cambia de dirección, dirigiéndose exactamente hacia donde necesito que vaya.

La sigo a distancia, manteniéndome en las sombras mientras se mueve por el club una vez más. El pasillo aparece ante ella como el destino, aunque no es más que mi diseño. De la misma manera que el contrato de alquiler de su apartamento surgió justo cuando lo necesitaba, su trabajo cayó en sus manos con poco esfuerzo, su vida parece perfecta. Todo es mi arquitectura, que ella confunde con el azar.

Las tenues luces rojas pintan su piel en tonos de vino. Pasa por delante de la primera cámara sin mirar, centrada en el cartel de salida al fondo. Pero en la segunda cámara, la del medio, frena el paso.

La puerta está entreabierta, sin revelar nada más que una oscuridad prometedora. Un cartel al lado dice simplemente:

«Abandonad vuestra identidad, los que aquí entráis». La pequeña broma de The Aviary's que no es broma en absoluto.

Se detiene ante el umbral. Observo cómo algo cambia en su postura. Un ablandamiento, un reconocimiento de lo que este lugar ofrece. Su mano toca el marco de la puerta, estabilizándose o decidiendo.

Por un momento, creo que se marchará. Volverá a su vida controlada donde mide la seguridad con puertas cerradas y acero afilado. Dejará atrás esta oportunidad.

Pero ella no sabe lo que yo sé. Que a veces el universo, o alguien que te ama lo suficiente como para jugar a ser Dios, te pone exactamente donde necesitas estar.

Ella entra.

La otra entrada a la cámara está a seis metros por un pasillo conector. Lo suficientemente lejos para que los ocupantes nunca se crucen, nunca vean sus caras. Me muevo por las sombras hacia ella.

Por dentro, la cámara es exactamente lo que esperaba. Lo suficientemente oscura para que los rostros no importen, estructurada para que dos personas puedan compartir placer sin compartir identidad. El agujero de gloria en la pared entre los dos lados, posicionado a la altura perfecta. Un lugar construido para la rendición anónima.

Yo seré ese anonimato para ella. El extraño del otro lado que no sabe su nombre, su pasado, su necesidad de control. Solo cuerpos en la oscuridad, placer sin identidad, la nada perfecta que le permite finalmente soltarse.

Esto es lo que el amor parece cuando no puedes revelarte. Dándole la libertad de rendirse sin la carga de saber que soy yo. El regalo más puro que puedo ofrecer: yo mismo disfrazado de nadie.

El mecanismo de cierre es sencillo y solo se controla desde mi lado.

A través de la pared, la escucho moverse al otro lado. El sonido suave de su respiración, más rápida de lo normal. El roce de la tela mientras explora el espacio, comprendiendo a dónde ha entrado. No se ha ido. Lo está considerando.

El panel de control brilla débilmente en mi lado de la cámara. Intercomunicador, modulador de voz, cristal unidireccional en la escotilla de observación; el equipo estándar de un club que vende el anonimato. La gente de Logan's construyó estas habitaciones para

hombres que pagan por no ser nadie. Esta noche el equipo de la casa trabaja para mí.

Me muevo a través de la oscuridad hacia la delgada pared que nos separa, mi miembro endureciéndose ante el pensamiento de lo que está por suceder. A través de la barrera, escucho el susurro de la tela. Ella también se está acercando, atraída por la misma fuerza inevitable que me ha consumido desde mucho antes de que supiera mi nombre.

Mi palma se presiona contra la pared exactamente donde sé que ella se encuentra al otro lado. El calor de mi mano se filtra por la delgada barrera, y juro que siento su presencia como electricidad a través de mi piel. Ella cree que soy un extraño, y voy a hacer que se desmorone sin mostrar nunca mi rostro.

El sonido de su respiración cambia. Más profundo ahora, decidido. Escucho el suave crujido de la ropa que se ajusta, el susurro de sus dedos explorando la pared entre nosotros. Está buscando lo que sabe que debe estar allí, lo que esta habitación promete.

La hebilla de mi cinturón hace clic en la oscuridad cuando la desabrocho, y escucho su agudo jadeo ante el sonido. Sabe lo que viene.

Mi cremallera suena fuerte en el silencio que sigue. Mi miembro palpita con la perfección viciosa de todo esto. Que dejará que un extraño tenga lo que ella me mataría por querer. Que lo necesita tanto que lo aceptará de nadie, de cualquiera, de la única persona que nunca elegiría si lo supiera.

Mi mano encuentra el mecanismo de cierre en mi lado. Un giro y me convierto en el extraño anónimo que le da lo que nunca ha admitido desear. Un giro y violo el último límite entre nosotros mientras ella nunca lo sabrá.

El metal está caliente bajo mis dedos, como si hubiera estado esperando.

Lo giro.

El clic resuena en ambas cámaras. Suave pero definitivo, el sonido del destino sellándose. Al otro lado de la pared, escucho su aliento entrecortarse. No por miedo, sino por reconocimiento. El sonido de alguien que se da cuenta de que está exactamente donde quiere estar, aunque no pueda admitirlo.

9 - Isa

La puerta no se mueve.

Tiro con más fuerza, probando la manija una segunda vez, luego una tercera. El mecanismo gira pero se atora; está cerrada por fuera. Mi pulso se acelera, no por pánico, sino por esa aguda conciencia que hace que cada detalle se cristalice.

La cámara en The Aviary no es grande. Quizás tres por tres metros y medio, con luces rojas filtrándose a través de la seda tensada sobre las paredes, el aire pesado por el cuero y la excitación, los fantasmas de cien encuentros anónimos. Una construcción sólida como las habitaciones privadas de La Sirena, diseñada para guardar secretos y amortiguar sonidos. Un banco a lo largo de una pared cubierto de terciopelo oscuro. La apertura del glory hole en la pared opuesta, actualmente solo oscuridad. La rejilla del altavoz cerca del techo, silenciosa por ahora.

Pruebo la puerta otra vez, arremetiendo contra ella con el hombro. Nada. Ni siquiera un traqueteo en el marco. Quienquiera que haya construido esto sabía lo que hacía.

El cuchillo en mi bota presiona contra mi pantorrilla, tres pulgadas de acero alemán que me han sacado de situaciones peores que esta. Mi mano se desliza hacia él, pero se detiene. Porque bajo mi instinto de mapear la habitación y contar las salidas, algo más está sucediendo.

Calor. En lo bajo de mi vientre, extendiéndose hacia afuera como tinta en el agua.

¿Qué carajos me pasa? Estoy encerrada en una habitación a la que no pretendía entrar, atrapada por alguien a quien no puedo ver, y mi cuerpo responde con humedad acumulándose entre mis muslos, empapando mi ropa interior. Mi respiración se ha vuelto superficial por razones que no tienen nada que ver con el miedo.

Presiono mi espalda contra la puerta, obligándome a pensar a través de la excitación que nubla mi cerebro. La recogida del encargo para los Delgados está lista, guardada a salvo en mi chaqueta. Me

dirigía a la salida cuando el guardia me desvió por este pasillo. Un problema de mantenimiento, dijo él. El tipo de problema conveniente que hace que las coincidencias parezcan planeadas.

Mis dedos encuentran la manija de la puerta otra vez, sin tirar esta vez, solo sosteniéndola. El metal está tibio, como si alguien más lo hubiera estado tocando hace poco. Como si quien me encerró estuviera parado justo aquí, escuchándome descubrir la trampa.

¿Es mi acosador? ¿El hombre que me ha estado siguiendo durante días, que irrumpió en mi apartamento para aceitar mis bisagras? ¿O alguien más? En un club como este, podría ser cualquiera.

La excitación se dispara con más fuerza ante ese pensamiento. Alguien planeando esto, vigilando, esperando a que yo caminara hacia su red. Mi vagina se contrae, vacía y dolorida. Mis muslos se aprietan entre sí, intentando aliviar la necesidad palpitante que no tiene razón de existir en este momento. Mis pezones se han puesto duros, visibles a través de mi blusa, sensibles contra la tela.

Debería tener miedo. Debería estar furiosa. En cambio, estoy empapada y confundida, y más enojada por la traición de mi cuerpo que por estar atrapada.

El altavoz cobra vida con un chasquido.

—Estás exactamente donde se supone que debes estar.

La voz está distorsionada, con un tono bajo a través de un modulador que elimina cualquier rastro humano, dejando solo palabras envueltas en estática. Hombre, probablemente, pero incluso eso es una suposición. Podría ser cualquiera al otro lado de ese altavoz. Podría ser alguien a quien conozco, alguien a quien le he servido tragos, alguien que me ha visto trabajar y ha planeado este momento.

—Déjame salir —mi voz suena firme, controlada. El mismo tono que uso con los clientes borrachos que piensan que tocar es parte del servicio.

—Así no es como funciona esto.

La autoridad en esas palabras, incluso a través de la distorsión, hace que mi sexo pulse. Odio notar el mando que hay en ella, odio más que mi cuerpo responda.

Me alejo de la puerta, rodeando el pequeño espacio. Buscando cámaras, conductos de ventilación, cualquier cosa que pudiera ser otra salida o una forma de identificar a quién está haciendo esto. Las

paredes son de tela acolchada sobre concreto. No hay ventanas. No hay otras puertas. Solo el banco, la apertura, el altavoz y yo.

—Entonces dime cómo funciona —digo, intentando negociar, buscando alguna ventaja en las palabras.

—Simple. Haz que me corra y la puerta se abrirá.

Las palabras se disparan directo a mi clítoris. Mi cuerpo se inunda de un calor renovado. La instrucción es cruda, directa, exactamente el tipo de orden que me digo a mí misma que no quiero. Exactamente el tipo que hace que empape mis jeans.

—Me niego —digo con frialdad, incluso mientras la humedad se desliza por la parte interna de mi muslo—. Abre la puerta ahora o…

—¿O qué? —la voz distorsionada no transmite ninguna emoción, solo una calma certera—. ¿Gritarás? Adelante. Esta habitación es a prueba de ruidos. ¿Negociarás? Aquí no hay negociación. Solo un simple intercambio. Tu boca por tu libertad.

Mi clítoris pulsa ante la crudeza de la frase. Intento de nuevo, tratando de tomar el control mediante las palabras, tal como lo gestiono todo—. No puedes simplemente…

Pero él permanece en silencio. No hay respuesta a mis protestas, ninguna interacción con mis intentos de negociar. La negativa a darme una conversación, a dejarme manejar esta situación hablando, hace que mi respiración se acelere. No puedo leerlo, no puedo manipular la situación, no puedo usar ninguna de mis herramientas habituales. La pérdida de control hace que mi sexo me duela de nuevo, más necesitado con cada segundo que pasa.

—¿Por qué? —la pregunta escapa antes de que pueda detenerla.

Más silencio. Luego: —Sé que ya estás chorreando. Sé que tu vagina está latiendo ahora mismo, aunque odies que sea así. Y sé que te quedarás de todos modos, porque la parte de ti que necesita ser controlada es más fuerte que la parte que tiene miedo.

La precisión de sus palabras, la forma en que nombra exactamente lo que mi cuerpo está haciendo, me obliga a reprimir un gemido. Mi ropa interior está arruinada, completamente empapada. Puedo oler mi propia excitación en el aire.

—No sabes nada de mí.

—Sé que tu coño está palpitando. Sé que tus pezones están duros. Sé que quieres tocarte pero aún no te lo permites. ¿Quieres que continúe?

La confianza casual, la cruda precisión, hacen que presione mi palma contra mí misma a través de los jeans, intentando aliviar la presión. Retiro mi mano de inmediato, pero no antes de que un gemido se escape.

Un movimiento en la apertura atrae mi atención. Un cambio en las sombras, y luego una polla atraviesa el glory hole.

Mierda. Es enorme. Dura, gruesa, el glande ya brilla con un líquido preseminal que capta la luz roja. El tronco tiene venas prominentes que hacen que se me haga agua la boca. Carne anónima exigiendo una rendición anónima.

Cada pensamiento racional choca con el calor que me inunda. Mi vagina se contrae ante la vista, tan mojada ahora que puedo sentir cómo empapa mis muslos internos a través de mis jeans. Este es el momento. El punto de decisión. Podría gritar ahora. Alguien escucharía, podría investigar. Podría negarme por completo, podría sacar el cuchillo, convertir esto en la agresión que técnicamente es.

Podría irme si realmente quisiera.

El pensamiento llega con total claridad. Sí, estoy encerrada, pero podría gritar pidiendo ayuda. Podría negarme a jugar este juego. La seguridad vendría si hiciera suficiente ruido. Tengo mi cuchillo. Tengo opciones. Estoy eligiendo no usarlas.

¿Por qué?

Porque quiero quedarme.

La confesión me sacude, haciendo que mi clítoris pulse. Quiero esto. Sea lo que sea. Quiero jugar este juego bajo mis términos. Juguetear con quienquiera que crea que me ha atrapado, tomar el control dándole exactamente lo que pidió, pero de la manera en que yo decida dárselo. Quiero saber qué gusto tiene esa hermosa polla.

Me acerco a la apertura, y su polla da un respingo en respuesta.

Quiero ver qué pasa cuando dejo de luchar contra mi propio cuerpo. Quiero saber qué se siente rendirse en un lugar donde no me cuesta nada, donde nunca tendré que enfrentarme a quien esté al otro lado de esa pared.

Doy otro paso. Puedo ver el líquido preseminal perlado en la punta, espeso e invitante. Mi boca se llena de saliva.

Mi lengua toca mi labio inferior y me doy cuenta de que ya he decidido. Me voy a quedar. Voy a jugar. Voy a chupar esa polla preciosa hasta que él sea el que esté realmente atrapado por su necesidad de lo que solo yo puedo darle.

Me hundo de rodillas, la alfombra mullida se siente suave bajo mis piernas. La posición pone su polla a la altura perfecta de mi boca, como si la habitación hubiera sido diseñada para esto. Diseñada para que yo me arrodille aquí y atienda a extraños anónimos.

El pensamiento no debería excitarme aún más. Lo hace.

Mi lengua lo toca primero. Solo la punta, apenas una probada, pero el sabor explota en mis sentidos. Sal, almizcle y pura excitación masculina. Todo su cuerpo se sacude en respuesta, la polla saltando contra mi lengua. Él empuja hacia adelante, buscando más, pero yo me retiro. Todavía no. Yo marco el ritmo aquí, tomándome mi tiempo, haciéndolo esperar.

Lamo de nuevo, más lento esta vez, arrastrando mi lengua desde la base hasta la punta en una larga caricia. El sabor se intensifica. Algo caro debajo de todo, algún tipo de gel de baño o jabón tal vez, limpio y masculino pero nada específico, nada identificable. Me inundo con nueva humedad ante el sabor, ante el poder de tenerlo literalmente a mi merced.

—Joder —la palabra cruje a través del altavoz, la distorsión no logra ocultar la desesperación en ella.

Sonrío contra su piel, luego tomo solo el glande entre mis labios. Succiono suavemente, hundiendo mis mejillas mientras mi lengua juega con la parte inferior sensible. Su polla es tan gruesa que mi mandíbula ya me duele, pero no me importa. Controlo cada segundo de esto, alargándolo, haciéndole sentir exactamente lo que yo quiero que sienta. Sus caderas empujan hacia adelante pero no logran obtener palanca a través de la pared. Solo puede tomar lo que yo le doy.

—Buena chica.

El elogio golpea mi torrente sanguíneo como una droga. Todo mi cuerpo se pone rígido, luego se derrite, mi vagina derramando humedad que traspasa mis jeans. Buena chica. Dos palabras que no deberían importar, que suenan condescendientes. Pero aquí, ahora, me hacen gemir alrededor de su polla, y la vibración le arranca otra maldición.

Lo tomo más profundo en respuesta, recompensándolo a él o a mí misma. Ya no lo sé. Subo mi mano para envolver la base, masturbando lo que mi boca no alcanza. Su polla es perfecta, pesada

y caliente en mi boca; su peso sobre mi lengua hace que mi clítoris lata al unísono con mi corazón.

Mi mano libre se mueve entre mis propias piernas sin pensarlo. Me desabrocho los jeans con una mano, bajándolos lo suficiente para tener acceso, sin molestarme en amortiguar el sonido. Mis dedos encuentran mi vagina y, joder, estoy empapada. Más mojada de lo que he estado nunca, mi excitación cubriendo mis dedos al instante. Estoy tan hinchada, mi clítoris duro y desesperado por ser tocado.

—Eso es —anima la voz, ahora más áspera a pesar de la distorsión —. Toca ese coño empapado mientras me la chupas. Muéstrame cuánto te gusta estar de rodillas.

Las crudas palabras me hacen gimotear. Rodeo mi clítoris mientras lo tomo más profundo, el glande de su polla golpeando el fondo de mi garganta. Tengo una ligera arcada pero no me retiro, superándolo, queriendo tomarlo todo. Mis dedos se deslizan por mi humedad, encontrando mi entrada, y empujo dos dentro sin preámbulos. Estoy tan mojada que no hay resistencia, solo un calor resbaladizo atrapando mis dedos.

Me froto mientras lo succiono, construyendo mi propio placer junto al suyo. Cada terminación nerviosa se siente viva, hipersensible. Mis pezones me duelen contra el sostén, mi vagina se aprieta alrededor de mis dedos y su polla late contra mi lengua. Estoy tomando lo que quiero de este encuentro. Mi orgasmo, mi satisfacción, bajo mis términos. El hecho de que incluya su gruesa polla estirando mi boca no cambia quién tiene realmente el control aquí.

Me retiro por completo, dejando que su polla oscile en el aire mientras recupero el aliento. Un hilo de saliva conecta mis labios con su punta, y observo cómo brilla bajo la luz roja.

—Por favor —gruñe él a través del altavoz—. Joder, por favor, necesito…

Soplo aire fresco sobre el glande húmedo, haciéndolo saltar. —¿Necesitas qué? —pregunto, con la voz ronca por haberlo tenido en mi garganta.

—Tu boca. Tu maldita boca perfecta. Por favor.

La desesperación en su voz, incluso distorsionada, hace que me apriete alrededor de mis dedos. Vuelvo a meterlo en mi boca, ahora en serio pero controlando aún el ritmo. Muevo la cabeza, tomándolo profundo y luego retirándome para chupar solo la punta, una y otra

vez mientras mis dedos trabajan mi clítoris en círculos apretados y desesperados.

—Qué buena chica —jadea—. Recibiendo mi polla así de bien. Te encanta esto, ¿verdad? Te encanta estar de rodillas para un extraño, te encanta que usen tu boca.

Debería odiar las palabras. En cambio, me empujan más cerca del límite. Mi vagina emite sonidos húmedos obscenos mientras me masturbo, mi excitación goteando por mi muñeca. Lo tomo más profundo, relajando mi garganta, tragando alrededor de él.

—Joder, justo así. Eres perfecta. Una zorrita tan perfecta, chupando polla como si hubieras nacido para ello.

La degradación envuelta en elogios rompe algo en mí. Gimo alrededor de él, un sonido desesperado y necesitado. Mis dedos se mueven más rápido en mi clítoris, mi otra mano bombea su tronco mientras succiono el glande.

—No te vas hasta que me corra —logra decir, con la voz quebrándose—. No hasta que te tragues cada gota como la buena chica que eres.

Algo en la orden me hace estallar.

Mi orgasmo me atraviesa, haciéndome gritar alrededor de su polla. Mi vagina tiene espasmos rítmicos alrededor de mis dedos mientras oleadas de placer me recorren. Sigo chupándolo a pesar de todo, gimiendo y lloriqueando, las vibraciones arrancándole maldiciones.

—Joder, joder, me voy a…

Él pulsa en mi boca y saboreo el primer chorro de su descarga. Salado, amargo, justo lo que necesito. Trago por instinto, tomándolo todo mientras mi propio clímax continúa sacudiéndome. Se corre durante lo que parece una eternidad, llenando mi boca una y otra vez mientras lo bebo, aún vibrando por las secuelas.

Lo ordeño con la boca hasta que se vacía, hasta que emite un sonido a través del altavoz que podría ser dolor o hipersensibilidad. Solo entonces me retiro, liberando su polla con un chasquido obsceno.

La cerradura hace clic.

Un sonido tan pequeño, pero resuena en toda la cámara. Me pongo de pie al instante, subiéndome los jeans con manos temblorosas, intentando aparentar que no acabo de correrme con más fuerza que nunca en mi vida mientras se la chupaba a un

extraño. Mi ropa interior está tan mojada que mis jeans se empapan de inmediato. El sabor de él recubre mi boca. Estaré saboreándolo durante horas.

La puerta se abre fácilmente ahora. El pasillo más allá está vacío, sin rastro de quien sea que estuviera al otro lado de esa pared. Ningún rastro de la polla que acabo de adorar, del hombre que me llamó buena chica y me hizo derretirme. Solo el letrero de salida brillando en verde al final, prometiendo escapar de lo que sea que haya sido esto.

Mis piernas flaquean mientras camino, mis muslos tiemblan por la intensidad del orgasmo. Cada paso me hace consciente de lo mojada que sigo, de lo hinchada que estoy. Mi boca se siente usada. Mi garganta está ligeramente dolorida por haberlo tomado tan profundo. Mi cuerpo se siente flojo, líquido, como si me hubieran desarmado y vuelto a armar en alguien que se pone de rodillas ante pollas anónimas y le encanta.

El aire fresco de la noche me golpea cuando finalmente salgo de The Aviary. La humedad de Miami me envuelve, pero se siente limpia después del aire reciclado de la cámara, cargado de sexo y secretos. Empiezo a caminar sin elegir una dirección, solo necesitando movimiento, necesitando procesar lo que acaba de ocurrir.

No significó nada. Eso es lo que me digo mientras navego por las calles nocturnas. Un desahogo anónimo con un extraño al que nunca volveré a ver, al que nunca identificaré. Un momento de debilidad en una habitación diseñada para la debilidad. Mañana despertaré y esto será un sueño febril, algo que le sucedió a otra persona.

Pero el elogio resuena en mi cabeza. Buena chica. Una zorrita tan perfecta. Dos conjuntos de palabras que encontraron algo en mí que no sabía que existía, algo que respondió con un ansia humillante. ¿Por qué funcionó? ¿Por qué entregar el control, ser degradada y elogiada en el mismo aliento, se sintió como volver a casa?

Las preguntas se acumulan con cada paso. ¿Quién era él? ¿Cómo supo exactamente qué me haría claudicar? ¿Fue realmente al azar, o alguien me eligió específicamente?

Y la peor pregunta, la que me hace dejar de caminar: ¿Por qué ya quiero hacerlo de nuevo?

10 - Adrian

Ella me tragó creyendo que yo no era nadie.

El recuerdo me posee por completo mientras me siento a la mesa del comedor, con un libro de colorear para adultos extendido ante mí y los lápices afilados hasta parecer agujas. Mi mano se mueve en cuidadosas capas sobre patrones botánicos mientras mi mente reproduce cada segundo de la tarde de ayer. La paradoja de la situación me inunda con cada trazo preciso. Qué expuesto estaba, mi polla a través de esa abertura a su merced, mientras yo mantenía todo el control a través de la puerta cerrada y la voz distorsionada.

El lápiz tiembla ligeramente mientras relleno una hoja, manteniéndome perfectamente dentro de las líneas. Siempre dentro de las líneas. Eso es lo que hago. Mantener todo contenido, controlado, sin que nunca se desborde de sus fronteras. Igual que la calidez que le muestro al mundo. Igual que el amor que nunca me he permitido pronunciar.

Pero anoche algo cambió. Ella eligió quedarse cuando podría haber gritado pidiendo ayuda. Eligió arrodillarse. Eligió tragar cada gota creyendo que estaba sirviendo a un extraño. La libertad de su entrega, otorgada a alguien que nunca sabrá que era yo, hace que mi polla lata incluso ahora.

Suelto el lápiz y me acerco a la pared, incapaz de resistirme a vigilarla a través de los agujeros que taladré hace semanas.

A través de las aberturas cuidadosamente situadas, observo cómo se desarrolla la rutina matutina de Isa. Prepara café, instantáneo y horrible, y luego se ducha mientras yo sigo el sonido del agua a través de nuestra pared compartida. Cuando sale, capto destellos desde el ángulo del dormitorio: el cuchillo deslizándose en su bota, sus manos revisando las cerraduras dos veces, siempre dos veces, como una oración al dios de la paranoia.

Pero algo es distinto hoy. Sus hombros están más relajados, sus movimientos fluyen en lugar de ser bruscos. Está radiante de algo

que casi parece satisfacción. Cuando pasa frente al espejo, se detiene de verdad, estudia su propio rostro como si estuviera viendo a alguien nuevo.

Mi pecho se aprieta con una satisfacción posesiva. Yo hice eso. Puse esa soltura en su cuerpo, ese brillo en su piel, aunque ella nunca sepa que fui yo.

El recuerdo me atrae de nuevo. Su boca en mí a través de esa pared, el calor húmedo de ella tomándome profundamente. Los ruidos que hacía, desesperados y necesitados. Podía oír cómo se desabrochaba los jeans, el roce húmedo de ella misma tocándose mientras me succionaba, deshaciéndose con sus propios dedos mientras yo llenaba su boca. El sexo más íntimo de mi vida, y ella cree que fue con un extraño.

Cuando se va al trabajo, cuento hasta treinta y luego la sigo, manteniendo la distancia perfecta mientras vigilo su ruta habitual hacia La Sirena. La humedad matutina de Miami ya presiona mi piel, haciendo que mi camisa de lino se pegue a mi espalda. La ciudad despierta a nuestro alrededor. Las ventanas de los cafés se empañan, los camiones de reparto bloquean el tráfico, el olor dulce y salado de la bahía mezclándose con los gases de escape.

Reviso mi teléfono mientras camino. Dos mensajes sobre los movimientos de los Zayas cerca de el puerto. Uno de Logan, marcado como urgente: *Esa limpieza de la que se encargó mi equipo en the Aviary… el invitado tenía familia. Familia Zayas. Primo de uno de los capitanes de Santiago. Están preguntando por ahí dónde pasó Lito su última noche.*

Algo frío se revuelve en mi pecho. El peso de un cuerpo guiado suavemente hacia las sombras, dispuesto como un borracho dormido. Logan enterró el desastre de un extraño sin saber de quién era, porque eso es lo que hace Logan, y ahora el desastre tiene un apellido.

Todo eso puede esperar. Esta mañana se trata de ella.

La cocina de La Sirena me recibe con calor y el aroma de la comida de Sera. Algo con ajo y lima que hace que me duela el pecho con recuerdos de mi infancia. El vapor de sus ollas empaña los cristales, mezclándose con el aire salino que se cuela incluso aquí, a pesar de que el aire acondicionado intenta crear alguna barrera contra el implacable calor de Miami.

Ella y Gabriel están sentados en la mesa de preparación, compartiendo el almuerzo del mismo plato. Sus hombros se tocan mientras Gabriel murmura algo sobre que la situación de los Zayas se está manejando, y luego cambia de inmediato para burlarse de Sera por el nivel de picante.

—¡Adrian! —Sera me llama con una cuchara de madera—. Justo a tiempo. Prueba esto. Gabriel dice que necesita más picante, pero ha perdido todo el sentido del gusto desde que se volvió un civil.

—Dije que estaba perfecto —corrige Gabriel, robando otro bocado del plato compartido—. Tú eres la que cree que todo tiene que arder.

Su broma fácil, la intimidad casual de compartir comida, la mano de Gabriel buscando la cintura de Sera mientras ella se levanta para buscar otra cuchara. Es exactamente lo que solía ser la cocina de mi madre. Cenas de viernes con demasiada gente para la mesa, mi padre contando historias mientras mi madre reía y juraba que el amor multiplicaba el espacio, abriendo sitio para todos.

Me obligo a sonreír mientras mis manos realizan el ritual de preparar el café de Isa. Café cubano, extraído a la perfección. Temperatura, presión, tiempo, todo calibrado. Lo bastante amargo para morder, con azúcar quemada en el borde, esa que ella finge no amar pero que bebe cada mañana como una comunión. Esta es la única cosa que le doy abiertamente, el único reclamo que hago y que ella acepta.

El proceso familiar me da estabilidad. De la misma manera que me calmo antes de las negociaciones con familias rivales o cuando hay que limpiar sangre de los suelos de La Sirena. Control en las cosas pequeñas cuando las grandes amenazan con salirse de cauce.

—¿Te quedas a almorzar? —pregunta Sera, echando mano ya de otro plato.

—Quizá más tarde —logro decir, con la taza de café calentándome las palmas—. Primero tengo que llevarle esto a Isa.

Gabriel levanta la vista de su comida compartida con una sonrisa cómplice. La familia lo ve todo. Agarro la taza con más fuerza y me dirijo a la barra, dejando atrás su calidez.

La luz del final de la mañana atraviesa los ventanales art déco, proyectando sombras geométricas sobre la barra donde está Isa. La luz vuelve dorada su cadena de plata, y ella parece completamente diferente. Radiante, realmente radiante, una alegría tranquila que emana de ella y transforma su rostro en algo que nunca he visto. No

es la frialdad controlada ni la eficiencia afilada. Esta es Isa iluminada desde dentro.

Mi polla se agita ante la visión, sabiendo que yo soy la causa aunque ella no lo sepa.

—Pareces… —apoyo su café en su lugar habitual, buscando palabras que no revelen lo profundamente que estoy estudiando este cambio—. Feliz.

Se vuelve hacia mí con una expresión tan abierta que me corta la respiración. —¿Ah, sí?

La observo trabajar un momento, limpiando la barra, que ya está limpia, con precisión metódica. Un cliente habitual intenta llamar su atención desde el extremo de la barra, pero ambos lo ignoramos, atrapados en este extraño y nuevo espacio entre nosotros.

Se inclina un poco más, quizá inconscientemente, y es entonces cuando palabras que nunca he dicho en voz alta empiezan a brotar de mi boca.

—A mi padre lo deportaron cuando yo tenía trece años. —Se me cierra la garganta ante la confesión. La taza de café entre nosotros se convierte en mi ancla. Algo sólido mientras abro puertas que juré mantendría cerradas—. Agentes del ICE al amanecer, muy dramático. Muchos gritos. Mi madre intentó mantenerlo todo unido pero… —trago saliva con dificultad—. El dolor la devoró viva. No duró mucho después de eso, y yo me quedé…

Me detengo. La frase se extiende hacia mis hermanos. Efrén, que murió a los trece años mientras yo trabajaba en tres empleos intentando mantenernos unidos, y luego Zoila, que desapareció en el sistema de acogida poco después. Y no puedo. Esa puerta permanece cerrada. Ni siquiera para Isa. Todavía no.

—¿Te quedaste qué? —Su voz es suave, cuidadosa.

—Solo —termino, lo cual es cierto pero no toda la verdad.

Ella deja el paño de limpieza, prestándome ahora toda su atención. —Eras joven.

—Demasiado joven —convengo, y las palabras salen más fáciles con su dulce incitación.

—Cuánto tiempo pasó entre… —comienza ella.

—Dos años —respondo antes de que pueda terminar—. Dos años viéndola apagarse.

Mis manos se han quedado quietas sobre la barra, y cuando levanto la vista, Isa me está observando con esos ojos oscuros que

normalmente no dejan traslucir nada. Pero en este momento me están dando algo. Reconocimiento, tal vez. Comprensión.

—Sé lo que es la pérdida —dice en voz baja, con cuidado—. Sobre el después. Cómo lo cambia todo.

La confesión me sorprende. Isa nunca ofrece información personal libremente. Pero algo en el brillo de esta mañana, en el espacio entre nosotros, la vuelve generosa con su propio dolor.

El después. Una palabra tan pequeña para los escombros que siguen a ese tipo de pérdida.

Mi mirada se detiene en su muñeca, donde el tatuaje de la llave resalta oscuro contra su piel pálida. Como ya estoy abriendo puertas que pretendía mantener cerradas, hago un gesto hacia él. —¿Cuál es la historia de la llave?

Ella se pone rígida, y su mano contraria se mueve instantáneamente para cubrir el tatuaje como si yo hubiera señalado una herida abierta. —Nada importante.

—Vamos —insisto suavemente, intentando mostrar una curiosidad casual—. Acabo de contarte lo de mis padres muertos. ¿Trato justo?

Su mandíbula se tensa. —He dicho que no es nada.

Sé que debería detenerme, pero algo me impulsa a señalar la cadena de plata en su garganta, la que ha llevado cada día desde que la conozco. —¿Y eso? ¿Algún significado especial?

—Adrian. —Su voz se vuelve plana, fría; los muros vuelven a levantarse de golpe—. Déjalo.

Algo frío se desliza por mi pecho. No es ira por su evasiva, sino la desorientación de verla cerrar una puerta cuando yo acabo de abrir la mía. Ella se da la vuelta, la calidez entre nosotros se corta al instante, y me quedo allí de pie con mi inocencia fingida mientras sé exactamente lo que significan esos símbolos.

La cadena de plata capta la luz como una acusación. Conozco su peso. No en gramos, sino en los años de duelo que ella ha cargado. Catorce años desde aquel día en la cantera cuando todo cambió. El tatuaje de la llave por Meiling, la amiga que murió. La cadena también por ella, algún memorial que Isa ha llevado como armadura contra el olvido. Yo observé desde las sombras aquel día, lo vi todo, orquesté el encubrimiento que le permitió marcharse. Y aquí estoy, fingiendo curiosidad por un dolor que ayudé a moldear, hurgando en heridas que sé que existen aunque ella nunca me haya contado la

historia completa de lo que representa la llave específicamente para ella.

La ironía tiene un sabor amargo. Ella acaba de eludir las preguntas sobre el mismo duelo del que fui testigo, manteniendo su propio silencio sobre aquel día mientras yo finjo ignorancia sobre el memorial que lleva puesto. Dos personas mintiendo por omisión, pero solo uno de nosotros sabe que ambos estamos mintiendo.

Horas más tarde, tras el ajetreo del almuerzo, después de que ella haya servido a docenas de clientes con su frialdad eficiente habitual, me detengo en el punto exacto donde le hablé de mis padres y me doy cuenta: nunca le había contado eso a nadie.

Ni a Marisol, que me trata como a un hijo. Ni a Gunner, que me ha cubierto las espaldas durante años. A nadie en esta familia elegida que he construido para reemplazar lo que perdí. Dieciocho años de ocultamiento perfecto, sin dejar nunca que nadie pasara de la calidez al dolor que había debajo, y acabo de entregarle fragmentos de mi historia como si no fueran nada.

No. No como si no fueran nada. Como si lo fueran todo.

El vértigo de la situación hace que agarre la barra hasta que se me ponen los nudillos blancos. Controlo su vida entera. El apartamento en el que duerme, el pasaporte que no se tramita, el trabajo que cree haber encontrado por su cuenta. He sido el autor de cada capítulo de su existencia en Miami sin que ella lo sepa.

Y, sin embargo, acabo de darle lo único que realmente controlo: la verdad sobre mí mismo.

La paradoja arde en mi pecho. He construido toda su realidad mientras ella ahora posee las primeras palabras honestas que he pronunciado sobre mi pasado. Sabe algo de mí que nadie más sabe, mientras no tiene idea de cuánto sé yo sobre ella. La intimidad de haber sido visto, aunque sea parcialmente, hace que se me apriete el pecho de pánico.

El recuerdo de anoche aflora de nuevo. Ella de rodillas en esa cámara, tomándome profundamente mientras pensaba que yo no era nadie. La forma en que gemía alrededor de mi polla, lo húmeda que estaba cuando se tocó; podía oír los sonidos húmedos de su coño. Se corrió tan fuerte que casi me muerde, todo su cuerpo temblando con el orgasmo mientras yo llenaba su boca.

Eso también fue intimidad, pero de otro tipo. Una entrega física que ella podía achacar al anonimato. Esto, contarle lo de mis padres,

dejar que vea las grietas, esto es la verdadera vulnerabilidad. Y a diferencia de la cámara, ella sabe exactamente quién se la entregó.

El pensamiento hace que mi polla me duela con una necesidad que no puedo satisfacer. Todavía no. No hasta que sea verdaderamente mía, hasta que los retrasos del pasaporte se conviertan en soluciones permanentes, hasta que comprenda que irse nunca fue realmente una opción.

Pero por ahora, la observo moverse durante su turno con ese brillo sutil, esa satisfacción que le di en la oscuridad, y sostengo la verdad de ambos: ella es mía en formas que no comprende y, después de hoy, yo soy suyo de una forma que nunca pretendí ser.

11 - Isa

No he vuelto a The Aviary. Ha pasado una semana desde que me arrodillé ante un extraño que me llamó su buena chica, y todavía puedo saborearlo. El recuerdo me humedece en momentos inapropiados. Como ahora, sentada sola en la barra de La Sirena, intentando almorzar como si todavía fuera la misma persona.

El bar huele a cítricos y lejía por la limpieza de la mañana, pero debajo todavía persiste el perfume y el whisky de anoche, fantasmas de gente hermosa haciendo cosas terribles. Adrian no me ha traído café todavía hoy. Me digo a mí misma que no estoy vigilando la puerta.

Este es mi momento favorito. Después de la preparación del almuerzo, antes del caos de la noche. Solo yo y el silencio.

Hasta que la puerta de la cocina se abre de golpe y las risas se derraman.

Sera, Wren y Daphne emergen juntas; Sera gesticula con una cuchara de madera mientras cuenta alguna historia que tiene a las otras dos sonriendo. Se mueven como mujeres que han encontrado su lugar en este mundo, cómodas la una con la otra de una manera que me hace doler el pecho. No es soledad exactamente, sino el fantasma de lo que se sentía la amistad, antes de que aprendiera lo que cuesta mi amistad.

—¡Isa! —Sera me agita la cuchara—. Ven a probar esto. Estoy intentando algo nuevo para el especial de esta noche.

Ella no es oficialmente la chef aquí, pero le gusta animar al personal a probar sus recetas de vez en cuando.

—No. —Mi respuesta es mínima, cortante. Ella me recuerda a mí misma hace cinco años. Construyendo algo de la nada. Que es exactamente la razón por la que necesita mantenerse lejos de mí.

Ella se encoge de hombros, sin inmutarse, y vuelve con las demás. La observo moverse por la cocina con la autoridad que se ha ganado. Firme, independiente; construyó su propio lugar aquí a través de la

habilidad en lugar de las conexiones. Respeto eso de ella. Lo demás, la calidez y el afecto fácil, lo mantengo a raya.

Wren se apoya en la encimera, más silenciosa que las demás pero presente de una manera que me interesa. Hay oscuridad bajo ese exterior suave, algo que reconoce el daño en los demás. Me atrapa mirando y ofrece una pequeña sonrisa que no llega a sus ojos. —¿Están buenas las empanadas hoy?

—Bien —digo, aunque las empanadas de Sera son perfectas y ambas lo sabemos.

Otra respuesta mínima. Aparto la mirada primero. Esa oscuridad en ella llama a la mía, y ese es exactamente el problema.

—Deberías haber visto la cara de Gunner —dice Daphne, continuando cualquier historia que me perdí.

Se mueve con esa gracia entrenada, cada gesto preciso incluso en una conversación informal. El ballet escrito en sus huesos. Pero hay algo más bajo el pulido, algo que aún no he descifrado. Es más difícil de leer que las otras, y eso la hace peligrosa de formas que probablemente no se da cuenta.

—¿Quieres acompañarnos a tomar un café? —pregunta Wren, bajando ya las tazas.

—No. —La palabra única, mínima y final.

Daphne lo intenta una vez más. —Estamos planeando una noche de chicas el sábado si quieres…

—No puedo. —La corto con la respuesta escueta que ya debería esperar.

Se acomodan alrededor de la mesa de preparación con su café, la conversación fluyendo entre ellas como el agua. Sus risas hacen que algo se retuerza en mi pecho. Vuelvo a mi comida, manteniendo la distancia que he perfeccionado a lo largo de los años. Estas mujeres son fuertes, capaces, exactamente el tipo de personas que estarían mejor sin mí lo suficientemente cerca como para dañarlas.

A través de la ventana de la cocina, alcanzo a ver a dos Zayas soldados caminando. Incluso nuestras tardes tranquilas tienen colmillos. El recordatorio me ayuda a reconstruir mis muros.

El picante de la empanada inunda mi boca, me hace pensar en calor en otros lugares, lo que me hace pensar en la cámara, lo que me hace apretar los muslos bajo la barra. Dios. Una semana y todavía siento el fantasma de la verga de ese extraño en mi boca.

—Sabes, podrías decir que sí de vez en cuando.

Juliet se deja caer en el taburete a mi lado, todo sol y jeans de diseñador. Huele a vainilla. No espera permiso, nunca lo hace. Simplemente aparece como si perteneciera a cualquier lugar donde decida estar.

—Estaban siendo amables —digo, sin levantar la vista de mi plato —. Yo estaba siendo honesta.

—Estabas siendo fría. —Roba una de mis empanadas y le da un mordisco sin preguntar—. ¿Por qué haces eso? Alejar a todo el mundo como si estuvieran tratando de venderte algo.

—No a todo el mundo.

—Cierto. Solo a todos menos a mí. —Ella sonríe, pero hay curiosidad debajo—. ¿Qué me hace tan especial?

La verdad se siente amarga en mi lengua. Ella está a salvo precisamente porque somos demasiado diferentes como para importarnos la una a la otra. Sol y sombra. La princesa de Disney y la mujer que duerme armada. No hay riesgo de una cercanía real cuando la distancia viene de fábrica.

—Suerte, supongo —digo en su lugar, casi sonriendo ante su audacia antes de contenerme.

Me estudia con esos ojos color avellana que ven demasiado. —Algo te molesta. Más de lo habitual, quiero decir.

Dejo el tenedor. Las palabras salen sin planearlo. —Alguien me ha estado siguiendo.

Todo su cuerpo cambia, acercándose más. —¿Siguiéndote? ¿En plan acosador de verdad?

—Sí. Alguien me ha estado vigilando durante semanas. Tal vez más. —Mis dedos tamborilean contra la barra, contando pulsaciones en series de ocho—. Todos los días, esa sensación de ser observada. Seguida. Como si alguien conociera mis rutas, mis rutinas. Me están acosando.

—Dios, Isa. ¿Has visto a alguien?

—No. Eso es lo que lo hace peor. Solo… —Hago un gesto vago—. Sombras que no deberían estar ahí. Alguien siempre vigilando, siempre siguiendo, pero nunca lo suficientemente visible como para confrontarlo.

—¿Crees que alguien realmente te está acosando? —La voz de Juliet baja de volumen—. O sea, esto no es paranoia. ¿Alguien te está siguiendo y vigilando de verdad?

—Sí. —La confesión se siente extraña en voz alta—. Me están acosando.

Juliet se queda callada, procesando esto con más seriedad de la que esperaba. Las mujeres de la cocina han seguido adelante; sus voces se desvanecen mientras suben las escaleras. Estamos solas en la barra con mi confesión colgando entre nosotras.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —pregunta finalmente.

La pregunta golpea fría y afilada.

—¿A qué te refieres con qué voy a hacer?

—Me refiero a que eres Isa Navarro. La Cuchilla. Tú no te quedas sentada esperando a que pasen cosas malas. —La voz de Juliet conlleva una certeza absoluta—. Así que, ¿cuál es el plan?

Se inclina hacia adelante, intensa. —Tienes miedo. No de quien sea que te esté vigilando. Sino de lo que podrías hacer cuando lo atrapes.

La perspicacia corta más profundo de lo que espero. La pregunta voltea algo en mi pecho. He estado soportando esto durante semanas, dejando que alguien me rastree como a una presa. Defensiva. Reactiva. Todo lo que juré que nunca volvería a ser.

—Tienes razón. —Me pongo de pie, con la decisión ya tomada—. He sido la presa durante demasiado tiempo.

—¿Adónde vas?

—A cazar.

Dejo mi plato en la barra y me dirijo a la puerta, con la voz de Juliet siguiéndome.

—¡Ten cuidado!

Cuidada no es la palabra para lo que estoy a punto de ser.

La noche de Miami me envuelve, densa de humedad y posibilidades. Hay algo oscuramente emocionante en invertir el juego. He sido su presa durante semanas. Ahora yo estoy cazando, y mi cuerpo responde al cambio de poder de formas que me perturban.

Me muevo por las calles con un nuevo propósito, no tratando de perder a un seguidor, sino de atraparlo. En la bodega de la esquina, me detengo para comprar agua que no necesito, usando el reflejo de la ventana para revisar detrás de mí. Nada obvio, pero la sensación persiste.

Regreso por un callejón que apesta a basura y luego doy la vuelta a la manzana. Contravigilancia clásica, pero lo suficientemente amateur como para que alguien confiado piense que solo estoy

perdida. En la siguiente esquina, me detengo para revisar mi teléfono, angulando la pantalla para captar lo que hay detrás de mí.

Movimiento. Tal vez. Una figura que se da la vuelta justo cuando miro.

Mi pulso se acelera, pero no de miedo. En esto soy buena. Paciencia, observación, leer el espacio que me rodea. Coloco mis trampas con cuidado. Paradas predecibles que no son predecibles, patrones diseñados para que alguien se revele.

Cerca del puerto, donde el aire sabe a sal y diésel, me meto en un estacionamiento y salgo inmediatamente por la puerta lateral. Forzarlos a seguirme o perderme. El hormigón amplifica los pasos. Los oigo, rápidos y ligeros, tratando de igualar mi ritmo.

Casi.

Parte de mí espera no atraparlo. Porque cuando lo haga, tendré que decidir qué clase de monstruo soy realmente.

Corro de repente, sin previo aviso, doblando la esquina a toda velocidad. Detrás de mí, esos pasos se apresuran a seguirme. Ya los tengo, puedo sentirlo, solo necesito dar la vuelta y...

Vacío. La calle detrás de mí está completamente vacía.

Pero la sensación de ser observada permanece, más fuerte que nunca.

La caza me lleva sin elección consciente, mis pies encontrando su propio camino a través del laberinto nocturno de Miami's. Paso las playas turísticas, más allá de las franjas de neón, hasta donde la ciudad se encuentra con el verdadero océano. No las partes bonitas. Los bordes ásperos donde las rocas sobresalen de la arena como dientes rotos.

Mis manos empiezan a temblar antes de que entienda por qué. Mi cuerpo reconoce este lugar antes que mi mente.

El afloramiento se cierne contra el cielo que se oscurece, piedras masivas apiladas por las tormentas o el tiempo en algo casi arquitectónico. Mis pasos se ralentizan al acercarme, alguna parte primitiva de mi cerebro disparando advertencias que no puedo nombrar. La sensación de ser observada desaparece de repente, reemplazada por algo peor.

El aire salino me quema los pulmones. Las rocas todavía están calientes por el sol del día, irradiando calor como una fiebre.

Recuerdo.

Golpea sin previo aviso. No es un recuerdo nítido, sino fragmentos, nublados por las drogas y de cuando tenía catorce años. Nada claro, nada seguro. Las rocas cambian, se convierten en rocas diferentes, en un tiempo diferente. Calor de verano que hace que todo brille. La risa de Meiling's, brillante y temeraria. Estamos drogadas; pequeñas pastillas blancas que Meiling robó del tocador de su madre, dos cada una, pasadas con refresco tibio, porque teníamos catorce años y éramos invencibles y queríamos que el verano pareciera que nunca terminaría. Nunca supe qué eran. Fuera lo que fuese, deshicieron el día mientras ocurría y me lo devolvieron en pedazos.

El cuchillo fue de ella primero. O mío. El recuerdo no se aclara, permanece difuso, sigue cambiando como el humo. Pero puedo verlo captando la luz del sol, la hoja barata que habíamos robado, encontrado o comprado, jugueteando con ella porque éramos invencibles a los catorce.

Sangre. Tanta sangre, demasiado brillante para ser real excepto que lo era. En mis manos, en su camiseta, extendiéndose por la piedra. Pero la secuencia se rompe. ¿Fue primero el cuchillo o la roca? Mis recuerdos flojos por las drogas se enredan, rechazan la verdad lineal. Solo fragmentos que no se ensamblan.

La roca cayendo, masiva, inevitable. Pero eso no tiene sentido. Estábamos jugando con el cuchillo, luego sangre, pero también rocas cayendo con un peso mortal. Las imágenes se superponen mal, no se resuelven en la verdad. Todo es confuso, fracturado.

Meiling a los catorce, con los ojos muy abiertos por la sorpresa o el miedo o algo que nunca descifraré porque el recuerdo se fragmenta ahí, se hace añicos en impresiones que se contradicen entre sí. ¿Sostenía mi mano el cuchillo cuando entró? ¿Cayeron las rocas antes o después? ¿Hubo intención o accidente o alguna mezcla terrible de ambos?

Los fragmentos dan vueltas, rechazan el ensamblaje, permanecen tercamente confusos. Sangre y hoja y piedra, pero no hay una secuencia clara. Ni absolución ni condena. Solo fragmentos de su muerte y la certeza de que, de alguna manera, de alguna forma, mis manos cargan con la culpa. Pero incluso esa certeza se siente confusa cuando los recuerdos mismos no se solidifican.

Estoy de rodillas en la arena, aunque no recuerdo haberme caído. Todo mi cuerpo tiembla, espasmos violentos que comienzan en mi

pecho y se irradian hacia afuera. La playa se extiende vacía en ambas direcciones, solo yo y el afloramiento y las preguntas que no dejan de multiplicarse.

El recuerdo se niega a darme lo que necesito. Culpa clara o inocencia clara. Solo fragmentos que podrían significar cualquier cosa. Meiling está muerta, lo ha estado durante catorce años, y todavía no sé si yo la maté. La incertidumbre es peor de lo que sería saberlo. Al menos la culpa sería sólida, algo que cargar o confesar. Esto es vértigo, permanente y nauseabundo.

Mis manos se presionan contra la arena, anclándome en el presente. Los granos se pegan a mis palmas, reales y ásperos.

Existe una versión oficial. Desprendimiento de rocas. El propio informe de incidentes de la cantera, la historia de dos párrafos en el periódico local que encontré y releí hasta que los pliegues se ablandaron: afloramiento inestable, menor sin supervisión, un trágico accidente. Meiling Lin, catorce años, muerta por la caída de una piedra. Ninguna mención de una segunda niña. Ninguna mención de un cuchillo.

Esa es la parte que nunca me ha dejado dormir. El periódico coincide con la roca; el peso aplastante está ahí mismo en mis fragmentos, el polvo, el sonido. Si eso fuera lo único que recordara, tal vez podría haberlo creído. Guardado luto como una persona normal. Sanado como tal. Pero ningún desprendimiento de rocas explica una hoja atrapando la luz del sol. Ninguna piedra al caer pone sangre en mis manos *antes* del polvo. La historia oficial y mi cuerpo no están de acuerdo. Salí corriendo antes de que nadie supiera que yo estaba allí. Nadie me hizo nunca ni una sola pregunta. Solo hubo una niña leyendo una noticia de periódico sobre el accidente de su mejor amiga, una y otra vez, incapaz de hacer que coincidiera con sus propias manos.

Pero incluso ahora, temblando y sola, no puedo separar lo que pasó de lo que temo que pasó. El cuchillo existe en el recuerdo. La sangre también. La roca. ¿Pero clavó mi mano la hoja? ¿Cayeron las rocas por azar o por propósito?

Las preguntas se multiplican, engendrando más preguntas, mientras la única respuesta que importa se mantiene eternamente fuera de mi alcance. Ella está muerta. Yo estaba allí. Todo lo demás es niebla.

Me quedo de rodillas en la arena, la caza olvidada, el observador irrelevante. El pasado se ha abierto bajo mis pies como un sumidero, y estoy cayendo a través de catorce años de culpa sin hechos, de certeza sin pruebas.

El recuerdo se niega a soltarme o a resolverse. Meiling sigue muerta. Yo sigo siendo culpable. La verdad, si es que alguna vez existió, sigue enterrada en algún lugar al que no puedo llegar.

12 - Adrian

He memorizado los sábados de Isa como otros hombres memorizan sus votos matrimoniales. Café en Fifth, luego el Design District; es su único día libre, cuando se permite deambular sin rumbo. Hoy pasará frente a Ariele a las 12:45, con un margen de tres minutos. La espero como un hombre espera la absolución, sabiendo exactamente cuándo aparecerá, sabiendo que no merezco verla, pero deleitándome de todos modos.

Ahí está. Jeans negros a pesar del calor, esa chaqueta de cuero que usa como una armadura. La forma en que se mueve hace que el pecho se me oprima de deseo; toda esa gracia controlada, esa distancia cuidadosa que mantiene con el mundo. Está estudiando el escaparate de una tienda dos locales más allá, completamente absorta. Me despego de la pared y me interpongo en su camino, calculando el tiempo para que choquemos justo cuando ella se gire.

El impacto es perfecto. No lo suficientemente fuerte como para lastimarla, solo lo necesario para hacerla tropezar. Mi mano la sujeta del codo, estabilizándola mientras la bolsa de compras se balancea entre nosotros. Su cuerpo contra el mío por apenas un segundo. Dios, incluso ese breve contacto me pone duro.

—¿Isa? —Dejo que la sorpresa florezca en mi rostro, cálida y genuina—. ¿Qué probabilidades hay?

Ella retrocede ligeramente, esa distancia automática que mantiene, pero sus hombros se relajan cuando me reconoce. Su aroma me golpea —jabón limpio y piel cálida— y el deseo me golpea bajo y fuerte, el impulso de hundir la cara en su cuello y quedarme allí.

—Adrian. ¿De compras?

—Para una amiga, en realidad. —Levanto la bolsa, y la mentira sale de mi lengua dulce como la miel. Dentro hay un vestido que compré esta mañana, tras haber rastreado su rutina de los sábados durante meses, de su talla exacta gracias a años de observación. Seda negra, elegancia sutil, el tipo de prenda que ella nunca se compraría

pero que no puede rechazar como un favor prestado—. Un regalo de cumpleaños. Es imposible comprarle algo.

La mirada de Isa se dirige a la bolsa y luego pasa de largo hacia la fachada art déco de Ariele's. El restaurante brilla bajo el sol de la tarde, todo cristal curvado y detalles dorados.

—¿Ya comiste? —le pregunto, con la naturalidad de quien respira —. Podríamos picar algo.

Ella suelta una carcajada, un sonido poco común que me oprime el pecho. —¿En Ariele? Tienen reservas agotadas con meses de antelación. Buen intento, de todos modos.

—No perdemos nada con preguntar. —Me encojo de hombros, avanzando ya hacia la entrada—. Vamos, lo peor que pueden decirnos es que no.

Ella me sigue, probablemente solo para verme fracasar. El conserje está detrás de su podio como un guardián de la exclusividad. Sus ojos se agrandan ligeramente cuando me ve.

—Señor Marín —dice cordialmente, y noto que Isa levanta las cejas al ver que me reconoce—. Bienvenido de nuevo. Su mesa está lista, como siempre.

—Momento perfecto —digo, actuando como si esto fuera una suerte espontánea en lugar de una reserva que hice hace semanas, el día después de que ella mencionara Lisboa por primera vez. La bienvenida del conserje es genuina. He cultivado esta relación durante años, solo para momentos como este.

—Por supuesto. Por aquí, por favor. —Toma los menús con fluidez, con una sonrisa profesional y cómplice—. ¿Necesitará algo de nuestra colección privada?

—Hoy solo el menú regular, gracias. —Me giro hacia Isa, cuya expresión ha pasado de la sospecha a la diversión—. Después de ti.

Ella no se mueve. —Adrian, no estoy vestida para este lugar.

Lo que me lleva al vestido. Hago un ademán de considerar la situación y luego chasqueo los dedos como si acabara de tener una idea brillante. —En realidad, esto podría servir. —Levanto la bolsa de compras—. Probablemente sea de tu talla, y mi amiga ni siquiera sabrá que ya lo compré. Podrías pedírselo prestado, ¿cambiarte en el tocador?

—¿Quieres que use el regalo de cumpleaños de tu amiga?

—A ella no le importará esperar un día más —digo, lo cual no es realmente una mentira ya que la «amiga» no existe—. Me estarías

haciendo un favor, para ver cómo queda en una persona real.

Dios, la forma en que sopesa su orgullo contra su curiosidad, es como verla decidir si dejarme acercar o alejarme. Cada microexpresión en su rostro es una obra maestra que quiero enmarcar, estudiar y poseer.

—Está bien —dice ella—. Pero tú le explicarás a tu amiga por qué su vestido nuevo huele al perfume de otra persona.

El vestido le queda como yo sabía que le quedaría. Mi miembro se endurece al verla. Seda negra pintando cada curva que he memorizado pero que nunca he tocado. Dios, las cosas que quiero hacerle con ese vestido puesto. Las formas en que quiero marcarla como mía mientras usa algo que yo elegí, algo que compré sabiendo cómo se ceñiría a sus caderas, a sus pechos. Camina envuelta en mi fantasía hecha realidad, y no tiene ni idea.

Mía. La palabra retumba en mi interior con cada latido. Lleva mi elección, mi regalo, mi seda contra su piel. Cada hombre que la mire esta noche estará mirando algo con lo que yo la vestí. La sensación de posesión me marea de deseo.

Sale del tocador de Ariele's transformada, aunque intenta no demostrarlo; la seda negra acaricia su cuerpo de formas que me secan la boca. Incluí un par de tacones en la bolsa, pero conservó sus botas, un rasgo de terquedad que hace que la desee más.

El comedor se abre ante nosotros en niveles de crema y oro, con orquídeas en cada mesa y ventanales que dan a la Biscayne Bay. Nuestra mesa está en el rincón que solicité, íntima pero no obviamente romántica. Ella se acomoda en su silla, todavía un poco recelosa, como si esperara la trampa.

—¿Vino? —pregunto, y ella asiente, relajando un poco ese control rígido.

Pido un Sancerre que sé que le gustará, fresco y frío. El primer sorbo hace que cierre los ojos brevemente, y archivo esa expresión con todas las demás que colecciono. Sus labios en la copa, la forma en que su garganta se mueve al tragar. Cada detalle alimenta el hambre que ha estado creciendo durante años.

El camarero describe las especialidades en tonos reverentes mientras ella estudia el menú, con esa vigilancia constante todavía presente, pero suavizándose en los bordes. La seda se desplaza sobre su piel cuando se mueve, y tengo que apretar mi copa de vino para evitar estirar la mano sobre la mesa.

Para la segunda copa, está menos prevenida que de costumbre, aunque sigue siendo ella misma. Isa nunca se relaja de verdad, no del todo. El vino afloja algo en sus hombros, hace que se apoye en el respaldo de la silla en lugar de sentarse en el borde. —No puedo creer que tuvieran una mesa libre.

—Suerte del momento —digo, y la mentira resulta tan cómoda como un suéter viejo. Todo en esta tarde ha sido orquestado, desde el choque hasta el vestido y esta mesa exacta donde la luz ilumina su rostro de la manera perfecta.

La comida llega en oleadas. Ostras que no sabía que quería, vieiras perfectamente selladas, pato que se deshace en la boca. La observo experimentar cada plato, la forma en que la sorpresa cruza sus facciones cuando algo supera las expectativas. Sigue siendo Isa, contenida, pero hay algo más suave en ella en su día libre, lejos del caos de La Sirena.

—Dios, esto está riquísimo —dice, soltando un leve gemido ante el suflé de chocolate que insistí en que pidiéramos. El sonido va directo a mi entrepierna. Ese pequeño gemido, la forma en que sus ojos parpadean al cerrarse. Quiero descubrir qué otros sonidos emite, qué hace falta para arrancárselos.

—Te mereces cosas buenas, Isa. —La verdad se me escapa antes de que pueda contenerla.

Ella levanta la vista bruscamente, pero yo ya estoy cambiando de tema. —¿Cómo va la renovación de pasaporte? ¿Sigues planeando la gran huida a Lisboa?

Su rostro se ensombrece de inmediato. —En trámite, supuestamente. Pero los retrasos no dejan de acumularse.

El pecho se me oprime con una satisfacción oscura que me cuido de no mostrar. —¿En trámite?

—No dejan de pedir más documentación. Formularios diferentes cada vez que llamo. —Bebe lo que queda en su copa, con la frustración evidente en cada línea de su cuerpo. El pulso en su garganta salta de irritación—. Primero fue el comprobante de residencia, luego la verificación de empleo, ahora quieren registros fiscales de hace tres años. Es como si se lo estuvieran inventando sobre la marcha.

Hago ruidos de simpatía mientras saboreo este momento en privado. ¿Los retrasos interminables que describe? Yo los orquesté hace tres semanas. Pagué a las personas adecuadas para que

extraviaran formularios, exigieran papeleo innecesario y crearan bucles burocráticos infinitos. Cada obstáculo que enfrenta existe porque yo lo puse ahí. El sabotaje dando sus frutos perfectos mientras yo me siento aquí ofreciendo consuelo por la misma trampa que construí.

—Eso es desesperante —digo, volviendo a llenar su copa de vino —. La burocracia en esta ciudad es una locura. Lo hacen imposible a propósito.

—Exactamente. —Se inclina hacia adelante, confiándome su frustración. El movimiento hace que la seda se ciña de forma distinta y tengo que obligarme a mantener el contacto visual—. Es como si no quisieran que me fuera.

No quieren. Yo no quiero. El pensamiento me llena de un placer posesivo.

—Estoy seguro de que se solucionará —digo, sabiendo que no será así—. Estas cosas solo llevan tiempo.

—Y la maldita Daphne —continúa Isa; el vino la vuelve un poco más comunicativa de lo habitual, aunque para ella eso significa ser medida y cuidadosa—. No deja de intentar reorganizar la barra cuando no estoy. Ayer movió mis herramientas.

La queja es menor, lo típico de la territorialidad entre bartenders, pero me da una oportunidad. —¿Quieres que la mate por ti?

Las palabras salen ligeras, juguetonas, el tipo de broma que hace que la gente ría con nerviosismo. Pero por dentro, hablo en serio. Acabaría con Daphne antes del atardecer si Isa me lo pidiera. Haría que pareciera un accidente, tal vez algo relacionado con esos tendones de bailarina que tanto valora. Cualquier cosa con tal de eliminar hasta la más mínima irritación del mundo de Isa.

Isa suelta un bufido. —Claro. Gunner se pondría furioso si tocaras a su bailarina.

—La furia de Gunner's no me asusta. —Me encojo de hombros, absolutamente sincero a pesar del gesto casual. Su furia sería inconveniente, claro, pero no insuperable. Nada lo es cuando se trata de ella.

—Eres un ridículo. —Ella sacude la cabeza, pero casi sonríe—. Si quieres asesinar a alguien por mí, mata a mi acosador.

Las palabras caen como agua helada en mis venas. Lo dice con naturalidad, siguiendo el humor negro del momento, pero luego su expresión cambia. El vino no la ha vuelto descuidada. Isa nunca es

descuidada. Pero le ha dado permiso para expresar lo que normalmente guarda bajo llave. Se inclina hacia adelante y baja la voz. El cambio hace que se me revuelva el estómago. El temor llega antes de tiempo.

—No se lo he dicho a nadie, pero… alguien me ha estado siguiendo. Durante semanas.

Me quedo perfectamente quieto, con la ironía de este momento amenazando con asfixiarme. Está a punto de confiarme el miedo que me tiene. A punto de pedirle a su acosador que la proteja de su acosador.

—¿Siguiéndote? —logro decir, con voz firme a pesar de la tormenta en mi pecho.

—Más que eso. —Cuenta con los dedos y quiero capturar esas manos, besar cada yema—. Entraron en mi apartamento. No robaron nada, pero arreglaron cosas. Aceitaron bisagras, cambiaron bombillas. Pequeñas mejoras que significan que alguien estuvo dentro, tocando mis cosas.

Todo obra mía, por supuesto. Compongo mi rostro en una máscara de preocupación.

—Y me siento vigilada. Constantemente. Como si alguien conociera mis rutas, mi horario. A veces juro que puedo sentir los ojos puestos en mí, pero cuando me doy la vuelta, nada.

Ha tomado ese cuchillo de su bota y lo ha deslizado entre mis costillas. Está sentada aquí, confiándome su terror, sin saber que yo soy el monstruo bajo su cama.

—Eso es… —empiezo y luego me detengo; la ironía es demasiado densa para digerirla—. Eso debe de ser aterrador.

—Lo es. —Su vulnerabilidad en este momento rompe algo en mí —. No me asusto fácilmente, pero esto es diferente. Es como si alguien me estuviera estudiando.

Estudiando. Casi suelto una risita. Sí, esa es exactamente la palabra correcta.

—Yo me encargaré —me escucho decir, palabras vacías y profundas a la vez. ¿Cómo me encargo de mí mismo? ¿Cómo la protejo de la protección que yo le brindo?

—Adrian, no tienes por qué…

—Dije que yo me encargaré. —La dureza de mi voz nos sorprende a ambos—. Nadie debería hacerte sentir insegura.

La broma cósmica de todo esto. Estoy jurando protegerla de lo mismo que soy.

Algo cambia en su cara ante mi tono, pero antes de que pueda analizarlo, estiro la mano sobre la mesa y sujeto la suya. No es un gesto suave ni casual. Un agarre posesivo que hace que sus ojos se agranden.

Su pulso aletea bajo mi pulgar como un pájaro atrapado. Quiero seguir ese ritmo con mi boca, recorrerlo por su cuello, descubrir si se acelera más cuando la toque de verdad. La necesidad de reclamarla aquí, ahora, en este restaurante perfecto, casi desborda mi control.

—Nunca te pasará nada. —El voto surge de algún lugar profundo, algo que existía antes de toda la vigilancia y la planificación—. Necesito que sepas eso. Nada malo te tocará mientras yo respire.

Es lo más honesto que he dicho en todo el día.

Su mano está cálida en la mía, su pulso es visible en su muñeca. Por un momento, se queda completamente quieta, atrapada por la intensidad de mi agarre, por el peso de la promesa.

Luego retira la mano, no con brusquedad pero sí con firmeza. —Puedo cuidarme sola, Adrian.

Las palabras no me duelen. Porque sé exactamente qué tan bien se cuida sola. La he visto hacerlo durante años. La he visto lidiar con amenazas con su cuchillo y su fría competencia. No necesita mi protección, nunca la ha necesitado.

—Lo sé —digo, y las palabras conllevan capas que ella no podría entender de ninguna manera—. Sé exactamente de lo que eres capaz —continúo, soltando su mano lentamente—. Eso no significa que tengas que enfrentar las cosas sola.

La verdad estratificada de esto flota entre nosotros. Conozco su capacidad íntimamente, he registrado cada instancia de su fuerza. Y la anularé de todos modos. No necesita mi protección, pero la tendrá sin importar nada.

Todavía me observa con esos ojos oscuros que no revelan nada, pero algo brilla allí. Reconocimiento tal vez, o simplemente el vino y la tarde haciendo mella en ella. El vestido de seda capta la luz cuando ella se mueve y quiero arrancárselo, quiero mostrarle exactamente cuánto estoy dispuesto a proveer.

En su lugar, pido la cuenta, interpretando el papel del amigo atento que le ofreció una tarde encantadora. Nada más.

Pero mientras firmo el comprobante de la tarjeta de crédito, su atención se agudiza en mí. Es sutil. La forma en que entrecierra ligeramente los ojos, cómo inclina la cabeza como si estuviera escuchando algo justo debajo de la superficie. Esta es la tercera vez que dejo traslucir demasiado. Primero en el bar hace semanas, luego con el cliente al que manejé con excesiva firmeza, y ahora este apretón, este voto que cargaba con demasiado peso.

—Adrian —comienza, luego se detiene, tamborileando los dedos una vez contra la mesa.

—¿Qué? —Mantengo mi voz relajada, cálida, pero puedo sentir que me está estudiando.

—Nada. Solo… —Sacude la cabeza, pero veo cómo archiva este momento con los demás. Los destellos que ha estado captando, esas pequeñas grietas en mi personaje tan cuidado. Es demasiado lista para no notar patrones, y yo le he estado dando uno.

Puedo verlo en sus ojos. Casi reconoce algo. Casi une estos momentos en los que la máscara se desliza, en los que algo más oscuro asoma a través de la calidez. Su instinto le grita que algo anda mal, que esos bordes ásperos que percibe significan algo. Pero no logra darle nombre, no logra ubicar qué se oculta bajo mi encanto.

—Gracias por el almuerzo —dice en lugar de insistir—. Por el vestido, la compañía. Por todo.

—Cuando quieras. —Lo digo con absoluta sinceridad. Orquestaría mil tardes perfectas para ella.

Nos ponemos de pie para irnos y ella está más firme de lo esperado. Isa tolera el vino mejor que la mayoría. Me mantengo cerca sin tocarla, listo por si necesita apoyo, pero sabiendo que no lo aceptará.

Mientras caminamos por el impecable comedor de Ariele's, capto nuestro reflejo en un espejo dorado. Parece que pertenece a este lugar, con este vestido que elegí, en este espacio que organicé, en este día que escribí de principio a fin. La tarde más romántica de su vida reciente.

En la puerta, se gira hacia mí. —Hablo en serio, Adrian. Gracias. Necesitaba esto hoy.

La gratitud en su voz casi hace que se lo cuente. Casi hace que confiese que su acosador está parado justo aquí.

Casi.

En su lugar, le dedico la sonrisa que abre todas las puertas en Miami. —¿Para qué están los amigos?

Ella me lanza una última mirada inquisitiva, esa inteligencia aguda todavía tratando de ubicar qué es lo que no cuadra en esta imagen.

—Quédate con el vestido —digo para distraerla—. Te queda bien.

Esa es la subestimación del año.

—Te lo devolveré mañana —dice, restándole importancia al regalo.

Se aleja con el vestido que le compré, satisfecha con la comida que yo dispuse para ella, frustrada por los obstáculos que yo creé y consolada por el amigo que es la fuente de cada problema que describió.

La observo hasta que dobla la esquina, imaginando seguirla hasta su casa, confesarlo todo contra su puerta, demostrarle que el acosador al que teme es el único hombre que llegará a amarla con tanta entrega. ¿Huira? ¿Pelearía? ¿O finalmente entendería que algunas obsesiones son solo amor con otra ropa?

Saco mi teléfono. Tres mensajes sobre movimientos de Zayas en el puerto. Uno de Logan: the Zayas están ofreciendo dinero ahora, dinero real, a cualquiera en the Aviary que recuerde la noche en que Lito desapareció. Abordaron a Teo en la puerta dos veces esta semana. Teo, que ha trabajado en los clubes de Miami durante una década, que sabe cuándo mirar hacia otro lado… y que me saludó por mi nombre al entrar esa noche.

Pero en lo único que puedo pensar es en ese destello en los ojos de ella, ese tercer rastro de que algo anda mal. Qué cerca estuvo de reconocer lo que realmente soy.

Se está acercando a verme. Al verdadero yo. Al que la ama lo suficiente como para enjaularla por completo.

Pronto lo sabrá todo, y entonces veremos si sus manos capaces buscan su cuchillo o me buscan a mí.

13 - Isa

El whisky me quema la garganta al bajar, puro y perfecto de la forma en que solo la repisa superior de La Sirena lo logra. Noche lenta para variar. La mitad de la multitud habitual, Gunner cruzando el salón con esa violencia medida que lleva a todas partes, revisando las salidas como si el mundo pudiera acabarse en cualquier segundo. Un Zayas saborea un trago en la esquina, fingiendo que no está vigilando nuestra seguridad. Cada sombra podría esconder un arma, cada coche que pasa podría ser vigilancia. Esa es la realidad de nuestro mundo.

Miro a Gunner escanear la habitación, esos ojos pálidos rastreando amenazas que no están allí esta noche, y casi sonrío ante el recuerdo de la oferta de Adrian de ayer.

—¿Quieres que la mate por ti?

El pensamiento de Adrian cumpliendo realmente esa broma me hace tomar otro sorbo. No porque no pudiera. Hay algo bajo toda esa calidez que probablemente podría lograrlo. Pero Gunner perdería la cabeza si algo le pasara a su bailarina. Aunque conociendo a Adrian, se libraría de ello con su encanto de alguna manera. Haría reír a Gunner, si es que Gunner siquiera recuerda cómo.

Mis dedos recorren el borde de mi vaso mientras el calor se extiende por mi pecho. No por el whisky. Por recordar ayer en Ariele, la forma en que el pecho de Adrian se tensaba contra su camisa cuando alcanzaba la botella de vino, la forma en que sus antebrazos se flexionaban, toda esa fuerza controlada que finjo no notar. La forma particular en que huele, a tabaco y lima, que me hace querer inclinarme más cerca incluso cuando intento mantener la distancia. La forma en que la luz de la tarde se reflejaba en sus ojos cuando prometió que no me pasaría nada.

Dios. Lo estoy estudiando ahora. El tono exacto de su piel donde su cuello se abre. El ángulo de su muñeca cuando firma un cheque. Todavía puedo saborear el café cubano que me trajo esta mañana,

todavía siento el fantasma de sus dedos cuando rozaron los míos sobre la taza.

Él me hace sentir cómoda. Esa es la parte peligrosa. Más cómoda de lo que cualquier otro logra. El café cada mañana y la mayoría de las tardes, la conversación fácil, la forma en que sabe exactamente cuándo presionar y cuándo dejarme en paz. Lo de ayer se sintió como algo que no debía ser. Se sintió como una cita, si soy honesta.

Entre los retrasos del pasaporte y este acosador, Miami se siente como si se estuviera cerrando sobre mí.

Hay un cambio sutil en el aire antes de que Logan se materialice a mi lado, como si la habitación se preparara para su presencia antes de que él siquiera llegue. El tipo funciona con un sistema operativo diferente al resto de nosotros; no es solo el gerente aquí, es el arquitecto de cada pieza móvil, desde las órbitas sincronizadas de los camareros hasta la forma en que las luces se atenúan por grados precisos a medida que avanza la noche. Su cabello está peinado hacia atrás, su traje azul marino planchado tan impecable que podría tajar el ego de un hombre inferior, y está tecleando en una tableta con una velocidad que sugiere que ya ha registrado todo mi proceso de pensamiento antes de que yo abra la boca.

No se dirige a mí de inmediato. En su lugar, escanea la habitación, con los dedos pasando por pestañas invisibles en su cabeza: inventario, listas de invitados, la probabilidad fluctuante de violencia. Solo entonces vuelve esos ojos azules hacia mí, con un brillo que raya en lo inhumano.

—¿Necesitas algo? —pregunto.

—Iba a preguntarte lo mismo. —Su tono es cuidadoso, casi amable, de la forma en que le preguntarías a un veterano si los fuegos artificiales estaban demasiado fuertes—. Llevas cinco minutos mirando fijamente ese mismo punto.

Sé lo que realmente está preguntando: «¿Estás a punto de quebrarte? ¿Voy a tener que arrastrarte al callejón y calmarte? O peor, ¿informarle a Gunner que te has convertido en un estorbo?».

Me bebo el último centímetro de whisky y fuerzo una sonrisa. —¿Alguna vez no rastreas cada variable en la habitación, Logan?

—Ese es literalmente mi trabajo. —Su boca se curva apenas en la comisura, lo más cerca que llega a sonreír a menos que esté destrozando a un competidor por contratos—. Pero tú no eres una variable. Eres una constante. Por eso sé que algo anda mal.

Las palabras golpean más fuerte de lo que deberían. Casi le doy las gracias, pero la emoción se queda estrangulada en el camino.

—Necesito la noche libre —digo.

Esta vez él parpadea, una vez, un deliberado y pequeño clic de obturador de sorpresa. —¿Ahora?

—Ahora. —Dejo mi vaso con más fuerza de la necesaria. La decisión es repentina, pero siento como si se hubiera estado calcificando durante semanas—. Tengo algo que resolver.

Me mira como si quisiera ejecutar un diagnóstico, pero en su lugar desliza el dedo por su tableta, probablemente desviando todo el flujo de trabajo de la noche en tiempo real. —Carlos puede cubrirte —dice, y no es una pregunta.

—Bien —digo, más suave que antes.

Él espera un compás completo. —¿Necesitas refuerzos? —No es preocupación, es protocolo. Si digo que sí, llamará a alguien de la lista. Si digo que no, aun así me seguirá por las cámaras hasta que esté a manzanas de distancia.

Niego con la cabeza. —Solo necesito despejarme.

Él asiente una vez, pasando ya a lo siguiente. —Ten cuidado —lanza sobre su hombro.

Sola, recojo mis pensamientos, que están dispersos como perdigones por las últimas cuarenta y ocho horas. Le escribo un mensaje a Gunner: «Saliendo. Me reportaré luego». Redacto uno para Adrian, pero lo borro antes de enviarlo. Probablemente ya lleve dos whiskies encima en su propia noche, presidiendo una sala que solo finge entenderlo.

Me dirijo tras la barra y agarro mi chaqueta de la percha baja, con el cuero gastado de una forma que se amolda perfectamente a mis hombros.

Logan confía en mí porque nunca le he dado una razón para no hacerlo, no en cinco años de este ritmo: aparecer, mantener la cabeza baja, no dejarse atrapar por el drama. He visto a camareros consumirse en un mes, ya fuera devorados por los clientes habituales o sacados por la puerta trasera por el equipo de «seguridad». He visto lo que sucede cuando metes la pata, y no planeo verlo nunca desde adentro.

Me dirijo por el pasillo corto hacia la salida de empleados. El corredor trasero apesta a lejía y aceite de freidora, el sonido de los platos traqueteando como huesos en una caja.

Hago una pausa ante la puerta, arrodillándome en el estrecho espacio para reajustar el cuchillo de bota. Su peso familiar me calma los nervios.

No más esperar a que Adrian arregle esto. No más hacerme la damisela mientras alguien me observa desde las sombras. He terminado de ser la presa.

El club fetiche se asienta en la esquina como algo que salió gateando de la bahía y decidió quedarse. La misma fachada industrial, la misma entrada sin marcar, el mismo lugar donde casi lo atrapo la última vez. Recorro la zona metódicamente, revisando las líneas de visión, anotando las rutas de escape. Cada umbral podría esconder a alguien. Cada ventana podría estar vigilando.

Pero no hay nada. Solo la noche habitual de Miami. Aire denso que sabe a sal y peligro, música distante, el borracho ocasional tropezando al pasar. Rodeo la manzana dos veces, variando mi velocidad, regresando repentinamente. Todos los trucos que deberían obligar a salir a un seguidor.

Nada.

La proximidad al club atrae algo en mi cerebro. la cámara. La tarde que pasé de rodillas por un extraño, corriéndome más fuerte de lo que nunca lo he hecho mientras su voz distorsionada me llamaba «Buena chica» a través de los altavoces. El recuerdo hace que el calor se acumule en mi bajo vientre, no deseado pero innegable.

La asquerosa verdad que no admitiré: parte de mí se moja ante la idea de ser deseada de forma tan obsesiva. ¿Qué clase de rota me hace eso?

Me apoyo contra una pared, obligándome a pensar más allá de la distracción. ¿Qué es lo que realmente quiero? No BDSM. Los contratos y las mazmorras y llamar a alguien amo me ponen los pelos de punta. Pero tampoco algo convencional. Ni suave, ni dulce, ni aburrido. la cámara me dio algo, pero ¿qué?

Es como hambre pero peor. Esta necesidad de rendirse pero solo ante alguien que se lo haya ganado, alguien lo suficientemente fuerte como para tomar lo que yo nunca entregaría. la cámara me dejó fingir por una tarde, pero el anhelo solo empeoró después.

La necesidad sin nombre se asienta en mi pecho como una piedra. Sé lo que no es. Puedo trazar su espacio negativo perfectamente. No es dominación, no es igualdad. Algo más. Algo

que existe en el espacio intermedio, y no puedo encontrar las palabras para ello.

Tal vez no haya palabras. Tal vez solo estoy rota, queriendo algo que no existe. El pensamiento se asienta frío en mi estómago. Todas estas semanas de ser observada, de sentir ojos sobre mí, y ni siquiera puedo nombrar lo que querría si lo atrapara. No puedo nombrar lo que me hizo quedarme en la cámara cuando podría haberme ido.

La pregunta rota me sigue mientras abandono la caza y regreso a casa sin nada que demostrar. Otra noche de sombras que no se solidifican. Otra noche de no saber qué estoy buscando realmente en mi acosador o en mí misma.

Mi apartamento me recibe con su silencio habitual, cada cerradura encajando con la resistencia adecuada. Reviso las ventanas. Cerradas. Reviso el baño. Vacío. Reviso el armario. Nada más que mi ropa cuidadosamente organizada. Los rituales deberían sentirse como seguridad, pero esta noche se sienten como teatro. Jugando al control mientras alguien observa desde algún lugar que no puedo encontrar.

Un golpe en la puerta de al lado me hace quedar congelada. El nuevo vecino, quienquiera que finalmente se haya mudado al 4B. Apenas los he notado, solo sombras pasando detrás de su puerta, pasos a través de la pared compartida a horas extrañas. Otro golpe, como si estuvieran moviendo muebles.

Me giro hacia la pared que separa nuestros apartamentos, y ahí es cuando los veo.

Agujeros.

Agujeros taladrados en mi pared.

El suelo desaparece bajo mis pies, mi estómago cae al vacío. Me acerco, con las piernas repentinamente inestables. Tres agujeros a diferentes alturas, cada uno no mucho más ancho que el agujero de un alfiler. Casi invisibles a menos que estés mirando. A menos que sepas cómo se ve la vigilancia.

Mis dedos recorren uno a la altura de los ojos. Los bordes están limpios, son precisos. Alguien se tomó su tiempo con esto. Alguien que quería ángulos perfectos para verme desvestirme, dormir, vivir. El hielo se extiende por mis venas.

Los agujeros parecen ojos de insecto. Oscuros, pacientes, esperando. Puedo oler mi propio sudor de miedo, saborear el hierro en mi boca por morderme la lengua. Mi apartamento de repente se

siente como un escenario, cada esquina un potencial ángulo de visión.

La bilis sube por mi garganta. Cada noche que he dormido aquí. Cada mañana que me he vestido. Cada momento en que pensé que estaba a salvo tras puertas cerradas y ventanas revisadas. Todo ello observado a través de estos agujeros en mi propia pared.

La violación me golpea por oleadas. No en la calle donde podría combatirla. No a través de ventanas que podría tapar. Dentro de mi santuario. Dentro del único espacio que controlaba por completo. El lugar más seguro que conocía, y nunca fue seguro en absoluto.

Me tiemblan las manos mientras reviso los otros agujeros. Uno más bajo, inclinado hacia mi cama. Hacia donde duermo, donde me toco pensando en cosas que no nombraré. Uno cerca del techo, posicionado para ver la puerta de mi baño. Saben cuándo me ducho, cuánto tiempo tardo. Líneas de visión. Malditas líneas de visión perfectas que le dan a alguien una vista completa de mis momentos más privados.

El nuevo vecino. Tiene que ser él. Los tiempos coinciden. La vigilancia comenzó justo después de que alguien se mudara. Han estado al otro lado de esta pared, mirándome a través de estos agujeros, estudiándome como si fuera algún experimento. Dentro de mi santuario. El lugar donde revisaba las cerraduras y me sentía segura.

Cada noche que sentí ojos sobre mí, tenía razón. Pero estaba mirando en la dirección equivocada. Mirando hacia la calle cuando la amenaza estaba a ocho pulgadas de distancia, respirando al otro lado de mi pared.

La furia arde a través del horror. Limpia, aguda y absoluta. Este no es un acosador abstracto al que no puedo atrapar. Este es mi vecino. El nuevo vecino al que nunca he visto correctamente, que se mudó justo cuando empezó el asedio. Están justo ahí, maldita sea, detrás de esta pared, probablemente mirando a través de estos agujeros ahora mismo.

El pensamiento me pone los pelos de punta y, lo que es peor, hace que el calor pulse entre mis muslos. Esta enferma fascinación con ser deseada tan completamente, tan obsesivamente. ¿Qué demonios me pasa?

Mi mano encuentra mi cuchillo de bota sin pensarlo conscientemente. Tres pulgadas de acero alemán, tan familiar como

mi propio latido. El peso de este en mi palma me aporta claridad. No más ser la presa. No más hacerme la víctima.

Voy a enfrentarlos ahora mismo.

Mi cuerpo se mueve antes de que mi cerebro lo alcance, salgo por mi puerta y entro en el pasillo. La alfombra amortigua mis pasos mientras me acerco al 4B. Sin más plan que la rabia, que la necesidad de enfrentar a cualquier enfermo que me ha estado viendo dormir. El cuchillo sigue en mi mano, oculto pero listo.

Me detengo ante su puerta. Es aquí. El acosador que me ha estado atormentando, que violó mi santuario, que me hizo sentir insegura en mi propia piel. Están justo detrás de esta puerta.

Levanto el puño y golpeo la puerta. Tres golpes secos que resuenan en el pasillo vacío. El pulso me martillea en la garganta mientras espero. Mi mano del cuchillo permanece baja, lista para moverse. Lista para lo que sea que abra esta puerta. Hombre o mujer, extraño o algo peor.

Pasos en el interior, acercándose. El cerrojo gira con un clic que suena como un disparo en la quietud. Se me corta la respiración cuando la puerta se abre.

Adrian está en el umbral.

14 - Isa

Adrian está de pie en el umbral del 4B.

Durante tres latidos, no puedo procesar lo que estoy viendo. El rostro familiar donde debería haber un desconocido. Esos cálidos ojos marrones en los que he confiado durante años, esa sonrisa fácil que veo cada mañana mientras tomamos café cubano. Mi acosador tiene el rostro de Adrian, se mueve con la gracia de Adrian, respira con la calma de Adrian.

La conmoción del reconocimiento me inunda como agua helada. La calidez de esta mañana en La Sirena, el ritual del café, la forma en que me preguntó por mi día. Todo cambia, se echa a perder, se pudre en tiempo real. Cada momento cómodo, cada risa compartida, cada vez que bajé la guardia con él. La única persona que me hacía sentir segura. Él me estaba observando a través de agujeros en mi pared.

—Isa. —Su voz no denota pánico, ni sorpresa por haber sido descubierto. Solo esa misma calidez melosa que usa para saludar a los clientes, para llamarme cariña desde el otro lado de la barra—. Entra, mi amor. Deberíamos hablar.

La invitación casual, el término cariñoso que sale de sus labios como si nada hubiera cambiado, quiebra algo en mi pecho. La rabia me inunda, pura y absoluta. No lo niega. No busca excusas desesperadamente. Me invita a entrar como si fuéramos a compartir unas copas, como si hubiera descubierto algo tan mundano como su preferencia por el bourbon.

Mi mano encuentra el cuchillo en mi bota, mis dedos se cierran alrededor del mango familiar. —Hiciste agujeros en mi pared.

—Lo hice. —Un simple reconocimiento, sin vergüenza. Retrocede, abriendo más la puerta; la invitación sigue en pie. Ese aroma familiar flota hacia mí. Tabaco y lima, la colonia que significó consuelo durante años, ahora revelada como la marca del cazador—. Por favor. Entra.

Esa compostura, la falta de cualquier reacción humana apropiada al ser descubierto violando el santuario de alguien, hace que apriete

el cuchillo con más fuerza. Está ahí de pie como si hubiera estado esperando este momento. Como si supiera que lo descubriría en algún momento y hubiera estado ensayando su calma.

Podría correr. Podría llamar a la policía. Podría gritar pidiendo ayuda.

En lugar de eso, entro por su puerta. Porque vine aquí para confrontar a mi acosador y, por Dios, voy a obtener respuestas. Incluso si esas respuestas vienen de la última persona que esperaba. Incluso si vienen de la única persona cuya traición es la más profunda.

Su apartamento es un reflejo del mío en distribución, pero en nada más. Donde el mío es austero y controlado, el suyo respira calidez. Colores intensos, muebles cómodos, el persistente aroma a café. Con un nudo retorcido y nauseabundo en el estómago, me doy cuenta de que todo el espacio huele a nuestro ritual matutino, a ese único momento de mi día que creía puramente bueno.

Hay agujeros por todas partes.

No solo los tres que encontré. Más, cuidadosamente colocados a diferentes alturas a lo largo de nuestra pared compartida.

—Has estado observándolo todo. —Mi voz sale firme a pesar del horror que se extiende por mi interior—. Mi dormitorio. Cuando duermo. Has violado cada espacio privado que tenía.

—Sí. —Sin explicaciones, sin excusas. Solo un reconocimiento con esa voz cálida que solía significar seguridad.

La magnitud de todo me golpea de lleno. Mi privacidad, aniquilada. Cada momento privado, cada segundo sin vigilancia, cada vez que me equivoqué al pensar que las cerraduras y las ventanas revisadas eran seguridad. Él lo ha visto todo. Me ha observado en mis estados más vulnerables, ha estudiado mis rutinas, ha aprendido cuándo me ducho, cuándo me visto, cuándo creo que estoy sola. Cuando me toco pensando en… Dios. ¿Ha visto eso también?

Un calor no deseado e innegable me invade. La idea de que Adrian me observe en esos momentos, que me vea desmoronarme cuando pensaba que estaba sola. Me repugna. Pero mis muslos se juntan involuntariamente, mi cuerpo me traiciona con una excitación que no puedo controlar.

—¿Desde cuándo? —La pregunta sale a duras penas de mi garganta.

—¿A través de la pared? Desde que me mudé. —Cierra la puerta detrás de mí con un suave clic—. Unas pocas semanas.

Unas pocas semanas. Justo cuando empezó la sensación de ser observada, cuando las cosas en mi apartamento empezaron a mejorar misteriosamente. La cronología encaja con una claridad nauseabunda.

—Las bisagras. —Me vuelvo para encararlo por completo, enumerando cada violación—. Engrasaste las bisagras de mi puerta que rechinaban.

—Estaban desafinando, cariña. —Aún esa calidez, pero ahora hay algo más debajo—. No podía dejar que te mantuvieran despierta.

—Las bombillas.

—El parpadeo te molestaba. Lo notaba por la forma en que te detenías debajo de ellas, contando los titubeos.

Se dio cuenta de eso. Por supuesto que sí. Me ha estado estudiando como si yo fuera su materia favorita, aprendiendo cada gesto, cada hábito. La intimidad de todo eso hace que me arda la piel.

—Estuviste en mi apartamento. Varias veces. —Cada admisión llega sin vergüenza, sin siquiera un atisbo de remordimiento—. Siguiéndome en la calle.

—A veces. —Se adentra en su apartamento, y yo sigo su movimiento. La forma en que rota los hombros, la flexión de sus antebrazos donde tiene las mangas arremangadas. Los mismos brazos que me han sostenido innumerables veces—. Tienes buen instinto. Casi me atrapaste dos veces.

—Esa colonia en la bodega. El mismo aroma cuando vinieron los de la mudanza. —Las violaciones se acumulan, cada una admitida con esa misma calma mesurada que empieza a resquebrajarse—. Llevas semanas acosándome.

—Sí.

Sin justificación. Sin un «pero no lo entiendes» o «déjame explicarte». Solo un simple asentimiento a cada acusación que le lanzo. La falta de actitud defensiva es de alguna manera peor que una negativa. Como si ni siquiera pensara que lo que ha hecho requiere defensa.

Pero bajo mi furia, ese lugar roto dentro de mí pulsa con un reconocimiento enfermizo. Me ha estado observando con el enfoque singular de la obsesión. Conociéndome, estudiándome, deseándome lo suficiente como para violar todos los límites. La intensidad de ello

alimenta algo que he estado intentando matar de hambre. Esa necesidad de ser el único foco del mundo entero de alguien.

—Mi pasaporte. —La pieza más grande encaja, y una nueva furia me inunda—. Las demoras. El papeleo burocrático. Fuiste tú.

Por primera vez, algo cambia en su expresión. No es vergüenza. Es otra cosa. Orgullo, tal vez. Satisfacción. La máscara de encanto afable empieza a caerse, revelando algo más crudo debajo.

—No podía dejar que te fueras a Lisboa. —La calidez empieza a deshilacharse, la intensidad se filtra a través de ella—. ¿Crees que dejaría que un océano se interpusiera entre nosotros? Cada formulario, cada retraso. Fui yo manteniéndote cerca. Manteniéndote mía.

—Saboteaste mi escape. —Las palabras salen lo suficientemente afiladas como para cortar—. Te sentaste ahí en Ariele's, escuchándome quejarme de los retrasos, consolándome por los obstáculos, sabiendo que tú eras la razón.

El recuerdo me golpea de nuevo. Él rellenando mi copa de vino, su mano sobre la mía, prometiendo que todo saldría bien. Todo mentira. La única persona en la que confié para desahogarme era el arquitecto de mi jaula.

—Sí. —La única palabra conlleva peso, posesión, una absoluta falta de remordimiento.

La máscara se está cayendo. El Adrian cálido y encantador que creía conocer se está disolviendo, revelando algo más intenso debajo. Sus ojos se han oscurecido, fijos en mí con un hambre que me acelera el pulso por todas las razones equivocadas. Este es el hombre que entreví esa noche en el bar, cuando me aprisionó contra la barra. Aquel cuya oscuridad parpadeó antes de que yo la descartara.

—No tenías ningún derecho…

—Tenía todo el derecho. —La interrupción me sorprende. Adrian nunca interrumpe, nunca presiona. Pero este hombre frente a mí no es el Adrian que conozco—. ¿Crees que puedes irte sin más? ¿Simplemente hacer las maletas y desaparecer a Lisboa como si los últimos cinco años no significaran nada?

—No significan…

—Lo significan todo. —Se acerca más, y debería retroceder, pero no lo hago. No puedo. El calor de su cuerpo me alcanza, familiar y extraño a la vez—. Cada turno observándote trabajar. Cada distancia

cuidadosa que mantuve para que te sintieras segura. Todo ello conduciendo a esto.

—¿Conduciendo a qué? ¿A que violes…?

—A que seas mía. —Las palabras salen con absoluta certeza—. Cada mañana, cada sonrisa. Todo eso era amor, Isa. Mi amor. Mi reclamo.

Mi cuerpo me está traicionando por completo. La intensidad en su voz, el deseo desnudo en sus ojos, la pura audacia de su convicción. Está golpeando ese lugar roto dentro de mí, el que respondió en la cámara al ser deseada tan completamente. El calor se acumula en mi vientre bajo, mi coño contrayéndose con una necesidad que me odio por sentir.

—Estás loco. —Pero mi voz vacila, y él lo oye.

—Estoy enamorado. —Lo dice como un hecho, como física, como algo que lo explica y lo excusa todo—. Y no te vas a ir.

El ritual del café que atesoraba era vigilancia. Cada momento de consuelo era una mentira. La revelación corta más profundo que los agujeros en mi pared. Perdí a la única persona segura en mi mundo, y nunca existió.

—Tienes que disculparte. Retractarte. Decir que lo sientes por…

—Me niego. —Su voz corta limpiamente—. No me disculparé por mantenerte a salvo. Por asegurarme de que no desaparecieras. Por amarte lo suficiente como para evitar que huyeras.

—Eso no es amor…

—¿No lo es? —Está lo suficientemente cerca como para sentir su aliento—. Sé que cuentas de ocho en ocho cuando estás ansiosa. Sé que prefieres tu café amargo como una medicina. Sé que esa cicatriz en tu clavícula te duele cuando llueve. Te conozco, Isa. Cada parte de ti.

La arrogancia de todo eso, la negativa absoluta a disculparse, hace que quiera destriparlo. Pero mi cuchillo cuelga flojo en mi mano, y mis pezones se han endurecido contra mi camisa, visibles a través de la tela fina, y sus ojos bajan para notarlo. Su mirada se oscurece aún más.

—Tú también lo sientes. —No es una pregunta—. Esta cosa entre nosotros.

—Me siento violada. —La protesta sale más débil de lo que pretendía, socavada por el rubor que se extiende por mi piel, por la forma en que mi cuerpo se balancea ligeramente hacia el suyo.

—Ambas cosas pueden ser ciertas, mi amor.

Se niega a disculparse. Se niega a fingir que lo que ha hecho está mal. La convicción en él, la certeza absoluta de que retenerme fue la elección correcta. Es aterrador y magnético a partes iguales.

Así es como siempre ha sido. La calidez era real, pero también era la trampa. Me amaba como un coleccionista ama a una mariposa. Hermosa en una vitrina, con las alas clavadas, perfectamente conservada y perfectamente muerta.

—Hemos terminado. —Me vuelvo hacia la puerta, necesitando distancia de él y de la respuesta de mi cuerpo—. No me contactes. No me hables. No me traigas café. Hemos terminado, Adrian.

—Nunca. —La palabra me sigue, tan certera como la gravedad.

Mi mano se extiende hacia la salida, ya planeando la denuncia a la policía, la orden de alejamiento, la mudanza inmediata a cualquier lugar que no esté al lado de él. Esto se acaba ahora.

Pero Adrian se mueve. Rápido. Más rápido de lo que nunca le he visto moverse, con una gracia de depredador que debería haber reconocido antes. Bloquea mi camino hacia la puerta, su cuerpo de repente entre la salida y yo. Su mano busca su bolsillo y oigo el clic mecánico de la cerradura activándose electrónicamente.

—Ábrela. —Mi voz se mantiene estable a pesar del pico de adrenalina.

—No.Me ha encerrado. De verdad ha cerrado la puerta de su apartamento conmigo dentro. La realidad de ello hace que mi pulso martillee en mi garganta, en mis muñecas, entre mis muslos.

—Adrian, abre la puta puerta.

—No te vas a ir. —Lo dice como si nada. Simple—. No hasta que arreglemos esto.

—No puedes simpleme… —Lo rodeo y tiro de la manija, probándola. Sólida. Una cerradura de grado profesional por lo que se siente—. Esto es un secuestro.

—Sí.

El simple reconocimiento hace que se me corte la respiración. Sabe exactamente lo que está haciendo. Sin delirios, sin justificaciones. Está eligiendo atraparme aquí, plenamente consciente de lo que eso significa.

—Tengo un cuchillo.

—Lo sé. —Bloquea completamente mi salida, no se aparta, no me da ningún camino hacia la libertad. Solo se interpone entre la puerta

cerrada y yo con esa terrible calma. Mi mano deja la inútil manija de la puerta, pero no retrocedo. El calor de su cuerpo irradia hacia mí, mareándome—. No lo usarás.

En un instante, presiono la punta de la hoja contra su cuello, entrecerrando los ojos. —¿Estás seguro de eso?

—Sí. —Deja el mando de la cerradura en un estante, deliberadamente, donde puedo verlo pero no alcanzarlo sin pasar a través de él—. Porque una parte de ti quiere quedarse.

Nombra lo que mi cuerpo está gritando incluso mientras mi mente se rebela, y eso me da ganas de gritar. Tiene razón. La puerta cerrada me está haciendo algo, alimentando esa misma necesidad rota que me mantuvo en la cámara. Atrapada. Cautiva. Retenida.

La palabra me humedece, y me odio por ello.

El clic de la cerradura resuena en mi mente, en mis huesos. Me está enjaulando, y mi cuerpo responde como si hubiera estado esperando este momento. Como si cada célula reconociera a su captor y quisiera apoyarse en su pecho, dejar que me rodeara con sus brazos y… No.

Me quedo de pie frente a Adrian con mi cuchillo todavía en su cuello. Él espera con esa certeza paciente que hace que me arda la piel. El aire del apartamento se siente denso, cargado con todo lo que se está rompiendo entre nosotros. Su colonia llena el espacio, mezclándose con el aroma a café hasta que me ahogo en el olor familiar de lo que creía que era seguridad.

Mi cuerpo libra una guerra con mi mente. La furia por estar enjaulada lucha contra el calor líquido que se extiende por mi interior ante la idea de ser retenida. Y la peor parte, la parte que me hace querer clavarle el cuchillo en la garganta o poner mi boca en la suya, es cómo mi cuerpo responde a la jaula.

Todo mi cuerpo está a un volumen demasiado alto, los pezones me duelen contra la camisa. Mi coño late con cada latido del corazón, respondiendo a su proximidad, su intensidad, la pura incorrección de estar retenida aquí contra mi voluntad. Puedo sentir su calor, la forma en que su respiración se ha vuelto más profunda, como si él también estuviera afectado.

—Déjame salir. —Las palabras surgen, pequeñas e inútiles, su urgencia ahogada por el silencio eléctrico entre nosotros. Quiero creer que soy yo la que tiene el control: tengo el cuchillo, la amenaza,

la superioridad moral. Pero incluso yo puedo oír lo poco convincente que suena, cómo mi voz se quiebra en los bordes.

—No, cariña —dice suavemente, como si estuviera resolviendo el asunto por los dos—. Nunca.

La negativa envía calor directo a mi clítoris, lo hace pulsar de necesidad.

Se hace a un lado, lento y deliberado, deslizándose de entre la puerta y yo. El movimiento es grácil y aterrador, como ver el océano retroceder antes de un maremoto. De repente, no hay nada entre la salida y yo, excepto aire y la certeza de que tendré que pasar a través de él para alcanzarla. Mi mano se aprieta alrededor del cuchillo, obligándome a lanzarme hacia adelante. Pero no lo hago. No puedo. La pérdida de su calor es una pena, un vacío, y mi cuerpo traicionero quiere retroceder hacia sus brazos en lugar de avanzar hacia la libertad.

Me quedo ahí, paralizada, viéndolo interponerse entre el mando de la cerradura en el estante y yo. El significado es obvio: si lo quiero, tendré que luchar contra él por él. La situación es absurda, casi risible, excepto por la forma en que mi centro se contrae ante la idea. Por la forma en que la idea de una lucha, de un pulso de voluntades, de ser dominada, hace que mi piel cobre vida.

Me vuelvo lentamente para encararlo, de espaldas a la puerta.

—¿Quieres que te ruegue? —espeto, desesperada por recuperar terreno—. ¿Quieres verme de rodillas?

—Te quiero a salvo —dice—. Te quiero aquí. Conmigo. Donde perteneces.

Las palabras aterrizan con una fuerza que se siente como un puñetazo y una caricia. Mis manos tiemblan sobre el cuchillo, pero no avanzo. En cambio, recuerdo la cámara en the Aviary, la forma en que me rendí centímetro a centímetro, la forma en que tuvieron que forzarme a aceptar consuelo incluso cuando era todo lo que quería.

—Tú no decides dónde pertenezco —digo, pero mi voz ya me está delatando, suavizándose en los bordes.

Toda mi vida me he enorgullecido de ser fuerte, autosuficiente, de tener el control. Los últimos catorce años han sido un ejercicio de nunca necesitar, nunca pedir, nunca depender. La idea de ser posesión de alguien debería darme asco, pero aquí, ahora, me electriza.

—¿Crees que esto es amor? —susurro—. ¿Crees que atraparme, forzarme…?

—Creo que es inevitable —dice, y hay una alegría triste en su voz —. Creo que siempre íbamos a terminar aquí.

La verdad de ello es tan clara que duele mirarla a la cara. Quiero correr, pero la idea de escapar de este apartamento es de repente mucho más pequeña que el anhelo de quedarme y ver qué pasa si cedo solo un poco.

Adrian da un paso cuidadoso más cerca, manteniendo las manos a la vista, como un adiestrador de animales acercándose a una criatura herida. —Puedes hacerme daño, Isa —dice—. Si es lo que necesitas. Pero no cambiará nada. Tú también quieres esto.

Casi quiero que se equivoque, que sea arrogante, delirante y estúpido. Pero no lo es, y eso es lo que me deshace. Eso es lo que derrite la última capa helada de resolución dentro de mí y me deja de pie, con las manos vacías, en medio de su sala, queriendo odiarlo pero deseándolo más.

El cuchillo pesa en mi mano. Podría usarlo. Podría forzar la situación. Pero tiene razón. No lo haré. Porque debajo de la rabia, debajo de la traición, debajo de la violación de todo lo que creía saber de él, está esto: la espantosa atracción de la rendición. De dejar que otro tenga las llaves, tome las decisiones, tome el control.

La misma necesidad que me hizo quedarme en la cámara en the Aviary. La misma hambre que no puedo nombrar ni escapar.

—Nunca te ibas a subir a ese avión, mi amor —dice suavemente—. Lisboa nunca fue real. No hay ningún lugar al que puedas ir donde yo no te siga.

Mi cuerpo pulsa con un calor que me odio por sentir. Soy su cautiva, y estoy deshecha, y ya no puedo distinguir cuál de las dos cosas está causando la otra.

15 - Adrian

Ella está de espaldas a la puerta que acabo de sellar, con la columna rígida de furia, todavía empuñando el cuchillo de su bota, y lo único que puedo pensar es: finalmente. Finalmente lo sabe. Después de años de un control perfecto, ve lo que soy y, en lugar de huir, está aquí. Atrapada conmigo. Ser visto por ella, ser visto de verdad, hace que mi sangre arda más que cualquier rabia.

—Ábrela —su voz corta el espacio entre nosotros, pero escucho lo que no dice. El ligero temblor bajo la orden. El tropiezo entre *ábre* y *la* que me indica que su cuerpo ya está respondiendo al hecho de estar enjaulado.

—No —permanezco posicionado entre ella y el estante con el llavero de salida, mi cuerpo es un muro que tendría que atravesar—. Necesitamos hablar.

—¿Hablar? —su risa es aguda—. Me has estado vigilando a través de agujeros en mi pared. Has violado…

—Todo. Sí —la confesión se siente como una liberación, como exhalar finalmente después de contener la respiración durante años. Mis manos tiemblan ligeramente mientras me muevo hacia el carrito de bar, manteniéndome estratégicamente entre ella y cualquier posible salida—. ¿Quieres un trago? ¿Bourbon? ¿Ese vino de ayer con el que fingiste no estar encantada?

Vierto el líquido ámbar en el cristal; el gesto ordinario resulta obsceno frente a la magnitud de lo que se está rompiendo entre nosotros—. Siéntate. Tómate algo conmigo. Deja que te cuente una historia.

—Al diablo con tu historia —ella no se mueve de su posición junto a la puerta, no pretende que esto sea civilizado. El cuchillo sigue en su mano, listo—. Y al diablo con tu trago.

—¿El vino entonces? Te gustó el Sancerre en…

—Dije que no.

El rechazo hace que se me agite la entrepierna. No aceptará nada de lo que le ofrezca, no jugará a la normalidad mientras su mundo se

sale de su eje. Pero veo lo que intenta ocultar. Sus pezones presionan contra su camisa, erguidos y evidentes. El rubor extendiéndose por ese cuello elegante. La ligera apertura de sus labios que no es solo furia.

Doy un sorbo al bourbon, dejando que queme—. Entonces solo escucha.

—¿Cuánto tiempo llevas vigilándome? —su voz tiembla de rabia —. ¿Cuánto tiempo has estado…?

—Nueve años —la confesión brota de mí—. Nueve años desde la primera vez que te vi.

—¿Qué? —la palabra sale estrangulada—. Nos conocimos hace cinco años. Cuando empecé en La Sirena.

—Fue entonces cuando tú me notaste —el bourbon no puede borrar lo que estoy a punto de hacer—. Pero te he estado observando desde mucho antes. Desde una fiesta hace nueve años. Vestías de negro, obviamente. El cabello suelto por una vez. Parecías perdida, peligrosa y perfecta, y supe de inmediato que consumirías mi vida entera.

La fiesta. La mentira me quema en la boca. Mi mente viaja a la verdadera primera vez. Sol sobre las rocas, sangre esparciéndose, hace catorce años, cuando ella era solo una niña que no sabía que yo observaba cómo su mundo se hacía añicos. Pero esa verdad la destruiría. Podría destruirnos a ambos. Así que le doy nueve años en lugar de catorce, una fiesta en lugar de una escena de crimen, una simple atracción en lugar de complicidad.

Se acerca, y me agarro al borde del carrito de bar para evitar lanzarme hacia ella. El cuchillo sigue listo en su mano. Está calculando: apretando el agarre gradualmente, apoyando el peso en su pie trasero. Buscando el ángulo, el momento para atacar.

—¿Qué fiesta? —su confusión es genuina, hurgando en su memoria—. No recuerdo ninguna…

—Una fiesta de los Blenheim. Estabas trabajando en la barra, por tu cuenta. Probablemente no lo recuerdes porque, ¿por qué habrías de hacerlo? Solo otra familia rica derrochando dinero —me acerco más, lo suficiente para oler su jabón, ese aroma limpio y sencillo que me persigue—. Pero yo estaba allí, con veintidós años, estúpido y completamente destruido por la visión de ti.

—Yo no estaba… —su voz se apaga, y observo cómo intenta reconstruir su propia historia con esta nueva información—. Eso fue

antes de La Sirena. Trabajaba de forma independiente entonces, en diferentes eventos. Pero, ¿cómo…?

—Me aseguré de que nuestros caminos se cruzaran de nuevo. Me aseguré de que terminaras exactamente donde yo pudiera cuidarte.

Sus ojos se agrandan—. ¿El trabajo en La Sirena?

Ahora estamos llegando al punto. El núcleo de lo que necesito que sepa. Mi devoción, al desnudo.

—Ese puesto nunca debió ser tuyo —abandono el vaso, necesitando las manos libres, aunque me tiemblen—. Había otra candidata. Una tal Sophia. Mejor currículum, conocía a la gente adecuada. El trabajo era prácticamente suyo.

Los nudillos de Isa se vuelven blancos alrededor del mango del cuchillo—. ¿Qué le hiciste?

—Le creé una oportunidad que no pudo rechazar. Salario duplicado, dirección en Manhattan, el tipo de prestigio que hace que Miami parezca provinciano —me acerco más, incapaz de contenerme. El calor que irradia su piel me marea—. Estaba en un avión en menos de cuarenta y ocho horas, probablemente preguntándose todavía cómo tuvo tanta suerte. Luego me aseguré de que tu nombre llegara al escritorio correcto en el momento adecuado. Susurré en los oídos correctos sobre tu competencia, tu discreción. Lo perfecta que serías detrás de esa barra en particular.

—Tú lo orquestaste —no es una pregunta. Es un mundo reformándose.

—La vacante, el momento, la recomendación. Todo —un paso más cerca. Ella no retrocede—. Igual que arreglé que tu departamento estuviera disponible cuando lo necesitaste. Como me aseguré de que ciertas oportunidades te encontraran a lo largo de los años. ¿Las herramientas de bar vintage que encontraste en aquella venta de finca? Yo las compré primero, hice que las pusieran donde las encontraras. Compré la finca entera solo para asegurarme de que tendrías esas piezas específicas.

Su mano libre se cierra en un puño—. Mi vida entera…

—Tus decisiones siempre fueron tuyas, Isa. Yo solo… curé las opciones.

—Eso no es… —se interrumpe, respirando con dificultad. El rubor en su piel se profundiza, extendiéndose bajo su cuello, hasta donde quiero seguirlo con mi lengua—. Nueve años. Has estado haciendo esto durante nueve años.

—Desde el momento en que te vi en aquella fiesta —otra mentira apilada sobre otra mentira, pero algunas verdades nos matarían a ambos—. Donde te convertiste en mía sin saberlo.

Ella se queda callada, reajustando años de suerte en su verdadera forma. Cada oportunidad que aprovechó, cada puerta que se abrió, cada golpe de suerte que llegó en el momento justo. Todo revelado de repente como obra de mi mano.

—Cinco años de amistad. Café todas las mañanas. Todo ese tiempo estuviste…

—Manteniéndote cerca. Manteniéndote a salvo. Asegurándome de que tuvieras todo lo que necesitabas.

—¡No necesitaba que tú decidieras mi vida!

—¿No? —las palabras salen de mí, más bruscas de lo planeado—. Necesitabas ese trabajo. Necesitabas estabilidad, ingresos, un lugar que valorara tu competencia. Yo me aseguré de que lo tuvieras.

Catorce años de disciplina perfecta, y ahora se está desmoronando frente a ella. Una parte de mí quiere retirar las palabras, reconstruir el muro. Pero la parte más grande, la parte que ha estado muriendo de sed en el desierto de su ignorancia, bebe su horror como si fuera la salvación.

—¿Quieres saber toda la verdad? —la confesión surge de mí como sangre de una herida—. Sé que cambiaste los lentes de contacto por anteojos hace tres años, pero solo los usas a solas a las dos de la mañana cuando no puedes dormir. Sé que gesticulas las palabras de cualquier canción que esté sonando cuando crees que nadie mira; siempre un poco fuera de ritmo, como si estuvieras traduciendo. Sé que duermes con una mano apoyada sobre la pared.

Su respiración cambia. Más rápida, más superficial. El rubor de su piel se oscurece y quiero saborearlo, quiero saber si su excitación sabe diferente de su furia.

Mi voz baja de tono, volviéndose más ronca—. Sé que reparas cosas rotas cuando no puedes dormir. Empezando por relojes, luego pasando a mecanismos más grandes cuando los pequeños no calman tu mente. Sé que has estado planeando rutas de escape desde antes de que pudieras nombrar aquello de lo que huías.

—Basta —pero la palabra sale sin aliento, debilitada por la forma en que su cuerpo se inclina ligeramente hacia el mío.

—Sé el sonido que haces cuando te vienes —la confesión me desgarra, haciendo que me duela el sexo—. Sola en tu cama,

pensando que nadie puede oírte. Ese pequeño jadeo, como si estuvieras sorprendida por tu propio placer. Luego el silencio de después, cuando te quedas completamente inmóvil, como si esperaras un castigo que nunca llega.

Sus pupilas se dilatan. Dilatación completa, del tipo que significa que su cuerpo responde aunque su mente se rebele. El cuchillo tiembla en su mano.

—Me vigilaste…

—Todo. Cada momento que pude robar —estoy lo suficientemente cerca ahora como para sentir su aliento en mi piel, para ver el pulso martilleando en su garganta—. Nueve años estudiándote como si fueras el único texto sagrado que llegaré a necesitar. Conociéndote, protegiéndote, manteniéndote mía sin que supieras que ya me pertenecías.

La verdad me está destruyendo y reconstruyendo al mismo tiempo. Cada confesión hace que mi sangre corra más caliente, que mi pene se ponga más duro. Ser visto por ella después de todos estos años de esconderme, ser finalmente conocido exactamente por lo que soy. El alivio me inunda como una droga, haciéndome sentir borracho.

Y ella también lo está sintiendo. Puedo leerlo en cada señal que su cuerpo grita mientras su boca sigue furiosa. La forma en que sus muslos se presionan entre sí. El ligero arco en su espalda que no se da cuenta que está formando. La forma en que se le corta la respiración cada vez que confieso otra violación. Mis palabras la están deshaciendo del mismo modo que el saber quién soy me está deshaciendo a mí.

—Esto es enfermizo —dice, pero su voz se quiebra en las palabras.

—¿Lo es? —acorto la última distancia entre nosotros, hasta que la punta del cuchillo toca mi camisa—. ¿O es exactamente lo que has estado anhelando? Alguien que vea todo de ti. Cada borde afilado, cada rincón oscuro, cada verdad fea que crees que te hace indigna de amor. Alguien que sabe exactamente qué tipo de monstruo crees que eres y te desea por ello, no a pesar de ello.

Se le corta la respiración. Ese pequeño sonido que he memorizado a través de las paredes, ocurriendo ahora justo frente a mí gracias a las palabras que le digo directamente.

—Nueve años —continúo, con la voz bajando a poco más que un susurro—. Nueve años de disciplina perfecta. Sin tocarte nunca, sin

tomar nada, solo observando y deseando y asegurándome de que estuvieras a salvo. ¿Entiendes lo que costó eso? ¿Qué tipo de control se necesita para amar a alguien tan completamente y nunca dejar que lo vea?

—Eso no es amor…

—Es el único tipo que sé dar —la confesión se siente como si me abriera el pecho, mostrándole el desastre interior—. Completo. Absoluto. Estructural. Construyendo tu mundo entero mejor sin que supieras que yo era quien ponía cada ladrillo.

Ella emite un sonido, mitad furia, mitad algo más. Ese algo más hace que mis manos tiemblen por la necesidad de tocarla.

—¿Y ahora? —su pregunta sale áspera, como si hubiera estado gritando—. ¿Ahora que lo sé?

—Ahora eres mía abiertamente en lugar de secretamente.

La seguridad en mi voz hace que todo su cuerpo se estremezca. Observo cómo se le eriza la piel de los brazos, veo cómo sus pezones se endurecen aún más. Conozco esa señal también, el ligero cambio en su postura, la forma en que contiene el aliento.

Estamos tan cerca que el cuchillo entre nosotros se siente como un juego previo, el peligro añade carga a cada palabra, a cada respiración. Violencia y deseo enredados exactamente como ambos lo necesitamos.

—Lo sé todo sobre ti —digo en voz baja.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Sé que sueñas con dejarte llevar —me presiono más, dejando que la punta del cuchillo atraviese mi camisa en mi vientre, sintiendo la punta contra la piel—. Con alguien lo suficientemente fuerte como para tomar tu control y que no tengas que cargarlo más. Sé que el hambre que no puedes nombrar se sienta justo aquí —presiono mis dedos contra mi propio pecho, sobre mi corazón, por encima de donde su hoja me presiona—. Y te come viva por la noche.

Su cuerpo tiembla, la lucha y la excitación batallando en sus rasgos—. No sabes lo que quiero.

El desafío hace que algo se rompa dentro de mí. Envuelvo mi mano alrededor de la suya sobre el mango del cuchillo, sin quitárselo, solo sujetándolo. El contacto, el primer toque real desde que impedí que se fuera, envía electricidad a través de ambos.

—Quieres a alguien que vea tus bordes afilados y se acerque más en lugar de alejarse —mi pulgar acaricia sus nudillos, y ella jadea—.

Que sepa que podrías destriparlo y elija apoyarse en la hoja. Quieres ser deseada tan completamente que la resistencia se vuelva irrelevante.

—Vete al diablo.

—Quieres ser conquistada por alguien que se lo haya ganado —aprieto el agarre sobre nuestras manos unidas, sobre el arma que nos separa—. Alguien que haya demostrado que te desea más que a su propia supervivencia. Alguien que haya pasado años aprendiendo exactamente cómo desmantelar tu control pieza por pieza.

Intenta retroceder pero me mantengo firme, ambos sujetando el arma entre nosotros. El cuchillo que podría acabar conmigo, sostenido en nuestras manos unidas como una promesa.

—No sabes lo que quiero —repite, pero ahora es apenas un susurro.

—Sí —la certeza me sacude, construida sobre catorce años que ella desconoce—. Lo sé.

Suelto el cuchillo de repente, dejándolo totalmente en su poder, y luego le doy la espalda. La vulnerabilidad de esto, mostrándole que confío en ella aun armada y furiosa, hace que me lata el sexo. Detrás de mí, su brusca inhalación me lo dice todo.

—Sígueme —empiezo a caminar hacia el interior de mi departamento, sin comprobar si ella viene detrás—. Déjame mostrarte exactamente lo que quieres.

El silencio se alarga. Mis latidos cuentan los segundos. Luego, pasos. Me está siguiendo.

La guío por mi sala, pasando la pared de vigilancia que ya ha visto, hacia el pasillo que lleva a mi dormitorio. Pero no al dormitorio. A la otra puerta. La que he estado preparando desde que me mudé, sabiendo que este momento llegaría. Construyéndola pieza por pieza mientras ella dormía al otro lado de nuestra pared compartida.

Mi mano encuentra la perilla. El sudor humedece mi palma—. ¿Quieres saber qué es lo que sé sobre tus deseos?

No hay respuesta, solo su respiración, áspera e irregular, y el conocimiento de que podría huir pero no lo hace.

Giro la manija, abro la puerta, revelando lo que espera dentro.

Ella da un paso adelante. La luz ámbar de la única lámpara (ámbar porque mencionó una vez, hace tres años, que era la única luz que no le lastimaba los ojos tras una migraña) lo ilumina todo.

Las paredes revestidas de tela morada profunda. Morado porque lo usó una vez, hace cinco años, y nunca he olvidado cómo hacía brillar su piel. En el centro, un banco de cuero modificado con ataduras que probé en mí mismo, asegurándome de que no lastimarían sus muñecas. Ganchos en el techo con capacidad para tres veces su peso, instalados a las alturas exactas que calculé basándome en sus proporciones. Un gabinete contra la pared del fondo, cerrado pero lleno de cosas que he coleccionado sabiendo lo que ella necesitaría sin ser capaz de nombrarlo.

—¿Qué es esto? —su voz sale estrangulada.

—Lo que necesitas —permanezco en el umbral, sin agobiarla, dejando que lo vea todo—. Un lugar donde puedas dejar de tener el control. Donde alguien más tome las decisiones. Donde finalmente puedas soltarte sabiendo que alguien lo suficientemente fuerte te atrapará.

Se detiene en el umbral, mirando hacia adentro pero sin entrar. El cuchillo cuelga ahora olvidado en su mano. Todo su cuerpo tiembla mientras asimila la deliberada preparación, el cuidado específico, las semanas construyendo este espacio para un momento que recé para que llegara.

—Construiste esto para…

—Para ti. Para nosotros —tomo su mano libre, la que no sostiene el cuchillo. Sus dedos están gélidos, temblando.

Su respiración llega ahora en jadeos cortos. Mirando esa habitación como si fuera todo lo que teme y todo lo que ha anhelado, incapaz de avanzar o retroceder. De pie en el filo de la navaja de la decisión.

—Isa —su nombre atrae su atención hacia mí. Nuestras miradas se encuentran, y dejo que lo vea todo. La obsesión, la devoción, la absoluta certeza de que ella necesita esto tanto como yo necesito dárselo—. Déjame mostrarte lo que quieres.

Doy un paso hacia atrás, entrando en la habitación, tirando de ella por nuestras manos unidas. Ella se resiste por un latido, luego me sigue. Un paso a través del umbral. Luego otro. La puerta del departamento sigue cerrada con llave, pero ella podría exigir que la abra. Podría gritar. Podría usar ese cuchillo. En cambio, elige esto. Elige la jaula porque el hambre es más fuerte que el miedo.

La habitación parece respirar a nuestro alrededor. Todo lo que construí, todo lo que preparé, esperándola. Ella gira en un círculo

lento, asimilando cada detalle. Los puntos de sujeción, los instrumentos cuidadosamente elegidos en el gabinete que puede ver a través del cristal, el banco que la sostendría a la altura perfecta. Todo su cuerpo se estremece.

Entonces ella jadea.

16 - Isa

El jadeo se me escapa de la garganta antes de que pueda evitarlo.

La habitación sexual de Adrian se extiende ante mí bajo una luz ámbar que lo tiñe todo de un dorado peligroso, pero es el arnés que cuelga del techo lo que me roba el aliento. Unas correas de cuero negro forman una red intrincada, suspendida a la altura perfecta, y mi cuerpo reconoce para qué es antes de que mi mente lo asimile.

Doy un paso adelante sin querer, cruzando el umbral hacia un aire denso con aceite de cuero y su colonia. La configuración de las correas me abriría las piernas de par en par, las mantendría abiertas, dejaría mi coño completamente expuesto. La pieza del pecho tiene aberturas que enmarcarían mis senos, exhibiéndolos como ofrendas. Unas ataduras para las muñecas, unidas más arriba, me estirarían los brazos hacia arriba, dejándome indefensa, cada centímetro de mí expuesto para que él lo usara.

El cuero reluce como tinta húmeda bajo la luz ámbar, cada correa posicionada con precisión. Puedo ver exactamente cómo funciona. Lo vulnerable que sería. Cómo mi coño quedaría abierto, incapaz de cerrar las piernas por muy expuesta que me sintiera. El arnés me sostendría a la altura perfecta para que me follara de pie, para que me comiera, para hacer lo que quisiera mientras yo colgaba allí, indefensa.

Un calor inunda mis muslos, inmediato e innegable. Mi ropa interior ya está empapada, mi clítoris late mientras lo imagino. Años de control perfecto, de mantener a todo el mundo a una distancia calculada, y este aparato promete despojarme de todo ello. Convertirme exactamente en lo que me he negado a ser: expuesta, rendida, goteando y desesperada a merced de otra persona.

Mis dedos se extienden y tocan la correa principal. El cuero se siente suave como la mantequilla, pero resistente, con una leve textura que se clavaría en la piel al tirar con fuerza. Construido para soportar peso, para resistir la lucha. Mis pezones se endurecen hasta

convertirse en puntas doloridas contra mi blusa mientras trazo la configuración, comprendiendo cómo se presionaría en la cara interna de mis muslos, marcaría mis muñecas, exhibiría mi coño exactamente donde él lo quiere.

Estoy empapada. Mi coño pulsa de necesidad solo con mirar esta cosa. La excitación hace que me odie a mí misma, pero no puedo dejar de imaginarlo. Yo, colgada en este arnés, con las piernas obscenamente abiertas, mi coño reluciente y expuesto mientras Adrian mira. Incapaz de ocultar lo húmeda que estoy, incapaz de cerrar las piernas cuando su mirada se clava en mi clítoris hinchado.

Esto es lo que mi cuerpo ha estado anhelando desde la cámara. Quizás desde antes. La necesidad de dejar de tener el control, de ser follada como es debido por alguien lo suficientemente fuerte como para tomar lo que yo nunca podría entregar, de rendir finalmente la agotadora vigilancia que me mantiene a salvo, pero desesperadamente sola.

Excepto que no estoy aquí por elección. La puerta cerrada con llave detrás de mí me lo recuerda, con Adrian de pie entre yo y la salida que se niega a abrir. Fui secuestrada hace una hora. Encerrada en su apartamento en contra de mi voluntad. Descubrí los agujeros en mi pared, y a él detrás de ellos, durante semanas, probablemente masturbándose mientras yo me tocaba por la noche.

La furia regresa arrasando con la excitación. Este hombre violó mi santuario, saboteó mi pasaporte, orquestó toda mi vida sin mi conocimiento. Cada momento agradable que compartimos fue una mentira. El ritual del café que anclaba mis mañanas, ese expreso cubano perfecto con toques de azúcar quemada, todo fue una manipulación calculada de alguien que cree que soy de su propiedad.

—En mi mundo —dice Adrian en voz baja detrás de mí, con la voz áspera por el deseo—, cuando algo es mío, lo conservo para siempre. El clan Zayas te ha estado rondando durante semanas, cariña. Haciendo preguntas. ¿Crees que les permitiría acercarse lo suficiente como para tocar lo que me pertenece?

Sus palabras deberían enfurecerme más. En cambio, hacen que mi coño gotee una nueva oleada de humedad. La posesión en su voz, la mención casual de un peligro que ni siquiera sabía que existía, la implicación de que su obsesión ha sido tanto protección como violación. Mi clítoris late insistentemente, exigiendo atención.

Mi mano libre se cierra en un puño y luego se relaja. Un paso atrás y podría exigirle que abriera la puerta. Un paso adelante y podría meterme en ese arnés, darle a mi acosador exactamente lo que quiere. Mi coño abierto de par en par para que me devore.

El momento se alarga, mi cuerpo zumbando con contradicciones. Furia y excitación, traición y un deseo desesperado y doloroso. Cuento uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho respiraciones para centrarme.

Me vuelvo para enfrentarlo. Mi cuchillo cae al suelo con un ruido metálico.

Las palabras salen antes de que las decida por completo:

—Desvísteme.

No es una petición. Es una orden. El cambio de poder es instantáneo y absoluto. Observo cómo sus ojos se oscurecen de lujuria, cómo entiende lo que acaba de pasar. No soy su cautiva suplicando. Ahora soy yo quien dirige esto. Voy a hacer que se esfuerce por cada centímetro de mi piel.

—¿Finalmente me das permiso, cariña? —Su voz transmite calor y triunfo, pero sus manos tiemblan ligeramente mientras se acerca a mí. Puedo ver el contorno de su verga dura tensando sus pantalones.

—Empieza por la blusa —ordeno, mi voz firme a pesar de mi pulso acelerado y mi clítoris palpitante—. Y ve despacio. Quiero que veas exactamente por lo que te has estado obsesionando.

Se acerca a mí como si fuera a escapar. Sus manos encuentran el dobladillo de mi blusa y levanto los brazos para que pueda quitármela por la cabeza. La tela se arrastra sobre mis sensibles pezones, haciéndome reprimir un gemido. Deja la blusa a un lado, con los ojos fijos en mis pechos todavía cubiertos por el sostén, su lengua saliendo para humedecerse los labios.

—Los jeans.

Sus dedos trabajan en el botón, en la cremallera. El sonido de los dientes metálicos separándose llena la habitación, íntimo y final. Se arrodilla para bajarlos por mis piernas, y oigo su brusca inspiración cuando ve la mancha de humedad en mi ropa interior. Salgo de los jeans, quedándome de pie ante él solo en ropa interior mientras él está completamente vestido. Me hace sentir poderosa. Yo soy la que ha decidido esto. Soy la jefa de barra que sirve a los monstruos de Miami sin pestañear, y estoy eligiendo dejar que este monstruo en particular adore mi coño.

—Míralo todo —le digo—. ¿Y Adrian? Tócame mientras lo haces. Muéstrame lo desesperado que has estado.

Sus manos se deslizan por mis muslos, los pulgares rozando peligrosamente cerca de donde me duele el deseo. Cuando engancha los dedos en mi ropa interior, la tela se adhiere a mis labios vaginales, completamente empapada. Los baja lentamente, y un hilo de mi lubricación conecta la tela con mi coño por un momento antes de romperse.

—Joder, Isa —gime, mirando fijamente mi coño desnudo—. Estás goteando. ¿Esto es lo que te provoco?

—Esto es lo que la idea de ese arnés me provoca —miento, aunque ambos sabemos la verdad—. Ahora mi sostén. Y quiero sentir tu boca sobre mí cuando me lo quites.

Se pone de pie y se mueve detrás de mí para desabrocharme el sostén. Mientras trabaja en los ganchos, su boca encuentra mi cuello, succionando lo suficientemente fuerte como para dejar marca. Mi coño se contrae ante la sensación, la humedad se desliza por mis muslos. Cuando el sostén cae, sus manos acunan inmediatamente mis pechos, sus pulgares rozando mis pezones doloridos.

—Perfectos —susurra contra mi oreja, pellizcando mis pezones justo lo suficiente para hacerme jadear—. Incluso mejor de lo que imaginé todas esas noches mirándote.

Desnuda, con su cuerpo completamente vestido presionado contra mi espalda y sus dedos jugando con mis pezones, me siento más yo misma que en años. No porque me haya desvestido, sino porque yo lo ordené. Tomé el control de este momento y lo hice mío. Mi coño late de necesidad, pero es una necesidad que estoy eligiendo sentir.

—Ahora tú —digo, girándome en sus brazos—. Quiero ver lo que me espera. Desnúdate para mí, Adrian. Muéstrame cómo se ve el Rey de La Sirena cuando está desesperado por follarme.

Se desnuda con menos gracia de la que me desvistió a mí, sus manos tiemblan definitivamente ahora. Camisa, pantalones, todo hasta que su verga salta libre, gruesa y dura y ya goteando líquido preseminal. Me permito mirar, tomándome mi tiempo, observando cómo otra gota de preseminal se forma en la punta mientras él espera mi decisión.

Su verga es perfecta. Larga, gruesa, con esa vena prominente en la parte inferior que sé que se sentiría increíble arrastrándose contra

mis paredes internas. Me recuerda a algo, tira del borde de mi memoria. Quizás esa verga anónima en la cámara de The Aviary, pero luego la mayoría de las vergas duras se confunden en el recuerdo. El pensamiento de ese encuentro todavía me humedece. Rendirme a nadie, a cualquiera, en esa habitación oscura donde podía fingir que el control no era mío para cederlo.

—Ponme ahí —le digo, señalando con la cabeza el arnés—. ¿Y Adrian? Quiero oír cada pensamiento sucio mientras me atas. Dime exactamente qué le vas a hacer a mi coño una vez que esté indefensa.

Baja el arnés y luego me ayuda a meterme primero en las correas de las piernas, ajustándolas alrededor de mis muslos. El cuero está fresco contra mi piel acalorada, suave pero con suficiente textura como para que lo sienta durante días.

—Voy a comerme ese coño tan bonito hasta que grites —dice, con la voz áspera mientras aprieta las correas, forzando mis piernas a abrirse más de lo que es cómodo—. Voy a chuparte el clítoris mientras cuelgas ahí, incapaz de cerrar las piernas, incapaz de impedirme que te saboree cada centímetro.Sigue la pieza del pecho, mis senos encajan en las aberturas exactamente como lo había imaginado. Exhibidos, enmarcados, imposibles de ocultar. El cuero los enmarca como si fueran arte, empujándolos hacia arriba y hacia afuera, mis pezones duros y doloridos.

—Luego voy a follarte —continúa, levantando mis brazos para asegurar las ataduras de las muñecas—. Voy a deslizar mi verga en ese coño apretado mientras estás abierta para mí, voy a follarte profundo y duro hasta que estés goteando mi semen por tus muslos.

Cada clic de las hebillas hace que mi coño se contraiga. El cuero cruje al soportar mi peso, suspendiéndome con las piernas bien abiertas, mi coño completamente expuesto. Cuando tira de la cadena para levantar el arnés del suelo y luego retrocede, estoy exactamente tan vulnerable como sabía que estaría. Los brazos estirados por encima de mí, las piernas abiertas, cada parte privada de mí en exhibición. Mi coño reluce, puedo sentir lo húmeda que estoy, lo abierta.

—Joder —resopla, acariciándose la verga mientras me mira—. Ya estás goteando. Mira ese coño tan bonito, todo hinchado y listo para mí.

Es entonces cuando lo veo claramente. Lo veo de verdad. Su verga, la forma en que la acaricia, esa curva exacta, esa vena

prominente. El reconocimiento me golpea con una claridad repentina. La cámara. El desconocido anónimo al que se la mamé a través del *glory hole*. Era él. La verga que adoré en la oscuridad, la voz que me llamó Buena chica, el hombre por el que me corrí más fuerte que nunca.

Era Adrian.

Se me corta la respiración mientras las piezas encajan. El momento, justo después de que me tocara la cara en el bar. La forma en que sabía exactamente qué me quebraría, qué palabras me harían derretirme. La voz con matices de bourbon a través de los altavoces que debería haber reconocido, aunque estuviera distorsionada. Él orquestó incluso eso. Mi único momento de rendición anónima, y nunca fue anónimo en absoluto.

El suelo se inclina bajo mis pies. O tal vez es solo el arnés que se balancea. Lo diseñó todo. No solo mi trabajo, mi apartamento, mi fallida huida. Incluso el encuentro que me dije a mí misma que no significaba nada, la rendición que pensé que era solo mía con un extraño. Eso también fue Adrian. Ha sido el autor de cada momento de mi vida, incluyendo el que pensé que era libre.

La traición surge a través de la excitación, amenazando con ahogar el calor. Ha estado jugando a ser Dios con mi vida tan completamente que ni siquiera mis secretos son míos.

Pero entonces lo miro, de pie allí. Desnudo, con la verga dura para mí, mirándome con esos ojos oscuros que han visto todo lo que soy y lo desean de todos modos. La parte rota de mí que respondió en esa cámara reconoce a su igual. Orquestó ese encuentro porque sabía lo que yo necesitaba antes de que pudiera nombrarlo yo misma. Sabía que nunca me rendiría a él abiertamente, así que me dio el regalo de pensar que no era nadie.

Y me encantó. Cada segundo.La revelación no enfría el calor. Lo intensifica. Ser conocida tan completamente, ser escrita tan a fondo, alimenta exactamente el hambre que he estado tratando de matar de inanición. La necesidad de ser deseada tan obsesivamente que alguien construiría elaboradas estructuras solo para darme lo que no podía pedir.

Elijo esto. Lo elijo a él. Elijo la jaula con los ojos abiertos y el coño goteando.

—Fuiste tú —digo, sin que sea del todo una pregunta—. En the Aviary. El *glory hole*. Fue tu verga la que mamé.

—Sí. —Sin negación, sin justificación. Solo reconocimiento.

—Me encerraste en esa habitación. Me hiciste pensar que estaba sirviendo a un extraño.

—Te di lo que necesitabas —dice, acercándose, su verga balanceándose con cada paso—. La oportunidad de rendirte sin admitir que lo querías. De dejarte llevar sin tener que ver quién te atrapaba.

—Ven aquí —ordeno, mi voz áspera por todas las cosas contradictorias que estoy sintiendo—. Muéstrame qué más has estado planeando. Hazme correr como has imaginado todas esas noches mirando a través de tus agujeros.

Cae de rodillas, con las manos sujetando mis caderas y rodillas, y se sumerge en mi coño sin dudarlo ni tener piedad. Su lengua encuentra mi clítoris en un solo deslizamiento experto, aplicando una presión tan intensa y precisa que casi grito. El arnés me inclina hacia adelante, con las piernas forzadas a abrirse, cada centímetro de mi coño expuesto e indefenso ante el ataque. Me ancla allí con un agarre que promete que no iré a ninguna parte, no hasta que me lo haya quitado todo. Las correas se clavan en mis muslos, un delicioso contrapunto al tormento húmedo y succionador contra mi clítoris.

Intento moverme, restregarme contra su boca, pero el cuero no me deja. Estoy sujeta e indefensa, temblando en el aire, forzada a recibir todo lo que me da. Lame entre mis pliegues, bebiendo la humedad que me ha sacado, y luego rodea mi clítoris en espirales implacables. El sonido que hago es desesperado, feo, primitivo. Él gime en aprobación, las vibraciones resonando hasta los huesos, encendiendo cada nervio. Ya estoy medio fuera de mí.

—Joder —digo con voz ahogada, ronca y estrangulada. Quiero maldecirlo, morderlo, darle las gracias—. Tu boca... Adrian, por Dios...

—He estado soñando con este coño —dice, su aliento caliente contra mi sexo, la voz áspera como la grava—. Todas esas noches, Isa. Escuchándote tocarte, fingiendo que no era para mí. Ahora puedo probar el de verdad. Todo.Me chupa el clítoris con la fuerza suficiente para que se me nuble la vista, y luego hunde dos dedos en mi coño empapado. Se deslizan hasta los nudillos, curvándose hacia arriba y adelante para golpear ese punto que ya ha mapeado y reclamado. Mi cuerpo se estremece; casi me desmayo. Su lengua nunca deja mi clítoris. Sus dedos bombean dentro y fuera con

sonidos obscenos y húmedos, la lascivia amplificada por lo completamente sujeta que estoy. El arnés gime y se balancea. Me retuerzo, y aun así me mantiene firme, controlada, abierta y desnuda a la fuerza.Añade un tercer dedo sin avisar. Mi coño se estira, el ardor me hace llorar. Lo quiero. Quiero que me destroce, que me abra tanto que nada vuelva a encajar. Me folla con los tres, el pulgar moliendo mi clítoris en contrapunto. Voy a morir; no hay otro resultado posible. Mi coño pulsa y se contrae a su alrededor, goteando por mis muslos, y él solo me sonríe desde entre mis piernas, con la cara brillante por mi lubricación.

—Prepara ese coño para mi verga —dice, y ni siquiera es una orden, solo una profecía—. La misma verga por la que rogaste, por la que mamaste, cuando pensaste que era de un extraño. La quieres ahora, ¿verdad? Quieres que te folle tan duro que olvides tu propio nombre.

—La quiero —jadeo—. Dios, Adrian, por favor, la quiero… Fóllame, fóllame, fóllame.

—Todavía no —gruñe, y aprieta mi clítoris con su boca, la lengua moviéndose tan rápido que convulsiono. El orgasmo me desgarra, violento e involuntario. Grito, todo mi cuerpo retorciéndose en las ataduras, el coño apretando sus dedos con tanta fuerza que duele. No se detiene. Nunca se detiene. Me trabaja a través de él, a través de las réplicas, con los labios y la lengua implacables mientras su mano sigue extrayendo más de mi cuerpo de lo que sabía que tenía para dar.

Se pone de pie de repente, brusco y urgente, y posiciona su verga en mi coño. Está duro, goteando, y es tan grueso que no debería caber después de lo que acaba de hacerme. Pero la humedad, el estiramiento, la forma en que estoy abierta, todo es perfecto para él. Frota la cabeza por mis pliegues húmedos, rodea mi clítoris con ella, luego me sujeta firmemente por la cintura y se clava dentro con una embestida larga y brutal.Juro que el mundo entero se inclina. El arnés se tensa bajo la fuerza. Cuelgo suspendida, empalada en su verga, incapaz de moverme o cambiar de posición, solo de recibirlo tan profundo como puede llegar. Él gime, con la cabeza echada hacia atrás, las manos clavándose en mi culo mientras empieza a embestirme: lento al principio, luego más rápido, implacable, duro. Cada estocada golpea algo dentro de mí que no sabía que existía. Sollozo su nombre, con la voz destrozada.

—Esto es mío —gruñe, sus palabras marcadas por el choque de la carne y el crujido del cuero—. Este coño, Isa. Fuiste hecha para mí. Incluso cuando no lo sabías.Presiona sus labios en mi cuello, mordiendo lo suficientemente fuerte como para marcar, luego muerde más fuerte. Su pulgar encuentra mi clítoris de nuevo, cruel y perfecto, sin ceder nunca. La presión se acumula tan rápido que no puedo resistir. Todo mi cuerpo se contrae alrededor de su verga, otro orgasmo detonando en mi pelvis. Grito, debatiéndome en las correas, indefensa, arruinada.

Está cerca. Puedo sentirlo en la forma en que su ritmo se rompe, en la forma en que su respiración se vuelve salvaje y entrecortada. Me folla más duro, persiguiendo su propio final, y llega con una violencia repentina y magnífica. Se clava profundo, temblando, y siento cómo pulsa y me llena de semen caliente y espeso. Se aferra a mí, con el pecho presionado contra mis senos, sus brazos sosteniéndome mientras los últimos espasmos nos sacuden a ambos.Permanecemos unidos por un momento, ambos jadeando, su verga todavía retorciéndose dentro de mi hipersensible coño. Puedo sentir su semen empezando a gotear alrededor de su verga, cayendo hacia mi culo. La evidencia de lo que acabamos de hacer, de lo que elegí sabiendo exactamente quién es.

Adrian se retira lentamente, observando su semen gotear de mi coño con oscura satisfacción. —Hermoso —murmura, usando sus dedos para empujar un poco de nuevo dentro de mí—. Te ves perfecta goteando mi semen.Sus manos trabajan en las hebillas a continuación, liberando mis muñecas primero. Marcas rojas las rodean donde el cuero apretaba. Besa cada marca antes de pasar a las correas de las piernas, ayudándome a salir con cuidado. Mis piernas tiemblan cuando mis pies tocan el suelo, con el coño dolorido y todavía goteando su semen.—Quédate —dice contra mi cabello, la vulnerabilidad resquebrajando su voz—. No porque te esté obligando. Porque quieres. Porque sabes que somos inevitables.Debería irme, alejarme de esta locura. En cambio, me apoyo en él, todavía sintiendo su semen deslizarse por mis muslos, todavía anhelando más.

—Sí —le digo, preguntándome si acabo de firmar mi sentencia de muerte.

17 - Adrian

—¿Todavía mirándome dormir, acosador?

Su voz, ronca por el sueño y la diversión, envía calor directo a mi polla ya dolorida. La mano de Isa se desliza por mi estómago sin abrir los ojos, sus dedos encuentran mi erección que presiona insistente contra su cadera. Ella tararea con satisfacción ante lo que descubre.

—Siempre —admito, y la palabra conlleva capas que ambos escuchamos. La broma, la promesa y la amenaza. Mi voz suena más áspera de lo previsto porque ella está aquí, en mi cama, con su cuerpo desnudo apretado contra el mío como si perteneciera a este lugar. Después de todo, después de el arnés y la verdad y de que ella eligiera quedarse, se está burlando de mí por la misma obsesión que nos trajo hasta aquí.

Sus ojos se abren entonces, esas profundidades oscuras que me han perseguido desde la cantera hace catorce años, y la suavidad en ellos detiene mi corazón. Esta no es la Isa controlada que sirve bebidas a monstruos sin inmutarse. Esto es algo nuevo. Desarmada bajo la luz de la mañana, sus habituales bordes afilados suavizados por el sueño y la satisfacción.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto? —Ella se estira contra mí deliberadamente, su coño húmedo frotándose contra mi muslo, y tengo que reprimir un gemelo por lo empapada que ya está.

—Una hora, tal vez más. —Mis dedos temblorosos recorren su columna, cada vértebra un milagro bajo mi tacto—. Memorizando esto. Memorizándote a ti.

Ella se apoya en un codo, su cabello oscuro cayendo como tinta derramada sobre mi pecho. El sol de la mañana a través de la ventana de mi habitación pinta su hombro de dorado, atrapando esa delgada cadena de plata que nunca se quita. Los moretones de el arnés marcan sus muslos. Mis marcas en su piel, evidencia de lo que nos hemos convertido el uno para el otro.

—Eso es romántico o profundamente preocupante —dice, pero está sonriendo. Sonriendo de verdad. No la curva afilada de labios que a veces se permite, sino algo genuino que transforma su rostro en lo que solo he vislumbrado una o dos veces.

—Ambas cosas —le digo con honestidad—. Siempre han sido ambas cosas con nosotros, ¿no?

Su mano rodea mi polla con intención, acariciando desde la base hasta la punta con una fuerza sorprendente. —¿Adrian Marín, el aterrador Rey de La Sirena, poniéndose filosófico mientras tengo mi mano en tu polla?

La naturalidad de aquello hace que se me oprima el pecho de alegría. O tal vez de terror. Isa tocándome como si tuviera el derecho, como si fuéramos amantes en lugar de acosador y presa. Porque todas las personas que he amado se han ido. Desaparecidas en el sistema de acogida, en tumbas poco profundas o tras fronteras cerradas. El pensamiento llega con aguda certeza incluso mientras ella me acaricia, haciendo que el líquido preseminal perlee en la punta.

—Espera —logro decir, atrapando su muñeca aunque detener su contacto se siente como morir.

—¿Espera? —Ella se aparta, esos ojos se entrecierran con confusión, sus pezones duros y suplicando ser succionados—. ¿Desde cuándo Adrian Marín le dice espera a algo?

Desde que tengo algo que podría hacer que te vayas. Desde que necesito liberarte adecuadamente, aunque eso me mate.

—Tengo algo para ti primero.

Mi mano tiembla mientras me inclino hacia la mesa de noche para recuperar la llave electrónica del apartamento. La que la encerró ayer, la que inició este ajuste de cuentas entre nosotros. El metal está frío contra mi piel caliente.

Ella me observa con esos ojos que no pierden detalle, siguiendo mi movimiento mientras me vuelvo hacia ella. La luz de la mañana ilumina su rostro y lo veo todo. La cautela, el deseo, la decisión de confiar en mí a pesar de todo lo que he hecho.

Sin palabras, sin explicaciones, deslizo mi mano entre sus muslos. Está empapada, los labios de su coño hinchados y relucientes, su clítoris ya duro asomándose bajo su capuchón. La vista hace que mi polla pulse con dolor.

—Adrian, ¿qué estás…? —

Empujo la llave dentro de ella.

El metal desaparece en su coño empapado, y ella jadea, arqueando la espalda de la cama. La introduzco más profundamente con dos dedos, sintiendo cómo sus paredes se contraen alrededor del metal frío, y el simbolismo de esto hace que mi pecho se abra. La llave que te mantuvo cautiva, ahora literalmente dentro de ti. El poder de irte, entregado de la manera más íntima que conozco.

—¿Es eso…? —Su voz se quiebra mientras giro la llave ligeramente, mis dedos rozando su clítoris hinchado—. Joder, ¿es la llave de tu apartamento?

—Sí, mi amor. —Observo su rostro mientras comprende, mientras se da cuenta de lo que le estoy entregando. Mis dedos bombean lentamente, moviendo la llave dentro y fuera de su coño que gotea—. La jaula está abierta. Puedes irte cuando quieras. La puerta es tuya.

El regalo me aterra incluso mientras lo entrego. Soy yo dándole el poder para destruirlo todo. Para salir por esa puerta y no volver jamás, llevándose lo único que ha importado en catorce años. Todas las personas que he amado se han ido. ¿Por qué ella sería diferente?

Pero entonces ella se ríe.

El sonido me atraviesa como un rayo. Una risa brillante y genuina, todo su rostro abriéndose con ella. No la risa oscura que a veces se permite cuando Juliet dice algo particularmente ridículo, sino una alegría real y desprotegida que hace que mi corazón se detenga y reinicie con un nuevo ritmo.

—¿Crees que me voy a ir a alguna parte? —Se contrae alrededor de la llave, alrededor de mis dedos, su coño apretando como si nunca quisiera soltarme—. ¿Después de anoche? ¿Después de que finalmente me mostraras quién eres en realidad? Adrian, hermoso idiota de mierda, no me voy.

El alivio me inunda con tanta intensidad que mi visión se nubla. —Dilo de nuevo.

—No me voy. —Me atrae hacia ella para un beso que sabe a promesa, su lengua deslizándose contra la mía mientras su coño pulsa alrededor de la llave que sigue dentro de ella.

Saco la llave, viéndola emerger resbaladiza por su excitación, y la arrojo a un lado. El suave tintineo cuando golpea en algún lugar del suelo suena a libertad. La suya y la mía. Entonces me deslizo por su cuerpo para adorarla como es debido.

Mi boca encuentra su coño, y el primer sabor me hace gemir contra ella. Está empapada, su excitación cubre mi lengua mientras la lamo desde su entrada hasta su clítoris en una larga caricia. Esto es lo que he imaginado durante cada ritual de café matutino, cada turno observándola trabajar en la barra con esa fría eficiencia. Isa abierta ante mí, dejándome darme un festín con ella. Poseerla anoche en el columpio no fue suficiente. Nunca será suficiente.

—Joder —murmuro contra ella, deslizando dos dedos en su interior mientras mi lengua rodea su clítoris—. He soñado con este coño por tanto tiempo. Tan jodidamente dulce.

—Adrian —jadea ella, con las manos enredadas en mi cabello, acercándome más—. Dios, tu lengua… ¿cómo eres tan bueno en esto?

—Años de planificación, mi amor.

Mi lengua explora cada pliegue, aprendiendo qué la hace jadear, qué hace que sus muslos tiemblen alrededor de mi cabeza. Succiono los labios de su coño en mi boca, uno y luego el otro, antes de volver a su clítoris con atención concentrada. Sabe a deseo y a mujer y a mí, su coño contrayéndose rítmicamente mientras la trabajo con reverente precisión.

El clan Zayas podría asaltar mi apartamento ahora mismo y yo no me detendría. El propio Santiago podría ponerme una pistola en la cabeza y moriría feliz con su sabor en mi lengua. Esto es por lo que he matado, para lo que la he protegido. Este momento en el que ella se balancea contra mi cara sin cálculos, tomando lo que necesita.

Añado un tercer dedo, estirándola, sintiendo cómo sus paredes me atrapan. Mi polla late contra las sábanas, goteando constantemente, pero esto no se trata de mi placer. Esto es adoración. Son catorce años de deseo que finalmente reciben voz a través de mi boca en su coño.

—¿Sabes cómo te ves ahora mismo? —pregunto entre lamidas, mirándola desde entre sus muslos. Sus pechos suben y bajan con cada respiración, los pezones duros como diamantes, esa cadena de plata acumulada en el hueco de su garganta—. Como una jodida diosa.

Ella se balancea con más fuerza contra mi cara, y la franqueza de aquello me hace querer llorar. Isa sin muros. Curvo mis dedos hacia adelante, encontrando ese punto interno que hace que todo su cuerpo se sacuda.

—Eso es, mi amor. Usa mi boca. Toma lo que necesites.

Sus muslos empiezan a temblar, su coño apretándose más alrededor de mis dedos. Sello mis labios alrededor de su clítoris y succiono fuerte, moviendo mi lengua contra el sensible capullo mientras mis dedos bombean más rápido. Los sonidos húmedos de mis dedos follándola se mezclan con sus gemidos, creando la música más dulce que he escuchado jamás.

—Adrian, joder, voy a… —Se interrumpe con un grito, su coño apretándose sobre mis dedos mientras se corre. Siento cada pulso, saboreo el flujo fresco de su excitación, la acompaño en el proceso hasta que está jadeando y empujando mi cabeza.

Pero no he terminado de adorarla. Suavizo mi toque pero no me detengo, lamiendo suavemente entre sus pliegues, limpiando cada gota de su clímax mientras ella tiembla sobre mí.

—Demasiado sensible —jadea, pero sus caderas todavía se mueven ligeramente.

—Nunca demasiado sensible para mi boca —le digo, presionando suaves besos en la parte interna de sus muslos—. Podría pasar horas entre tus piernas, cariña. Hacer que te corras hasta que olvides que alguna vez hubo un mundo donde no estábamos juntos.

Cuando no puedo esperar más, cuando necesito estar dentro de ella más de lo que necesito mi próximo aliento, subo por su cuerpo. Mi polla está dolorosamente dura, la cabeza oscura y goteando. Ella busca entre nosotros, envolviendo su mano alrededor de mi miembro.

Ella sonríe mientras acaricia mi polla, los hilos pegajosos y plateados de líquido preseminal reluciendo entre su pulgar y la corona.

—Tan dura —murmura, reverente y un poco presumida, como si acabara de encontrar una nueva arma favorita en su arsenal.

Ella traza la cabeza con movimientos lentos y circulares, esparciendo la humedad, y todo mi cuerpo se enciende de necesidad. Mis caderas se mueven hacia su mano, persiguiendo su tacto, porque eso es lo que soy ahora: un ser que la persigue.

—¿Todo esto por comerme el coño? —pregunta ella, e incluso ahora, después de todo, suena genuinamente curiosa. Como si fuera un rompecabezas que aún no ha resuelto, una criatura que la sorprende por lo mucho que la desea.

—Por ti —logro decir, con la voz baja y ronca. Mi mano cubre la suya, y juntos guiamos mi polla hacia su entrada, donde ya está tan

mojada que brilla bajo el sol de la mañana—. Todo esto siempre ha sido por ti.

Ella separa más las piernas, invitándome a pasar, y lo tomo con calma, empujando dentro de ella lenta, cuidadosamente, sabiendo exactamente qué regalo es este. Su calor me envuelve centímetro a jodido centímetro, y observo su rostro mientras me hundo más profundamente, queriendo ver cada destello de sensación cruzar esas líneas duras y hermosas. Su boca se abre; apenas un sonido, pero sus ojos se cierran de golpe cuando la cabeza penetra, luego el miembro, y entonces estoy enterrado hasta el fondo. Su coño me atrapa como si nunca hubiera aprendido a soltar.

—Mírame —susurro, y las palabras salen como una súplica. Mis manos enmarcan su rostro, los pulgares acariciando sus pómulos. Quiero que recuerde esto, que memorice la sensación de estar llena, de ser vista—. Necesito verte, mi amor. Necesito saber que esto es real.

Ella obedece instintivamente, abriendo los ojos de golpe, con las pupilas dilatadas. —Estoy aquí —dice, con voz ronca y sagrada, y sus uñas se clavan en mis hombros como si se estuviera anclando a la tierra. No tengo idea de cuál de los dos está temblando más.

Empiezo a moverme, lento al principio, saliendo casi por completo antes de volver a entrar, cada embestida deliberada y profunda. Ella está tan sensible por su último orgasmo que se estremece con cada movimiento, sus jadeos se vuelven más fuertes mientras la follo entre las secuelas persistentes. Quiero darle más, convertir la mañana en algo que recordará incluso si se va mañana.

Ella sostiene mi mirada todo el tiempo. Esa es la parte más difícil: no el placer, sino la conexión. La forma en que me mira, como si estuviera buscando algo detrás de mis ojos y tal vez, finalmente, encontrándolo.

—Te sientes increíble —gimo. No es un cumplido. Es una confesión. Mi polla se agita dentro de ella, desesperada por más, por todo—. Las palabras me fallan.

Ella se ríe, pero es más gutural que su sonido habitual, bajo e íntimo. —Esa es una novedad. —Entonces su expresión se endurece y engancha sus piernas detrás de mi espalda, clavando los talones. Me bloquea en mi lugar y frota sus caderas hacia arriba para encontrarse con las mías—. Más fuerte —exige, su voz de repente llena de

necesidad, no de bravuconería—. Necesito sentirte mañana. Necesito recordar esto cada vez que me mueva.

Le doy lo que quiere. Siempre lo he hecho.

Mis embestidas se vuelven más rudas, la cama cruje bajo nosotros, el choque de la piel y los sonidos húmedos y sucios de su coño resuenan en las paredes desnudas. El cabecero golpea el panel de yeso y me doy cuenta, confusamente, de que los vecinos definitivamente pueden oírnos. La idea hace que la folle aún más fuerte. Quiero que todos en este edificio sepan a quién pertenece ella ahora.

Sus tetas rebotan con cada movimiento, los moretones en su pecho florecen más oscuros. Me inclino y atrapo un pezón en mi boca, mordiendo y succionando hasta que ella suelta un grito ahogado, luego la calmo con mi lengua. Quiero dejar marcas por todo su cuerpo; pruebas de que, al menos por una noche, fue mía.

—Sí —sisea ella, con las manos en mi cabello, tirando de mí para acercarme—. Márcame. Hazme tuya donde todos puedan verlo.

Succiono más fuerte, rodando la punta entre mis dientes, y ella se agita debajo de mí, casi llegando al clímax de nuevo. Saboreo el momento, inmovilizando sus muñecas sobre su cabeza y empujando dentro de ella con todo lo que tengo. El aspecto de su rostro es algo que nunca olvidaré: abandonado, crudo, tanto deseo que duele mirarla.

Avanzamos hacia ello juntos, una atracción lenta y mareal, ambos negándonos a soltarnos primero. Su coño me aprieta en cada movimiento descendente, intentando ordeñarme, pero resisto, negándome a mí mismo. Quiero correrme con ella, cronometrarlo tan perfectamente que nos hagamos añicos juntos.

Afuera, los sonidos de la ciudad son distantes y carecen de sentido. Las sirenas aúllan, un perro ladra, tal vez alguien grita una amenaza en español a tres manzanas de distancia. No me importa. Este es el único mundo que importa: su cuerpo bajo el mío, su voz en mi oído, el pulso de su sangre contra mis dientes.

Disminuyo la velocidad, solo por un momento, y la beso. No del tipo desesperado con el que empezamos, sino algo más suave. Ella se funde en el beso, rodeando mi cuello con sus brazos. Sus piernas se envuelven más apretadas y mueve sus caderas al ritmo de las mías, guiándome al lugar al que quiere ir.

—Tócate para mí —digo, soltando sus muñecas. Mi voz es áspera, pero suave. Casi suplicante—. Quiero verte desmoronarte.

Ella deja una mano enredada en mi cabello y la otra baja por su cuerpo, sus dedos encontrando su clítoris como si hubiera estado esperando la orden. Sus movimientos son experimentados, pero no se trata de terminar; se trata de mostrarme que no tiene vergüenza, que quiere esto tanto como yo.

Miro hacia abajo, hipnotizado, por la forma en que sus dedos se mueven sobre su clítoris mientras mi polla desaparece dentro de ella. La imagen es tan sucia, tan perfecta, que mis huevos se contraen y tengo que obligarme a no correrme ahí mismo. Aminoro mi paso, luego acelero, cambiando el ritmo para que coincida con el movimiento de su mano.

—Adrian —jadea ella, con la voz como un gemido estrangulado—. Voy a… joder, me estoy corriendo otra vez…

Empujo dentro de ella con más fuerza, el húmedo sonido rítmico resonando, y ella se aprieta a mi alrededor con tanta fuerza que casi duele. Mi propio orgasmo surge como una ola, cada vez más alto, hasta que rompe sobre mí con una intensidad incandescente.

Nos quebramos en el mismo instante, su coño pulsando a mi alrededor mientras me vacío en su interior, bombeo tras bombeo marcándola como mía. Me froto contra ella, asegurándome de que reciba hasta la última gota mientras su coño ondea a mi alrededor. Durante estos segundos no somos dos personas sino una sola criatura, respirando juntos, sintiendo el mismo placer.

Colapso parcialmente sobre ella, todavía enterrado en su interior, sintiendo nuestros fluidos combinados filtrándose alrededor de mi polla que se ablanda. En la calma posterior, ella se queda. Ese es el milagro. Ella tiene la llave, tiene su libertad, podría salir ahora mismo. Pero elige permanecer en mis brazos.

—Estás pensando demasiado alto —murmura contra mi hombro —. Puedo escucharte vaticinando catástrofes.

—Solo estoy procesando —admito, atrayéndola más cerca—. Que estás aquí. Que elegiste quedarte. Que finalmente tengo todo lo que he querido desde aquella noche de la fiesta.

Ella se apoya de nuevo, mirándome con una expresión que aún estoy aprendiendo a leer. Entonces vuelve a reírse. Dos veces en una mañana, un jodido milagro absoluto.

—Adrian Marín, el aterrador Rey de La Sirena, con miedo de que me vaya. —Me da un beso en la mandíbula, luego otro en la cicatriz de mi palma que nunca he explicado—. No voy a ninguna parte. Ahora estás atrapado conmigo.

—¿Promesa? —La palabra sale más vulnerable de lo que pretendía.

—Te lo prometo —dice ella, sellándolo con otro beso.

Mis brazos se aprietan a su alrededor automáticamente, ese miedo profundo finalmente se acalla ante el hecho imposible de su presencia. No se ha ido. Nunca se irá del todo, no después de todo lo que he perdido. Pero se ve calmado por su peso contra mí, su aliento en mi piel, su elección de quedarse.

—Probablemente deberíamos ir a La Sirena en algún momento —dice ella, pero no hace ademán de abandonar la cama—. Logan enviará un equipo de búsqueda.

Como si lo hubiera invocado, mi teléfono se ilumina en la mesa de noche. Logan. Cuarta vez desde el amanecer. Me estiro sobre ella y lo silencio con el pulgar sin romper nuestro entrelazamiento, y si hay una pequeña voz fría señalando que Logan no llama cuatro veces por cuestiones de inventario, es muy fácil no escucharla por encima del sonido de su respiración.

—Que lo envíe —digo, endureciéndome ya dentro de ella de nuevo —. El Rey se está tomando la mañana libre. La familia puede sobrevivir sin nosotros.

El sol de la mañana sube más, pintando de dorado nuestros cuerpos enredados. Afuera, Miami continúa su hermoso caos. Pero aquí, en mi cama con la mujer que eligió quedarse, el miedo finalmente se aquieta lo suficiente como para dejar ganar a la alegría.

Por ahora, por esta mañana perfecta, lo tengo todo.

18 - Adrian

Una parte de mí aún espera que ella desaparezca, despertar y descubrir que esto no fue más que otra fantasía desesperada. Pero está aquí, es real, el agua corre por su espalda mientras me siento en el borde de la bañera, observándola a través del vapor. Cada gota capta la luz antes de desaparecer, y las sigo todas. Está desnuda en mi ducha, no a través de un agujero en la pared sino justo frente a mí, donde puedo verlo todo. El champú que usa es mío, y algo en eso me oprime el pecho. Mi aroma en su piel.

Años mirando a través de cristales, a través de agujeros, a través de una distancia cuidadosa, y ahora está aquí dejando que lo vea todo. Este voyerismo permitido es, de alguna manera, más íntimo que todos mis vistazos robados combinados.

—Me estás mirando —dice ella sin darse la vuelta.

—Siempre.

Se enjuaga el cabello y sigo el rastro de la espuma deslizándose por su espalda, sobre la curva de su trasero. Esto es lo que nunca me permití imaginar. No el sexo, que lo imaginé bastante, sino esto. El milagro ordinario de verla ducharse en una mañana perezosa, sin prisas, sin miedo, simplemente nosotros existiendo en el mismo espacio sin paredes de por medio.

Cuando finalmente cierra el grifo y sale, estoy listo con una toalla. Deja que la envuelva con ella, deja que la toque sin que aparezca el cuchillo. Progreso. Esa confianza hace que me tiemblen las manos mientras le ajusto la toalla al cuerpo.

En la cocina de este departamento que he reclamado como hogar temporal, ella se sienta en la barra vistiendo nada más que mi camisa mientras preparo el desayuno. La camisa le llega a la mitad del muslo, y cada vez que se mueve capto vislumbres de lo que hay debajo. Cada vistazo de su muslo desnudo me hace querer marcarlo, dejar moretones con la forma de mis dedos para que todos sepan que ha sido reclamada. Mi miembro se agita, pero no se trata de eso. Se trata del hecho imposible de tener a Isa descalza en mi cocina, con el

cabello aún húmedo, viéndome revolver huevos como si hiciéramos esto todos los días.

Afuera, el bajo mundo de Miami's ya se está moviendo. Territorios siendo divididos, mercancía siendo trasladada, sangre siendo derramada. Mi teléfono reposa en silencio sobre la barra. Sin disputas de territorio, sin movimientos de Zayas, sin sangre que limpiar. Por una vez, la violencia de Miami's es problema de alguien más. Pero aquí dentro, solo somos dos personas compartiendo huevos.

—Cocinas —observa ella, con algo parecido a la sorpresa en su voz.

—Tuve que aprender joven. —Unto mantequilla en la tostada, sin dar detalles. El café ya se está colando, un buen café cubano, no ese veneno instantáneo que ella toma—. Alguien tenía que alimentar a...

Me detengo. La frase se extiende hacia recuerdos que aún no he desbloqueado. Todavía no.

Ella no presiona, solo acepta el plato que deslizo hacia ella. Comemos en un silencio cómodo, sus pies descalzos buscando los míos bajo la barra como si incluso nuestra piel necesitara mantenerse conectada. Cada pocos minutos tengo que mirarla de nuevo, confirmando que es real. Que esta mañana doméstica que nunca creí posible está ocurriendo de verdad.

—Esto está bueno —dice sobre los huevos.

Tres palabras sobre unos huevos, y me importan más que cualquier elogio que haya recibido jamás. Esto es de lo que soy ambicioso. No solo de su cuerpo, sino de estas pequeñas aprobaciones, estas migajas de normalidad doméstica que nunca pensé probar. Se siente como ser nombrado caballero.

Después del desayuno, ella desaparece en el dormitorio para vestirse. Cuando sale, lleva los jeans de ayer con sus botas puestas, y mi camisa aún cuelga suelta sobre su cuerpo. El cuchillo está de vuelta en su lugar, lo sé sin mirar. Así es Isa, armada incluso en el paraíso.

La veo moverse por el departamento, este espacio de vigilancia que se ha convertido en algo distinto ahora que ella está en él. Examina los libros en mi estante, la vista desde mi ventana, reclamando territorio solo con estar aquí. Cada habitación en la que entra se vuelve suya. Me maravillo de ello. Isa caminando por mi espacio, examinando mi vida con esos ojos agudos.

—Debería vestirme bien —dice finalmente—. Tengo que llegar a La Sirena para las cuatro.

—Sobre eso. —Me apoyo en el marco de la puerta, tratando de parecer casual—. Ya me encargué. Llamé a Logan, le dije que necesitabas la noche libre.

Se queda inmóvil. No es la inmovilidad de quien busca el acero —conozco esa, he sentido su filo—. Esto es peor. Esta es la quietud de una puerta cerrándose en algún lugar detrás de sus ojos.

—¿Qué hiciste qué? —Su voz es mortalmente tranquila.

—Ya me oíste. —Mantengo mi tono relajado, aunque algo en mi cerebro animal ha empezado a prestar mucha atención.

No busca el cuchillo. Casi desearía que lo hiciera; el cuchillo lo entiendo, el cuchillo significa que todavía está en la habitación conmigo. En cambio, camina hacia la silla donde cuelga su chaqueta y empieza a ponérsela. Metódica. Sin prisas. Yéndose.

—Isa.

—Después de todo. —Revisa el bolsillo, encuentra sus llaves, y siento cada pequeño y competente movimiento como un corte—. Después de mi trabajo, mis cerraduras, mi pasaporte… un buen día, y vuelves a tomar mis decisiones antes de que los platos del desayuno se hayan secado. —Me mira entonces, y no hay nada en sus ojos, lo cual es mucho peor que la rabia—. El cuchillo nunca te enseñó nada. Probemos esto en su lugar.

Camina hacia la puerta.

—Quería que te quedaras. —Las palabras salen antes de que pueda disfrazarlas de nada. La simple verdad, dicha con sencillez, y escucho la grieta que corre por en medio de ella—. Quería un día completo donde el mundo no existiera.

Su mano descansa en el picaporte. Podría atravesar esos cerrojos en segundos. He sacado a hombres de azoteas, de matrimonios y los he llevado a terrenos sin marcar con menos miedo del que siento al ver sus dedos en ese picaporte.

—No puedes decidir cosas por mí —dice, sin darse la vuelta—. Ya no. No después de todo.

—Lo sé.

—¿De verdad? Porque gestionar mis turnos sugiere lo contrario.

El silencio se prolonga lo suficiente como para que pueda contar sus respiraciones. Luego, su mano suelta la puerta. Se quita la

chaqueta, la deja caer de nuevo sobre la silla y regresa a la barra como una reina concediendo una suspensión de la ejecución.

—Vuelve a llamar a Logan —dice ella—. Dile que me tomo la noche libre. El mismo resultado. Pero viene de mí, aunque sea tu boca la que lo diga.

—Anotado. —Busco el teléfono, mareado por un alivio que examinaré más tarde, si es que lo hago alguna vez—. Aunque, para que conste, aceptó antes de que terminara de pedírselo. Al parecer, hemos sido, y cito textualmente, «un dolor de cabeza para organizar los horarios».

Ella ríe sombríamente. No es exactamente la risa completa que le arranqué ayer, pero seguiré trabajando en ello.

—Eres imposible —dice, pero casi está sonriendo ahora. Estoy coleccionando sus sonrisas como monedas raras, atesorándolas contra una futura pobreza.

La luz dorada se derrama sobre los baratos suelos laminados, volviendo cobrizo el cabello negro de Isa y prendiendo fuego a la botella que tiene en la mano. La ventana está abierta, dejando entrar la humedad nocturna de Miami y el gemido del tráfico de la ciudad. Estamos sentados en la alfombra, con las piernas cruzadas, las espaldas contra la pared, con una botella de whisky a medio terminar entre nosotros. Durante horas, la hemos pasado de un lado a otro, sin acompañamientos, a veces ni siquiera usando un vaso. Me gusta cómo quema, cómo ralentiza mis pensamientos. Isa ni siquiera parpadea cuando bebe, y de alguna manera eso es más sexy que cualquier cosa que hiciera en aquel arnés.

La luz capta su cadena de plata mientras me extiende la botella en un desafío. La tomo, dejo que el sabor ahumado me baje por la garganta y, antes de darme cuenta de lo que ocurre, estoy hablando.

Las palabras salen de golpe: —Yo tenía un hermano.

No planeo decirlo. No planeo decir nada de esto. Es como si el whisky rebuscara dentro de mí y sacara la historia a la fuerza. Su rostro se queda inmóvil al instante. Isa tiene la paciencia de un depredador, un enfoque total cuando importa. La siento observándome, esperando a ver si termino la idea.

—Efrén —digo, sintiendo el nombre espeso en mi boca—. Dos años menor. Yo lo protegía. Al menos eso creía.

Las manos de Isa se quedan quietas alrededor del cuello de la botella. —Empezaste a contármelo antes —dice ella, con voz

cuidadosa, como si temiera que, al moverse demasiado rápido, yo me asustara y huyera—. Sobre estar solo. Pero te detuviste.

Asiento sin mirarla. —Mentí. No estaba solo. Al menos no al principio. —Mi mente reproduce los recuerdos: buscando pasteles viejos en la parte trasera de las panaderías, Efrén quitando cada una de las pasas y ofreciéndomelas como si fuera un chiste—. Nuestra madre aguantó hasta que yo tuve catorce años. Luego murió. Mi padre ya se había ido, deportado a Cuba un año o dos antes.

—Lo siento —dice Isa, tan bajo que apenas la oigo.

Ignoro la compasión; es peligrosa. —Después de eso, solo éramos yo, Efrén y Zoila. Mi hermana. Ella apenas tenía nueve años, todavía creía en las velas de cumpleaños y en los santos. —Hago girar el whisky, viendo cómo las finas gotas trepan por el cristal—. Trabajé en tres empleos. Lavaplatos. Reponedor. Conserje nocturno en un hospital. Hice todo lo que pude. —Mi voz se tensa en las últimas palabras—. Pero no fue suficiente.

El silencio se estira largo y fino, hasta que casi deseo que ella diga cualquier cosa, incluso si fuera para decirme que me calle. Pero Isa solo espera, con su rostro como una pared en blanco, haciendo espacio para lo peor de la historia.

—Efrén empezó a juntarse con esos chicos mayores. Decía que lo cuidaban, que le enseñaban a sobrevivir. —Niego con la cabeza—. Era una pandilla callejera. Movían drogas, organizaban peleas. Estaba involucrado en algo que le quedaba grande, pero yo no lo vi. Estaba demasiado ocupado trabajando. —La culpa se asienta en mi pecho como una piedra. El recuerdo tira de mí: la llamada del hospital, la forma en que Zoila gritó—. Estaba en el trabajo cuando ocurrió. Lavando platos, ganando once dólares la hora, pensando que los estaba cuidando.

El whisky quema, pero no lo suficiente para borrar el recuerdo. —Lo encontraron detrás de una tienda de conveniencia con tres balas en el pecho. Murió solo, desangrado mientras yo fregaba ollas. Mi afán de proveer, mi responsabilidad, fue lo que lo dejó desprotegido.

—Adrian —empieza ella, pero no he terminado.

Bebo, fuerte y rápido, como si pudiera reducir la historia a cenizas. —A Zoila se la llevaron los servicios sociales. Yo no tenía diecisiete años, no podía obtener la custodia. Demasiado joven, sin ingresos reales. El sistema se la tragó entera. Ahora tiene veintiséis

años. Está en algún lugar por ahí. He pasado la mitad de mi vida buscándola.

No puedo mirar a Isa, pero puedo sentirla: cálida, inmóvil, como un monumento. —Por eso no puedo dejar Miami. Incluso cuando se está quemando a mi alrededor. Es el único lugar donde Zoila sabía que podía encontrarme. Si alguna vez vuelve, será aquí. Quizás algún día recuerde a su hermano que le falló y regrese a casa de todos modos.

La confesión me deja vacío. Nunca le he contado a nadie la verdad completa sobre mis hermanos. Sobre Efrén y Zoila específicamente. Cómo perderlos moldeó todo lo que soy ahora. El observador que se niega a perder de vista a nadie. El hombre que prefiere enjaular lo que ama antes que arriesgarse a que desaparezca.

Espero a que Isa rompa la tensión, que haga un chiste o busque pelea, cualquier cosa que corte la herida abierta en la habitación. Pero ella solo se queda ahí con eso, conmigo.

Sigo, porque ahora que he empezado, no puedo parar. —Solía imaginarla apareciendo en mi puerta, furiosa, pidiendo viejas recetas familiares o queriendo darme un puñetazo en la boca. Lo que fuera. Solía soñar que traería a Efrén con ella, de alguna manera.

La mano de Isa busca la botella, su pulgar rodea la etiqueta. —¿Alguna vez la encontraste?

Niego con la cabeza. —Contraté gente. Busqué en cada base de datos a la que pude acceder. La mitad del tiempo, creo verla entre la multitud. Nunca es ella.

La habitación se siente demasiado pequeña para el dolor que hay en ella. Me doy cuenta de que me tiemblan las manos, así que presiono los nudillos contra el suelo hasta que se detienen. —¿Alguna vez has deseado simplemente… empezar de cero? —le pregunto.

Ella mira fijamente a la pared, con una expresión ilegible. —Todos los días —dice. Su voz es plana, sin emoción, pero veo cómo se tensa el músculo de su mandíbula.

Asiento, y algo parecido al alivio me recorre. Ella lo entiende. Quizás sea la única que podría.

Finalmente me atrevo a mirarla. Ella me observa, con los ojos oscuros, sin lástima, sino con algo más profundo. Comprensión, tal vez. O perdón.

—Podrías irte —dice, con la voz un poco ronca—. Podrías venir conmigo a Lisboa. O a otro lugar.

Dejo que las palabras aterricen. Lo dice en serio. Me llevaría con ella, incluso sabiendo lo que soy. Pero no puedo. No mientras haya una posibilidad de que Zoila me esté buscando.

—Si me fuera, la perdería para siempre —digo.

Isa solo asiente.

Caemos de nuevo en el silencio. La ciudad afuera está viva: sirenas, reguetón, el pulso de la noche de Miami. Pero adentro, solo estamos nosotros y el whisky. Intento concentrarme en el sabor fuerte, en su calor, pero mi mente vuelve al rostro de mi hermana, tal como lo recuerdo, como si pudiera entrar en cualquier momento y pedir tostadas con demasiada mantequilla.

Incluso mientras le entrego a Isa todo sobre mis hermanos, una parte de mí registra lo que no estoy diciendo. La cantera. Meiling. La verdadera primera vez que la vi. Esa verdad permanece bajo llave, el único secreto de nuestro pasado compartido que destruiría todo lo que estamos construyendo.

Isa deja su vaso y se acerca más. Sin palabras. Nunca ha sido una mujer de discursos reconfortantes. En lugar de eso, me rodea con sus brazos y me sujeta. Solo eso. Un abrazo sencillo que abre algo en mi pecho.

Huele a mi champú y a su propia piel. Isa, que mantiene a todo el mundo a un brazo de distancia, que trata el contacto humano como una evaluación de amenazas, me está abrazando. Su mejilla se presiona contra mi hombro, sus brazos me aprietan, y es lo más parecido a la absolución que he sentido jamás.

Nos quedamos así, en silencio, mientras los últimos restos del atardecer se desvanecen afuera. Cuando finalmente se aparta, hay algo diferente en sus ojos. Reconocimiento, tal vez. Una alma dañada viendo a otra con claridad.

Tomo su mano antes de que se retire por completo, y el tatuaje de la llave en su muñeca capta las sombras. Paso un pulgar sobre la imagen, sintiendo la suavidad de su piel.

—La llave —dice de repente, mirando el tatuaje de su muñeca—. Me preguntaste por ella una vez.

Espero, sin presionar. Nunca ha contado esta historia voluntariamente, y yo nunca he podido descifrarla. ¿Por qué una llave? ¿Qué significa?

—Mi antigua amiga de la infancia, Meiling, tenía este diario. Uno de esos baratos con candado que tienen los niños, con la llave

diminuta y la cerradura terrible que cualquiera podía forzar. —Su voz se vuelve suave con el recuerdo—. Guardábamos nuestro futuro en él. Todo lo que íbamos a hacer cuando saliéramos de allí, cuando creciéramos. Taiwán, París, todos los lugares a los que iríamos. Las personas en las que nos convertiríamos.

Se toca la cadena en el cuello. —Ella llevaba la llave en esta cadena. Decía que era la llave del futuro. —Una sonrisa triste cruza su rostro—. Era nuestro estúpido chiste infantil. La llave del futuro, como si el mañana fuera una habitación que pudiéramos abrir.

Se me oprime el pecho. Sabía que el tatuaje conectaba con Meiling, sabía que la cadena importaba. Pero esta historia, este origen dulce, es genuinamente nuevo. Incluso para el hombre que lo sabe todo sobre ella.

—Después de que murió, me quedé con la cadena. Me tatué la llave. —Sigue el rastro de la tinta en su muñeca—. La llave de un futuro que nunca se abrió. Todos esos planes que hicimos, esas personas en las que nos íbamos a convertir. Se fueron.

Me está entregando su dolor, de la misma forma que yo acabo de entregarle el mío. El diario, la lista del futuro, la broma cruel de un mañana que nunca llegó. Bajo mi ternura, la culpa resuena como un cable tensado. Me está contando el tierno comienzo de un memorial a alguien a quien vi morir. Pero reprimo ese conocimiento, guardándolo bajo llave con todas las demás cosas que nos destruirían.

—Gracias —digo, sintiéndolo de todo corazón—. Por contármelo.

Se apoya en mí de nuevo, nuestros cuerpos encontrando ese encaje perfecto. Por primera vez desde que murió Efrén, me permito creer en el mañana. No la fantasía desesperada con la que me he estado alimentando, sino una posibilidad real. Un futuro donde la llave de Isa finalmente abra algo. Donde mi vigilancia desde el faro realmente lleve a alguna parte.

El optimismo que florece en mi pecho se siente peligroso, frágil como el cristal soplado. Pero me permito sentirlo de todos modos. Me permito creer que, después de todo, el acoso, los agujeros en la pared, la obsesión, podríamos construir algo real.

Suena el teléfono.

El sonido hace añicos nuestra burbuja perfecta como una piedra a través de un cristal. Ese tono de llamada. Logan solo llama desde ese número para emergencias. Emergencias de sangre en el suelo.

Ambos nos quedamos paralizados, aún enredados sobre la alfombra, con el whisky caliente en nuestras venas y las confesiones pendiendo en el aire.

Y he pasado dos días dejando que sus llamadas ordinarias mueran en la mesa de noche, lo que significa que ha dejado de intentar las ordinarias.

No me muevo para contestar. No puedo. No lo haré. No cuando finalmente tengo todo lo que siempre he querido sentado aquí a mi lado.

Suena de nuevo, insistente.

—Deberías contestar —dice Isa, pero ella tampoco se aparta.

—No. —La aprieto más entre mis brazos, infantilmente, pero incapaz de contenerme—. Sea lo que sea, puede esperar.

El teléfono continúa su asalto a nuestra burbuja. Tres timbres. Cuatro. Al fifth, se detiene. El silencio se siente ominoso, como la pausa antes del trueno.

Luego comienza de nuevo inmediatamente.

—Adrian. —La voz de Isa ahora lleva una advertencia—. Alguien te necesita.

Alguien siempre me necesita, maldita sea. Pero ahora mismo, en este momento perfecto, con su calor contra mí y nuestras verdades más profundas finalmente dichas, quiero fingir que el mundo exterior no existe. Que las amenazas y los territorios y toda la violencia que espera afuera no pueden tocarnos aquí.

El teléfono sigue sonando. Puedo sentir nuestra burbuja tensándose, a punto de estallar, el mundo real exigiendo entrada con cada timbre insistente.

Vacilo, con la mano a medio camino del teléfono, sin querer dejar que este momento termine. Sin querer dejar que lo que sea que espere al otro lado de esa llamada se entrometa en el único día perfecto que hemos logrado robar.

19 - Isa

El teléfono suena, haciendo añicos la burbuja perfecta del departamento de Adrian a las dos de la mañana. El tono de llamada de Logan, el de emergencia que significa sangre o algo peor.

La expresión de Adrian cambia mientras responde, la calidez se drena para convertirse en algo calculado. Me tenso, observándolo procesar lo que sea que aguarde al otro lado. Años en La Sirena me han enseñado a leer el desastre en la postura de los hombros, en la tensión alrededor de los ojos.

La voz de Logan llega metálica y cortante. No alcanzo a distinguir las palabras, solo el registro: el que usa para problemas con recuentos de cadáveres. Entonces, una sola palabra surge de la estática, clara como un cristal al caer: *Aviary*.

Se me eriza la piel. Tengo mi propia historia con ese lugar —recados de Delgado, luces rojas, una habitación cerrada en la que aún no puedo pensar sin que se me altere el pulso— y nada de eso pertenece a una llamada telefónica a las dos de la mañana con ese tono.

—¿Cuánto? —dice Adrian. Una pausa—. No. Nadie habla con ellos. Dile a Teo que su memoria se acaba de volver costosa; la igualaremos y la duplicaremos. —Otra pausa, más larga. Sus ojos buscan la ventana, el agua oscura más allá—. Lo sé. Dije que yo me encargaré, hermano. Mañana.

Termina la llamada y, durante tres segundos completos, es alguien a quien nunca me han presentado: un hombre haciendo aritmética con cadáveres en los márgenes. Luego se gira hacia mí, y esa sonrisa de medianoche y problemas se enciende como luces de escenario.

—Mi amor, necesito que hagas algo terrible.

—¿Quién murió?

—Nadie. Es incluso peor. —Deja el teléfono con una gravedad teatral.

Y ahí está: el giro que me estoy volviendo demasiado buena para detectar. Lo que sea que cruzó esa línea era real, con peso y consecuencias, y él lo ha guardado como una carta bajo la manga y, en su lugar, me ha repartido la broma. Podría presionar. Me he ganado el derecho de presionar, después del whisky, después de todo lo que dijimos en aquel suelo.

No lo hago. Lo añado al montón en su lugar: el respingo en la ferretería, el cambio de turno que nadie pidió, y ahora the Aviary a las dos de la mañana, usando la voz equivocada. El montón se está volviendo lo suficientemente alto como para proyectar una sombra.

—The Enfield Gala. El sábado. Marisol y Nico no pueden ir. Algo sobre asuntos de los Rosetti en Los Ángeles. Gabriel y Sera ya tienen planes que no pueden cancelar. Una cena de aniversario en ese lugar en Coral Gables que ella se muere por probar. —Sus manos encuentran mi cintura, atrayéndome—. Lo que significa que te estoy reclutando como mi pareja.

La boca de Adrian se tuerce, casi con demasiada suficiencia. Dice mi nombre, —Isa—, con la gravedad de una confesión, como si estuviera a punto de poner su alma a mis pies y exigir un recuento justo de sus pecados—. Tengo que ir a esta gala. Por lo tanto, tú tienes que ir. Así es como funciona esto ahora.

Niego con la cabeza. —Así no es como funciona nada.

Pero ya estoy perdiendo. Puedo sentirlo en la forma en que su pulgar traza círculos en mi cadera, en la forma en que su sonrisa se vuelve conspiradora. No es la sonrisa descuidada que usa en la calle ni la fría y calibrada que lleva para los negocios. Esta sonrisa es algo privado, construida de medianoche y problemas, de las que te meten en más de lo que puedes explicar después.

—Una noche —dice, bajando la voz hasta convertirla en una promesa—. Te reclutaré para el servicio, nos burlaremos de los ricos, beberemos su champán, nos iremos temprano. —Pasa los brazos alrededor de mis caderas y me acerca más, arrastrándome hacia él como si estuviera seguro de que ganará cada guerra que peleemos—. Haré que valga la pena.

—Ustedes son los ricos —le respondo.

Él inclina la cabeza. —La diferencia es que yo no soy aburrido.

El sábado llega como una amenaza. Estoy en el Cadillac crema de Adrian, la luz de la luna saca brillo al adorno del capó, los semáforos pintan borrones en el parabrisas. Él lleva un traje a medida del color

de los moretones frescos, la corbata floja, los gemelos brillando con cualquier lapislázuli o turquesa que haya decidido que irritará más a la multitud de la vieja aristocracia de Miami.

Llevo un vestido que se siente extraño contra mi piel, preguntándome cómo demonios me convencieron de esto. Está demasiado apretado en las costillas, satén azul medianoche aprisionándome en una forma que no reconozco. La tela brilla cuando me muevo, como una mancha de aceite en el agua. La abertura sube por mi muslo derecho, casi indecente, excepto porque el corte es tan artísticamente intencional que nadie podría confundirlo con un desgarrón. No llevo joyas, excepto por unos pequeños aros de plata y la funda para cuchillos que Adrian mandó a hacer a medida para mi pierna. Parece una liga, cuero negro y acero. La cuchilla descansa a ras de mi piel, dura y reconfortante.

Adrian maneja con la mano en mi rodilla, los dedos tamborileando un código que solo él conoce. Tararea en voz baja, algo antiguo y español que no llega a ser una canción de cuna. Me mira cada pocas cuadras, no de esa manera degradante de "te ves bien", sino como si estuviera memorizando dónde el vestido muestra piel, contando las pecas de mi clavícula. Quiero decirle que se detenga, pero no lo hago. Dejo que mire.

Toda la semana ha sido así. Surrealista. Yo no tengo relaciones, no tengo mañanas domésticas ni duchas compartidas ni ninguna de las cosas que de alguna manera se han vuelto rutinarias. Una semana en su cama, una semana en la que los muros que tardé catorce años en construir simplemente desaparecieron. No destruidos. Disueltos, como si nunca hubieran estado allí.

—Deja de pensar tan fuerte —dice, sin apartar la vista del camino.

—Me veo ridícula.

—Pareces alguien que podría destruir imperios. —Sus dedos se aprietan ligeramente en mi rodilla—. Cosa que podrías hacer. ¿Estás nerviosa?

—¿Por la gala? No. —Quito una pelusa imaginaria del dobladillo de mi vestido. Afuera, un letrero de neón parpadea "Licorería" en azul, titila una vez y se apaga—. ¿Por fingir ser algo que no soy? Siempre.

Él no se ríe. —Nadie en ese salón es lo que finge ser. Ni siquiera los meseros.

—¿Se supone que eso debe hacerme sentir mejor?

Su mano se mueve, el pulgar trazando el interior de mi muslo, lento y deliberado. —Eres la persona más honesta que he conocido —dice—. Simplemente no te gusta que nadie lo sepa.

Quiero decirle que se vaya a la mierda. Quiero estar de acuerdo con él. Quiero trepar por la consola y besarlo hasta que toda esta noche y cada expectativa sobre ella se borren. En cambio, no digo nada, y el auto se desliza por el camino privado de The Setai como si siempre hubiera pertenecido allí.

The Setai es el tipo de lugar en el que no puedes entrar sin sentirte como un intruso. Todo mármol negro y vidrio, con flores en jarrones más altos que la mayoría de los niños. El portero mide un metro noventa y podría ser ex-KGB.

El salón de baile se extiende ante nosotros en una opulencia calculada. Arañas de cristal proyectan luz sobre los suelos de mármol, orquídeas en cada superficie, meseros que se mueven como bailarines coreografiados. El aire transporta residuos de champán y cocaína, Chanel No. 5 mezclándose con puros cubanos que la seguridad finge no ver. La élite de Miami finge que esto se trata de caridad mientras miden el valor de los demás en quilates y contratos.

—¿Circulamos? —murmuro.

—Todavía no —dice Adrian—. Deja que nos noten primero.

Nos paramos cerca de una columna, un poco fuera de la luz. Dejo que mi mirada deambule, anotando enemigos, objetivos y comodines. La élite de Miami es una hoguera de basura de decadencia artística. Hombres con rostros de lobos encanecidos, mujeres tan delgadas que podrías confundirlas con fantasmas, el tipo de poder del viejo mundo que viste lino incluso en invierno.

Localizo a tres políticos, un ejecutivo petrolero caído en desgracia, un legendario traficante de cocaína que ahora dirige una fundación para "jóvenes desfavorecidos". Mi favorita, sin embargo, es la mujer del vestido verde: se ha recolocado la mitad de la cara desde su última foto policial, pero sus ojos son los mismos: fríos, codiciosos, feroces.

—¿Ves al juez? —pregunto.

Adrian echa un vistazo. —¿El de la campaña de valores familiares?

—Su hijo me pagó tres mil el año pasado para que rompiera las ventanas del auto de su ex. Un encanto de persona.

Adrian reprime una sonrisa. —¿Cuál es la ex?

—Lentejuelas rosas, allá por el caviar. Te apuesto diez dólares a que terminan la noche en una pelea a gritos.

Él se encoge de hombros. —Acepto.

Un mesero nos ofrece champán. Adrian toma dos copas, me da una. La agito, observo las burbujas subir. Nunca me ha gustado el sabor, pero entiendo la parafernalia: cómo obliga a todos a fingir, al menos por un momento, que creen en la celebración.

Bebemos a sorbos y observamos a la gente. Adrian se inclina, susurrando comentarios brutales que casi me hacen resoplar en la copa. Está en su elemento aquí, no como un depredador, sino como un coleccionista de secretos. La gente orbita a su alrededor, atraída por el imán de su atención. Él no revela nada, pero ellos hablan de todos modos, ansiosos por resultar interesantes con la esperanza de que él los recuerde cuando importe.

Me encuentro relajándome. No porque pertenezca, sino porque nadie aquí lo hace. Las reglas son todas inventadas, y yo soy muy buena aprendiendo juegos nuevos.

La mano de Adrian descansa en la parte baja de mi espalda, su pulgar trazando patrones ociosos a través de la seda mientras construimos nuestra crónica privada.

—¿Ves a la mujer de rojo? —Adrian asiente hacia la pista de baile —. Está a punto de…

—¡Eres tú!

La voz aguda atraviesa nuestra burbuja. Me giro y el mundo se inclina de lado.

El señor y la señora Lins están a un metro de distancia. Los padres de Meiling. Rostros que no he visto en catorce años, excepto en pesadillas donde su hija se desangra mientras ellos preguntan por qué no pude salvarla.

La señora Lins se ve exactamente igual. Pómulos afilados, ojos oscuros que una vez me dieron la bienvenida a su casa para cenar. Recuerdo la disposición cuidadosa de su mesa, los palillos lacados descansando en soportes de porcelana, el vapor de la sopa caliente subiendo hasta empañar mis lentes. Los the Lins siempre me trataron como si fuera su propia hija perdida, una recogida que habían adoptado sin cuestionamientos. La señora Lins me insistía para que comiera como si las calorías pudieran anclarme a este mundo. El señor Lins me servía té, rellenando mi taza en silencio incluso cuando yo no miraba.

Pero en este salón de baile, bajo el resplandor antiséptico de las arañas de cristal, ese recuerdo se fractura. Los the Lins están vestidos de negro, más negro incluso que el mármol que los rodea, un luto que nunca abandonó su guardarropa. La boca de la señora Lins está fija en una línea tan tensa que me pregunto si ha vuelto a sonreír desde entonces.

El señor Lins ha envejecido más bruscamente, con canas entrelazadas en el cabello que solía ser negro sólido, los hombros encorvados bajo un peso que nada tiene que ver con los años.

—Isadora Navarro —la señora Lins dice mi nombre como si estuviera saboreando veneno—. Oímos que te iba bien.

Se me cierra la garganta. Están aquí. Reales. No fragmentos de sueños de culpa, sino carne y hueso y dolor parados con ropa de diseñador en una gala a la que nunca debí asistir. Parece que realmente obtuvieron una gran indemnización de la cantera.

—Mírate —la voz del señor Lins tiene un filo que corta—. De aquel vecindario a este. Menudo ascenso.

Adrian se mueve a mi lado, detectando la amenaza en su postura. Su mano se retira de mi espalda, lista para intervenir.

—¿Cómo termina alguien como tú —continúa la señora Lins, con cada palabra precisa— aquí? ¿La ropa, la compañía, la influencia? —Su mirada recorre mi vestido, la postura protectora de Adrian, la riqueza casual en la que estamos envueltos—. ¿Qué hiciste exactamente para costear esta vida? ¿O deberíamos preguntar qué haces para él? —Su mirada se desvía hacia Adrian—. Meiling siempre decía que eras inteligente. Supongo que ahora sabemos qué tipo de inteligencia paga vestidos de seda.

La sospecha en su voz es peor de lo que sería la ira. No solo está de luto. Cuestiona cómo subí desde donde empecé hasta aquí, qué pude haber hecho, a quién pude haber lastimado para ganar esta elevación.

Adrian avanza, todo en él cambia de la calidez a la amenaza. Lo he visto manejar problemas en La Sirena. La forma en que sonreía mientras rompía los dedos de un traficante, cómo susurraba consuelo a un tratante antes de lanzarlo a la bahía. Está a punto de desatar el estilo de hospitalidad de los Marín sobre dos padres afligidos.

Mi palma se aplana contra su pecho, deteniéndolo en seco.

Él me mira, la confusión parpadea en sus rasgos. En cinco años en La Sirena, nadie lo ha detenido nunca en plena protección. La confusión cambia a algo más oscuro. No es ira, sino el reconocimiento de que los estoy protegiendo de él, eligiendo la seguridad de ellos por encima de su defensa hacia mí.

Presiono con más fuerza, sintiendo los latidos de su corazón bajo mi mano. *No lo hagas*. La palabra se queda atrapada en mi garganta, pero mi mano lo dice claramente: *No los toques*.

Estos son los padres de Meiling. Lo que sea que me lancen, sospechas, hostilidad, acusaciones, me lo merezco. Esta es mi penitencia. La culpa que he cargado durante catorce años exige que me quede aquí y acepte esto. Su hija está muerta, podría estar muerta por mi culpa, y aceptar su ira es la penitencia más pequeña que puedo ofrecer.

—Solo tenemos curiosidad —continúa el señor Lins, envalentonado por mi silencio—. Cómo una chica con tus antecedentes logra todo esto. A menos que hayas encontrado formas de hacerte útil para la gente adecuada.

La implicación aterriza con nitidez. Que soy la puta de Adrian. Que cambié mi cuerpo por este vestido, esta vida, esta cercanía al poder. Los labios de la señora Lins se curvan en algo demasiado amargo para ser una sonrisa.

El pecho de Adrian se tensa bajo mi palma. Puedo sentir la violencia acumulándose en él, la necesidad de defender lo que considera suyo. Pero no lo dejaré. No puedo dejarlo. Protegerme de ellos agravaría el pecado original. Ellos han cargado con la muerte de su hija durante catorce años. Si necesitan destriparme en un salón de baile para aliviar su culpa y su dolor, es una penitencia que pagaré.

La culpa pesa en mi pecho. Cada palabra que pronuncian es una hoja merecida. Noto su dolor. La forma en que tiembla la mano de la señora Lins, cómo el señor Lins no puede mirarme directamente, como si fuera demasiado brillante o estuviera demasiado mal para enfocarme. Esto es lo que provoqué: dos personas vaciadas por la pérdida, haciendo preguntas que no puedo responder sin confesar algo que ni siquiera estoy segura de haber hecho.

Mi mano permanece plana sobre su pecho, conteniendo cualquier represalia que él esté planeando. Esta es mi penitencia, absorber su desprecio como una comunión, cada palabra una herida merecida. Detrás de su ira, veo la forma de su pérdida. El dormitorio vacío que

probablemente no han cambiado. Las fotos que no pueden mirar. El futuro que terminó en un día de verano cuando su hija no volvió a casa.

Los protejo de Adrian porque es la única protección que puedo ofrecer ahora, catorce años tarde.

—¿Nada que decir? —pregunta la señora Lins—. Siempre tenías tanto que decir cuando eras joven. Meiling pensaba que eras tan inteligente, tan valiente. Estará fascinada de ver en qué te has convertido.

El nombre de su hija en tiempo presente, como si pudiera entrar en cualquier momento. Como si solo llegara tarde, no como si llevara catorce años muerta.

Las paredes del salón de baile se cierran sobre mí. Sus rostros se desdibujan con el recuerdo. Meiling entre ellos en su decimotercer cumpleaños, riéndose de algo que yo había dicho. Ahora están aquí preguntando cómo compré mi ascenso mientras su hija se pudre bajo tierra.

No puedo respirar. No puedo hablar. No puedo hacer nada más que quedarme ahí aceptando sus acusaciones mientras mi pecho se hunde.

—Disculpen —logro decir, las palabras saliendo apenas audibles.

Me giro y me alejo. No corriendo, no exactamente, pero lo suficientemente rápido como para que las cabezas se giren. Cruzo el salón de baile, paso junto a los susurros escandalizados, salgo por las puertas francesas a la terraza frente al mar de The Setai.

El aire del océano golpea frío contra mi rostro ardiente. La brisa salina se me queda en la garganta, mezclándose con el sabor fantasma a cobre que siempre aparece cuando pienso en aquel día. El océano suena como la risa de Meiling si no escucho con demasiada atención. Agarro la barandilla, con los nudillos blancos, tratando de recordar cómo funcionan los pulmones. Abajo, las olas chocan contra la arena en la oscuridad.

Adrian está detrás de mí antes de que lo oiga acercarse. Sus manos cubren las mías sobre la barandilla, sólidas y cálidas.

—Isa.

Eso es todo lo que dice. Solo mi nombre. Pero rompe algo en mí que había estado bajo llave.

Intento mi conteo. Uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho. Meiling y yo solíamos contar en japonés —ella estaba obsesionada

con un anime ese año y nos hizo a las dos aprender los números por sus subtítulos— y nunca llegamos al nueve. Luego dejamos incluso de intentarlo y simplemente contábamos en inglés, otra pequeña broma privada. Uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho. El mecanismo que me ha salvado mil veces. Pero los números se dispersan, se niegan a mantener la formación. Por primera vez, mi defensa más confiable me falla.

Yergue mi columna, reconstruyo los muros ladrillo a ladrillo. Soy La Cuchilla. He servido tragos a asesinos sin inmutarme. Puedo lidiar con dos padres afligidos y su ira justificada.

Excepto que no puedo. Los muros se derrumban más rápido de lo que puedo construirlos.

El colapso llega repentino y completo. Raro para alguien que se ha construido sobre el control. No son lágrimas, yo no lloro, sino algo peor. Todo mi cuerpo tiembla, el control se hace añicos como si lo hubiera estado manteniendo unido solo con violencia y de repente no quedara nada de donde agarrarse. Este tipo de crisis es rara en mí, no ha sucedido desde el día en que murió Meiling. Mis rodillas amenazan con ceder.

Adrian me gira hacia él, me atrae contra su pecho. Se lo permito, demasiado deshecha para resistirme a un consuelo que no merezco. Sus brazos me rodean, una mano en mi cabello, la otra presionada entre mis omóplatos.

—Esa gente —dice en voz baja, con cuidado—. Te lastimaron.

No puedo responder. No puedo explicar que son los padres de la chica que pudo haber muerto por mi culpa. Que cada acusación que lanzaron era suave comparada con las que yo me lanzo a mí misma. Que verlos envejecidos por un dolor que yo pude haber causado es peor que cualquier herida de cuchillo.

Él no presiona, solo me sostiene a través de esta crisis inusual mientras me desmorono. Su abrazo se siente como una condena. Los brazos de un hombre que quemaría Miami para mantenerme a salvo, que ha matado por menos que las lágrimas que no estoy llorando. Pero incluso en sus brazos, incluso rodeada de su calor y su aroma familiar, el pasado surge con más fuerza. Ese día regresa en oleadas. El sol en la piel, la risa convirtiéndose en gritos, la sangre extendiéndose por la piedra, el cuchillo en el suelo. Los recuerdos que he mantenido fragmentados durante tanto tiempo de repente se sienten lo suficientemente afilados como para cortar.

Sus brazos no pueden contener esto. No pueden detener la forma en que ese día es de repente más real que la terraza, que la gala, que cualquier cosa excepto el peso de lo que pude haber hecho. Este colapso, tan raro para alguien que nunca pierde el control, no se detiene.

—Respira —murmura Adrian contra mi cabello—. Solo respira, mi amor.

Lo intento, pero el aire se convierte en recuerdo. La cantera en verano. Cobre y polvo y el pesado silencio después de que alguien deja de gritar.

Su mano frota círculos en mi espalda, el gesto destinado a calmar. No lo hace. No puede. El consuelo se siente insuficiente ante la magnitud de lo que me está atravesando. Eran los padres de Meiling los que estaban allí dentro. Reales. Vivos. Haciendo preguntas sobre mi vida con ojos suspicaces porque pueden ver lo que he tratado de ocultar. Que no merezco nada de esto.

Tienen razón al sospechar de mí. Razón al preguntarse cómo alguien como yo terminó aquí. La respuesta que nunca sabrán está aquí mismo, sosteniéndome. Adrian, que construyó esta vida para mí pieza por pieza sin que yo lo supiera. El vestido, el trabajo, el departamento, todo obra suya que apenas empiezo a descubrir.

Pero ellos ven el resultado. La elevación imposible. La chica de ninguna parte envuelta en seda e influencia.

—¿Quiénes eran esas personas? —pregunta Adrian, aunque tengo la sensación de que ya lo sabe, por la forma en que sabe todo.

—Personas que conocí hace mucho tiempo.

Él asiente lentamente, atando cabos, esa mente aguda trabajando incluso mientras me sostiene.

Los brazos de Adrian se aprietan a mi alrededor. Incluso a través de mi crisis, siento su posesión en el agarre. No es consuelo, sino reclamo, como si me mantuviera unida por pura voluntad y sentido de propiedad. Una parte de mí quiere luchar contra eso. La parte más grande necesita exactamente esto. Alguien lo suficientemente fuerte como para contener lo que se está derramando de mí.

20 - Adrian

Una semana desde la gala. Siete días desde que se hizo pedazos en esa terraza, y desde entonces la he mantenido resguardada en nuestro mundo privado. Sin trabajo, sin obligaciones externas. Solo nosotros, moviéndonos entre nuestros tres espacios como si fuéramos las únicas personas que quedan en Miami.

La puerta del apartamento se abre y revela un aroma a ajo y lima. Isa se mueve por mi cocina como si siempre hubiera pertenecido a este lugar. Mi verdadero hogar, encima de La Sirena, no el nido de vigilancia de al lado, ni su santuario controlado. Este, donde vivo de verdad cuando no la estoy viendo dormir a través de las paredes.

Lleva puesta mi camisa. No se ve nada más bajo el dobladillo que le llega a medio muslo; sus piernas desnudas mientras se estira para alcanzar algo en lo alto del gabinete. La imagen hace que mi verga palpite, pero es la domesticidad lo que casi me pone de rodillas. Isa, eligiéndo estar aquí, eligiéndo usarme como armadura.

—Llegas tarde —dice sin voltearse, pero escucho la sonrisa en su voz—. El pescado ya casi está.

Tres horas contactando informantes, tirando de los hilos sobre the Lins. Su hija murió hace catorce años. Un accidente en una cantera, dice el informe oficial. Recibieron una gran indemnización por su muerte, pero nunca creyeron la versión oficial, nunca dejaron de hacer preguntas.

The Lins y su sospecha son profundas. Han pasado catorce años rondando una verdad que no logran comprender del todo. Ahora están preguntando por Isa específicamente. Por su repentino ascenso, su conexión con nuestro mundo, cómo una chica de la nada terminó vestida de seda en the Enfield Gala.

La información me pesa en el pecho, pero la reprimo. Esta noche no. Esta noche está aquí, cocinando pargo rojo en un estado de desnudez que me hace contar todas las razones por las que la cena puede esperar.

—Tráfico —bromeo, entrando en la cocina.

—Estabas en el club. ¿Me estás diciendo que había tráfico en las escaleras?

Mis manos encuentran su cintura y mis pulgares acarician la piel suave donde mi camisa se levanta.

—Huele increíble, mi amor.

—No toques. —Me da un manotazo en las manos, pero aun así se echa hacia atrás contra mí, su trasero presionando contra mi verga que se endurece—. Estoy probando algo que Sera me enseñó.

El nombre me hace sonreír. Nuestros amigos infiltrándose en este espacio privado, Isa aprendiendo recetas de la mujer de Gabriel. Creando conexiones que nunca pensé que permitiría. Presiono mis labios en su cuello, saboreando la sal y ese jabón limpio que usa, sintiendo cómo su pulso se acelera bajo mi boca.

—¿Qué tal tu día? —pregunta, girando en mis brazos con dos platos perfectamente equilibrados.

La sospecha de the Lins me quema en la lengua. Pero, en cambio, le doy mi cálida sonrisa, la que es real incluso cuando estoy ocultando cosas.

—Reuniones aburridas. Negociaciones de territorio. —Le tomo los platos y dejo que mis dedos rocen los suyos más tiempo de lo necesario—. Logan te manda saludos. Dice que le debes una botella de ese whisky japonés que has estado acaparando.

—Yo no acaparo whisky.

—¿No? —Sirvo el vino, observándola acomodarse en la silla frente a mí; la forma en que mi camisa se sube cuando se sienta hace que se me haga agua la boca—. ¿Ni siquiera esa botella que crees que está tan bien escondida?

Se congela a medio bocado. —¿Cómo… —Entonces se corrige a sí misma y pone los ojos en blanco—. Cierto. Mi acosador. A veces se me olvida cuán detalladamente violaste mi privacidad.

—Cada hermosa violación —murmuro, estirándome para trazar la llave tatuada en su muñeca—. Y te encanta que conozca todos tus secretos.

Se le corta la respiración y sus pupilas se dilatan ligeramente. Después de una semana de apenas salir de la cama, sigue respondiendo a cada caricia, a cada sugerencia.

—Estás distraído esta noche. —Deja el tenedor y me estudia con esos ojos que no se pierden de nada—. ¿Qué no me estás diciendo?

La evasiva surge automáticamente, envuelta en calidez. —Solo pensaba en los contratos de proveedores de mañana. Algo emocionante. —Le dedico mi mejor sonrisa, la que abre puertas y corazones, pero ahora me conoce demasiado bien.

Sus dedos tamborilean una vez sobre la mesa. La señal de que está procesando algo que no encaja.

—Tuve pesadillas otra vez anoche —dice en voz baja—. Sobre la gala. Esa gente sigue apareciendo.

Mi pecho se oprime con la necesidad familiar de protegerla, de interponerme entre ella y cualquier cosa que pueda hacerle daño. —¿Qué tipo de pesadillas, cariña?

—Esas personas. Los que… —Se interrumpe, tensando la mandíbula—. Sigo viendo sus caras. La forma en que me miraban. Como si supieran algo. Como si me estuvieran acusando de algo que ni siquiera recuerdo con claridad.

The Lins. No dice sus nombres, pero la devastación de aquel colapso en la terraza todavía resuena en la forma cuidadosa en que se contiene ahora. La necesidad de eliminar esta amenaza pulsa en mí como la sangre.

—No pueden hacerte daño —digo, poniéndome de pie para rodear la mesa hacia ella—. No mientras yo respire.

—No lo sabes. —Ella también se levanta, pero la agarro antes de que pueda alejarse y la presiono contra la pared de la cocina—. No sabes lo que podrían hacer. Lo que podrían…

—Isa. —La encierro con mi cuerpo, una mano apoyada junto a su cabeza, la otra ahuecando su cara—. Sean lo que sean para ti, quienesquiera que fueran, los reduciré a cenizas antes de que vuelvan a tocarte.

Me escruta la cara, buscando algo. —A veces creo que de verdad te crees Dios.

—No soy Dios. —Me acerco más, sintiendo sus pezones endurecerse contra mi pecho a través de la fina tela de la camisa—. Solo soy alguien que te ama lo suficiente como para reescribir la realidad si eso te mantiene a salvo.

Se le corta el aliento, y capturo su boca con la mía, vertiendo toda mi necesidad en el beso. Sabe a vino, a ajo y a hogar, su lengua deslizándose contra la mía mientras sus manos se aferran a mi camisa. Mi verga presiona contra su vientre a través de nuestra ropa, y ella gime en mi boca.

—A la habitación —jadea cuando nos separamos para tomar aire.

—Aquí —digo, levantándola para sentarla en la encimera—. Aquí mismo, donde cocinaste para mí, donde llevas mi camisa, donde hueles a mi apartamento y a mi vida.

Le levanto la camisa, revelando que no lleva nada debajo. Su coño reluce, ya húmedo, y la visión me hace gemir. Caigo de rodillas, abriéndole más los muslos, inhalando el olor de su excitación mezclado con el detergente de mi ropa en la camisa.

—Adrian —gime mientras mi lengua encuentra su clítoris—. Joder, acabamos de cenar…

—Ahora voy a por el postre —gruño contra su coño, chupando su clítoris mientras mis dedos se deslizan dentro de ella. Está empapada, contrayéndose a mi alrededor—. Este coño perfecto que me pertenece. Que gotea por mí incluso cuando estás cocinando pescado.

Se ríe, luego la risa se convierte en un gemido cuando enrosco los dedos para tocar ese punto dentro de ella. Me doy un festín con su coño como un hombre hambriento. Su sabor, la forma en que se mece contra mi cara, los sonidos que hace. Todo ello ahoga los pensamientos sobre amenazas e investigaciones.

Cuando se corre, lo hace con mi nombre en sus labios y sus muslos temblando alrededor de mi cabeza. Me levanto, luchando con mi cinturón, necesitando estar dentro de ella ya. Ella ayuda, bajándome los pantalones y envolviendo mi verga con su mano.

—Dentro de mí —exige—. Ahora, Adrian.

La penetro de una sola y suave embestida, y ambos gemimos ante la conexión. Incluso después de una semana de esto, la sensación de su coño apretando mi verga hace que se me nuble la vista. La follo en la encimera de mi cocina, sus uñas hundiéndose en mis hombros, nuestros cuerpos encontrando ese ritmo que hace que todo lo demás desaparezca.

Jadea, y entonces se corre de nuevo, apretándose tan fuerte alrededor de mi verga que la sigo de inmediato, llenándola con mi semen mientras ella pulsa a mi alrededor.

Permanecemos unidos, respirando con dificultad, con sus piernas todavía envueltas alrededor de mi cintura. Sus dedos trazan perezosos patrones en mi espalda bajo mi camisa.

—¿Te sientes mejor? —pregunta, presionando un beso en mi mandíbula.

—Siempre estoy mejor dentro de ti —admito, y luego, más suavemente—: Siempre estoy mejor cuando estás aquí.

Le pongo mi abrigo largo sobre los hombros para cubrir su semidesnudez, y luego bajamos al garaje. Tomamos mi coche para ir al apartamento de vigilancia a pasar la noche. Este es nuestro patrón ahora. Tres espacios en rotación, sin instalarnos nunca del todo en uno. Ya no lo cuestiona, esta intimidad nómada que hemos construido. Mi mano descansa en su muslo mientras manejo, mis dedos trazando patrones en su piel desnuda.

Dentro del apartamento 4B, saco los bocetos en los que he estado trabajando. Los extiendo sobre la mesa de centro mientras ella se acurruca en el sofá, con mi camisa subida por sus muslos, el olor a sexo todavía pegado a su piel.

—¿Qué es esto? —se inclina hacia adelante, y vislumbro su coño, aún hinchado por mi boca.

—Una posibilidad. —Me siento a su lado, la atraigo contra mi costado y señalo los diseños con una mano mientras la otra traza su cadera—. Ambos apartamentos. Este, el tuyo de al lado, y quizás uno o dos más de este piso. Conectados.

Su dedo sigue las puertas planeadas, las paredes que se derribarían. —¿Quieres convertir cuatro apartamentos en uno? ¿Cómo los vas a comprar? Rosie y Leonie del 4D definitivamente no venderán.

La miro sin expresión, sorprendido de que no lo haya deducido ya. —Ya los poseo. Soy dueño de todo el edificio.

Me mira fijamente un segundo. —Eres un cabrón de mierda.

Le sonrío de lado, poniéndome duro.

—Un absoluto cabrón de mierda y un acosador psicótico.

En un solo movimiento, la inmovilizo en el sofá, mi peso sobre el suyo, sus muñecas sobre su cabeza. La punta de mi verga descansa justo en su entrada, y si no llevara pantalones, ya estaría dentro de ella.

—Suficientes palabras sucias, cariña.

—Esto no son palabras sucias, psicópata. Esto es rabia.

Pero sus piernas se separan ligeramente y mi verga dura se presiona un poco dentro de ella. Puedo sentir su excitación humedeciendo mis pantalones.

Me inclino y le muerdo el labio, no lo suficientemente fuerte como para sacar sangre.

—Derribaremos algunas paredes. Añadiremos puertas internas. También conservaremos el apartamento de encima de La Sirena, pero este será nuestro lugar principal. Para que nunca tenga que preguntarme dónde estás, porque siempre estarás en un lugar que es nuestro.

—Eso es… —Se detiene, algo parpadea en su rostro—. Adrian, eso es una locura.

—¿Lo es?

Con cada onza de fuerza de voluntad que poseo, la dejo semidesnuda y tumbada en mi sofá y me incorporo, luego tiro de ella para sentarla a mi lado. Dirijo su atención a los bocetos extendidos en la mesa de centro, con cada detalle con el que me he obsesionado. El dormitorio que seguiría siendo suyo si necesita soledad. La cocina ampliada a nivel de restaurante porque por qué no. El estudio con herramientas de relojero e iluminación adecuada, para las cosas rotas que arregla cuando no puede dormir.

—Mira, cariña. Esta habitación sería tu taller. Con temperatura controlada, iluminación perfecta.

El peso de lo que sé presiona contra mis costillas. Catorce años cargando con la verdad sobre aquel día en la cantera. Viéndola reconstruirse a sí misma a partir de un dolor que podría explicar, pero que nunca lo haré. Los bocetos se sienten como construir algo sólido sobre ese secreto.

—¿Planeaste todo esto? —Su voz ahora denota asombro, sus dedos trazando dónde estaría nuestro dormitorio.

—Yo planeo todo sobre ti. —La confesión sale cruda. Sigo esperando que huya al enfrentarse a mi verdad, pero no lo hace.

Permanece en silencio por un largo momento, estudiando los diseños. Donde los cuatro espacios se convertirían en uno. Donde nuestras vidas separadas se fusionarían en algo inseparable. Luego se gira, se sienta a horcajadas sobre mi regazo, la camisa subida hasta su cintura.

—Muéstrame el resto —dice, meciéndose contra mi verga ya endurecida—. Pero primero, muéstrame cuánto deseas este futuro.

La volteo sobre su espalda en el sofá, y los bocetos se esparcen. —Te mostraré exactamente cuánto deseo cada futuro contigo.

Entonces, finalmente, me inclino y libero mi verga dolorida, y luego me hundo en ella, temblando de placer.

Más tarde, ella está dormida en la cama del apartamento de vigilancia, nuestros cuerpos todavía enredados, su piel aún sonrojada por nuestro sexo. La sábana apenas la cubre, y trazo las marcas que he dejado en su garganta, sus muslos, evidencia de mi hambre que parece no desvanecerse nunca.

Mi teléfono vibra. Las bases de datos de búsqueda de mi hermana se actualizan cada doce horas. Reconocimiento facial, informes de personas desaparecidas, registros de hogares de acogida a los que quizás no debería tener acceso.

La alerta de esta noche: una posible coincidencia en Tampa. Una mujer de la edad adecuada, rasgos similares. Mi corazón se detiene y luego se acelera, el mismo patrón de casi dos décadas de pistas falsas.

Abro el informe completo. La foto se carga lentamente, los píxeles se unen para formar un rostro que no es el de mi hermana. Lo suficientemente parecido como para que el algoritmo lo marcara, pero los ojos no son correctos. La barbilla demasiado afilada. Otro callejón sin salida en mi búsqueda de Zoila, mientras cada aliento que tomo es para proteger a Isa de su pasado. Estas dos necesidades me definen. Encontrar a mi hermana perdida y mantener a la mujer que amo a salvo de verdades que la destruirían.

Cierro la base de datos y dejo el teléfono a un lado. En la pared, puedo ver los agujeros que taladré cuando me mudé por primera vez. Mis puestos de vigilancia originales, ahora solo puntos de conexión entre los espacios.

Vibra de nuevo antes de que llegue a la mesita de noche. Logan, sin preámbulos: *Se llevaron el cargamento de la calle Ochoa en el puerto esta noche. Cuatro hombres, profesionales, conocían nuestras rutas. La mano de Ruiz está rota en tres sitios. Tallaron un mensaje en la caja que dejaron: ¿DÓNDE ESTÁ NUESTRO MUCHACHO?*

Dónde está nuestro muchacho.

Sé dónde está su muchacho. Su muchacho está dondequiera que el equipo de Logan's pone los problemas que surgen a las cuatro de la mañana, y el único hombre en Miami que podría terminar con esto —que podría entrar en el almacén de los Zayas mañana y saldar la cuenta con un nombre— está acostado en un apartamento de vigilancia con la mano en la cadera de la razón por la que sucedió. Podría detener la hemorragia esta noche. El precio es una guerra o

una confesión, y no estoy dispuesto a pagar ninguna de las dos mientras ella duerme contra mi pecho.

Solucionado, le escribo de vuelta, pero no es así, y Logan sabrá que no lo es, y aun así pongo el teléfono boca abajo.

Mi chica se mueve mientras duerme, la sábana se desliza para revelar la curva de su cadera. Mi verga se pone dura tan rápido que duele.

La ciudad podría arder esta noche y yo lo permitiría, siempre que ella esté a salvo. The Lins podrían contratar una docena de investigadores y yo me encargaré de cada uno. Lo que sea que venga a cazarla, me interpondré entre eso y ella.

Porque sé lo que realmente le pasó a su hija. Sé lo que Isa no puede recordar del todo a través de la neblina de las drogas y el trauma. Conozco la verdad que la destruiría si saliera a la luz, y enterraré a cualquiera que se acerque a ella.

Mi teléfono vuelve a vibrar. Un mensaje de mi contacto que está vigilando a the Lins.

—Contrataron a un investigador privado. Ya está en Miami haciendo preguntas sobre tu chica. Expolicía, bueno en su trabajo.

La amenaza se agudiza hasta convertirse en algo concreto. No solo padres sospechosos, sino un verdadero profesional, entrenado para encontrar verdades enterradas. En Miami, mi territorio, haciendo preguntas sobre la vida que he construido para ella.

Borro el mensaje ya pensando a quién llamar. A Miguel para que se encargue de los registros policiales. A Logan para crear documentación. A Gabriel como la fachada respetable. El investigador encontrará lo que yo le permita encontrar. Historia de éxito, la camarera que triunfa, nada inusual en su ascenso.

Reduciré sus preguntas a cenizas antes de que la alcancen. Que intenten tocar lo que es mío.

Me deslizo de nuevo en la cama, atrayendo a Isa hacia mí. Murmura algo mientras duerme, presionándose contra mi pecho. Mi verga se endurece contra su trasero, y le doy besos en el hombro, inhalando el aroma de su piel. Mi jabón, mis sábanas, mi semen todavía dentro de ella.

Se gira en mis brazos, sus ojos se abren con un aleteo. —¿Adrian?

—Shh, mi amor. Solo te estoy abrazando.

—Abrázame más fuerte —murmura, todavía medio dormida.

Lo hago, envolviéndome a su alrededor como una armadura, como una jaula, como una promesa. Venga lo que venga a por ella. The Lins, los investigadores, la verdad misma. Tendrán que pasar por encima de mí primero.

21 - Adrian

El comedor privado en La Sirena nos envuelve como el abrazo de un viejo amigo. Sillas disparejas que de alguna manera funcionan juntas, velas en las que insistí hace meses que aún arden en sus candelabros, botellas de vino que seleccioné para adaptarme al estado de ánimo de todos.

Aquí es donde nos convertimos en algo más que empleados. Aquí es donde simplemente existimos juntos.

Me recuesto en mi silla, observando a mi familia dispersa alrededor de la mesa de madera desgastada. Archivando cada tic y debilidad incluso mientras el calor se extiende por mi pecho. Marisol gesticula con su copa de vino, contando alguna historia sobre un turista que intentó pagar con criptomonedas. Gabriel añade comentarios que hacen reír a Sera, cuya mano encuentra la suya al otro lado de la mesa. Logan se sienta con una postura perfecta incluso aquí, pero Wren lo tiene lo suficientemente relajado como para que vaya por su segunda copa. Gunner ocupa la esquina más lejana, el peso de su arma visible bajo su chaqueta, silencioso como siempre pero presente. Daphne se sienta a su lado dibujando algo en su cuaderno, con los dedos manchados de carboncillo. The Siren tararea suavemente, de forma inconsciente, llenando los espacios entre las conversaciones con melodía. Juliet se posa cerca de Isa, las dos mantienen un intercambio tranquilo que no alcanzo a oír pero que tiene a Juliet sonriendo.

Y Isa. Mi Isa, usando mi camisa bajo su chaqueta porque vino directamente desde mi departamento, su cabello todavía húmedo de mi ducha, mi jabón por toda su piel. La intimidad casual de ello hace que mi polla se agite, hace que algo posesivo y satisfecho ronronee en mi pecho.

Esto es lo que reconstruí tras perderlo todo. Después de que Efrén se desangrara en un callejón mientras yo lavaba platos a tres cuadras de distancia. Después de que Zoila desapareciera en el sistema, con paradero desconocido, probablemente ni siquiera

recuerda mi nombre. Después de que mi mundo colapsara, armé esto. Persona por persona, año tras año, creando la mesa ruidosa y cálida que a mi madre le hubiera encantado.

—Hablando de horarios —digo, interrumpiendo la conversación general. La cálida confianza que usualmente hace que todos se inclinen hacia adelante fluye a través de mi voz, el tono que abre todas las puertas en Miami—. Isa y yo no podremos hacer el turno de mañana por la noche. Tenemos ese asunto con los desarrolladores inmobiliarios de Brickell.

Las palabras aterrizan suaves, casuales, el tipo de conflicto menor de agenda que navegamos cada semana. Lo digo con fluidez, seguro de que mis amigos se adaptarán a este pequeño inconveniente como siempre lo hacen. Alguien siempre tiene algo. Trabajamos alrededor de ello. Eso es lo que hace la familia.

Sonrío, esa calidez genuina que hace que todos se sientan especiales, pasando ya de este detalle menor a cualquier historia que Marisol estuviera a punto de contar a continuación.

La copa de vino de Marisol golpea la mesa con la fuerza suficiente para agrietarse.

El sonido corta la conversación como una cuchilla. A alguien se le corta la respiración. Wren tal vez, o Sera. Las llamas de las velas parpadean.

—¿Otro turno que te pierdes? —Su voz tiene un filo lo suficientemente agudo como para cortar vidrio—. Es el tercero esta semana, Adrian.

Parpadeo, tomado por sorpresa por el ardor en su tono. Mi confianza habitual flaquea. No es así como la sala responde típicamente a mí. —Es solo una reunión, princesa. Logan puede encargarse de...

—Logan se encarga de todo últimamente —lo interrumpe Gabriel, y hay algo frío en su voz que hace que mi mandíbula se tense—. Mientras tú estás ocupado jugando a la casita.

La temperatura baja. Lo siento en la forma en que la mano de Gunner's se desplaza hacia su cadera, en la forma en que los dedos de Logan's tamborilean una vez contra la mesa, su tic antes de la violencia. Incluso the Siren deja de tararear.

—¿Jugando a la casita? —Mantengo mi voz ligera, pero por debajo, algo más oscuro se agita. El mismo frío que me hizo poner

una cuchilla entre las costillas de aquel depredador en The Aviary—. ¿Así es como lo llamamos ahora?

—¿Cómo deberíamos llamarlo? —Marisol se pone de pie, su energía brillante como el champán se vuelve letal—. Estás distraído. Ambos lo están. Tomando decisiones con la polla en lugar de la cabeza mientras soldados de los Zayas rodean nuestro territorio.

—Nuestro juicio… —comienzo, pero Nico interrumpe.

—Es exactamente el problema. —Cuadra su vaso sobre la mesa, y percibo el aroma de su chicle de canela—. Eres nuestro estratega, Adrian. Ella es la Cuchilla, nuestra seguridad, operaciones encubiertas. Ustedes dos follándose hasta quedar ciegos es una debilidad que nuestros enemigos explotarán. Santiago Zayas fue visto en el puerto ayer, y ninguno de los dos se dio cuenta porque estaban demasiado ocupados…

—Basta. —La palabra sale más afilada de lo planeado, esa cosa fría en mi pecho extendiéndose.

Pero Nico no se detiene. Mete la mano en su chaqueta y deja una fotografía sobre la madera desgastada, deslizándola hacia el centro de la mesa con dos dedos. Un cajón, astillado, con cuatro palabras grabadas tan profundamente que captan la luz de las velas.

—Hace semanas, un chico del puerto de los Zayas llamado Lito entró en the Aviary y nunca salió. Primo de uno de los capitanes de Santiago. El martes se llevaron el cargamento de la calle Ochoa y le rompieron la mano a Ruiz en tres partes preguntando por él. —Su voz se mantiene nivelada, plana como un informe de misión, que es como sé lo malo que es esto—. Y Teo, en la puerta, recuerda a quién siguió Lito hacia las salas privadas esa noche. —Sus ojos se mueven hacia Isa y se detienen—. Estabas allí por nuestros asuntos. Él te acorraló. Y ahora está muerto y estamos sangrando por ello.

La sala se queda en silencio. Cada rostro se vuelve hacia Isa. Hacia la Cuchilla, nuestra especialista en cuchillos, que estaba sola en ese pasillo con un hombre que puso sus manos sobre ella.

Isa ni se inmuta. —Yo no lo maté. —Plano. Verdadero. Y veo cómo aterriza en una habitación llena de gente que la ama y no le cree, y algo en mi pecho toma la decisión antes que yo.

—Ella no lo mató. —Dejo mi vaso—. Fui yo.

Nadie se mueve.

—Él la siguió desde la barra. La acorraló contra la pared junto a las salas privadas, puso su mano alrededor de su muñeca, le dijo que

nadie escucha gritos en the Aviary. —Mantengo mi voz agradable, lo cual es de alguna manera peor, puedo oír que es peor—. Así que no. Ella no notó a un soldado de los Zayas muriendo a tres metros detrás de ella, porque yo me aseguré de que no hubiera nada que notar. Se estaba enfriando en las sombras antes de que ella llegara a la puerta.

Logan deja su vaso. Cuando habla, cada palabra sale cortada y limada. —Mi equipo lo encontró después del cierre. Pagué una fortuna a los limpiadores y enterré la muerte de un hombre de honor en mi propia casa, a ciegas, porque alguien lo dejó allí como si fuera una propina. —Una pausa que tiene peso—. Me viste hacerlo.

—Sí.

—Discutiremos eso en privado. —Y eso es todo: Logan guardando su rabia en un cajón para después, lo cual, viniendo de Logan, es tanto una misericordia como una sentencia.

—Empezaste una guerra por ella. —La voz de Marisol se ha vuelto baja, que es el registro más aterrador que posee—. Y ni siquiera nos dijiste que estábamos en ella.

—Está bajo control —digo, la ira filtrándose a través de cada palabra.

—No, no lo está —dice Gabriel, poniéndose de pie ahora también —. ¿Quieres decirme que podrías enviar a Isa a una habitación llena de soldados de los Zayas si la familia lo necesitara? ¿Que ella podría verte caminar hacia una emboscada y mantener su posición en lugar de arruinar la cobertura para salvarte?

La peor parte es la pizca de verdad que hay en ello. ¿Enviaría a Isa al peligro por la familia? ¿Dejaría ella que yo muriera por la misión? Todos sabemos las respuestas, y ese conocimiento se asienta como veneno en mi pecho. Pero lo que hace que mis manos se cierren en puños es que están cuestionando mi derecho sobre ella, desafiando lo que es mío.

—¿Entonces qué están diciendo? —Mi voz baja, el calor desapareciendo por completo. Algo más toma su lugar, aquello que sabe exactamente dónde esconder cadáveres en los Everglades—. ¿Que deberíamos qué? ¿Terminar esto? ¿Que debería renunciar a ella?

Isa no se ha movido. No ha hablado. Pero la siento a mi lado, esa quietud perfecta que adopta cuando está calculando qué arterias abrir. Los muros que pasé semanas disolviendo se están deslizando de nuevo a su lugar, ladrillo por ladrillo.

—Creo que están diciendo exactamente eso —dice Logan, bajando su vaso lentamente. Su voz corta la tensión como uno de sus contratos: preciso, letal, legalmente vinculante—. Lo cual es notablemente corto de miras para personas que dicen valorar a esta familia. E hipócrita viniendo de gente que degollaría a cualquiera de nosotros para proteger a sus amantes.

—Logan… —comienza Nico, y ahí es cuando lo veo. La sangre de los Rosetti afirmándose. El momento en que la familia se divide por líneas de sangre que pensé que habíamos trascendido.

—No, Nico. —La voz tranquila de Wren's sorprende a todos. Rara vez habla en estas reuniones, pero cuando lo hace, escuchamos—. No te toca a ti decidir quién merece la felicidad. No después de todo lo que han sobrevivido.

Puedo ver las líneas ahora, trazadas con alambre de púas. Mi pecho se hunde sobre sí mismo, esa rabia pánica e impotente de la infancia amenazando con inundarlo todo. La rabia impotente que sentí al sostener la camisa ensangrentada de Efrén. El mismo pánico sofocante de cuando la trabajadora social de Zoila dijo "paradero desconocido". Mi familia. Fracturándose. Otra vez.

Pero esta sala es diferente. Esta no es la familia que heredé, sino la que construí con mis propias manos, ladrillo sobre ladrillo maltrecho. Lo que significa que si se desmorona, también es culpa mía.

Observo cómo se cristalizan las facciones. Marisol y Nico gravitan hacia un lado de la mesa, sus argumentos son silenciosos pero palpables. Gabriel los sigue, la vieja guardia atrincherándose, con Sera detrás de él como un fantasma. Al otro lado, Logan se planta junto a Wren, protegiéndola de la misma manera en que recibiría una bala por ella. Gunner se mueve para pararse detrás de mi silla, un protector silencioso, su presencia es suficiente para inclinar la balanza del poder. Daphne cierra su cuaderno de golpe y me mira, esperando órdenes. The Siren no se mueve, pero sus ojos están puestos en Isa, y me doy cuenta con un sobresalto de que teme que la perdamos a ella también.

Y en el medio, Isa y yo. Siempre en el medio.

Busco su mano bajo la mesa y ella deja que la tome, su agarre me aprieta con fuerza, su pulso es tan rápido como el mío. Siento el viejo y familiar impulso de huir —agarrarla, romper una ventana, desaparecer en la noche—, pero sé que eso solo confirmaría sus

peores temores sobre nosotros. En cambio, aprieto su mano y me enfrento a la sala.

Mis manos tiemblan con la memoria muscular de la pérdida.

—Esto no se trata de la felicidad —dice Marisol, pero su voz se quiebra cuando mira a Gunner. Siempre han sido cercanos. Ella lo llama su osito de peluche asesino, él la llama Tiburoncito. Ahora están en lados opuestos de un cañón que se ensancha—. Se trata de supervivencia. Soldados de los Zayas huelen sangre en el agua. Saben que estamos…

—Mierda —dice Gunner, la palabra aterriza como un puñetazo—. Se trata de control.

Y entonces Juliet se mueve.

La dulce Juliet, conectada con los Rosettis a través del matrimonio de su hermana con Leonardo, quien debería estar con esa línea de sangre. Cruza la división invisible y se sienta junto a Isa.

—Te equivocas —le dice simplemente a Marisol—. Sea lo que sea que pienses que es esto, te equivocas.

La traición, si es así como llamamos a la lealtad ahora, golpea a Marisol visiblemente. Sus ojos color miel se oscurecen mientras observa a Juliet elegir en contra de la facción Rosetti.

—No se equivocan sobre que estamos comprometidos —dice Isa, rompiendo finalmente su silencio. Su voz sale plana, afilada como la cuchilla que carga—. Sobre que soy una debilidad. He servido tragos a hombres que han matado a docenas y nunca he parpadeado. Pero por él… —No me mira—. Por él, dejaría que toda esta ciudad se pudriera.

La confesión golpea la sala como una granada. Mi polla se endurece inapropiadamente ante sus palabras, ante la posesión en ellas.

Gunner y Marisol se enfrentan a través de la división, y algo en mi pecho se rompe. Estos dos, que se han protegido las espaldas incontables veces, que comparten bromas internas y entendimiento secreto, ahora están en lados opuestos de una guerra que ninguno quería.

—Estás cometiendo un error, Tiburoncito —dice Gunner, usando el apodo que solo él tiene permitido usar.

—Tú también —susurra ella de vuelta, y escucho años de amistad tensándose.

Los Rosetti se separan del resto. Las facciones se endurecen ante mis ojos. Mi familia desgarrada por líneas de sangre que pensé que habíamos trascendido.

—Ella es mía. —Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas, esa cosa posesiva en mi pecho tomando el control—. Eso no es negociable.

—Todo es negociable —dice Gabriel fríamente—. Especialmente cuando nos pone un blanco en la espalda.

Me pongo de pie, extendiendo mis manos en el gesto que usualmente une a la gente, incluso mientras mi mente rastrea vulnerabilidades. El pasado de chica fiestera de Marisol. Las cuentas fuera de los libros de Gabriel. El pasado militar de Nico que todavía lo acecha. Podría destruirlos a todos con unas cuantas llamadas telefónicas. El pensamiento es cobre y ceniza en mi boca, pero está ahí.

El encanto que hace que extraños me cuenten sus secretos, el que construyó a toda esta familia. Lo derramo todo ahora, incluso mientras cálculos más oscuros corren por debajo.

—Esto es una locura. Somos familia. Nosotros no hacemos esto, no nos dividimos así por…

—¿Por qué, Adrian? —La voz de Gabriel corta mi intento—. ¿Porque pierdes la perspectiva? ¿Porque ambos se convierten en puntos blandos por donde soldados de los Zayas meterán balas?

Intento todo. La cálida sonrisa que nunca me ha fallado. La cadencia de cuentacuentos que hace que la gente se incline hacia adelante. Incluso intento aprovechar lo que sé, recordándole a Marisol cuando la cubrí con su padre, tocando la culpa de Gabriel sobre la mujer que mató. Cada herramienta que he pasado años perfeccionando. El mismo magnetismo que puede desescalar negociaciones con carteles, que puede hacer reír a viudas que lloran, que puede convertir una habitación llena de enemigos en compañeros de tragos.

Nada de eso funciona.

El encanto rebota en ellos como balas contra una armadura. La habitación apesta a buen vino y ajo, pero hay un rastro de sal debajo, de miedo y rabia crecientes, de vínculos rompiéndose.

Marisol no se atreve a mirar a Gunner's a los ojos. Sera sigue mirando a Wren y Daphne con una disculpa silenciosa que no puede

expresar. La familia que reconstruí se está rompiendo y soy incapaz de detenerlo.

—Por favor —digo, y odio cómo suena. Como el niño de dieciséis años que no pudo salvar a su hermano. Que no pudo conservar a su hermana. Pero bajo la súplica, algo más oscuro se enrosca—. Podemos solucionar esto. Nosotros siempre…

—Esta vez no. —La precisión militar de Nico corta mis titubeos—. La decisión está tomada. Si quieres continuar con esta relación, es tu elección. Pero no esperes que pretendamos que no es una debilidad que no podemos permitirnos.

Las sillas chirrían contra el suelo, el sonido es como uñas sobre vidrio. El cisma no se suaviza. No negocia. Se endurece como cemento fraguando, permanente e implacable. Y no hay nada que pueda hacer para detenerlo.

Observo cómo recogen sus cosas en dos grupos distintos. La facción Rosetti-Delgado sale por la puerta principal. La mano de Nico en la espalda de Marisol, Gabriel sosteniendo la puerta para Sera. Los otros se van por la salida lateral. Logan liderando, la mano de Wren's en la suya, Gunner llenando el umbral con su corpulencia mientras Daphne se desliza por su lado, seguida por the Siren.

Por primera vez en mi vida, la habitación me derrota. Me quedo aquí de pie, impotente mientras se van en direcciones opuestas.

Juliet aprieta el hombro de Isa antes de irse, el toque diciendo lo que las palabras no pueden.

Luego se han ido. Ambos grupos, en direcciones contrarias, dejando la habitación iluminada por velas sintiéndose como una morgue.

Mi familia reconstruida acaba de hacerse añicos.

Isa se levanta de su silla con esa gracia letal que usa cuando se está protegiendo. Conozco esa postura. Es la que llevó durante años antes de que yo lograra atravesar sus muros, la que dice que en su mente ya está a tres pasos de la puerta.

—Isa…

—No se equivocan. —Su voz sale plana, controlada, la calidez de las últimas semanas borrada—. Sobre que estamos comprometidos. Sobre la debilidad.

Se está blindando contra mí. Puedo verlo suceder en tiempo real, los muros deslizándose de nuevo hacia arriba, la distancia afirmándose. Pero peor que eso es lo que veo debajo. Culpa. Ella

piensa que es la razón por la que mi familia acaba de hacerse añicos. La mujer que juró que nunca tendría relaciones está viendo cómo una destruye todo lo que construí.

—Esto no es culpa tuya…

—¿No lo es? —Se gira para mirarme de frente, y su expresión hace que mi pecho colapse—. Tres metros, Adrian. —Su voz es peor de lo que fue el cuchillo—. Un hombre murió a tres metros de mí y nunca me di cuenta. Yo me doy cuenta de todo. Para eso sirvo. Cerca de ti, no noto nada. Soy exactamente lo que dijeron. Una carga. Lo que está comprometiendo tu juicio, haciéndote débil cuando necesitan que seas fuerte.

Ya se está yendo. No físicamente, aún no, pero puedo verla haciendo el cálculo. Cuánto daño causa quedándose frente a cuánto evita desapareciendo. La culpa extendiéndose por ella como veneno, convenciéndola de que la única manera de devolverme a mi familia es eliminándose de ella.

—No lo hagas —digo, pero sale desesperado en lugar de autoritario. La cosa fría en mi pecho se extiende, violenta y posesiva —. No te atrevas a dejarme.

Toca mi cara una vez, el gesto es tan tierno que se siente como un adiós.

—Estas personas son todo para ti —dice en voz baja—. No seré la razón por la que los pierdas.

Las velas parpadean, proyectando nuestras sombras contra la pared. Dos figuras que ya comienzan a separarse.

Ella ya me está dejando. Puedo verlo en cada movimiento cuidadoso. El pensamiento hace que algo violento surja en mi pecho. He matado por menos que alguien intentando tomar lo que es mío. Y mi propia gente acaba de declarar la guerra a lo único que importa.

Incluso mientras mi familia se fractura, mi mente rastrea opciones. A quién presionar. A quién manipular de vuelta. Quién podría tener que desaparecer de la ecuación por completo. Los cálculos corren fríos y automáticos, incluso a través del dolor. Porque eso es lo que soy bajo la calidez. Un hombre que escribe la realidad para conseguir lo que quiere.

Y lo que quiero es a ella. Mi familia puede fracturarse. Miami puede arder.

Pero Isa se queda conmigo.

22 - Isa

Una semana desde que la familia se partió en dos por Adrian y por mí. Una semana de silencio de Marisol, de Gabriel. Pero Juliet está aquí, con una botella de tequila entre nosotras, eligiendo mi amistad por encima de la sangre de los Rosetti.

Los tablones de madera del muelle crujen bajo nuestro peso mientras me pasa la botella. Sin vasos, sin sal, sin limón. Solo dos mujeres en un raro día libre, con las piernas colgando sobre Biscayne Bay mientras el sol de Miami nos hornea los hombros. La sal y el calor se mezclan en mi piel, y el ardor del tequila atraviesa ambos.

—¿Así que de verdad vas a hablarme de él? —Juliet toma la botella de vuelta, bebe sin inmutarse—. ¿De Adrian? Porque verlos a ustedes dos es como ver un documental de naturaleza sobre depredadores acechándose mutuamente.

La comparación me hace resoplar.

—No somos tan malos.

—Son peores. —Me da un codazo en el hombro, un toque desenfadado que no habría permitido hace tres meses—. ¿La forma en que te mira cuando no te das cuenta? Como si fueras la dueña de la luna y las estrellas. ¿La forma en que finges no darte cuenta de que lo hace? Digno de un Óscar.

La calidez que se extiende por mi pecho me cabrea un poco. ¿Cuándo me convertí en alguien que se ablanda con la amistad? Esto es lo que he estado evitando durante la mitad de mi vida. Alguien que ve a través de mis muros y aun así se burla de mí. Alguien que se quedó después del cisma familiar, eligiendo mi bando sin dudarlo.

Las palabras luchan por permanecer enterradas, viejos hábitos me gritan que desvíe la conversación, que frunza el ceño, que no le dé nada. Pero Juliet me eligió a mí por encima de su propia sangre en la cena familiar y cada día desde entonces. Eso se gana la verdad.

—Es intenso —admito finalmente, la confesión arañando a través de años de silencio—. Adrian y yo. Más intenso de lo que esperaba.

—¿Intenso cómo? —Se inclina hacia adelante, con sus ojos avellana brillantes de curiosidad—. ¿Intenso para bien o intenso de «podríamos asesinarnos el uno al otro»?

—Ambos. —Tomo la botella, dejo que el ardor me ancle—. A veces lo miro y pienso que nunca he deseado nada más. A veces quiero destriparlo por lo mucho que ha invadido mi vida.

—Eso es excitante.

—Eso es jodido.

—No son mutuamente excluyentes. —Sonríe, y casi me descubro devolviéndole la sonrisa—. ¿Cuándo fue la última vez que dejaste que alguien se te metiera así bajo la piel?

Nunca, pienso. En voz alta, digo:

—Cada vez que he tenido que irme de algún sitio a toda prisa, mi coche ya estaba en marcha. Las llaves en el contacto, el depósito lleno. Nunca se lo pedí.

—Y nunca lo reconociste.

—Nunca.

—Pero te subiste.

—Cada vez.

El olor fantasma de la gasolina me llena la nariz. Ardiente e intenso, igual que el propio Adrian. Incluso pensar en él hace que el calor se acumule en la parte baja de mi vientre, esa calidez traicionera que ignora todo lo que mi mente sabe sobre el control.

Juliet ríe, una risa brillante y genuina.

—Dios, ustedes dos son perfectos el uno para el otro. Ambos completamente locos por el control, ambos fingiendo que no están desesperados por que la otra persona lo tome.

La verdad de sus palabras me pesa entre las costillas. Nunca he hablado de Adrian así, nunca he admitido a nadie cuánto espacio ocupa en mi cabeza. Pero, por alguna razón, quiero decírselo a Juliet.

—A veces, cuando me toca, incluso solo su mano en mi espalda en el bar, siento como si me estuviera reclamando. Como si estuviera marcando territorio. —Mi voz baja, más áspera de lo que pretendía—. He pasado toda mi vida siendo esta mujer independiente que puede valerse por sí misma pero de alguna manera, quiero que me marque. Que me reclame.

—Jesús, Isa.

—Me hace sentir… —Me detengo, buscando palabras que no suenen ridículas—. Como si pudiera dejar de sujetarlo todo con tanta

fuerza. Como si tal vez no todo se viniera abajo si lo soltara.

—Eso te aterra.

—Completamente.

Ella vuelve a tomar el tequila, su expresión se suaviza.

—¿Sabes lo que me encanta de nuestra amistad?

—¿Tenemos una amistad?

—Vete a la mierda, claro que sí. —Me golpea el hombro de nuevo —. Lo que me encanta es que nunca me tratas como si fuera frágil. Todos los demás me miran y ven a la hermanita Price que necesita protección. Tú me miras y ves a alguien que sabe resolver sus problemas.

—Sabes resolver tus problemas.

—Lo sé. Pero eres la única que lo supo sin que te lo dijeran.

Una sombra cae sobre el muelle. Levanto la vista y me encuentro con un hombre en bermudas de pie demasiado cerca, apestando a cerveza. Los tatuajes en su cuello lo marcan como un matón de bajo nivel, del tipo que piensa que la expansión de the Zayas lo hace importante.

—Dos chicas guapas sentadas solas —dice, su mirada lasciva hace que se me erice la piel—. Ahora están en territorio Zayas. Qué suerte que vine a hacerles compañía.

—Estamos bien —dice Juliet, pero él ya se está acercando.

—No seas así, preciosa. Solo estoy siendo amable. —Sus ojos recorren el cuerpo de Juliet, luego el mío, deteniéndose en todos los lugares equivocados—. Rubia y morena, mi día de suerte. ¿Qué tal si vienen a mi barco de fiesta? Tengo mucha cerveza, mucho espacio para lo que sea que les guste.

—Paso —digo secamente.

—Vamos, no sean unas perras engreídas. —Sonríe, mostrando los dientes—. Sé cómo hacer que las chicas se lo pasen bien. Especialmente las guapas que se creen demasiado para…

Me pongo de pie antes de que termine la frase, y mi cuchillo de bota ya está en mi mano. El acero atrapa la luz del sol, lo sostengo sin firmeza pero listo. No me paro derecha, no me tenso, solo dejo que vea La Cuchilla y la total falta de miedo en mis ojos.

Siempre es lo mismo. No tengo que levantar la voz, no tengo que encogerme como una niña ni montar una escena. Ese tipo de actuación es para la gente que nunca ha visto lo que un hombre como este hace cuando cree que nadie lo está mirando. Solo hay dos cosas

que los hombres como este entienden: la sangre, o la amenaza de ella.

—Tienes tres segundos para alejarte —digo, con un tono de voz conversacional. Mi cuerpo ya está inclinado para mantener el equilibrio en el muelle irregular, las rodillas sueltas, el cuchillo sostenido en un ángulo despreocupado pero mortal—. O te demuestro lo rápido que puedo abrirte la arteria femoral.

Registra la amenaza medio segundo tarde, como siempre hacen los borrachos, su rostro se vuelve pálido y luego duro por la necesidad de salvar las apariencias.

—Zorra loca, ¿me estás amenazando? —Su voz se quiebra en la última palabra, pero le doy crédito por el esfuerzo. Se ha pasado unas dos cervezas de bravuconería y le falta una para el colapso, pero nadie quiere echarse atrás delante de un público. Especialmente delante de una mujer.

—Constato hechos. —Pongo a prueba el filo del cuchillo con mi pulgar, dejando que vea lo afilado que lo mantengo—. Dos segundos.

Retrocede medio paso tambaleándose, casi pierde el equilibrio, se recupera con un brazo agitándose y murmura: «Jodida psicópata», como si el insulto fuera a restaurar la jerarquía.

—Un segundo —digo, y es entonces cuando algo en su cerebro finalmente activa la sinapsis correcta. Retrocede tropezando, con las manos en alto, pero mantiene los ojos en el cuchillo, no en mí.

Sería fácil, pienso, aprovechar la ventaja: abalanzarme, hacer que se orine en los pantalones, dejar que el acero cuente el resto de la historia. Pero no me muevo, ni siquiera doy un paso adelante. Dejo que se retire por su propio impulso, la humillación creciendo cuanto más se aleja de mí. Mantiene un torrente de maldiciones entre dientes, las palabras arrastrándose, pero incluso la bravuconería suena ahora como una oración.

—¡The Zayas van a oír sobre esto! —grita, pero ya está a diez metros de distancia, su voz arrastrada por el viento y el vacío en su pecho.

—Y sin embargo. —Mantengo la cuchilla visible hasta que está a seis metros, luego a nueve, y finalmente se da la vuelta para trotar de regreso al estacionamiento con una última maldición que el viento se lleva.Juliet no está respirando. Me doy cuenta justo entonces, la forma en que su pecho está perfectamente quieto, los ojos abiertos de par en par, la boca entreabierta por la conmoción. Cuando el hombre

finalmente desaparece, suelta una única risa ahogada, un sonido tan agudo que asusta a una gaviota y la hace volar.

—Mierda santa —dice, con la voz débil pero subiendo de tono—. Ni siquiera dudaste.

Casi quiero disculparme, explicarle que no se trataba del cuchillo, ni de la amenaza, ni de presumir ante ella. Es simplemente la forma en que he sobrevivido. Pero me mira como si estuviera viendo una nueva especie y no puedo evitar sentir un poco de orgullo.

—Los hombres como ese solo entienden los límites claros. —Vuelvo a guardar el cuchillo en mi bota, sintiendo el peso familiar asentarse contra mi pantorrilla—. Si muestras miedo, presionan más. Si les muestras el acero, encuentran una presa más fácil.

—No tenías nada de miedo.

—¿Por qué iba a tenerlo? Era un blando. Probablemente nunca ha estado en una pelea de verdad, y definitivamente nunca una mujer le ha sacado un cuchillo. —Me encojo de hombros—. Los matones se doblan en cuanto alguien les planta cara.Juliet me mira con algo parecido al asombro. Sus dedos bajan para tocar la bota donde vive mi cuchillo, sin llegar a hacer contacto.

—¿Cuánto tiempo llevas llevándolo?

—Años. —Desde que otras chicas llevaban pintalabios, yo llevaba acero.

—Quiero eso. Esa valentía. Esa certeza absoluta de que puedes manejar lo que sea que se te presente.

—No es valentía. Es matemática. Sé de lo que soy capaz, lo que mi cuchillo puede hacer, lo rápido que puedo moverme. Calculo las probabilidades y actúo en consecuencia.—Aun así. —Se abraza las rodillas, y noto el ligero temblor en sus manos—. Ojalá pudiera ser así.

Algo en su postura me llama la atención. No se trata solo de alguien que desearía tener habilidad con los cuchillos.

—¿Estás bien? —pregunto. Incluso mientras las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de que es la primera vez que he preguntado por la salud de alguien en… bueno, tal vez nunca.

—No puedo dejar de pensar en él.

La admisión sale de la nada, la voz de Juliet baja a apenas un susurro. Sus manos definitivamente están temblando ahora. Me giro y la encuentro mirando el agua, los dedos apretados y blancos alrededor de sus rodillas.

—¿En quién?

—Santiago Zayas. —Su nombre se rompe en su garganta como un cristal destrozado.

Mi cuerpo se queda quieto. El heredero de the Zayas que la acorraló durante ese asalto en La Sirena hace unos meses. El psicópata que la marcó como suya. Incluso en nuestro mundo de monstruos, él se distingue. El tipo de depredador que disfruta más el miedo que la conquista.

—Dijo que me recordaría. —Su voz tiembla más ahora, a punto de llorar—. Después de que lo apartaron, después de todo, me miró directamente y dijo: «Niña bonita. Te recordaré». Como una promesa.

—Juliet…

—Me está atormentando, Isa. No físicamente, sino aquí. —Se golpea la sien con un dedo tembloroso—. Sigo teniendo estas pesadillas horribles en las que me encuentra, en las que cumple lo que sea que significara esa promesa. Me despierto a las tres de la mañana comprobando las cerraduras, convencida de que está fuera de mi puerta.

El terror en su voz es real, visceral. Esta mujer brillante y cálida que eligió mi amistad está siendo atormentada por un monstruo.

—Han pasado meses y todavía lo busco por todas partes. Cada hombre de pelo negro con un traje caro hace que me suden las palmas de las manos. Cada vez que huelo esa colonia que llevaba, algo así como un bosque en llamas, quiero correr. —Se presiona las palmas de las manos contra los ojos, y puedo ver cómo le tiemblan los hombros—. Está en mi cabeza y no puedo sacarlo.

Observo un músculo en su mandíbula crisparse.

—No hay que avergonzarse del miedo.

—Pero estoy tan jodidamente avergonzada de todos modos. —Su voz se quiebra por completo—. Todo el mundo piensa que soy esta princesa ingenua que se recuperó de lo que pasó. Pero no me recuperé. Solo me volví mejor en ocultar que estoy aterrorizada todo el tiempo. Que Santiago Zayas está atormentando mis pensamientos y no puedo desalojarlo. Odio que tenga este poder sobre mí cuando probablemente ya se ha olvidado de que existo.

Mira hacia el agua, sin verla.

—Probablemente lo ha hecho, ¿sabes?

—No, no lo sé. Eso es lo que lo empeora. No saber si piensa en mí o si está planeando algo. La incertidumbre me está matando. —Me mira con los ojos enrojecidos—. ¿Cómo lo haces? ¿Vivir sin tener miedo de los monstruos de nuestro mundo? A veces desearía poder volver a ser el pequeño premio consentido de mi padre, ignorante de todo el resto de esta mierda.

Me inclino hacia adelante, con los codos en las rodillas.

—¿Sabes lo que yo haría? —Las palabras salen más duras de lo que pretendía.

Juliet se queda quieta, observándome.

—No viviría con miedo de nadie. —Mi pulgar traza el cuero gastado de mi bota—. Especialmente no de un psicópata con derechos que cree que marcarte con palabras significa que te posee.

Juliet me mira con los ojos muy abiertos.

—Estás dejando que viva en tu cabeza sin pagar alquiler. Dejando que te atormente sin siquiera estar presente. —Me giro para mirarla de frente, la convicción ardiendo en mi pecho—. ¿Quieres mi consejo? Enfréntalo. Sea cual sea el control que tenga sobre ti, enfréntate a él. Deja de huir de las sombras y enfréntate al hombre de verdad.

—¿Enfrentar a Santiago Zayas? ¿Estás loca?

—Quizá. Pero vivir aterrorizada de alguien que quizá nunca vuelva a pensar en ti… eso también es una locura. —La convicción en mi voz me sorprende—. No dejes que el miedo te domine, Juliet. Míralo a la cara y haz que se explique. Recupera el poder negándote a cederlo.

Las palabras saben a sangre de una lengua mordida. Mi propio consejo se engancha en algo enterrado tan profundamente que ni siquiera puedo nombrarlo, solo sentirlo agitarse para no salir. Enfrenta el pasado. Deja de huir. Confronta lo que te atormenta. Por un horrible segundo huelo algo que no está ahí. Cobre y polvo y un calor de verano tan espeso que ahoga. Luego se va, dejándome jadeando como si hubiera salido de aguas profundas.

—Es fácil para ti decirlo —ríe Juliet, pero no hay humor en ello—. Tú no tienes miedo.

—No es que no tenga miedo. Simplemente me niego a dejar que el miedo tome mis decisiones por mí. —La sensación fría se extiende por mi pecho como hielo resquebrajándose sobre aguas profundas. ¿Por qué esto se siente como hipocresía cuando es la verdad?—. No le

des a Santiago Zayas un poder que no se ha ganado. No dejes que se adueñe de tu paz cuando probablemente se ha olvidado de que existes.

Se queda callada un largo momento, procesando. Observo su rostro, veo el momento en que mi consejo cala a pesar de su risa despectiva. Sus dedos tamborilean una vez contra su rodilla. Realmente lo está considerando. El pensamiento envía otra ola de esa extraña frialdad a través de mi pecho.

—Sí, claro —dice finalmente, pero sus hombros se han enderezado, ese acero que sabía que estaba allí finalmente se muestra—. Simplemente me acercaré a Santiago Zayas y le diré que salga de mis pesadillas. Seguro que eso saldrá bien.

Ambas nos reímos entre dientes. El sonido sale de mí más brillante de lo que esperaba, lleno de suficiente luz solar para ganarme una mirada de reojo de Juliet. Se siente bien hablar mierda de cosas que nunca haremos. Se siente bien fingir que podemos enfrentarnos a gente como ese psicópata, Santiago. Se siente bien colgar los pies sobre el borde de un muelle con una amiga.

El sol baja mientras caminamos de regreso por la playa, y la arena se mete en mis botas con cada paso. La arena áspera entre el cuero y la piel me ancla a la realidad. Juliet enlaza su brazo con el mío, una intimidad fácil que no habría tolerado de nadie más. El gesto se siente natural ahora, como si hubiéramos sido amigas durante años en lugar de semanas.

—Gracias —dice—. Por hoy. Por ser la chica que saca cuchillos a los idiotas en lugar de llamar a seguridad.

—Eso es lo que hacen las amigas.

—Es lo que tú haces. Y te quiero por ello.

La palabra se asienta cálida en mi pecho, incluso mientras persiste esa extraña inquietud. Amor. De la chica mimada que se quedó cuando la familia se dividió, que eligió mi bando sin dudar. Tengo una amiga de verdad, quizás la primera desde…

El pensamiento se corta antes de formarse por completo, dejando solo esa sensación fría y el eco de mis propias palabras. Enfrenta lo que te atormenta. Deja de huir. Confronta el pasado.

—¿Estás bien? —Juliet aprieta mi brazo—. Te quedaste callada. Como un silencio que da miedo.

—Solo pensaba.

—¿En Adrian?

—Sí —miento.

Pero estoy pensando en mi propio consejo, en lo fácil que salió de mi boca cuando he pasado catorce años haciendo exactamente lo contrario. Las palabras se sintieron extrañas viniendo de mí, como llevar la ropa de otra persona. ¿Por qué decirle a ella que enfrentara sus miedos me hizo sentir inquieta, como si hubiera traicionado algo fundamental de mí misma?

El océano se extiende a nuestro lado, infinito y profundo, y por un momento tengo el impulso absurdo de contárselo todo a Juliet. Sobre las lagunas en mi memoria, la culpa que cargo por algo que ni siquiera estoy segura de haber hecho, la forma en que ciertas cosas me aprietan el pecho con un pánico que no puedo explicar.

Pero las palabras no salen. Nunca lo hacen. Así que con delicadeza libero mi brazo del de mi amiga y camino a su lado, su calor contra mi costado, cargando con consejos que no puedo seguir y una inquietud que no puedo nombrar.

23 - Isa

El cubículo del baño en La Sirena se siente como un confesionario. El aire está cargado de un perfume costoso y el rastro persistente de sexo del cierre de anoche. Adrian me presionó contra la barra después de que todos se fueron, su miembro llenándome de forma tan completa que olvidé mi propio nombre. Pero eso fue antes del silencio de esta mañana, antes de que el peso de lo que le estamos haciendo a su familia elegida se volviera insoportable. Mi mano se mueve entre mis muslos sin pensarlo, mis dedos encontrando el calor húmedo que se ha estado acumulando desde que lo vi trabajar en el salón esta noche, esa máscara perfecta que nunca flaquea incluso mientras su familia se cae a pedazos.

Presiono mi espalda contra el metal frío de la puerta del cubículo, mordiéndome el labio para no hacer ruido. Se supone que el baño del personal debe estar vacío durante los preparativos, pero no puedo arriesgarme. No puedo arriesgarme a que nadie sepa que La Cuchilla ha quedado reducida a esto. Tocándose desesperadamente en un baño porque no puede pasar otra hora sin alivio.

Mis dedos circulan mi clítoris, ya hinchado y sensible, e imagino las manos de Adrian en su lugar. Esas manos que han mapeado cada centímetro de mí, que saben exactamente cuánta presión me hace jadear, cómo trabajarme hasta que estoy suplicando. El recuerdo de su boca sobre mí, la forma en que gemía contra mi vagina como si saborearme fuera un acto de adoración, hace que una nueva humedad cubra mis dedos.

—Mierda —susurro, la palabra apenas un aliento mientras me trabajo más rápido. Mi otra mano sube para pellizcar mi pezón a través de la camiseta, imaginando sus dientes allí en su lugar. Incluso después de haberlo tenido anoche, incluso con su semen todavía marcando mis muslos esta mañana, necesito más. Este dolor constante de verlo moverse por La Sirena con esa mezcla embriagadora de calidez y peligro, de ver su miembro duro contra sus pantalones cuando nuestros ojos se encuentran al otro lado del

salón, de querer caer de rodillas y tomarlo con mi boca allí mismo frente a todos.

Mi vagina se contrae alrededor de la nada, vacía y ansiosa por ser llenada. Deslizo dos dedos dentro de mí, pero no es suficiente. Ni de cerca se compara al estiramiento de su miembro, la forma en que me llena por completo, la forma en que me folla como si estuviera tratando de meterse bajo mi piel. Mi pulgar presiona contra mi clítoris mientras me follo con los dedos, persiguiendo el orgasmo que podría darme cinco minutos de alivio de esta necesidad constante.

Ahí es cuando sucede.

La roca lo aplasta todo.

El flashback me golpea en pleno movimiento, mis dedos todavía enterrados en mi vagina mientras el pasado irrumpe. No son los fragmentos habituales esta vez. Algo nuevo surge a través de la niebla. Roca cayendo, masiva e inevitable, un peso aplastante donde no debería haber peso alguno. La imagen no tiene sentido. Estábamos en la cantera, allá abajo en el primer foso, estaba el cuchillo, la sangre extendiéndose como vino derramado, ¿pero ahora también hay piedra? ¿Piedra cayendo que no tiene lugar en lo que medio recuerdo?

Mi mano se aparta de mí de un tirón como si me hubiera quemado, la humedad todavía cubriendo mis dedos mientras jadeo por aire. El cubículo del baño da vueltas a mi alrededor, pasado y presente colisionando de una manera que me dan ganas de vomitar. Aquí estoy, tocándome mientras la gente muere en mis recuerdos, mientras Meiling se desangra en fragmentos que no alcanzo a comprender.

La sensación de aplastamiento de la memoria me sigue mientras salgo tambaleante del cubículo, mi vagina todavía latiendo con una necesidad insatisfecha incluso cuando la culpa me inunda como veneno. Me lavo las manos mecánicamente, evitando mis propios ojos en el espejo. La mujer reflejada allí es patética. Encendida por la excitación, temblando por el recuerdo, atrapada entre el deseo desesperado por el hombre al que estoy destruyendo y el peso aplastante de un pasado que no se queda enterrado.

Todavía puedo sentir el peso fantasma de la piedra en mi pecho mientras salgo al salón principal de La Sirena. El fragmento se aloja allí, esta nueva pieza que no encaja con nada más. ¿Qué más no

recuerdo? ¿Por qué tuvimos que elegir ese día para drogarnos? ¿Qué más está enterrado bajo catorce años de bruma de drogas y trauma?

El aire acondicionado golpea mi piel sonrojada, pero la atmósfera está mal. Envenenada. El personal se mueve durante los preparativos con una distancia cuidadosa, como imanes con polos iguales que no pueden tocarse.

Tomo mi posición detrás de la barra, tratando de concentrarme en la rutina familiar del montaje. Pero mis manos no dejan de temblar, atrapadas entre el recuerdo de haberme tocado y la sensación de aplastamiento del flashback. El fragmento sigue aflorando. Roca, peso, algo terrible que no puedo ubicar ni entender.

Estoy limpiando la barra, el movimiento repetitivo no hace nada para calmar el caos en mi cabeza, cuando Gunner se acerca a Adrian en la estación del anfitrión. Incluso desde aquí, puedo ver la intención deliberada en ello. Gunner cruzando el salón para mostrar apoyo, para elegir su lado públicamente. Su complexión masiva bloquea a Adrian de la vista, y tengo que dar unos pasos laterales para mantenerlo a la vista.

—Si necesitas refuerzos con cualquier cosa —dice Gunner, su voz profunda resonando por el salón, con la intención de ser escuchada —, sabes de qué lado estoy.

Los hombros de Adrian se relajan apenas una fracción. —Se agradece, hermano.

Marisol aparece desde el pasillo de las oficinas como un huracán. Siempre se mueve como si fuera dueña del aire a su alrededor, pero últimamente su presencia se siente como un arma; cada sonrisa una amenaza, cada paso un desafío.

No se molesta en bajar la voz. —Por supuesto que apoyarías su terrible falta de juicio, Gunner. Siempre has sido blando cuando se trata de él.

Gunner se mantiene firme, con los brazos cruzados sobre el pecho, sus bíceps tensando las mangas de su camisa. —No estoy apoyando su juicio, Marisol. Lo estoy apoyando a él.

—Ese es el problema, cariño —dice ella, arrastrando la r—. Apoyas a las personas, no los planes. Y luego todos tenemos que pagar por eso.

—Tiburoncito. —La voz de Gunner baja a un tono de advertencia, del tipo que suele preceder al derramamiento de sangre—. No lo hagas.

—¿No qué? ¿Señalar que estás apoyando algo que nos está destruyendo? Eres como un… un ala en un bombardero invisible. O las ruedas. ¿Tienen ruedas? No, el motor.

—¿Qué?

Ella suelta una risa corta e impotente, como si no pudiera creer que siquiera tuviera que decirlo.

—Hubo soldados de los Zayas en el puerto ayer, los territorios del este están siendo apretados, y tú estás aquí tomándole la mano a Adrian en su pequeña telenovela. Menudo oso de peluche asesino resultaste ser.

Adrian intenta intervenir, con una mano levantada en una mediación gentil, pero Gunner se lo impide con la postura de su cuerpo, como un escudo antidisturbios humano.

Marisol también se burla de eso. —Mírate, siempre protegiendo a tu Rey. Siéntate. Quieto. Buen chico.

Un silencio se desliza sobre la barra, el personal capta el aroma de la violencia inminente y se dispersa silenciosamente hacia las áreas de preparación. Incluso la música parece bajar unos decibelios.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, y puedo sentir la vergüenza de Gunner florecer, una marea roja subiendo por su cuello. Nunca ha sido bueno con las palabras. Fue hecho para la acción, para la violencia y para la lealtad, no para el impulso mercurial de la lengua de Marisol.

Marisol y Gunner han sido amigos cercanos desde antes de que yo llegara, compartiendo un entendimiento que nadie más comprende. La princesa fiestera y salvaje y el mamut semimudo, conectados de alguna manera por el cariño. Ella lo arrastraba a problemas, y él la sacaba de ellos. Ahora están en lados opuestos de un cañón que yo creé, divididos por la elección que Adrian y yo tomamos. Antiguos amigos vueltos amargos por nuestra culpa, y el veneno entre ellos hace que la bilis suba a mi garganta.

—Tú y Nico están juntos. Yo y Daphne. ¿Por qué no Adrian e Isa? —pregunta Gunner, y su voz es más suave de lo que espero. Casi suplicante.

—¡Porque Adrian e Isa son una puta bomba! Él no puede funcionar sin ella, y ella es una bala perdida. Lo sabes. Los quieres a ambos, y yo también, pero son un desastre andante, y nos hundirán a todos con ellos si los dejamos.

Por un momento, su máscara se desliza y lo veo: el pánico, la desesperación desnuda que proviene de saber que estás perdiendo a la mejor familia que has tenido. Se cubre rápidamente, forzando una sonrisa caricaturesca. —Pero claro, que todos nos lancemos por el precipicio en este tren juntos. Tal vez saquemos un trato con Netflix de esto.

—No puedo abandonarlos —dice Gunner, con un temblor en sus palabras—. No por... esto.

—¿Por qué? ¿Por lealtad? —La voz de Marisol es de repente aguda e infantil, una imitación de sí misma que resulta más inquietante que su rabia real—. ¿Crees que no soy leal? ¿Crees que no sangro por esta familia? Y ahora estoy fuera porque Adrian no puede mantenerlo dentro de sus pantalones e Isa no puede dejar de absorber su veneno. ¿Es eso? ¿Esa es la familia ahora?

—No te estamos echando —dice Adrian en voz baja—. Tú estás eligiendo apartarte.

—No te atrevas —escupe ella, volviéndose contra él ahora—. No te atrevas a venderme esa mierda de que "la familia es una elección" cuando sabes exactamente cómo se siente ser dejado atrás. Estás haciendo lo que siempre haces: crear nuevas reglas cuando las viejas ya no te benefician.

La expresión de Adrian es inexpresiva, pero sus dedos se flexionan en el borde del puesto del anfitrión, con los nudillos blancos. —Estoy tratando de mantenernos unidos —dice—. Estoy haciendo todo lo que puedo.

—Entonces deja de cagarla tanto —dice Marisol, y las palabras están tan cerca de ser una súplica que resuenan en el repentino silencio—. Deja de ponernos en riesgo porque quieres jugar a la casita con tu pequeña psicópata.

La palabra impacta como una bala. La siento en mi pecho, una vergüenza caliente y punzante aunque sé que ella tiene razón. Soy una bala perdida. Soy la razón por la que todo se está fracturando.

—Sigo sin ver por qué Adrian e Isa son tan diferentes del resto de nosotros —dice Gunner, y esta vez suena cansado, como si hubiera perdido la esperanza de ser comprendido alguna vez.

Marisol golpea su puño contra su costado. —¡Porque no es lo mismo! ¿Nico y yo? Peleamos, follamos, lo superamos. ¿Tú y Daphne? Se funden el uno con el otro, pero no echan abajo las paredes sobre todos los demás. ¿Logan y Wren? Lo mantienen

discreto, fuera de la vista. ¿Pero Adrian e Isa? Son un evento de nivel de extinción. ¿No lo entiendes?

Gunner no responde. La mira con algo parecido a la lástima, lo que solo la enfurece más.

—Tienes miedo —dice él finalmente.

Ella parpadea, desconcertada por la precisión de la frase, luego se reafirma. —¿Y qué si lo tengo? Quizás tú también deberías tener miedo.

Por un momento, los tres se quedan en silencio. El frente del local está vacío excepto por nosotros. Puedo escuchar el zumbido eléctrico de las neveras, el ritmo de la música suave y el raspado del tacón de aguja de Marisol sobre la loseta.

—Pensé que eras mi amigo, Gunner —dice Marisol, y su voz vuelve a sonar pequeña—. Mi incondicional. El Robin de mi Batman. El Epi de mi Blas. El…

—Lo entiendo —dice él suavemente.

—Pero los elegiste a ellos. Apenas conoces a Adrian desde hace un año.

—Lo conozco desde hace nueve años —corrige él.

Ella resopla. —Es lo mismo. ¿Y a Isa? La conoces de qué, ¿una semana?

—Cinco años.

—Pero a mí me conoces de siempre. Tú me salvaste, Gunner, me salvaste de mí misma, de la gente que me quería muerta, de mi puto padre. Estuviste allí cuando Gabriel se fue. Y ahora me estás abandonando.

Me doy cuenta de que está luchando contra las lágrimas. Los chistes y comentarios agudos brotan de su boca, pero todo es defensa, la única defensa que tiene.

Observo a Adrian durante el intercambio, y ahí es cuando lo veo. Está fingiendo una compostura perfecta. El anfitrión cálido que deja que el conflicto resbale, ya moviéndose para desviar con una historia o redirigir con encanto. Para todos los demás, parece imperturbable. El consumado Rey de La Sirena, inquebrantable.

Pero yo veo a través de eso. Veo la microtensión en su mandíbula, la forma en que sus dedos se curvan contra su muslo con suficiente fuerza para dejar marcas, el respiro cuidadoso que toma antes de responder. Cuando un camarero deja caer una bandeja, su mano tiene un espasmo hacia donde estaría su arma. El depredador

siempre vivo bajo el anfitrión perfecto, incluso en el dolor. Está viendo a su familia reconstruida destruirse a sí misma, y la agonía de ello lo está matando incluso mientras se niega a dejar que se note.

La mirada de Adrian encuentra la mía al otro lado del salón, y por un momento suspendido, su máscara cae por completo. Lo veo todo. El duelo, la rabia, el agotamiento de mantener a todos unidos mientras se destrozan entre sí. Mi cuerpo responde instantáneamente, ese calor familiar mezclado con una culpa aplastante. Mi vagina se contrae, todavía hinchada e insatisfecha del baño, mis pezones endureciéndose contra mi camisa. Incluso ahora, incluso mientras estoy destruyendo todo lo que él ha construido, quiero que me sujete contra la barra y me folle hasta que no pueda recordar mi propio nombre. Incluso después de anoche, después de esta mañana, incluso después de haberlo tenido dentro de mí hace horas, estoy desesperada, mi cuerpo traiciona lo que mi mente sabe: soy el veneno que causa su dolor, y mi contacto solo lo quemaría más.

Saber lo de su hermano y su hermana hace que esto sea insoportable. Todo lo que me contó esa noche con aliento a whisky sobre la muerte de Efrén en aquel callejón, sobre la desaparición de Zoila en el sistema de acogida. Perdió a su familia de sangre, la vio dispersarse y morir cuando era demasiado joven para detenerlo. Los hermanos arrebatados por la violencia y el sistema, la mesa familiar vacía. Pasó años reconstruyendo algo de la nada, reuniendo a estas personas una por una, creando la mesa ruidosa y cálida que su madre cubana habría amado. Esta no era solo una familia elegida. Era su recreación deliberada de lo que le fue robado.

Adrian hace un comentario ligero que ni Gunner ni Marisol escuchan realmente, ya alejándose el uno del otro con posturas rígidas, claramente albergando heridas profundas. Mantiene la máscara perfecta mientras se mueve por el salón, tocando mesas, ajustando luces, el anfitrión consumado. Pero yo rastreo el esfuerzo que le cuesta. La colocación un poco demasiado cuidadosa de sus manos. La pausa antes de cada saludo cálido. La forma en que sus ojos se oscurecen cuando cree que nadie mira. Ese borde peligroso que me recuerda que este es el hombre que ha matado por mí, que cierra puertas para mantenerme cerca, y yo estoy destrozando lo único que lo mantiene humano.

La culpa se vuelve demasiada, aplastándome desde el interior. Necesito escuchar la voz de Juliet, necesito a mi única amiga que podría entender qué se siente al ser el veneno que arruina todo lo bueno que toca. Me deslizo en el armario de suministros. El mismo donde me toqué pensando en Adrian hace semanas, cuando todo era más simple. Saco mi teléfono con dedos temblorosos.

La llamada no conecta. No está ocupado, ni es rechazada. Simplemente nada. Un aire muerto donde debería estar su voz cálida.

Intento de nuevo. La misma nada. Reviso mis mensajes de ayer. Ninguno entregado. Cada intento de localizarla rebota hacia el silencio. Mi pulso se acelera, ese sabor familiar a cobre inundando mi boca mientras intento con la línea de su hotel, el número de respaldo que me dio hace semanas.

—Vi a la señorita Price por última vez ayer —me informa el recepcionista cuando pregunto—. ¿Le gustaría dejar un mensaje?

Ayer. Justo después de nuestra conversación en el muelle, justo después de que le dije que confrontara a Santiago Zayas. Que enfrentara a su monstruo en lugar de dejar que la persiguiera. El recuerdo de su risa resuena. Brillante y confiada, el sonido que hizo cuando saqué el cuchillo ante ese asqueroso. Ella confió en mí. Me llamó valiente. Y puede que la haya enviado directo a las manos de Santiago Zayas, envuelta para regalo con mi terrible consejo.

¿Y si realmente lo hizo? ¿Y si tomó mis palabras de borracha sobre enfrentar los miedos y caminó directo al alcance de Santiago? El pensamiento me descompone, mi estómago se contrae. La dulce Juliet que eligió mi amistad por encima de la sangre de los Rosetti, que se rio de mi violencia, que confió en mí lo suficiente como para compartir su terror. Puede que la haya enviado con él. Mi consejo podría haberla entregado exactamente al monstruo del que huía.

El teléfono se resbala de mis dedos entumecidos, tintineando en el suelo del armario. Otra persona a la que le he fallado. otra alma a la que he empujado hacia el desastre solo por estar en mi órbita. El patrón es tan claro que quema.

Me quedo sola en el armario de suministros donde una vez me desmoroné pensando en Adrian, y la verdad se estrella sobre mí en oleadas. Soy el veneno que toca todo y lo deja arruinado.

Meiling, muerta a los catorce, esos fragmentos de sangre y piedra que no acaban de cobrar sentido pero confirman que algo terrible

sucedió. Yo estaba allí, yo fui responsable de alguna manera, y ella se ha ido para siempre. Todo lo que toqué ese día se convirtió en tragedia.

La familia de Adrian, destrozándose por mi causa. Gunner y Marisol volviéndose despiadados, antiguos amigos que se protegían mutuamente ahora dispuestos a derramar sangre por su división. El calor drenado de cada interacción, lealtades trazadas en sangre invisible. Los hermanos que perdió, la familia que reconstruyó para reemplazarlos, y yo lo estoy destruyendo con mi presencia venenosa. Cada persona que toco en esta familia paga por conocerme.

Y ahora Juliet. Desaparecida después de que le dije que confrontara sus miedos, en silencio después de que la empujé hacia el peligro. Mi consejo podría haberla matado. La única persona que me hacía reír, que se entrelazaba del brazo conmigo como si fuéramos amigas normales en lugar de mujeres dañadas en un mundo de monstruos. Otra amiga perdida por el veneno que se propaga de todo lo que toco. Mis manos, mis palabras, mi propia existencia. Todo ello tóxico para cualquiera que se acerque.

Mi control falla en todos los frentes. Aquello sobre lo que construí toda mi identidad, la disciplina rígida que se suponía que debía mantener a todos a salvo de lo que soy. No puedo controlar el pasado irrumpiendo en fragmentos que no tienen sentido. No puedo controlar el daño que le estoy haciendo al mundo de Adrian, a esta peligrosa y hermosa familia que me acogió. No puedo controlar lo que sea que le haya pasado a Juliet en el territorio de Santiago. Ni siquiera puedo controlar mi propio cuerpo, desesperado y húmedo por el hombre al que estoy destruyendo.

Y en algún lugar de la peligrosa noche de Miami, Juliet podría estar pagando el precio final por mi amistad, mientras Adrian enmascara su agonía con sonrisas perfectas, y la familia que nos salvó a ambos se desgarra conmigo en el centro de la herida.

24 - Adrian

Sé exactamente qué pesadilla la atrapa. Las piedras blanqueadas por el sol, la sangre extendiéndose oscura en los bordes, el silencio después de que todo salió mal. La verdad me quema en la garganta mientras Isa se agita a mi lado, luchando contra demonios que yo podría nombrar con unas pocas palabras si no fuera tan cobarde como para decirlas.

Su piel arde de fiebre bajo mi palma cuando intento calmarla. El sudor le perla la frente bajo la luz de la luna que atraviesa las ventanas de mi habitación. Han pasado días desde que la familia se desgarró por nuestra causa. Días de ella durmiendo a mi lado, cada uno peor que el anterior mientras el pasado se abre paso a zarpazos a través de sus sueños.

—No —la palabra se quiebra en un gemido. Su cuerpo se arquea en la cama, sus manos arañan la nada—. Por favor, no.

Busco su hombro, con suavidad, pero ella se sobresalta y se aparta como si mi tacto la quemara. Su respiración llega en jadeos agudos, cada uno se traba en algo que no puedo ver pero que conozco íntimamente. El pasado. Lo que ocurrió cuando ella tenía catorce años, ese peso aplastante que carga sin comprender su forma.

La verdad de lo que la atormenta pesa en mi pecho como una piedra. Yo tengo la llave de cada pesadilla que desgarra su sueño, de cada fragmento que aflora para torturarla. Una conversación podría liberarla de este infierno, pero las palabras permanecen bloqueadas en mi garganta. Podría terminar con esta tortura. Podría explicar qué pasó realmente ese día, cómo el accidente no fue lo que ella piensa, cómo yo estuve allí, cómo yo…

Pero decírselo sería perderla. Quedarme callado es ver cómo se rompe. El cobarde que hay en mí elige que se rompa antes de que se marche.

—Isa —mantengo mi voz suave, sin querer despertarla de golpe—. Mi amor, estás a salvo.

Pero ella sigue atrapada en ello, agitándose con más fuerza ahora. Su codo me golpea en las costillas mientras lucha contra cualquier horror que se proyecte tras sus ojos cerrados. La sábana se enreda en sus piernas mientras patea, revelando los moretones que dejé en sus muslos hace dos noches. Marcas de posesión que ahora se burlan de mí mientras ella se aleja de mi tacto.

Sus ojos se abren de golpe, salvajes y desenfocados. Durante tres latidos no sabe dónde está, no me reconoce, solo ve el horror que su mente conjuró. Luego el reconocimiento regresa de golpe, y con él viene algo peor que el miedo.

Vergüenza.

Ella se aparta, retrocediendo a rastras hasta que golpea el cabecero. —Necesito… —su voz se quiebra—. Necesito irme.

—Quédate. Déjame…

Pero ella ya se está moviendo, deslizándose fuera de la cama. Mi camisa cuelga holgada en su cuerpo mientras recoge sus cosas, sin mirarme, construyendo muros con cada movimiento. Las sábanas aún huelen a ella. A jabón limpio mezclado con mi colonia, con sexo, con el sudor de sus pesadillas. La hendidura de su cuerpo a mi lado todavía conserva calor. Presiono mi palma contra ella como si pudiera traerla de vuelta solo a través del tacto.

—Isa, por favor.

Se detiene en el umbral que abrí entre nuestros apartamentos la semana pasada; los bocetos de la renovación hechos realidad a los pocos días de que ella los aprobara, porque cuando Isa dice que sí a algo, no le doy tiempo para que lo reconsidere. El borde todavía está astillado, esperando el marco, la puerta colocada pero aún sin pintar. Veo la tensión en su mandíbula incluso de espaldas, la forma en que su mano vacila sobre el borde irregular del marco de la puerta.

—Solo necesito un poco de tiempo a solas.

Las palabras son tan calmadas, tan razonables, tan inexpugnables, como si no hubiera pasado la última hora convulsionando en mis brazos.

Podría dejarla ir. Podría ser decente, darle espacio, interpretar el papel del amante progresista que sabe cuándo mantener las manos quietas. Pero algo viejo, ruin y aterrorizado dentro de mí trepa por mi garganta. Las palabras salen más duras de lo que pretendo: —¿Por qué?

Ella se detiene en seco, los músculos de su espalda se tensan bajo la fina tela de mi camiseta. Imagino el calor de su piel, la forma en que estaba empapada de sudor bajo mis palmas hace quince minutos. Su cabello está pegado a su cuello, un halo oscuro. No se da vuelta.

—¿Esto es por esa gente de la gala? —digo, forzando mi voz para que suene casual, como si no me importara una mierda si se larga a su apartamento y nunca regresa—. ¿The Lins?

Ni siquiera me importa estar mintiendo por omisión, insinuando que no tengo idea de lo importantes que son los padres de Meiling para Isa. Solo necesito que hable. Necesito que se quede.

—Isa, habla conmigo.

Ella levanta la barbilla una fracción, y en ese momento sé que la he perdido, al menos por esta noche. —Es Juliet —dice ella. Su voz no es esa cosa hueca y con eco que esperaba. Hay una crudeza en ella—. No sé dónde está. No responde mis llamadas, no está en su hotel, no estuvo en La Sirena ayer. Está desaparecida y yo… yo creo que es culpa mía.

Maldita sea. Carga con demasiada culpa, siempre culpándose a sí misma por las desgracias ajenas.

Mis puños se aprietan con frustración, e Isa nota el movimiento. Su postura se tensa y su voz es de hielo.

—Dormiré en mi propio apartamento esta noche, Adrian. No me pongas a prueba con esto.

No hay ira en ello, no hay agresividad; solo una línea trazada, clara e inquebrantable.

Huye a su apartamento de al lado, sus pies descalzos silenciosos sobre el suelo. La nueva puerta se cierra con un suave clic. No de un portazo, lo que significaría una ira con la que yo podría trabajar. Simplemente cerrada, deliberada y final. El seguro activándose —el seguro que puse en su lado de esa puerta, porque hasta yo sabía que era mejor no construirle una entrada sin uno— suena como un disparo.

Mis manos tiemblan. Realmente tiemblan. Ni siquiera hicieron eso cuando murió Efrén. Así es como se sentiría perderla. Este anticipo del vacío, de ella existiendo en algún lugar al que no puedo llegar, que no puedo tocar, que no puedo proteger. Mi pecho se hunde con la certeza de que no sobreviviré si ella realmente se va.

Me siento en el borde de la cama, escuchándola moverse por su apartamento. Cada pisada se transmite a través de nuestra pared compartida, cada sonido una pequeña tortura. Puedo oírla respirar a través del muro. De forma entrecortada, rota, el sonido raspando contra mis costillas.

Los antiguos agujeros de vigilancia me llaman desde el otro lado de la habitación. Tres aberturas prolijas que taladré hace semanas, cuando observarla era todo lo que tenía. Ya superamos eso. Dormimos en la misma cama, compartimos el mismo espacio, respiramos el mismo aire. Esos agujeros no deberían ser más que una historia vergonzosa.

Pero ella está sufriendo al otro lado de esa pared, sola con pesadillas que yo podría explicar pero no lo haré. La necesidad de verla, de asegurarme de que está a salvo, abruma cada promesa que me he hecho sobre ser mejor.

El viejo hambre de observarla surge fresco e inmediato.

Me acerco a la pared, pegando el ojo al agujero superior. Está en su cocina, de pie frente a la encimera con los brazos rodeándose a sí misma. No está preparando comida, no se mueve, solo se queda allí temblando. La luz del techo capta las lágrimas en su rostro que nunca me dejaría ver directamente.

Esto es cuidar, me digo a mí mismo. Asegurarme de que no se haga daño, de que no caiga demasiado bajo. Ella es mía para observarla, mía para protegerla, mía para adorarla desde cualquier distancia que exija. Si observar a través de las paredes es todo lo que permitirá, entonces lo aceptaré. Aceptaré cualquier retazo de su existencia antes que nada en absoluto.

Se mueve hacia su sofá, acurrucándose. A través del agujero inferior, la veo contar con los dedos. Uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho. El patrón que usa para calmarse. No está funcionando. Su respiración sigue siendo irregular, su cuerpo tenso.

Mi teléfono vibra. Logan, preguntando sobre algo irrelevante mientras yo me muero viendo a la única mujer que importa desmoronarse a seis metros de distancia. Los negocios familiares pueden arder.

Lo ignoro. Nada importa excepto la mujer que amo. Me mofo de mí mismo. El amor no me curó. Solo me dio mejores razones para la misma enfermedad.

El amanecer se filtra por mis ventanas, marcando horas de observarla a través de la pared. Mi cuerpo me duele de haber estado haciendo guardia, pero no puedo parar. No pararé. No hasta que sepa que está a salvo. Mi habitación todavía huele a ella, rastros fantasmas que hacen que mi polla me duela incluso mientras mi pecho se vacía.

Para las diez, no soporto el silencio. Isa no ha salido de su apartamento, no ha respondido mis mensajes, y la ausencia de Juliet me carcome con una urgencia renovada. Si no puedo arreglar lo que está rompiendo a Isa desde el interior, al menos puedo resolver la amenaza externa.

Hago las llamadas, trabajando a través de mi red de contactos. Es media tarde cuando llamo al gerente de la marina, otro hombre con ojos en todas partes que me debe un favor. Esta es la vigésima llamada que hago, o quizás la trigésima; dejé de contar hace horas.

—Adrian, amigo mío —responde Roberto al segundo timbrazo—. ¿Qué puedo hacer por Miami's?

—Busco a una mujer joven, bonita si te gusta el aspecto inocente, rubia, probablemente nerviosa. ¿Has visto a alguien así?

—Oh, todos buscamos a una rubia joven y hermosa, amigo mío —dice él, riéndose de su propia gracia.

Suspiro. —Busco a una mujer específica. Podría haber estado haciendo preguntas en los últimos días.

La voz de Roberto monologa sobre alquileres de botes mientras mi mente reproduce el gemido de Isa en su pesadilla. —Ah, sí. La guapa con el acento de fondo fiduciario. Estuvo aquí ayer, muy insistente en llegar a una de las islas exteriores.

Mi mandíbula se tensa. —¿Qué isla?

—Caya Bacanao —dice, y mi sangre se congela.

Esa isla es propiedad de Santiago Zayas. ¿Qué demonios hace Juliet viajando a la propiedad privada de ese psicópata?

Roberto sigue hablando. —Le dije que es un recinto privado, sin acceso al público. Le dije que ningún chárter legítimo va allí, pero siguió preguntando. Finalmente la envié a hablar con Hugo en el muelle cuarenta y cinco. Él dirige un servicio menos oficial, si me entiendes.

Entiendo perfectamente. Juliet fue a buscar transporte a la isla privada de Santiago Zayas. El psicópata cuya familia quiere destruir

el imperio Delgado, hurgando en el desastre que Jorge dejó atrás cuando murió.

¿Por qué intenta Juliet llegar a the Zayas? ¿Nos está traicionando? ¿Se está poniendo del lado de nuestros enemigos?

Imagino su sonrisa, su cara, su inocencia. Sería la infiltrada perfecta, la última persona de la que alguien sospecharía.

Pero luego pienso en su familia. Su hermana, Eleanor Rosetti, que se casó dentro de la familia criminal de New York para protegerla. Su cuñado, Leonardo Rosetti, que la mira con amor fraternal. Ese tipo de emoción es casi imposible de fingir.

Finalmente, pienso en Isa. Isa confía exactamente en dos personas en este mundo: en mí y en Juliet. Solo deja entrar a la gente después de que se prueban ante ella una y otra vez, y yo confío en su juicio implícitamente. Si Isa cree que Juliet está de nuestro lado, entonces yo también.

Lo que me devuelve a la pregunta original. ¿Por qué iría Juliet a la isla personal de Santiago Zayas?

—¿Hugo la llevó? —pregunto.

—Ese es el asunto —me dice Roberto—. Dice que pagó en efectivo, insistió en irse de inmediato. La llevó esa misma tarde.

—¿Y?

Roberto hace una pausa. —No he sabido de ninguno de los dos desde entonces.

La realidad del asunto se asienta en mi pecho como hielo. Juliet caminando directo a los brazos de un monstruo mientras yo me siento aquí, incapaz de salvarla, incapaz de salvar a Isa, incapaz de salvar a nadie a pesar de todo mi cuidadoso control.

—Mantén esto en silencio —le digo a Roberto—. Pero avísame de inmediato si oyes algo.

Termino la llamada y me quedo mirando mi teléfono. Las piezas forman una imagen que no acabo de descifrar. ¿Por qué Juliet, de todas las personas, buscaría deliberadamente a Santiago Zayas? ¿Juliet, que temblaba cada vez que su nombre salía a relucir en una conversación? ¿En qué demonios estaba pensando?

Las consecuencias llegan más rápido de lo esperado. Mi teléfono suena. Un número desconocido de New York.

—¿Adrian Marín? —la voz es profesionalmente neutral—. Por favor, espere para hablar con Leonardo Rosetti.

Oh, joder.

Eleanor debe haberse dado cuenta de que su hermana está ilocalizable. Los Rosettis de New York están al teléfono.

—Adrian —la voz de Leonardo tiene ese tono de los Rosetti—. Mi esposa ha estado intentando contactar a su hermana. Mi primo Nico mencionó que podrías saber dónde está.

—Leonardo. Entiendo su preocupación.

—No me gusta cómo suena eso. ¿Debería estar preocupado? —no levanta la voz. Los Rosettis nunca necesitan hacerlo. Solo he visto a Leo Rosetti una vez, y aprendí todo lo que necesitaba saber sobre él en ese breve encuentro. Es un hombre que golpea antes de preguntar. Me alegra que esté en New York.

—Ha estado fuera de contacto desde ayer, pero no estamos preocupados por ella en este momento. Tenemos gente trabajando en ello —digo, aunque mi gente significa yo, solo, dándome contra las paredes.

Omito que su última ubicación conocida fue un bote hacia la isla privada de Santiago Zayas, lo que en nuestro mundo equivale a entrar en un agujero negro.

—Manténme informado.

La llamada termina antes de que pueda responder. Leonardo no negocia, no discute.

Lo que pasa con los Rosettis es esto: no son el tipo de personas a las que puedes apaciguar con una llamada o con mentiras el tiempo suficiente para ganar tiempo. Se mueven con rapidez, decisión, y a menudo con una especie de brutalidad benevolente. Si Eleanor piensa que su hermana está en peligro, usará todo el peso de sus recursos, esté yo listo o no. Y si Leonardo llega a sospechar que he estado mintiendo o guardando información, enviará a alguien aquí para romperme las rótulas y luego comprará el hospital para asegurarse de que no me den morfina.

Me siento en la encimera, repentinamente agotado. El cronograma se está desmoronando. Había planeado contingencias, había forjado alianzas, había realizado docenas de simulacros en mi mente sobre cómo mantener a Isa a salvo de su pasado, de sus enemigos, de sí misma. No planeé esto. No planeé que Juliet corriera directo al ojo del huracán.

Mil escenarios pasan por mi cabeza, cada uno más catastrófico que el anterior. Si Santiago Zayas le pone las manos encima a Juliet, ¿qué pasará? ¿Rescate? ¿Chantaje? ¿Un espectáculo público? Él no

juega con las mismas reglas que el resto de nosotros, solo le importa el caos y el poder. Los Rosettis responderán con igual fuerza, y Miami se convertirá en una zona de guerra. En medio estará Isa, y el pequeño mundo que me convencí de que podía construir para ella —seguro, contenido, amurallado contra cualquier otro depredador— colapsará en cuestión de horas.

La tarde se arrastra sobre Miami. Me paro frente a mi ventana observando cómo la ciudad que creía controlar se me escapa de las manos. Isa aún no ha salido de su apartamento.

Mi teléfono vibra con actualizaciones que no significan nada. Disputas territoriales en el puerto. Logan y Gunner manejando situaciones que deberían importarme. La maquinaria de nuestro mundo avanzando mientras lo único que importa se aleja más con cada hora.

Entonces, un mensaje que lo significa todo.

Mi contacto vigilando a the Lins: *Tu problema con el detective privado empeoró. Sacó el archivo del condado sobre la muerte en la cantera esta mañana. Informe del incidente, registros del acuerdo, el papeleo del seguro del contratista. Ahora ha solicitado la nómina de ese verano.*

La nómina. Unos cuarenta nombres de hombres que transportaron piedra y vertieron hormigón durante aquel agosto. Y un obrero de diecisiete años, con tres semanas en el trabajo, anotado con la propia caligrafía cuidadosa de la empresa: *A. Marín.*

Me quedo sentado con el teléfono mientras la situación toma forma. Es un ex policía. Contrastará cada nombre de esa lista con el archivo de sus clientes como hacen los policías —mecánicamente, sin inspiración— y la inspiración no será necesaria. Adrian Marín, en el lugar de los hechos el día que murió Meiling Lin. Adrian Marín, quien catorce años después es dueño del club donde Isadora Navarro sirve copas. Dueño del edificio donde ella duerme. No necesita entender qué pasó en la cantera. Solo necesita mostrarles a the Lins que el accidente de su hija tuvo un testigo, y que ese testigo pasó catorce años obsesionado con su mejor amiga.

Podría hacerlo desaparecer. Hace una semana quizás lo hubiera hecho. Pero la sospecha de the Lins no muere con él, se multiplica. Contratarían a dos más y añadirían mi nombre a su lista de preguntas, y el archivo del condado seguiría en una oficina de

registros con mi nombre dentro, esperando a cualquiera con la paciencia suficiente para preguntar.

Días. Menos, si el empleado de registros es eficiente. Entonces the Lins harán exactamente lo que hacen los padres en duelo con un arma así. Se la llevarán a ella. Se lo dirán con las palabras más feas posibles: *él miró, él lo encubrió, él te ha estado manipulando desde entonces*; y cada palabra será cierta, e Isa escuchará la verdad de su propia vida por primera vez de boca de personas que quieren que esa verdad la destruya.

Las paredes se cierran, pero no lo suficiente. Necesito su piel contra la mía, necesito su aliento en mis pulmones, necesito que sepa que todo lo que he hecho ha sido para mantenerla aquí. Cada mentira, cada manipulación, cada verdad que me he tragado. Para mantenerla mía, mantenerla respirando en un mundo que la devoraría sin mi protección.

Durante catorce años la verdad permaneció guardada en mi pecho, porque perderla por el odio me destruiría más profundamente que perderla por la ignorancia. Ahora, un extraño que cobra por horas está forzando la cerradura.

Solo queda una cosa en esto de la que yo puedo ser el autor: de qué boca escuchará ella la verdad.

25 - Isa

La Sirena late con el glamur de una noche de sábado; candelabros de diamante lanzan fractales sobre mesas repletas donde la élite miamense finge que está aquí por el cabaré. La planta principal retumba con un bajo que me vibra en los huesos mientras sirvo tragos. Champán para la esposa del juez que finge no notar la mano de su marido en el muslo de la anfitriona. Whisky solo para el traficante vestido de Armani que cree que su traje oculta el bulto del arma. Otro Cuba Libre para la princesa con fondo de inversión que lleva dos horas engullendo la misma bebida, observándolo todo con ojos de depredador.

Mis manos se mueven a través de la rutina familiar mientras mi mente permanece atrapada en la pesadilla de anoche. Los fragmentos que no me dejan en paz. Sangre extendiéndose sobre piedra blanqueada por el sol, un cuchillo atrapando la luz, el peso aplastante de algo masivo y final. El sabor fantasma a cobre me recubre la lengua, haciendo que el olor a champán me resulte nauseabundo. No he visto a Adrian desde que cerré la puerta de mi departamento entre nosotros ayer por la mañana; su insistencia preocupada todavía resuena a través de la pared que compartimos. Mi piel aún recuerda cada lugar donde me ha tocado estas últimas semanas, y lo anhelo.

Pero no puedo permitirme ir hacia él. No con Juliet desaparecida. Lo primero que hice al llegar fue buscarla, preguntar a todos, desde la heredera Marisol hasta el ayudante de cocina más nuevo, Roddick, y nadie la ha visto. No en días. Ella sigue desaparecida.

A través de la multitud, capto un movimiento. Adrian serpentea entre las mesas con su calidez habitual, tocando hombros, compartiendo bromas, haciendo que cada persona se sienta vista. Pero hay algo diferente en su forma de acercarse esta noche. Una seriedad en su expresión que hace que se me apriete el estómago y mi pulso se acelere al máximo. Su chaqueta le queda perfecta sobre los hombros, su cuello abierto lo justo para mostrar la cadena de oro

en su garganta, pero sus manos están apretadas a los costados. No está recorriendo el lugar para alternar. Viene directo hacia mí con la determinación de un hombre a punto de detonar algo, y mi mano baja automáticamente, sin llegar a alcanzar el cuchillo en mi tobillo.

—Isa —su voz corta la música cuando llega a mí, esa calidez melosa con un filo que nunca antes había escuchado—. Necesitamos hablar. Ahora.

No espera mi respuesta, solo inclina la cabeza hacia la entrada del Calypso Room. La sala privada en el nivel del entresuelo a la que Gabriel se niega a entrar, por alguna razón que nunca he descifrado, y donde se encontró el cuerpo de Lucia Zayas. La seriedad en su expresión tiene peso ahora, algo masivo que carga y que está a punto de aplastarnos a ambos. El aroma familiar a tabaco y lima flota a través de la barra, haciendo que mis muslos se aprieten involuntariamente por la memoria muscular de estas últimas semanas, de cada noche que ha estado dentro de mí. Lo sigo porque negarme causaría una escena, y porque algo en sus ojos me dice que esta conversación sucederá, esté yo de acuerdo o no.

El Calypso Room es un ejemplo exquisito del encanto del viejo mundo. Papel tapiz de seda azul y licoreras de cristal, alfombra lujosa. Adrian cierra la puerta, amortiguando el glamur hasta convertirlo en un pulso distante. Sus manos tiemblan ligeramente mientras se sirve whisky de la licorera de cristal; no me ofrece.

No habla durante un largo momento, agitando el whisky como si contuviera la respuesta.

—En unos días —dice finalmente—, alguien te va a contar una historia sobre mí. Tendrán documentos. Tendrán la mayor parte correcta y todo estará dirigido a tu garganta. —Deja el vaso sin beber —. Así que tengo que ser yo. Esta noche. Todo.

Entonces, con una voz tan cuidadosa que se siente como el filo de un bisturí, ofrece el primer corte.

—Necesito contarte algo sobre cuando nos conocimos de verdad.

Se me entumece la lengua, mi pulso tartamudea. No puedo parpadear.

—Te dije que fue en una fiesta hace nueve años —continúa, y es obvio que ha ensayado estas líneas en su cabeza mil veces, editando para obtener la máxima verdad—. Que te vi allí y quedé destruido al verte. —Vacila, un destello de dolor se mueve en su mandíbula—.

Pero en realidad te había seguido a la fiesta. Ya te conocía, pero esa fue la primera noche que permití que me conocieras.

Mis manos se quedan quietas. Espero una oleada de ira, pero no llega. Este hombre ha construido la mayor parte de mi vida adulta, así que apenas me sorprende saber que se extiende más atrás de lo que sabía. Es mi escultor, mi creador, mi propio Dios personal.

—Está bien —digo.

—¿No vas a preguntar cuándo te vi por primera vez? —pregunta.

Necesita que pregunte, así que accedo. —Bien. Suelta los detalles. No veo por qué importa.

—Oh, importa —dice.

Algo en su voz me hace levantar la mirada. Después de un par de latidos, intentando leer su alma a través de sus ojos, me rindo y voy a servirme un whisky, doble. De repente parece importante que no me haya besado, que no me haya ofrecido un trago, que no me haya atraído contra él, como si las últimas semanas nunca hubieran sucedido.

Un sudor frío me recubre el cuerpo mientras me giro para enfrentarlo.

—Continúa, entonces —digo, tomando un trago de whisky.

—Te vi por primera vez hace catorce años —comienza.

Los números no cuadran. Hago la cuenta en mi cabeza: catorce de veintiocho. Yo era una niña. El pitido en mis oídos es repentino y agudo, como el sonido antes de que caiga una migraña.

Espera a que responda, pero estoy muda, fría como la piedra, imaginando las mentiras que podrían remontarse a tanto tiempo atrás. Él continúa.

—En la cantera.

La frase detona en mi cerebro.

En la cantera.

La reacción de mi cuerpo es inmediata y primaria. Levanto la rodilla, mi mano busca el cuchillo en mi tobillo antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo; el instinto de defenderme es abrumador aunque no pueda apuñalar un recuerdo.

—No —digo, pero él ya se está acercando, absorbiendo mi pánico como si fuera un viejo amigo. Puedo oler el calor que emana, y de repente todo está sobre mí: el sol de verano, el sabor metálico del cobre, el terror que me persigue cada noche.

—Tenía diecisiete años, trabajaba en la construcción ese verano —dice con calma—. Te vi a ti y a Meiling en esa cantera.

El nombre es un bisturí al corazón. Meiling. Se fue antes de que yo entendiera lo que significaba irse. Se me cierra la garganta, me zumba la cabeza. Recuerdo la forma del rostro de Meiling, el esmalte azul brillante en sus uñas, la forma en que me hacía sentir como una peligrosa cómplice.

Su voz se mantiene firme mientras mi mundo se sale de su eje, mientras mi garganta se cierra y mi visión se nubla por los bordes.

—Vi lo que pasó con el cuchillo, cariña. Presencié el accidente. Vi la sangre extenderse por las rocas. Te vi correr.

La habitación se inclina, mis rodillas ceden. Me desplomo en la silla, me aferro al vaso, siento el hedor del whisky salpicar contra mi palma. Tengo catorce años otra vez, muda de miedo, muda de químicos, viendo la sangre acumularse como pintura negra en las grietas de la piedra caliza.

Los fragmentos de memoria que nunca he podido unir están, de repente y violentamente, siendo soldados en su lugar: el súbito deslizamiento del mango, el mundo volviéndose rojo, la trepada frenética por las rocas. Recuerdo a alguien gritando, una voz de hombre, pero siempre había asumido que pertenecía a Dios o al viento.

Ahora sé que era Adrian.

—Necesito… no puedo…

Mi cuchilla cae a la alfombra suave sin hacer ruido, y me pongo de pie a trompicones. Intento moverme hacia la puerta, pero Adrian me bloquea; no me toca, pero su presencia es un muro que no puedo traspasar.

—Necesitas escuchar esto, mi amor. Todo. —El apelativo cariñoso que antes me consolaba ahora se siente como una violación—. Ella ya se había ido cuando llegué a ella. Pero tú tenías catorce años, drogada hasta la médula, aterrorizada. Si los policías te encontraban allí, desaparecerías en el sistema. Yo acababa de perder a mis hermanos. Efrén muerto en un callejón mientras yo lavaba platos a tres cuadras de distancia; Zoila desaparecida en el sistema de acogida porque yo era demasiado joven para quedarme con ella. —Su mano se mueve inconscientemente hacia su palma, hacia la cicatriz que he recorrido con mi lengua—. No podía ver a otra niña ser tragada por esa máquina. No cuando podía detenerlo.

Estoy temblando con algo demasiado grande para caber en mi cuerpo. Me concentro en la cicatriz, intento volcarme en esa estrecha línea blanca. —Tu mano…

Flexiona los dedos. —De empujar la roca. Tenía que hacer que pareciera un accidente, como si las rocas hubieran caído de forma natural. No quería que te culparan a ti, ni a nadie.

Puedo verlo ahora. Adrian, de diecisiete años, encubriendo mi asesinato, con las rocas abriéndole las palmas mientras empujaba una piedra masiva por el borde para ocultar lo que yo había hecho. Aterrizó sobre su cuerpo, borrando el daño que yo había causado. Reemplazando mi asesinato por un terrible accidente.

—Y el cuchillo… —Hace una pausa, su control perfecto finalmente se agrieta—. Me lo llevé. Lo envolví en mi camisa de trabajo, lo deseché entre los escombros de la construcción donde nadie pensaría jamás en buscar. ¿El arma del crimen con la que has tenido pesadillas? ¿Preguntándote si siquiera existió? Hice que desapareciera por completo.

Los fragmentos que me han torturado durante catorce años de repente encajan como imanes encontrando su par. El cuchillo en mi mano, resbaladizo por la sangre. La mía, la de ella, nunca pude recordarlo. La roca cayendo con un peso imposible porque Adrian la empujó, preparó la escena, hizo que mi crimen desapareciera en un accidente que me permitió salir libre. Los recuerdos se alinean con sus palabras tan perfectamente que se siente como volver a respirar después de ahogarse, excepto que el aire sabe a veneno, y me estoy asfixiando con catorce años de mentiras.

—Después de eso, me mantuve vigilando —dice, acercándose mientras yo me presiono contra el papel tapiz de seda—. Descubrí dónde vivías, me aseguré de que no te culparan por eso, de que no fueras succionada por el sistema. Luego simplemente seguí siguiéndote, protegiéndote, y no pude apartar la vista. Nunca.

—No nos conocimos en una fiesta —digo aturdida, como si esa fuera la conclusión importante de esta confesión.

Se le escapa un sonido que podría confundirse con una risa, pero lo conozco mejor. Es el sonido del escarnio, dirigido a sí mismo.

—Perdí el control esa noche. No pude mantener mi distancia ni un segundo más. Tenía que hablar contigo, que tus ojos miraran directamente a los míos, ser conocido por ti. Así que te seguí a la fiesta y simplemente… entré.

Me hundo contra la pared, dejando que soporte todo mi peso. —Estabas en la cantera.

Da un paso más, pero no intenta tocarme.

—Te protegí ese día —me dice—. Y te he estado protegiendo cada día desde entonces, asegurándome de que estuvieras a salvo, tuvieras éxito, fueras mía.

—Mía. —La palabra me da ganas de vomitar. Intento hablar, pero mi garganta no funciona; mi cuerpo tiembla tanto que mis dientes castañean.

—Cada café de la mañana —continúa, y ahora sí me toca, con sus dedos en mi muñeca donde mi pulso late con fuerza—. Cada vez que te sostuve detrás de esa barra, cada historia que conté para hacerte sonreír. Yo era el chico de la cantera, manteniéndote a salvo de lo que ambos sabemos que hiciste.

La violación de todo esto hace que mi estómago se revuelva. Cada recuerdo de nosotros juntos queda de repente contaminado. Sus manos en mi cuerpo, su miembro dentro de mí, todo mientras él lo sabía. El Calypso room da vueltas y siento el sabor a bilis.

—Te amo —dice, agarrando mi rostro entre sus manos cuando intento apartarme, obligándome a sostenerle la mirada—. Te he amado desde que te vi convertirte en mía ese día. Sangre en tus manos, terror en tus ojos. Eras perfecta, mi amor. Cruda y real y tan jodidamente hermosa en tu peor momento. Siempre has sido perfecta para mí, Isa. Mi hermosa y letal cuchilla.

Las palabras caen pesadas. Ama la versión de mí que mató a mi mejor amiga. Solo ha conocido esa versión. Construyó catorce años de mi vida alrededor de ese momento de violencia, esa niña con sangre bajo las uñas y muerte a su paso. Su amor no es a pesar de mi peor momento. Está fundado en él, es inseparable de él, es un monumento construido sobre la tumba de Meiling.

—Di algo —suplica Adrian, sus pulgares acariciando mis pómulos como si tuviera algún derecho a consolarme—. Por favor, cariña. Di lo que sea.

El hielo se extiende por mis venas, la armadura encaja en su lugar con un clic casi audible. Mi rostro se queda en blanco, no le doy nada mientras por dentro todo detona. Este hombre controló mi vida entera. Cada elección que pensé que era mía, era su diseño. Cada victoria ganada con esfuerzo, era su regalo. Incluso la culpa que me ha comido viva, moldeada por su mentira sobre cómo murió ella. El

hombre que elegí dejar entrar en mis muros nunca fue real. Adrian Marín era solo otra historia que me contaba sobre mí misma, y yo fui tan estúpida como para creerla.

Me alejo de sus manos con un control deliberado. Lentamente, doy los tres pasos hacia donde mi cuchillo yace abandonado en la alfombra lujosa, luego suavemente, con cuidado, lo deslizo en mi funda de tobillo.

Me giro para enfrentar a Adrian, mi voz sale plana y muerta. —Déjame irme.

—Isa…

—Déjame. Irme.

Cada palabra cae como hielo en la habitación cálida. Sabe tan bien como yo que si me presiona, mi cuchilla encontrará la piel suave de su garganta, arrancando gotas de sangre o algo peor.

Se hace a un lado y me muevo hacia la puerta. El hielo aguanta durante tres latidos. Luego, cuando mi mano toca el pomo de cristal, aparecen grietas delgadas en mi armadura perfecta. Para cuando abro la puerta de un tirón, las fracturas se extienden como una telaraña por un cristal a punto de estallar. La música de la planta principal cae sobre mí y, de repente, no puedo respirar, no puedo pensar, no puedo hacer nada más que huir.

Tropiezo en el caos reluciente de La Sirena, el glamur asaltando mis sentidos. Cuerpos apretados en la pista de baile, copas de champán alzadas en brindis, risas agudas como cristal rompiéndose. Empujo a través de la multitud mientras mi control se resquebraja más con cada paso; la eficiencia fría que todos esperan de La Cuchilla se desbarata en el suelo brillante para que todos lo presencien.

La gente se gira para mirar. La esposa del juez con su lápiz labial perfecto, el traficante que me estaba observando antes, camareros con los que he trabajado durante meses. Todos ven a La Cuchilla desmoronarse en público, me ven tropezar a través de su mundo hermoso con mi armadura hecha pedazos. Alguien, tal vez Daphne, intenta acercarse como si quisiera ayudar, pero los aparto de un empujón, mi cuerpo moviéndose por puro instinto hacia la salida, hacia cualquier lugar que no sea aquí con él y su verdad y su amor envenenado.

Sera está de pie cerca de la salida, observando mi aproximación con una expresión que lo dice todo. Sus brazos cruzados, su boca apretada en esa línea que significa «te lo dije». Su juicio escrito en

sus facciones. Esto es de lo que te advertimos, este es el desastre que predijimos cuando lo elegiste a él por encima de la familia. Me ve destruyendo la reputación de la familia con mis emociones desordenadas, dándole la razón a Marisol sobre que estamos comprometidas, siempre condenadas a implosionar.

—Isa… —comienza ella, extendiendo la mano como si fuera a intentar consolarme o contenerme o gestionar este desastre que estoy armando en el club de la familia de su marido.

—Vete a la mierda —le gruño, las palabras saliendo crudas y honestas, mi control plenamente destrozado ahora.

Ella retrocede, pero ya he pasado a su lado, saliendo por la puerta hacia la noche húmeda de Miami. El aire denso golpea mis pulmones pero no me ayuda a respirar, el calor del verano presionando como el peso de esa roca que Adrian empujó para ocultar mi crimen. Detrás de mí, la música de La Sirena continúa, la fiesta sigue sin mí mientras huyo del hombre que dirigió toda mi vida adulta. Que me vio matar. Que afirmó amarme por ello.

El hombre que dejé entrar en mi cuerpo, en mis muros, en todo lo que protegía, nunca fue quien yo pensaba. Siempre fue el chico de la cantera, conservando a su asesina, construyendo una vida alrededor de una niña cubierta de la sangre de su mejor amiga. Y lo peor, lo que me hace querer gritar hasta que me sangre la garganta, es que mis fragmentos de memoria encajaron en su historia como si hubieran estado esperándola todo este tiempo. Como si ni siquiera mis recuerdos fueran ya míos, sino solo más historias que Adrian Marín me contaba sobre mí misma.

26 - Isa

Las calles de Miami pasan borrosas mientras me alejo de La Sirena tambaleándome, con los pulmones ardiéndome como si respirara fuego. Las palabras de Adrian me persiguen. Años de mentiras mordiéndome los talones con dientes lo suficientemente afilados como para sacar sangre. Mi cuerpo se mueve sin permiso, los pies golpean el pavimento mientras mi mente se fractura.

Uno dos tres cuatro cinco. Los números se dispersan antes de que pueda atraparlos. Uno dos. No. Ocho siete, eso es al revés. Ya ni siquiera puedo contar. Mi defensa más confiable se desmorona cuando más la necesito.

Yo maté a Meiling.

El pensamiento me golpea de nuevo, haciéndome tropezar. Una pareja se desvía para evitarme, el hombre murmura algo en español. El cuchillo entró. Sangre sobre la piedra gris, demasiado brillante bajo el sol de verano. Adrian vio cómo sucedía, me vio correr, y luego lo encubrió mientras yo estaba demasiado drogada para recordar con claridad.

Catorce malditos años. Cada toque gentil, cada momento que pensé que significaba algo. Todo construido sobre él observándome en mi peor momento absoluto y decidiendo conservarme como una cosa rota que podía arreglar.

El sudor me escuece los ojos, gotea por mi espalda, empapando mi camisa en la húmeda noche de Miami. El viento salino me atrae hacia adelante como la gravedad, hacia el agua, hacia el lugar adonde todo parece conducir. Las piernas se me calambrean por la carrera, pero sigo adelante. Paso frente a tiendas cerradas, paso frente a personas normales que viven vidas normales mientras toda mi existencia se revela como la de una asesina.

Y lo que es peor, mucho peor: él me amaba por la sangre en mis manos, no a pesar de ella.

Un pinchazo me atraviesa el costado. Tengo que frenar, tengo que inclinarme hacia adelante, con las manos en las rodillas mientras

trato de recordar cómo funcionan los pulmones. La marina se extiende ante mí, los barcos balanceándose en sus amarraderos como dientes en una boca oscura. La madera cruje bajo mis pies mientras tropiezo en el muelle.

Entonces lo veo.

Algo se balancea en el agua cerca de uno de los muelles, atrapado contra un poste.

Un bolso de lona. De color tostado con correas de cuero.

Mi cuerpo se queda frío a pesar del sudor que cubre mi piel. Ese es el bolso de Juliet. El que lleva a todas partes, siempre lleno de libros y gafas de sol y ese brillo labial que huele a vainilla.

—¿Eso es de tu amiga?—

Giro bruscamente, casi perdiendo el equilibrio. Un trabajador del muelle con una camisa manchada enrolla una cuerda cerca, observándome con leve interés.

Se me cierra la garganta. —¿Usted la vio?—

—¿Chica rubia, linda? Sí, tomó un barco de alquiler hace días —señala hacia el horizonte donde la oscuridad se traga el agua—. El barco de Hugo. Se dirigía a esas islas exteriores. No he visto que ninguno de los dos regresara.—

Días. El mismo tiempo que ella desapareció.

—¿No regresaron? —las palabras salen raspadas, crudas—. ¿Está seguro?—

—Me habría dado cuenta. Solo tres barcos hacen ese trayecto, y el de Hugo todavía está allá afuera —se encoge de hombros, descartándome ya—. Los niños ricos hacen eso a veces. Toman un barco, deciden ir de isla en isla. Se drogan y pierden sus bolsos por la borda —resopla—. Pasa más de lo que crees.—

Santiago Zayas tiene una propiedad en una de esas islas. El monstruo al que ella fue a confrontar porque yo le dije que enfrentara lo que la perseguía.

Mis rodillas golpean el muelle con la fuerza suficiente para abrirme la piel a través de los jeans. El dolor apenas se registra a través de lo que se estrella dentro de mí. Gateo hasta el borde, tengo que inclinarme, tengo que agarrar ese bolso aunque tocarlo lo haga real.

La lona está empapada, pesada. Lo arrastro hacia arriba, el agua fluye por sus esquinas. Adentro, su billetera. Sus gafas de sol, con un

cristal roto. Ese brillo labial de vainilla flotando en tres pulgadas de agua del puerto.

—No —la palabra se desgarra de mi garganta. Luego más fuerte—: ¡No, no, NO!—

Dos amigas. Dios, he matado a dos amigas.

La verdad me golpea, robándome lo que queda de mi aliento. Primero Meiling a los catorce, con la sangre extendiéndose mientras yo huía como una cobarde. Ahora Juliet, que confió lo suficiente en mí como para seguir mi sabiduría de borracha. Que fue hacia ese monstruo porque yo le dije que dejara de huir de las sombras.

Uno dos tres. No puedo contar. No puedo respirar. El muelle gira bajo mis pies mientras me balanceo sobre mis talones. Todos los que dejo acercarse mueren. Todos los que confían en mí pagan ese error con su vida. Traté de mantener la distancia exactamente por esta razón, construí muros para proteger a la gente del veneno que llevo, y las dos veces que dejé pasar a alguien…

La bilis sube. Apenas llego al borde antes de vomitar en el puerto, mi cuerpo rechazando esta verdad incluso cuando mi mente la acepta. Cuando no queda nada por arrojar, tengo arcadas secas hasta que me duelen las costillas.

Mi teléfono tiembla en mi mano trémula. Necesito decírselo a alguien. Necesito confesar esta segunda muerte antes de que me coma viva. Juliet hablaba de su hermana constantemente. Eleanor, casada con Leo Rosetti, la mujer que sacrificó todo para proteger a Juliet de su mundo. Debe haber una forma de localizarlos a través de las conexiones de La Sirena. A través de los contactos de Logan, o la red familiar.

Nico. Él es uno de ellos.

Marco el número de emergencia de Nico con los dedos entumecidos. Responde al tercer timbre, con la voz aguda a pesar de la hora.

—¿Isa? ¿Qué sucede?—

—Necesito el número de Eleanor Rosetti. La esposa de Leonardo. New York —mi voz suena muerta incluso para mí.

—¿Qué ha pasado?—

—Juliet está muerta. Necesito decírselo a su hermana.—

Silencio. Luego: —Yo me encargaré de esto. Se lo diré a Logan, contactaremos a Eleanor y Leo. Reúnete conmigo en La Sirena y lo solucionaremos. Haremos un plan.—

—Dame el número, Nico —repito, y algo en mi calma sin vida debe sonar convincente porque él solo hace una pausa por unos momentos más.

—Te enviaré el contacto por mensaje —dice—. Cuéntame qué dice ella y luego ven directo al club. Despertaré a Logan y Marisol.—

El número aparece segundos después. El estómago se me revuelve mientras marco, sabiendo que estoy a punto de destruir el mundo de otra persona. Una parte de mí —la parte fría, la parte que cuenta las salidas y prueba las cerraduras dos veces— sabe exactamente lo que es esto. Un veredicto sin cuerpo. Sin testigos. Nada más que un bolso flotante y mi propia culpa como evidencia. Lo pronuncio de todos modos. El castigo no espera pruebas. No cuando soy yo quien lo merece.

Ella responde al segundo timbre. —¿Diga?—

—¿Señora Rosetti? ¿Eleanor? Habla Isa Navarro, de Miami. Amiga de Juliet.—

—¿Isa? ¿Has sabido algo de ella?—

—Está muerta —las palabras se desgarran de mi garganta como fragmentos de vidrio.

Escucho el jadeo entrecortado de Eleanor. Luego un silencio tan completo que oigo mi propia sangre martilleando.

—¿Qué? —su voz se quiebra en la única palabra.

—Juliet fue a ver a Santiago Zayas. Porque yo se lo dije. Hace días. Nunca regresó.—

—Mientes —pero la voz de Eleanor vacila, sabiendo ya que no lo hago.

—Su bolso está flotando en el puerto. El barco que tomó nunca regresó. Le dije que lo confrontara, que enfrentara lo que la perseguía, y ella me escuchó —mi mano libre araña el muelle, las astillas se incrustan en mi palma—. Se ha ido por mi culpa.—

El silencio se prolonga, luego la voz de Eleanor se vuelve de hielo. —¿Le dijiste a mi hermana que fuera a ver a ese monstruo?—

—Estaba borracha. Fui estúpida. Pensé… —mi voz se quiebra por completo—. No importa lo que pensé. Ella confió en mí y ahora está muerta.—

—¿Dónde estás? —cada palabra precisa como una hoja de afeitar.

—Miami. Vengan. Traigan a quien tengan que traer —estoy temblando tanto que apenas puedo sostener el teléfono—. Merezco el castigo que decidan. No huiré.—

—Estaremos allí por la mañana —la maquinaria Rosetti ya rechina en su voz, y sé que correrá sangre—. ¿Y Isa? Si desapareces antes de que lleguemos, quemaremos todo lo que hayas tocado para encontrarte.—

—No huiré. Vengan y hagan lo que tengan que hacer.—

La línea se corta.

Acabo de declarar la guerra sin querer. Los Rosettis de New York descendiendo sobre Miami, el mundo cuidadosamente equilibrado de Adrian a punto de explotar, y todo porque di un consejo que no tenía derecho a dar. La amarga ironía de que mi intento de amistad haya traído la catástrofe a la puerta de todos.

Pero ellos merecen impartir la justicia que Juliet se merece. Yo merezco lo que sea que ellos hagan.

La furia crece mientras me siento en este muelle con el bolso empapado de Juliet en mi regazo. No contra mí misma, sino contra Adrian.

Catorce años me ocultó esto. Catorce años dejándome vivir en la niebla, sin saber lo que había hecho. Pero peor: catorce años ocultó la verdad a los padres de Meiling. Dejó que se preguntaran, que sufrieran, que buscaran respuestas mientras él jugaba a ser Dios con las vidas de todos.

Ellos nunca supieron que su hija murió con un cuchillo en el vientre y las manos de su mejor amiga cubiertas de sangre. Él les negó incluso el frío consuelo de saber qué ocurrió, cómo ocurrió, quién fue el responsable.

Mi cuerpo todavía lo desea. Incluso ahora, incluso sabiéndolo todo, mi carne traidora recuerda sus manos, su boca, la seguridad que pensé haber encontrado en sus brazos.

Pero ese calor era todo cálculo. Hizo que lo amara mientras ocultaba la peor verdad de mi vida.

Me levanto, las piernas apenas me sostienen. Uno dos tres cuatro cinco. No. Los números no me salvarán. Solo queda una cosa por hacer.

El amanecer sangra tonos rosados a través del cielo mientras me detengo frente a la casa de los Lin en Coral Gables. Mi ropa todavía está húmeda por el sudor y el agua del puerto. Probablemente huelo a vómito. Bien. Que me vean exactamente como soy. Destruida.

Su jardín florece a pesar del calor, el cuidado esmerado de la señora Lin es evidente en cada flor perfecta. La misma casa a la que

Meiling me arrastraba para cenar, cuando teníamos catorce años y éramos invencibles. Cuando no sabía que estaba a días de destruirlo todo.

Adrian les ocultó la verdad.

No seré otro eslabón en esa cadena de mentiras.

Mis nudillos golpean su puerta. Tres golpes secos que resuenan en la quietud de la mañana. Mi mano tiembla tanto que tengo que cerrarla en un puño. Adentro, se acercan pasos. Lentos, medidos. La cadena se desliza hacia atrás con un sonido como el de huesos rompiéndose.

La puerta comienza a abrirse y veo el rostro del señor Lin apareciendo por la rendija. Sus ojos están cansados, más viejos, tallados por el vacío.

Detrás de él, el pasillo que recuerdo. Fotos familiares alineando las paredes. Meiling a los diez años, con huecos en los dientes y sonriendo. A los doce, con su uniforme escolar. A los trece, en la playa. A los catorce, frunciendo el ceño a la cámara.

Nunca más vieja.

La puerta se abre más. Los ojos del señor Lin se agrandan al reconocerme. No solo a mí, sino algo en mi rostro. La respuesta que ha estado buscando. Abre la boca, pero antes de que pueda hablar, ya estoy formando las palabras que han estado encerradas en mi garganta durante catorce años.

Estoy a punto de confesar lo que Adrian dice que hice. Lo que debe ser verdad porque el cuchillo estaba allí y la sangre era real y ella murió mientras yo vivía.

Pero incluso mientras me preparo para hablar, algo surca el fondo de mi mente: ¿Y si Adrian también mintió sobre esto?

El pensamiento desaparece cuando el señor Lin retrocede, dándome espacio para entrar.

—Isadora —dice—. Finalmente.—

27 - Isa

La puerta se abre hacia adentro con bisagras silenciosas, y lo primero que me golpea es el olor. Comida taiwanesa, los mismos platillos que la señora Lin solía prepararme especialmente porque me encantaba la ensalada de pepino machacado. El señor Lin está de pie en el umbral, y mi corazón se resquebraja al ver cómo el dolor lo ha vaciado por dentro. El hombre que solía darme empanadillas extra en la cena ha envejecido veinte años en catorce. Hilos grises surcan un cabello que era completamente negro. Sus hombros se curvan hacia adelante como si hubiera estado cargando algo demasiado pesado por demasiado tiempo. Sin el esmoquin y el glamur de la gala, parece aún más viejo.

—Isadora —repite. Mi nombre suena extraño en su boca.

El peso de lo que vine a hacer me pone de rodillas ahí mismo en la entrada. El concreto de su porche me muerde a través de los jeans, afilado y real, son los mismos escalones donde Meiling y yo solíamos pintarnos las uñas de los pies en verano. Presiono las palmas de mis manos contra el umbral entre su casa y la noche.

—Yo maté a Meiling.

La confesión sale desgarrada y cruda, sin preámbulos, sin suavizantes. Cada palabra sabe a basura. El rostro del señor Lin no cambia. Detrás de él, oigo pasos que se acercan, la voz de la señora Lin diciendo algo en mandarín, el mismo tono suave que usaba para llamarnos a cenar.

—Ese día en la cantera. Estábamos drogadas, jugando con un cuchillo. —La garganta se me cierra en torno a las palabras, pero las fuerzo a salir, sintiendo cómo raspan como si fueran vidrio—. No quise hacerlo, solo estábamos jugando, fingiendo ser rudas. Pero la hoja se le clavó en el estómago. Había sangre. Tanta sangre. Salí corriendo.

Permanezco arrodillada en su entrada, ofreciéndome como un sacrificio con catorce años de retraso.

La señora Lin aparece junto a su esposo. Mientras que él ha envejecido por el dolor, a ella este la ha preservado, afilada y quebradiza como las ramas en invierno. Sus ojos oscuros me encuentran de rodillas y algo parpadea en ellos. No es sorpresa. Algo más oscuro, como si hubiera estado esperando este momento, preparándose para él.

—Lo siento. —Las palabras son patéticamente pequeñas frente a la ausencia de su hija—. Sé que «lo siento» no significa nada. Vine porque ustedes merecen la verdad. Porque merecen… —Extiendo las manos, con las palmas hacia arriba, ofreciéndolo todo—. Lo que sea que necesiten hacer. No pelearé. No huiré esta vez.

Se quedan ahí, mirándome arrodillada en su entrada, estas personas que me alimentaron, que me trataron como a una segunda hija, que me compraron mi primer sostén de entrenamiento porque me daba demasiada vergüenza pedírselo a nadie más. El silencio se alarga hasta que las rodillas me duelen contra el concreto. Una polilla rodea la luz del porche, arrojando sombras que hacen que sus rostros cambien entre las personas que me amaron y extraños que nunca he visto.

—Levántese. —La voz de la señora Lin corta, tan afilada como la hoja en mi bota—. Levántese y entre.

No es una invitación. Es una orden que hace que mi pulso se dispare como cuando Adrian me aprisionó contra la barra, cuando sentí por primera vez el peligro bajo su calidez. El señor Lin retrocede y yo me levanto sobre piernas temblorosas, siguiéndolos al interior de su casa. En el momento en que cruzo el umbral, el señor Lin cierra la puerta detrás de mí.

El cerrojo hace clic. Luego el pestillo. Luego la cadena. Cada sonido es deliberado, definitivo. Ahora estoy atrapada aquí adentro con ellos, y todos lo sabemos.

—Siéntese. —La señora Lin señala la mesa de su comedor, la misma donde solíamos hacer la tarea, donde me enseñó a doblar las empanadillas correctamente. Me hundo en una silla mientras ella se dirige a la cocina, abriendo cajones con movimientos bruscos que me recuerdan la forma precisa en que solía rebanar verduras. Todo con un propósito.

El señor Lin se coloca entre la puerta y yo, su corpulencia bloquea cualquier escape, la misma postura protectora que solía adoptar cuando los chicos venían a buscar a Meiling para sus citas.

—Desde que nos dejó, nos hemos estado haciendo preguntas —dice—. Contratando investigadores. Tratando de entender cómo es que las rocas simplemente se caen.

El cajón se cierra de golpe. La señora Lin se da la vuelta desde la cocina y la luz se refleja en la hoja que tiene en la mano. No es un cuchillo de cocina. Es una hoja de verdad, larga y delgada, del tipo que se desliza entre las costillas sin resistencia, del tipo que dice que han estado planeando esta posibilidad.

—Sabemos lo de su bar. —Se acerca, el cuchillo flojo en su mano como si lo hubiera sostenido antes, como si hubiera practicado esto —. La Sirena. Sabemos sobre el hombre con el que está. Adrian Marín. Hemos estado observando, investigando.

El hielo se extiende por mi pecho, más frío que el Atlántico en invierno. Han estado observando. Investigando. ¿Por cuánto tiempo?

—Sabemos de la Delgado family. Su negocio. Su parte en él. —Los hombros del señor Lin se enderezan, y de repente veo al hombre que construyó su negocio de la nada, que protegió a su familia con feroz devoción—. Todo ese dinero. Todo ese poder que ha construido sobre la tumba de mi hija.

—Yo nunca quise…

—Cállese. —La voz de la señora Lin se quiebra al pronunciar las palabras, la compostura se rompe para mostrar la herida en carne viva que hay debajo—. ¿Cree que una confesión arregla esto? ¿Cree que arrodillarse en nuestra puerta lo soluciona? —El cuchillo tiembla en su mano, capturando la luz—. Usted destruyó nuestras vidas. Nos quitó a nuestra única hija. Y luego fue y se construyó un imperio sobre sus huesos.

—No fue así…

—Lo destruiremos todo. —La calma del señor Lin es peor que la rabia de su esposa, el mismo tono mesurado que Adrian usa cuando planea algo cruel—. Hemos establecido contactos, gente que estará muy interesada en lo que hemos averiguado. Las conexiones criminales, el lavado de dinero a través de ese club.

Mi sangre se convierte en agua helada, y luego en algo más caliente. Si exponen La Sirena, a Adrian, a la familia. Lo veo en mi mente, trayéndome café cada mañana, su pulgar trazando mi pulso como si estuviera memorizando los latidos de mi corazón. Lo veo confesando lo de su hermano muerto con lágrimas que no se permitiría derramar. Veo la forma en que me mira como si yo fuera

su mundo entero, incluso si ese mundo está construido sobre mentiras.

La señora Lin se acerca, la hoja brilla con la luz del amanecer que se filtra por las ventanas. —Lo quemaremos todo, cada pedazo de la vida que construyó sobre la sangre de nuestra hija. Su preciado Adrian no sobrevivirá a lo que le haremos.

Las paredes se sienten más cercanas ahora, el aire espeso con el dolor convertido en ira y el fantasma del anís estrellado y la pimienta blanca que solían significar seguridad. Estoy atrapada con dos personas cuyo dolor ha fermentado en algo más letal que cualquier cuchilla.

La señora Lin se abalanza.

La hoja me corta las costillas antes de que pueda esquivarla por completo, un dolor ardiente florece a través de mi camisa. Me tambaleo hacia atrás, llevándome la mano a la herida. Mis dedos salen rojos, del mismo color del vino que Adrian me sirvió en Ariele's, cuando prometió que nada me haría daño jamás.

—¿Cree que tiene derecho a disculparse? —Vuelve a blandir el cuchillo, enloquecida por años de rabia que finalmente tienen un objetivo—. ¿Cree que tiene derecho a vivir mientras mi hija se pudre?

Me esquivo hacia la izquierda, pero el señor Lin ya se está moviendo con la coordinación de un largo matrimonio, agarrando el atizador de hierro de la chimenea. El peso del mismo silba al pasar junto a mi cabeza mientras me dejo caer y ruedo.

—Por favor... —intento, pero la señora Lin ya viene de nuevo, moviéndose como si hubiera ensayado esto en su cabeza mil veces.

El cuchillo me alcanza el hombro esta vez, un corte superficial pero que arde. Ahora se mueven juntos, de alguna manera practicados, y me doy cuenta de que han practicado, contratado tutores, tomado clases de combate. El señor Lin blande el atizador hacia abajo mientras su esposa ataca por arriba con la hoja.Mi cuchillo de bota. El peso contra mi pantorrilla de repente es vital, el acero alemán que he llevado desde antes de que Adrian hiciera de mi mundo el suyo. Pero vine aquí a morir, vine aquí por un castigo, no...

—Cada persona en ese bar. —La respiración de la señora Lin viene en jadeos entre los ataques—. Cada amigo que ha hecho. Los destruiremos a todos. Empezando por Adrian. Haremos que mire mientras la descuartizamos, y luego destruiremos todo lo que él ha construido.

Adrian. Quien me abrazó cuando me desmoroné, sus brazos lo único que evitó que me disolviera. Quien construyó mi mundo entero aun mientras me ocultaba todo. Adrian, a quien debería odiar, pero cuyo nombre en sus bocas hace que mi cuerpo se inunde de una rabia protectora más ardiente que cualquier pasión.

Van a destruirlo. Al hombre que me acosó. Que me mintió sobre todo. Con quien estoy furiosa, pero cuyo perfume aún persiste en mi memoria de cada momento cercano que hemos compartido. La furia que surge no es limpia. Está retorcida con deseo e ira y algo que podría ser amor si me permitiera nombrarlo.

Mi mano encuentra mi bota, los dedos se cierran alrededor del mango que se ha amoldado a mi agarre a lo largo de los años. El cuchillo se desliza libre, el acero alemán tan familiar como los latidos de mi propio corazón, como las manos de Adrian sobre mi cuerpo.

El señor Lin carga con el atizador en alto. Me muevo por instinto, desviando el golpe con mi hoja, el impacto recorre mi brazo con una sacudida.

La señora Lin intenta flanquearme, pero ya estoy girando, manteniéndolos a ambos a la vista. Estas personas que me amaron. A quienes estoy a punto de…

La sangre corre por mis costillas, por mi hombro, cálida como los recuerdos de cada ducha que tomé en el apartamento de Adrian, su presencia todavía atormentando mi piel. El dolor lo agudiza todo. Quieren herir a Adrian. A la familia. A todos los que he dejado acercarse lo suficiente como para que importen. A Gunner con su protección silenciosa. A Logan con su cuidado preciso. Incluso a Marisol y Gabriel, los formidables Delgados que me confiaron un trabajo, una nueva familia. Y Adrian. Adrian, que me ve cubierta de sangre y me llama perfecta.

Finalmente lo entiendo:

Vine aquí dispuesta a morir por mi propia culpa.

Pero no dejaré que destruyan a las personas que protejo. Las personas que amo, incluso cuando ese amor está retorcido con traición.

El señor Lin se abalanza sobre mí de nuevo, el atizador apuntando a mi cráneo. Esta vez no lo desvío. Me meto dentro de su alcance.

Mi cuchillo encuentra el espacio blando bajo su mandíbula. La hoja se desliza hacia arriba y adentro, y siento su pulso contra mi

mano por un latido antes de que un chorro arterial pinte la pared detrás de mí, cálido como el café de Adrian, cálido como su semen en mis muslos. Algo se rompe dentro de mí. No mi control, eso se hizo añicos en el momento en que lo amenazaron. Algo más profundo. La última pretensión de que no soy exactamente lo que Adrian vio en mí desde el principio: alguien llena de oscuridad, lista para matar para proteger lo que es suyo.

Los ojos del señor Lin se abren con sorpresa más que con dolor. El atizador cae de sus dedos inertes. Se lleva la mano a la garganta, pero no hay nada que sujetar, nada que detenga el rojo que pulsa con cada latido, contando sus últimos segundos de vida como yo cuento en ochos, como Adrian cuenta mis respiraciones cuando cree que estoy dormida.

—¡No! —grita la señora Lin, dejando caer su cuchillo para atraparlo mientras él cae—. No, no, no…

Acuna la cabeza de su marido en su regazo, presionando las manos contra su garganta como si pudiera retener su vida dentro. Pero ya se está acumulando en su piso de madera, extendiéndose oscura y definitiva como la verdad sobre aquel día en la cantera.

Me mira con los ojos desorbitados por ese tipo de dolor que te hace capaz de cualquier cosa. Luego se mueve, no hacia su cuchillo caído, sino lanzándose sobre mí con las manos desnudas, las uñas apuntando a mis ojos como si quisiera cegarme ante lo que he hecho.

Caemos al suelo con fuerza, su peso sobre mi pecho. Sus manos encuentran mi garganta, apretando con la fuerza de la rabia de una madre, y mi visión comienza a nublarse, a desvanecerse, pero todo lo que puedo pensar es que las manos de Adrian también han estado aquí, suaves donde las de ella son feroces, y no estoy lista para no volver a sentir eso nunca más.

Mi cuchillo sigue en mi mano, resbaladizo por la sangre de su marido.

Lo clavo hacia arriba entre sus costillas por detrás, sintiendo cómo la hoja se traba en el hueso antes de deslizarse profundamente, la resistencia y luego el ceder, como cuando Adrian me penetró por primera vez, ese momento de presión antes de que todo cambie. Ella jadea, su agarre se afloja, su aliento caliente contra mi cara.

Lo hundo más, apuntando al corazón, para asegurarme. Esto es en lo que me convierto cuando alguien amenaza lo que es mío.

Su peso se asienta de manera diferente, ya no ataca, sino que se derrumba. La sangre empapa su camisa, cálida contra mis manos, íntima como cualquier caricia. Intenta hablar, pero solo sale rojo.

La empujo para quitármela de encima, retrocediendo a toda prisa hasta que choco contra la pared. Ella extiende la mano hacia el cuerpo de su marido, sus dedos apenas rozan su mano antes de que el movimiento se detenga. Mueren tocándose, como vivieron, y algo dentro de mí se rompe ante la belleza y el horror de ello.

La sangre se acumula entre ellos, y no puedo dejar de mirar lo que he hecho. Dos personas que me alimentaron con sopa de fideos con ternera y amor, que cargaron con toda una vida del dolor que yo les causé. Ahora se han ido por mi culpa.

El cuchillo en mi mano gotea constantemente sobre su suelo. Lo limpio en mis jeans pero lo dejo fuera, el acero tibio por su sangre, por mi mano, por la decisión que tomé.

Esto es lo que soy ahora. No la chica que mató a dos amigos por accidente. Soy la mujer que deliberadamente clavó un cuchillo a dos padres afligidos porque amenazaron al hombre que me acosaba, que me mintió, con quien estoy furiosa pero por quien volvería a matar. La mujer que eligió no huir esta vez, que se quedó para terminar lo que ellos empezaron porque eso es lo que haces por amor. Incluso por un amor envenenado. Incluso por un amor construido sobre mentiras.

Yo los maté. Y, horriblemente, ahora entiendo la obsesión de Adrian, porque para mantenerlo a salvo, lo volvería a hacer.

En algún lugar distante de la expansión de Miami, las sirenas aúllan en la noche como si la ciudad estuviera de luto por lo que me he convertido, pero no son por esto. Todavía no. Puede que los vecinos hayan oído algo, puede que llamen, puede que no. En Coral Gables son buenos para no oír cosas, para mantener su superficie perfecta mientras la sangre se acumula debajo.

Me dirijo a su sofá, uno nuevo, comprado con el dinero que obtuvieron del seguro de vida de Meiling, y me siento. El cuchillo descansa en mi regazo, todavía pegajoso por la sangre que ahora se está enfriando, pringosa entre mis dedos. Todavía no lo estoy limpiando. No lo estoy escondiendo. Solo estoy sentada aquí con lo que he hecho, con lo que he elegido convertirme por un hombre cuya oscuridad llama a la mía.

La polilla del porche de alguna manera ha entrado, rodeando la luz de la cocina, arrojando sombras sobre los cuerpos de dos personas que solo querían que su hija volviera. Sus alas golpean contra la lámpara, desesperada por la luz que la matará. Ahora lo entiendo. La atracción hacia algo que te destruye, la incapacidad de resistir aun sabiendo el costo.

El cuchillo descansa tibio en mi regazo, todavía conservando el calor de la decisión que tomé, prueba de que me he convertido exactamente en lo que él siempre supo que era: suya.

28 - Adrian

Las puertas de La Sirena se abren de par en par treinta minutos después del mensaje de emergencia de Logan, y todo cambia.

Leonardo Rosetti entra primero, y observo cómo mi gente retrocede como niños. Asesinos, traficantes, los más peligrosos de el bajo mundo de Miami, todos apartándose. No es una retirada exactamente. Es deferencia. El tipo de recalibración física que nunca he visto en esta sala. Los hombros de Logan se tensan. La mano de Gunner cae de donde descansa cerca de su arma. Los clientes se han marchado todos, escoltados fuera después de que cerráramos temprano «para una función privada».

Este es un poder que no se anuncia. Simplemente llega y observa cómo la habitación se reorganiza.

Eleanor lo sigue, con sus ojos azul gélido recorriendo el espacio. Su cabello oscuro está recogido de forma severa, y su traje de diseñador traza líneas afiladas. Donde Leonardo aporta peso, ella aporta aristas. Es la hermana de Juliet, aunque no comparten nada visible, excepto quizás la posición de sus mandíbulas cuando la furia se apodera de ellas.

—Adrian Marín —la voz de Leonardo llena el espacio sin esfuerzo. No es alta. No necesita volumen. Las palabras simplemente ocupan el territorio—. Tenemos que hablar.

Me adelanto con mi calidez habitual, con la mano extendida y la sonrisa que abre todas las puertas en Miami—. Leonardo, Eleanor. Bienvenidos a...

Él ya pasó a mi lado. No de forma grosera, simplemente moviéndose antes de que yo terminara el gesto. Mi mano queda suspendida en el aire durante medio segundo antes de que la disimule ajustándome el puño de la camisa. Es la primera vez que eso sucede en años.

Mi mente corre a través de las salidas, las armas a mi alcance, quién podría seguir apoyándome. Logan es demasiado calculador para moverse primero, Gunner está esperando mi señal. Pero nada

de eso importa. El impulso de huracán de Leonardo destruye cada estrategia antes de que se forme. Por primera vez en mi vida adulta, tengo todas las piezas pero ninguna forma de moverlas.

Intento leerlo. El ángulo de sus hombros, la distribución de su peso, las señales que todo el mundo tiene. Nada. No está a la defensiva ni cerrado. Simplemente ya está en movimiento, con su cuerpo comprometido con lo que sea que venga después, antes de que su mente termine de decidirlo. La impulsividad apasionada de la que todo el mundo susurra, pero verla es diferente. No puedes leer a un hombre que está perpetuamente a mitad de una acción. Todo mi sistema de análisis falla contra alguien que opera por puro impulso.

Eleanor se detiene a mi lado—. ¿Dónde está Isadora?

El sonido de su nombre hace que se me oprima el pecho. Se fue hace horas, devastada por lo que finalmente le dije. Que la había visto matar a Meiling, que yo había estado allí hace catorce años, que había encubierto su crimen. La confesión que destrozó todo entre nosotros, que la hizo huir de La Sirena hacia la noche.

—Ella no está involucrada en esto. No necesita estar aquí.

—No empieces —la palabra corta de forma limpia—. Sabemos que Juliet fue a ver a Santiago Zayas. Sabemos que nunca regresó. Sabemos que tu camarera le dijo a mi hermana que lo enfrentara.

Las piezas encajan con una precisión enfermiza. Juliet fue con ese psicópata porque Isa le dio consejos sobre cómo enfrentar los miedos. Por Dios. Con razón la furia de Eleanor arde con la fuerza suficiente para congelar las ventanas. Su hermana, la persona por la que sacrificó todo para protegerla. Eleanor se casó con Leonardo para salvar a Juliet de este mundo, y ahora Juliet ha desaparecido de todos modos.

Detrás de ellos, Marisol y Gabriel se acercan más el uno al otro. La mano de Sera busca el brazo de Gabriel. La familia trazando líneas internas, preparándose para cualquier violencia que traigan los Rosettis. Pero nadie se mueve para apoyarme. Nadie cuestiona su derecho a estar aquí, lanzando acusaciones.

Incluso aquí, en nuestro espacio, nos sometemos.

—Hablemos de esto con calma —digo, señalando hacia el comedor privado. Uso el tono cálido que suele hacer que la gente me siga—. Ha habido un malentendido…

Leonardo ya está negando con la cabeza, esa energía inquieta lo obliga a caminar de un lado a otro—. Nada de malentendidos.

Santiago Zayas mató a Juliet porque tu chica la envió con él.

Las palabras duelen de forma diferente ahora. Después de lo que confesé esta noche, después de ver cómo se desmoronaba su rostro al conocer la verdad, no sé si ella sigue siendo mía. El distanciamiento entre nosotros se siente como una herida física.

Mi encanto no está funcionando. Se desliza sobre él como el agua sobre el cristal. Cambio de táctica, intentando usar la autoridad—. Aún no tenemos ninguna confirmación de los hechos. La situación de the Zayas es compleja. Tenemos gente…

—Nosotros también tenemos gente —interrumpe mis palabras como si fueran un adorno—. Mejores personas. Que ya están haciendo preguntas que tu organización debería haber hecho hace días.

Nico se adelanta desde donde ha estado observando cerca de la barra. Mi pecho se relaja con alivio. Apoyo familiar, por fin.

—Leo —la voz de Nico tiene peso, por la sangre que comparten—. Adrian ha estado manejando…

—Adrian se ha estado tirando a su camarera mientras la hermana de mi esposa desaparece —Leonardo vuelca esa energía inquieta sobre su primo, y observo cómo Nico realmente retrocede—. ¿Dónde está tu lealtad, primo?

La pregunta queda suspendida como una cuchilla. Nico mira entre nosotros. Su familia de Miami que lo acogió, que lo casó con Marisol, que lo hizo uno de nosotros, y su sangre de Nueva York aquí presente exigiendo lealtad. El cálculo se refleja en su rostro.

—La familia es la familia —dice Nico en voz baja, y se me cae el alma a los pies cuando se mueve para ponerse del lado de los neoyorquinos.

La decepción me atraviesa. La misma frialdad que me inundó cuando murió Efrén, cuando desapareció Zoila. La familia fracturándose, la sangre eligiendo a la sangre, todo lo que construí desmoronándose. La familia que he pasado años reuniendo, la mesa ruidosa y cálida que creé para reemplazar lo que perdí, se agrieta siguiendo las líneas de sangre reales.

—Elección inteligente —dice Leonardo, pero ya está dejando eso atrás, ese impulso apasionado lo lleva hacia adelante—. Ahora, ¿dónde está la camarera que envió a Juliet a morir?

—Nadie ha muerto —las palabras salen más bruscas de lo previsto, mi control se escapa—. Juliet podría estar…

—Eleanor se casó conmigo para salvarla —las palabras estallan en él, repentinas y crudas—. Tomó mi nombre, mi mundo, todo lo que conlleva ser la esposa de un Rosetti, para que Juliet no tuviera que hacerlo. Sacrificó su vida entera por la libertad de su hermana.

La compostura de Eleanor se quiebra por un segundo, algo parpadea en su rostro. No es gratitud. Es algo más complejo. El peso de esa historia, lo que sea que los unió. Hay una historia ahí, una que me hace querer saber más incluso mientras amenazan todo.

—Y ahora —continúa Leonardo, y sus pasos se vuelven más amplios, más agitados—, ese sacrificio no significa nada porque tu mujer la envió directamente a un monstruo de todos modos.

La puerta se abre de golpe.

Isa está en la entrada y mi mundo se inclina hacia el lado equivocado. La sangre cubre sus manos, y mi pecho se hunde al saber que no puedo protegerla de lo que sea que haya hecho. Sangre fresca, todavía húmeda, todavía goteando, pintando su camisa como arte abstracto.

Mi polla realmente reacciona ante la visión de ella cubierta de sangre. Dios, ¿en qué me convierte eso? Pero está magnífica. Mi letal Isa finalmente mostrando al mundo lo que siempre supe que vivía bajo ese control. Incluso mientras el pavor me inunda, la parte más oscura de mí quiere lamer la sangre de sus dedos, saborear lo que ha hecho, hacer que me lo cuente todo mientras estoy dentro de ella.

Toda la sala se congela. Incluso Leonardo deja de moverse.

Ella mira los rostros reunidos. Los Rosettis de New York a los que llamó por Juliet, Nico apoyándolos ahora, nuestra familia fracturada. El reconocimiento parpadea en sus ojos oscuros mientras procesa la presencia de los Rosettis, comprendiendo de inmediato por qué están aquí.

—Isa —su nombre escapa de mi garganta, desesperado.

Ella se enfoca en mí entonces, y lo que veo allí hace que se me oprima el pecho. No solo el vacío de cualquier violencia que haya cometido, sino el eco de la traición por lo que confesé antes. La herida entre nosotros sigue abierta, sigue sangrando como lo que sea que cubra sus manos.

—Adrian —su voz suena hueca. Luego se dirige directamente a los Rosettis—. Habéis venido por Juliet.

—¿Qué hiciste? —la voz de Eleanor sube hacia la histeria—. ¿De quién es esa sangre?

Isa se mira las manos como si acabara de notar el rojo—. No es de Juliet.

The Lins. Tienen que ser ellos. Por Dios, fue a buscarlos después de enterarse de la verdad sobre Meiling. Después de que confesé que vi cómo sucedía, que lo encubrí. Fue a enfrentar a los padres de la chica a la que mató, y ahora lleva su sangre. Mi mujer, mi Isa, está allí de pie llevando la violencia como otras mujeres llevan perfume, e incluso cubierta de sangre, especialmente cubierta de sangre, la deseo a pesar de que estemos distanciados. Que la sala la condene todo lo que quiera. Les arrancaré las entrañas a todos antes de dejar que la toquen.

Dos desastres distintos. Los Rosettis aquí por Juliet, e Isa llegando cubierta de la sangre de the Lins. Chocan frente a mí. Mi segundo incendio entrando durante el primero, dos catástrofes que no puedo controlar fusionándose en algo peor. El pavor de saber lo que ha hecho, a quién ha matado, hace que me tiemblen las manos con una violencia reprimida. Los padres de su amiga de la infancia, muertos por su mano, y no puedo explicarlo, no puedo contextualizarlo, no puedo redactarlo de forma que sea sobrevivible.

—Santo Dios —jadea Leonardo—. Están todos locos.

Detrás de él, el rostro de Eleanor se ha vuelto blanco—. ¿Envió a mi hermana a morir y luego salió y mató a alguien más?

Marisol emite un sonido, quizá de asco, quizá de satisfacción por tener razón sobre nosotros. Gabriel hace que Sera retroceda. La familia que se dividió por nuestra causa se fractura aún más ante la visión de una sangre que no pueden comprender.

—¿Dónde está Juliet? —exige Leonardo, con su atención enfocada ahora como un láser en Isa—. ¿Qué hizo Zayas con ella?

—No lo sé —la voz de Isa sigue siendo hueca, vacía—. Fue a enfrentarlo. Nunca regresó. Su bolso estaba flotando en el puerto.

Eleanor emite un sonido como de cristal rompiéndose. Todo el cuerpo de Leonardo se tensa con una violencia apenas contenida, los músculos se endurecen de una manera que hace que mi cuerpo se prepare automáticamente para el combate.

Busco algo, cualquier cosa que pueda apaciguar esto—. Tenemos que pensar con claridad…

—¿Con claridad? —Leonardo se vuelve hacia mí, esa energía apasionada encontrando finalmente una dirección—. Tu mujer está cubierta de sangre. La hermana de mi esposa ha desaparecido,

probablemente esté muerta. Tu familia ni siquiera puede mantenerse unida. ¿Qué hay de claro aquí exactamente?

El gesto hacia la sala fracturada duele de verdad.

La impotencia es total. No puedo proteger a Isa de los Rosettis. No puedo justificar la sangre de the Lins. No puedo sanar la fractura familiar. El recuerdo de Efrén me atraviesa. La sangre de mi hermano sobre el pavimento mientras yo fregaba platos a tres manzanas de distancia, el fracaso que moldeó todo lo que vino después. Y ahora Isa está ahí de pie, cubierta de violencia, más allá de cualquier protección que yo pueda ofrecer.

Esto es lo que he temido desde aquella noche. Ser incapaz de proteger lo que importa. Mis manos ansían agarrarla, ponerla detrás de mí, interponerme entre ella y cualquier amenaza. Pero no puedo protegerla de lo que ya ha hecho.

Leonardo da un paso hacia ella—. Vienes con nosotros.

—No —la palabra se desprende de mí, gutural y posesiva. A pesar de todo lo que hay entre nosotros, a pesar de la confesión que destrozó su confianza, ella sigue siendo mía para protegerla—. ¿Y Leonardo? Tócala y te mostraré por qué el bajo mundo de Miami me llama el Rey. Tu sangre de Nueva York no te protegerá en mi ciudad.

Doy un paso, interponiendo mi cuerpo entre Leonardo e Isa.

Leonardo realmente se ríe. No divertido. Incrédulo—. ¿Crees que eso es una amenaza?

La realidad de mi impotencia me aplasta. Pero debajo de ella, hay una promesa. No puedo protegerla ahora, pero más tarde. Más tarde les haré pagar a todos por amenazarla, incluso si ella nunca me perdona por las mentiras. Los cálculos ya comienzan. A qué deudas apelar, a qué territorios presionar, cómo hacer que New York sangre por esto.

—Apártate, Adrian —dice Nico en voz baja, y la traición arde más que la impotencia—. Esto es más grande que tus sentimientos.

La tensión se estira hasta que el aire se siente quebradizo. La energía inquieta de Leonardo aumenta, esa naturaleza arrebatada de la que todo el mundo advertía alcanzando su masa crítica. Sus manos se cierran y se abren. Toda la sala contiene el aliento.

—Última oportunidad —me dice—. Muévete.

—Jamás.

El puño de Leonardo impacta en mi mandíbula antes de que lo vea venir. El golpe aterriza con fuerza, haciendo que mi cabeza se

gire hacia un lado y me haga tropezar contra la barra. Saboreo la sangre. Ella emite un sonido, tal vez de preocupación a pesar de todo lo que hay entre nosotros, tal vez solo de sorpresa, e incluso a través del dolor lo memorizo. Otro pedazo de ella que recordaré incluso si nunca me perdona.

La violencia lo rompe todo, transforma el punto muerto en algo peor. Detrás de Leonardo, Eleanor ni siquiera parpadea. Como si esperara esto. Sabe que su marido opera por impulso, golpea antes de pensar.

Me enderezo, tocando la sangre en mi boca.

—¡Basta! —la voz de Isa interrumpe, y mi polla salta inapropiadamente ante la orden que hay en ella, incluso ahora, incluso con todo roto entre nosotros.

Otro golpe, este en las costillas. Me doblo, el aliento escapa de golpe. No porque no pueda pelear. Sino porque devolver el golpe empeoraría todo. Convertiría esto de una confrontación en una guerra civil. Pero también porque Leonardo se mueve demasiado rápido, golpea por puro impulso. No puedes defenderte de un hombre que no sabe lo que va a hacer hasta que ya lo ha hecho.

Mis costillas gritan, pero memorizo el dolor. Cada golpe es una deuda que cobraré. Cada gota de sangre son intereses que se acumulan. Leonardo Rosetti acaba de convertirse en mi enemigo en mi propio dominio, y le haré entender lo que eso cuesta. Más tarde. Cuando vuelva a tener el control. Cuando pueda protegerla adecuadamente.

—Suficiente —dice Eleanor, y Leonardo realmente se detiene, con el pecho agitado—. Nos la llevamos. Ahora.

El golpe todavía late en mi mandíbula, en mis costillas. Prueba física de mi impotencia. Por ahora. Pero mientras los veo acercarse a Isa, mi Isa empapada en sangre que quizás nunca me perdone, la promesa arde a través del dolor. Creen que esto ha terminado. Creen que estoy derrotado.

No entienden que tocarla, que amenazarla, los convierte en hombres muertos que caminan por mi ciudad.

La violencia flota en el aire, todo ha pasado el punto de las palabras, más allá de cualquier control que yo pudiera haber reclamado. Pero mis ojos encuentran los de Isa a través del caos, y dejo que lo vea todo. Mi impotencia temporal, mi obsesión permanente, mi promesa de que esto no ha terminado. Aunque

nunca me perdone, aunque la verdad que confesé esta noche nos haya destruido para siempre, seguiré protegiéndola.

29 - Isa

Leonardo Rosetti se alza sobre Adrian, con sangre en los nudillos; Adrian se limpia la sangre de la boca donde recibió el golpe.

Lo capto todo de un vistazo. Adrian sigue de pie pero ensangrentado, la nariz le chorrea rojo, tiene sangre en los labios por el puñetazo de Leonardo, y este extraño con los puños aún apretados. Mi cuchillo encuentra su garganta antes de mi siguiente latido.

—Tócalo otra vez y pintaré este mármol con tu sangre —presiono la hoja más profundo, sintiendo su pulso saltar contra el acero—. Ya he matado a dos esta noche. Un tercero ni siquiera me hará parpadear.

La sala se congela a nuestro alrededor. El champán y el Chanel No. 5 no pueden enmascarar el aroma cobrizo de la sangre. La luz de cristal de los candelabros se refleja en mi cuchilla, lanzando diamantes a través de la garganta de Leonardo.

No me importa quién sea este hombre. No me importa el nombre Rosetti. Lastimó a Adrian, y esa es toda la información que necesito.

Adrian hace un sonido, tal vez mi nombre, pero no aparto la vista de la amenaza. Todos esos años de Adrian protegiéndome, matando por mí, velando por mí. Ahora yo soy la que tiene el cuchillo fuera, protegiéndolo a él. Incluso ensangrentado, incluso golpeado, parece un rey herido. La sangre se desliza desde su nariz como pintura de guerra. Cuando se toca la mandíbula donde Leonardo lo golpeó, su camisa se tensa sobre su pecho y, Dios, mi cuerpo todavía responde a él. Todavía lo desea.

El hombre bajo mi cuchillo tiene el cabello de un rojo oscuro salvaje, un traje costoso que grita dinero de New York, y el tipo de energía inquieta que lo hace vibrar incluso con el acero en su garganta. Sus ojos se dirigen a mis manos. A la sangre todavía húmeda que gotea de mis dedos, no de los suyos, ni de los de Adrian, sino de the Lins, pintando mi piel como si hubiera estado pintando con los dedos con ráfagas arteriales.

—La barman tiene colmillos —dice, hablando mientras mi cuchillo le saca sangre del cuello.

—Soy la mujer que está a punto de acabar contigo —cambio mi agarre, buscando un mejor ángulo. Mi mano se afirma en el cuchillo. Un tirón, un arco, y este hombre se convierte en carne. El pensamiento no me perturba. Canta a través de mi sangre como lo hicieron las muertes de the Lins. Ya he cruzado esa línea. ¿Qué es un cuerpo más?—. Dame una razón para no hacerlo.

Los labios del extraño se contraen, sin llegar a ser una sonrisa—. Porque mi esposa se disgustaría, y ya ha tenido una semana bastante mala.

—Isa, detente —la voz de Nico corta el enfrentamiento congelado y, de repente, él está allí, entrando en el caos con las manos visibles, sin aire de amenaza. El olor de su goma de mascar de canela se mezcla con el perfume caro y la sangre—. Es mi primo. Lastímalo y nunca dejarás de pagar por ello.

La amenaza surte efecto pero no cambia nada. Mi hoja se mantiene firme en la garganta de Leonardo mientras Nico sigue hablando, explicando en ese tono militar cuidadoso que usa cuando las situaciones necesitan calmarse. Toda la sala permanece congelada, nadie se atreve a moverse mientras sostengo el poder de New York a punta de cuchillo. En la esquina, la mano de La mano de Gunner descansa sobre su arma. Logan observa con esos ojos calculadores, midiendo las consecuencias.

—No me importa quién sea —las palabras salen tan afiladas como la hoja—. Él no toca lo que es mío.

La afirmación se escapa antes de que pueda detenerla, pero no la retiro. Incluso con todo roto entre nosotros, Adrian sigue siendo mío para protegerlo.

Las cejas de Leonardo se elevan ligeramente—. ¿Lo que es tuyo?

—Sí —la palabra sale plana, definitiva. Detrás de él, Eleanor observa con esos ojos azul hielo que podrían congelar el infierno, esperando a ver si realmente le abriré la garganta a su marido. La familia La Sirena se ha reunido en un semicírculo cuidadoso, el enfrentamiento congelado en su lugar, nadie se mueve, todos calculando probabilidades y consecuencias. El aire vibra con la violencia a punto de ocurrir.

Mi mano está tan apretada en el cuchillo que la empuñadura se clava en mi palma. El pulso de Leonardo palpita contra la hoja. Si se

mueve, si tan solo pienso que va a ir por Adrian de nuevo, lo abriré.

Leonardo no está luchando. En cambio, se limita a estudiarme, con los ojos planos y clínicos, y tengo la extraña sensación de que está midiendo mi rabia, notando cada contracción de mi mandíbula como si estuviera decidiendo si valgo la pena el problema.

Nico habla de nuevo, cambiando su peso, pero manteniéndose en mi línea de visión, con las palmas abiertas, una ofrenda de paz—. El enfrentamiento tiene que terminar. Todos estamos en el mismo bando aquí.

Quiero creer eso. Pero no lo hago. No con la forma en que Leonardo intentó llevarme con él. La forma en que miró a Adrian. No con la forma en que Adrian aprieta los dientes, con un ojo hinchándose. Quiero decirle a Nico que se vaya a la mierda y me deje hacer lo que hay que hacer.

—¿Lo estamos? —mi hoja no vacila—. Porque desde donde yo estoy, tu primo acaba de agredir a…

Me detengo. No puedo decirlo. «Mi amante» suena como un chiste ahora. «Mi protector» es un cuento de hadas. No digo nada, dejando la frase en el aire, y espero que el cuchillo hable por mí. Tal vez lo hace, porque los labios de Leonardo se curvan hacia arriba, apenas un poco, como si le pareciera divertida.

La tensión está a punto de estallar. Puedo sentir que se acerca.

Y entonces la puerta se abre de golpe, haciendo añicos toda esa tensión.

—Jesucristo, ¿nadie en esta ciudad contesta a su maldito teléfono?

La voz es imposible e inconfundible y, por una fracción de segundo, estoy segura de que finalmente me he quebrado, que el estrés y la matanza y la sangre han provocado un cortocircuito en mi cerebro y han conjurado un fantasma. Pero es real, y Juliet está en carne y hueso, parada en el umbral, descalza.

Está empapada. No solo mojada, sino empapada, como si se hubiera caído a la bahía y hubiera nadado hasta aquí. Con ropa. El agua hace que su cabello platino se vea fibroso y más oscuro, pegado a su cráneo como pintura fresca. Su maquillaje es un desastre, el rímel cae en rayas azules por sus mejillas, el lápiz labial corrido y deslavado. El agua del puerto gotea de ella, el olor a salitre corta el aire perfumado de La Sirena's.

Juliet asimila la escena. Un cuchillo en la garganta de Leonardo, Adrian sangrando, Eleanor congelada a mitad de un paso hacia ella. Se fija en mí al final, sosteniendo el cuchillo en el cuello de su cuñado, y su sonrisa —esa salvaje, maníaca, intrépida— se extiende por su rostro de una manera que me dan ganas de colapsar, reír y sollozar, todo al mismo tiempo.

Y se ríe. Realmente se ríe.

—Bueno, esto es dramático incluso para Miami —se aparta el cabello mojado de la cara, dejando rastros de agua por sus mejillas—. ¿Podría alguien tal vez no asesinar a nadie por cinco segundos y explicarme qué está pasando?

Sus palabras rompen el hechizo de la sala. Suceden una docena de cosas a la vez: la mano de Gunner se retira de su arma, Logan exhala, los hombros de Eleanor se relajan, la tensión de Leonardo se desvanece y Nico me mira, esperando a ver qué haré a continuación. Todo el universo se reduce al espacio entre la ropa empapada de Juliet y el cuchillo que sigo presionando contra el cuello de Leonardo.

Una risa húmeda y sorprendida brota de algún lugar dentro de mí. La presión que me ha mantenido unida toda la noche se rompe. Mi cuchillo cae de la garganta de Leonardo. No es una decisión consciente, simplemente mi mano se afloja mientras la culpa que me ha estado aplastando desde el puerto deportivo se disuelve como azúcar en la lluvia.

Está viva. No flotando en el puerto, ni torturada por Santiago, ni muerta por mi consejo de borracha. Viva y goteando agua del puerto sobre los suelos de La Sirena's.

Eleanor deja escapar un gemido y, de repente, se mueve, acercándose a su hermana en tres rápidos pasos—. Juliet, pensamos… cuando Isa llamó y dijo… —su voz se quiebra.

—¿Isa te contó de Santiago?

Juliet acepta el abrazo de su hermana, aunque hace una mueca al mojar el traje perfecto de Eleanor—. Tomé un bote para ir a enfrentarme con él, sí. Le pagué a un capitán sospechoso para que me llevara a la isla de ese psicópata. Pero cuando la vi, cuando vi el complejo real y me di cuenta de lo que estaba a punto de hacer, me acobardé.

Se aparta de Eleanor, dirigiéndose ahora a la sala—. Me quedé allí en la arena, por la parte de atrás de la isla, asustada, pero cuando me

di la vuelta, el capitán ya se había ido. Se largó de allí lo más rápido que pudo. Supongo que pensó que no era seguro, probablemente pensó que yo estaba loca.

—¿Entonces qué hiciste después? —pregunta Eleanor.

Juliet se encoge de hombros—. Me quedé por ahí un rato en la arena, pareciendo una idiota. O como el próximo objetivo de Santiago, más probablemente. Luego decidí buscar una canoa o algo así, para ver si podía remar a casa. Para cuando cayó la noche, no había encontrado nada, así que me escondí en un pequeño cobertizo y esperé hasta la mañana. El cobertizo del jardinero, supongo... y gracias a Dios, porque allí había agua embotellada, una caja de barras de proteína, incluso una manta doblada en el estante. Suerte. O soy más inteligente de lo que parezco. En fin, es la única razón por la que estoy aquí de pie en lugar de muerta por deshidratación en el cobertizo de herramientas de un psicópata.

—Dios mío —susurra alguien.

—Tenía la esperanza de que el capitán volviera y me rescatara, así que esperé otro día entero antes de darme cuenta de que eso no iba a suceder. Me saltaré la parte en la que pasé dos días preparándome psicológicamente para subir allí y llamar a su puerta. Adelanto: no lo hice. Resulta que soy exactamente tan valiente como todo el mundo cree que soy. En fin, al final decidí que tenía que nadar —señala su ropa empapada—. Tres millas en jeans de diseñador. No lo recomiendo. Además, dejé unas sandalias de cuatrocientos dólares en la playa de ese lunático, así que técnicamente Santiago Zayas me debe unos zapatos.

Sera aparece al lado de Juliet y le entrega una empanada y un vaso alto de agua en las manos.

—Oh, Sera, gracias —dice Juliet, dejándose caer en un taburete mientras Eleanor ayuda a mantenerla erguida.

—Tu bolso estaba flotando —mi voz sale ronca—. Encontré tu bolso en el puerto.

—Sí, se me cayó por la borda el primer día —escurre el agua de su camisa y su tono se vuelve serio—. Vaya enfrentamiento, ¿eh? Quería ser una valiente pero terminé siendo una cobarde, como siempre.

—No eres una cobarde —las palabras se desgarran de mi garganta mientras cruzo hacia ella, sacándola de los brazos de Eleanor para estrecharla en los míos. Está fría, mojada y temblando, pero viva, y la

abrazo con tanta fuerza que jadea. La amistad que construimos, improbable y real, sólida bajo mis manos.

—Lo siento —susurro contra su cabello mojado—. Nunca debí decirte que lo enfrentaras.

—Tenías razón, de todos modos —se aparta, con los ojos rojos pero feroces—. Necesitaba dejar de tener miedo. Yo solo… no pude hacerlo todavía.

Eleanor lleva a Juliet hacia la oficina, ya comportándose como una madre protectora con ropa seca y café caliente, y Leonardo hace llamadas para cancelar cualquier venganza que hubiera planeado.

Pero Eleanor se detiene a mi lado primero, lo suficientemente cerca como para que solo yo la escuche. De cerca es pequeña, impecable y más aterradora de lo que su marido podrá ser jamás.

—Tú misma nos llamaste. Dijiste la verdad y te quedaste quieta para lo que viniera —sus ojos sostienen los míos, una aritmética fría moviéndose detrás de ellos—. Esa es la única razón por la que esta noche termina en una conversación. Pero entiende esto, Isa Navarro. Miami llamó a New York en medio de la noche, y New York vino. Eso queda registrado ahora. Un día llamaremos nosotros… y cuando lo hagamos, la respuesta será sí.

No espera respuesta. Las reinas no lo hacen.

Leonardo se detiene frente a Adrian al salir, sin prisa, examinando la sangre que dejó en su rostro como un artesano comprobando su trabajo—. La próxima vez que alguien de la familia desaparezca en tu costa, empieza con la llamada telefónica —una pausa—. Y ponte hielo en eso.

Los demás se desvanecen en las sombras, dejándome parada en medio de La Sirena con sangre bajo las uñas y Adrian todavía allí, ensangrentado. La sangre de The Lins se ha oscurecido, descascarándose de mis muñecas donde ha empezado a secarse.

Adrian no se ha movido de donde Leonardo lo golpeó. La sangre todavía gotea de su nariz, y se toca la mandíbula donde ya se está formando un moretón. Me observa con esos ojos que lo ven todo y no revelan nada. Incluso ensangrentado, incluso golpeado, irradia esa atracción magnética que hace que mi cuerpo responda contra mi voluntad.

Cruzo hacia él, mis manos tiemblan mientras le toco la cara, comprobando los daños. Su nariz no está rota, solo ensangrentada. El moretón en su mandíbula ya se está oscureciendo. Leonardo

golpea fuerte, pero Adrian ha soportado cosas peores. Ambos lo hemos hecho.

—Pareces un desastre —le digo, usando mi manga para limpiar la sangre de su labio superior. Él me atrapa la muñeca, la sostiene. Su pulgar encuentra mi pulso, presionando donde martillea. Incluso ahora, incluso roto y ensangrentado, sigue mi ritmo cardíaco como si fuera su dueño. Tal vez lo es.

Luego lo estoy abrazando, apretándolo contra mí, este hombre que recibió una paliza por mí incluso cuando estamos rotos. Su colonia, tabaco y lima, se mezcla con el aroma cobrizo de la sangre. Mi cuerpo se enciende con un calor inapropiado. Él sangra por el puñetazo de Leonardo, yo estoy cubierta de la sangre de los padres de mi amiga muerta y, que Dios me ayude, lo quiero. Quiero reclamarlo aquí mismo, en el suelo de La Sirena's, que todos vean que es mío.

—Parece que has estado ocupada —su mirada viaja sobre mí, captando la sangre que no es suya. Su voz baja de tono, más ronca—. Hermosa.

—Los maté —la confesión cae simple y clara—. A The Lins. Los padres de Meiling. Te amenazaron. Amenazaron a La Sirena. Así que yo… —me detengo, pero él ya sabe el resto. Puede leerlo en la sangre bajo mis uñas.

—Me lo imaginé —calma absoluta. No fue un «lo hiciste para protegerme, así que está bien». Ni un «se lo merecían». Solo reconocimiento, como si le hubiera dicho algo que ya sabía—. Cuando entraste cubierta de sangre, lo imaginé.

La sencillez de su aceptación rompe algo en mí. El nudo en mi pecho que ha estado allí desde hace media vida, esa terrible certeza de que soy veneno, se afloja. Mis pulmones se expanden por completo por primera vez en años. Esto es lo que se siente al ser vista completamente y aun así ser deseada. Mi piel se sonroja con ello, un calor que no tiene nada que ver con la vergüenza y todo que ver con ser reclamada por alguien que sabe exactamente lo que soy.

Sin conmoción, sin juicio, sin intento de replantear lo que he hecho en algo noble. Solo Adrian, viendo exactamente lo que soy. Alguien que mata cuando se ve acorralado, que protege con violencia, que eligió su vida por sobre dos padres desconsolados. Y sin inmutarse.

El amor por el que he estado luchando me atraviesa como una fiebre que rompe. Mi pecho se abre, todo lo que he estado conteniendo desbordándose. Deseo, necesidad, la terrible ternura de ser vista. Mi cuerpo tiembla con ello, este revés que se siente como ahogarse y respirar a la vez.

—No me tienes miedo —me doy cuenta.

—Nunca te lo he tenido —sus dedos trazan mi mandíbula, dejando rastros de calor—. Nunca te lo tendré.

La ira que he estado cargando desde su confesión empieza a fracturarse. El miedo que me ha impulsado durante tanto tiempo, que si alguien realmente me viera, sabría que soy veneno, se disuelve ante la realidad de la mirada firme de Adrian. Él siempre lo ha sabido. Nunca importó.

Lo beso, saboreando sangre y bourbon, y él gime en mi boca. Mis manos enmarcan su rostro magullado mientras las suyas encuentran mi cintura, atrayéndome hacia él y arreglando todo lo roto entre nosotros. El beso es desesperado, posesivo, una promesa de que no hemos terminado. De que podemos salir de esto. Su lengua se desliza contra la mía.

Así es como salimos. Ensangrentados, dañados, pero escogiéndonos el uno al otro a pesar de todo.

30 - Adrian

El departamento de Isa se ve exactamente como esa primera mañana que entré sin permiso, antes de que ella supiera que yo existía como algo más que el cálido anfitrión en La Sirena. El orden preciso de todo, cada superficie limpia, cada objeto en su espacio designado. Ella cruza su puerta delante de mí, y yo la sigo al interior de este santuario que he violado tantas veces. Las cerraduras se activan detrás de nosotros con su resistencia familiar. Uno, dos, tres cerrojos deslizándose a su sitio.

El trayecto en auto hasta aquí fue silencioso, ambos procesando lo que pasó en La Sirena. El alivio de Eleanor al encontrar a Juliet viva. La sangre aún secándose en mi rostro donde Leonardo me golpeó. the Lins muertos por la mano de ella. Había entrado al bar cubierta con la sangre de ellos, habiéndome elegido a mí por encima de su furia justificada, habiendo dejado atrás sus cuerpos para encontrarme. Todo ello conduciendo a este momento, en el espacio donde primero la observé a través de las paredes, donde todo comenzó.

Una llamada, hecha desde la oficina trasera mientras Sera todavía estaba limpiando el temperamento de Leonardo de la barra. Para cuando las camionetas de los Rosettis se alejaron de la acera, el equipo de Miguel ya estaba dentro de la casa de Coral Gables con las persianas cerradas.

No es un trabajo complicado, solo minucioso. Su sangre restregada del suelo de madera donde se permitió que la de ellos se quedara. Su piel retirada de debajo de las uñas de la señora Lin. El atizador de nuevo en su soporte, la hoja larga y delgada colocada en la mano correcta, cada ángulo ajustado para contar la historia que el condado ya quiere creer: catorce años de dolor, un aniversario que se aproxima, un esposo que no pudo cargar con ello ni un paso más. El Dr. Osei firmará lo que yo necesite que firme. Siempre lo ha hecho. El archivo se cerrará antes de que los vecinos terminen de llevarse guisos unos a otros, y nadie leerá jamás más allá de la primera

página —porque yo escribí la primera página, y me he vuelto muy bueno en las primeras páginas.

La simetría del asunto no se me escapa. Hace catorce años fui el autor del final de la hija de los Lin. Esta noche fui el autor del de ellos. La historia de toda una familia, escrita como negro literario por mí —y no hay una forma cómoda de asimilar eso, así que no lo intento—. Se lo dije a Isa en la oficina, de forma seca y completa, como ella lo requiere ahora: *la casa está bajo control, así es como se hizo*. Escuchó cada palabra con esos ojos oscuros e inquebrantables y asintió una vez.

No me dio las gracias. Bien. No es algo por lo que se agradezca a alguien. Es algo que finalmente sabes de alguien, hasta la médula.

Se gira para enfrentarme en su cocina, rastros de rojo aún visibles bajo sus uñas a pesar de sus intentos por limpiarlas en el bar. Abro la boca, porque hay algo que he estado cargando desde el club, una última verdad con su nombre en ella.

Levanta una mano. Me detiene antes de que empiece.

—No —dice ella—. Yo primero.

Saca el cuchillo de su bota y lo pone sobre la encimera entre nosotros. Sin funda. Desnudo, a su alcance, sin apuntar a ninguno de los dos y apuntándonos a ambos. Luego se apoya contra el fregadero y me mira de la forma en que mira una cerradura que está a punto de probar.

—Catorce años, Adrian. Copias de mis llaves. Mi correo. Mis cerraduras, mi trabajo, mi departamento, mi pasaporte. —Su voz se mantiene nivelada, y esa calma es la parte aterradora—. Un hombre no observa algo durante catorce años sin quedarse con fragmentos de ello. Así que muéstrame. Lo que sea que guardes, donde sea que lo guardes. Muéstrame el resto.

Todo en mi interior se queda inmóvil.

Le he dado la verdad de la cantera. La verdad de las paredes, del sabotaje, de la vida escrita por encargo. Me paré en el Calypso Room y me abrí el pecho con ambas manos. Pero hay una cosa que nunca planeé mostrarle, en ninguna versión de ninguna confesión que haya ensayado jamás, y ella ha caminado directo a la puerta de ese secreto solo por instinto.

—Isa…

—Dijiste que no más máscaras. —Vuelve a tomar el cuchillo, no como una amenaza. Simplemente lo sostiene, de la manera en que

otras personas sostienen sus llaves—. Así que, o eso fue una actuación más, o me lo muestras.

La palabra que debería decir es *nada*. La palabra que sale es nada en absoluto. En cambio, me giro y la guío a través de la abertura que corté entre nuestros departamentos, fuera de su cocina limpia y luminosa y hacia el 4B, las habitaciones que tomé para verla dormir. Se me ocurre, al cruzar el umbral, que la estoy llevando por el medio de la pared contra la que solía presionar mi palma, rezando por la vibración de sus pasos. Ahora los pasos están detrás de mí, siguiéndome, armada.

En el dormitorio, me arrodillo ante el armario y quito el panel falso que instalé la semana que me mudé. Mis manos no están firmes. Mis manos están firmes cuando negocio con carteles, cuando sostengo la muñeca de un hombre contra el punto de trituración, cuando pongo una hoja entre las costillas. No están firmas ahora.

La caja se desliza hacia la luz de la lámpara. Sellada para el clima, de calidad de archivo, del tipo que usan los museos. La coloco sobre la cama como siempre la coloco sobre la cama, y luego me alejo de ella, porque ya no me corresponde abrirla. Nunca me correspondió. Ahí está toda la confesión, sentada en una caja.

—Ábrela —dice ella.

—Deberías…

—Ábrela, Adrian. Muéstramelo como te lo mostrarías a ti mismo. Cada uno. En orden.

Así que lo hago.

Levanto la tapa y los sobres están todos donde residen, cada uno etiquetado con mi letra, cada uno fechado. Saco el primero porque es el más antiguo, se lo extiendo y me obligo a decirlo con palabras llanas en lugar de bellas.

—Un agitador de café. Del primer Old Fashioned que me preparaste. Hace cinco años, tu tercer turno.

Ella toma el sobre. Lee la fecha en él con mi letra. No lo abre. Lo deja sobre la colcha y espera.

—Horquillas —digo, entregándole el siguiente—. Tres. Las pierdes sin darte cuenta. Yo me di cuenta. —Luego—: Un recibo de tu bodega. Compras de martes. Compraste limas y pagaste en efectivo y discutiste sobre el precio de nada con Ernesto porque discutir con Ernesto es la única charla trivial que te permites.

Sobre tras sobre. Ella lee cada etiqueta, coloca cada uno en fila sobre la cama, rectos como soldados, y no dice nada, y su nada es una habitación en la que no puedo ver. He imaginado que ella descubría esta caja mil veces. En las imaginaciones gritaba, o me cortaba, o la quemaba en el fregadero. Ni una sola vez imaginé esto: Isa manejando mi archivo de la manera en que maneja el inventario, contando la evidencia de mí.

Entonces llega al sobre de mayo.

Lee la etiqueta. *15 de mayo, 2 AM. La noche que dijo Lisboa.* Abre este. El algodón se desliza hacia su palma, el fantasma de su lápiz labial rojo oscuro todavía en él, y observo cómo lo comprende. Que estuve en su baño mientras ella dormía a seis metros de distancia. Que revisé lo que ella tiró. Que guardé la forma de su boca en un sobre como otros hombres guardan cartas.

—Di qué es —dice en voz baja—. En tus palabras. Las reales.

—Es el momento en que te quitaste la máscara —le digo. No me queda nada con qué suavizarlo—. A las dos de la mañana, sola frente a tu fregadero, limpiándote la cara que le muestras al mundo. A nadie se le permitió ver eso jamás. Así que guardé la prueba de que sucedió.

El silencio se alarga lo suficiente como para que oiga el zumbido del refrigerador a través de la pared. Su pared. Nuestra pared.

—Entiendes lo que es esto —dice finalmente. No es una pregunta —. No el café. No el dije. Esto. —Vuelve a dejar el algodón en su sobre con una delicadeza que me desgarra—. Esta caja es lo más real que posees.

—Sí.

—Bien. —Coloca el sobre en la fila con los demás—. Entonces vamos a hacer las cuentas aquí, donde no puedes adornarlo. Todo, Adrian. Cada hilo que hayas sostenido y que no hayas nombrado todavía. Todo el libro contable, esta noche. —Levanta la vista, y sus ojos tienen ese tono oscuro y plano que adquieren antes de la violencia—. Y entiende los términos. Si alguna vez encuentro uno que no nombraste —una llave, un favor, un hombre en una esquina—, me habré ido. No como en Lisboa. Ida de una forma que ni siquiera tú puedas seguir. Sabes que sé cómo.

Y ahí está. La única amenaza en el mundo con dientes. No el cuchillo en la encimera, no los Rosettis, no una bala. Ella, sustraída. Ha encontrado la única ventaja que ha existido jamás sobre mí y la

está usando con la economía de una barman, y que Dios me ayude, mi pecho se inunda con algo que es mitad terror y mitad orgullo. Mi chica letal. Por supuesto que lo encontraría.

Así que le doy el libro contable.

—Llaves de este edificio, de cada unidad, y de tu antiguo lugar antes de este. Tu correo ha pasado por un servicio de escaneo desde el segundo año; lo leo antes que tú. Miguel en la oficina de pasaportes. Rafael en el registro del condado. La bodega, el aparcacoches del Carlisle, la mujer con el camión de comida en Collins… me avisan cuando pasas, creen que es el flechazo de un hombre rico. Tu mecánico me llama antes que a ti y he pagado la mitad de cada reparación desde tu bomba de agua. La doctora que crees que te recomendó tu antiguo jefe… yo la elegí. Logan ajusta el horario en torno a tus malos aniversarios y nunca ha sabido por qué se lo pedí. La venta de garaje con tus utensilios de bar. Sophia en Manhattan. La talla del vestido, el Sancerre, la mesa en Ariele reservada el día después de que dijeras Lisboa por primera vez. —Sigo adelante hasta que la habitación está llena de ello, cada cable y cada mano, catorce años de arquitectura expuestos sobre una cama, y cuando finalmente me quedo vacío, me siento como un edificio al que le han quitado las paredes. Nada oculto. Nada que gestionar. Solo la maquinaria, expuesta, y ella mirándolo todo.

Se queda callada un largo momento. Uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho… puedo verla contando, el viejo ritmo moviéndose a través de ella como una marea que se retira.

—Así es como funciona ahora —dice—. No vas a dejar de ser lo que eres. No estoy pidiendo eso. Maté a dos personas esta noche por ti; sé exactamente lo que elegí. —Su voz no vacila—. Pero la autoría se terminó. Si quieres mover una pieza de mi vida, vienes a mí primero y preguntas. En voz alta. Con palabras. —Una pausa—. Puede que incluso diga que sí. Esa es la parte que nunca intentaste.

—¿Y si cometo un error? —pregunto, porque he terminado de mentirle y conozco mis propias limitaciones.

—Entonces me dirás que cometiste un error. El mismo día. —Su boca se curva, y no hay nada suave en ella—. Te confiesas conmigo ahora, Adrian. No a una pared. Ese es todo el acuerdo.

—Sí —digo, y la palabra sale como un voto porque lo es.

Ella asiente una vez, asunto concluido, y creo que hemos terminado. Me acerco para cerrar la caja.

—No. —Su mano cubre la mía en la tapa—. No está terminado. Le falta algo.

Se acerca mucho, más cerca de lo que ha estado desde el club, y toma el cuchillo de donde lo dejó sobre la cama. La hoja sube hasta mi garganta y mi pulso salta a su encuentro, el viejo beso familiar de su acero… y luego se desliza bajo la cadena de oro que he llevado en mi cuello desde que ella me conoce. Gira el filo. Los eslabones se parten con un sonido demasiado pequeño para lo que representa, y la cadena se desliza tibia fuera de mi cuello y hacia su palma que espera.

Me quedo muy quieto. Todo el que ha conocido a Adrian Marín ha conocido esa cadena. Es parte del disfraz, parte del Rey, una pieza más del hombre que construí para ponerse delante del hombre que soy. Y ella acaba de cortármela con los mismos ocho centímetros de acero que ha sostenido en mi garganta desde el principio.

La enrolla en un sobre vacío de la provisión de la caja. Luego toma el bolígrafo del compartimento de la tapa —por supuesto que vio el bolígrafo, lo ve todo— y escribe la etiqueta reflejando mi propia convención, con la fecha primero:

La noche de la sangre.

Coloca el sobre en la fila con el resto de ellos. Su lápiz labial y mi cadena, archivados uno al lado del otro en el archivo de nosotros.

—No vas a ser el único que guarde cosas —dice—. Y esto ya no vive en una pared. —Cierra la tapa, levanta la caja y la lleva a través de la abertura hacia su propio departamento, y yo la sigo como siempre la he seguido, excepto que ahora ella sabe que estoy ahí. La coloca en el estante sobre su banco de trabajo, entre los destornilladores de joyero y la bandeja de piezas de reloj, a plena vista de toda la habitación. Donde las cosas rotas se arreglan. Donde ella pueda verla todos los días.

Siento mi garganta desnuda.

Se aleja del estante y lo mira, y algo en sus hombros se relaja, algún peso largamente cargado se redistribuye, y comprendo que acabo de ser reclamado. No perdonado: reclamado. La diferencia importa y pasaré el resto de mi vida aprendiéndola.

—Ahora —dice, girándose hacia mí, con sangre bajo las uñas y sus ojos oscuros fijos en los míos—. Ibas a decirme algo. En la cocina. Lo has estado guardando desde el club.

Así es. La última pieza. La mentira más antigua que poseo —más antigua que la caja, más antigua que las paredes—, la que me he dicho a mí mismo desde la noche en que ella dijo Lisboa por primera vez, y es hora de que me escuche deshacerla.

—Sí —digo—. Ven aquí, mi amor. Esta deberías escucharla de cerca.

31 - Adrian

—Agua primero —Isa va a la cocina, se sirve un vaso alto y se bebe cada gota antes de darse la vuelta para enfrentarme. Sus ojos oscuros encuentran los míos con esa evaluación aguda, esperando—. ¿Qué es lo que tienes que decirme? —pregunta.

Mi voz sale más ronca de lo que pretendía—. Sé que he hecho algunas cosas terribles para protegerte. Y solía decirme a mí mismo que te dejaría ir si era lo que necesitabas.

Ella levanta ligeramente las cejas, pero se mantiene en silencio.

—Esa fue la mentira más grande que jamás me dije —la confesión final se libera como cristal a través de la piel—. Nunca te dejaría ir, Isa. Ni aunque lo suplicaras. Ni aunque huyeras hasta los confines de la tierra. Ni siquiera si mantenerte a mi lado nos destruyera a ambos. Mataría a cualquiera que intentara arrebatarte de mi lado. Incendiaría ciudades. Iniciaría guerras. Eres mía de una manera que los juramentos de sangre y los límites territoriales nunca podrían tocar.

La confesión queda suspendida entre nosotros, cruda y sin adornos. Ya no más pretender que soy el hombre cálido que trae café por amabilidad. Ya no más ocultar la jaula tras la preocupación por su seguridad. Solo el monstruo honesto que la conservaría sin importar el costo.

—He sido dos hombres desde el día en que te conocí. El anfitrión encantador que todos conocen, y la cosa debajo que observa a través de las paredes —mis manos tiemblan ligeramente mientras me acerco, lo suficiente para olerla. Jabón limpio mezclado con el perfume persistente de La Sirena y el sabor metálico de la sangre—. Pero ambos soy yo. La calidez es real, y también lo es la posesión. He terminado de usar máscaras, de fingir que soy algo distinto al hombre que te enjaularía para siempre antes que perderte.

Ella me estudia durante un largo momento, dándole vueltas al asunto de la misma forma en que le da vueltas a una hoja. El hombre

que la acosó, que construyó su vida sin permiso, que acaba de admitir que nunca la liberaría sin importar qué.

—Bien —la palabra sale como un suspiro de alivio, sus hombros caen como si hubiera estado esperando toda su vida para escuchar a alguien admitir que nunca la dejaría ir.

Me quedo congelado, incapaz de creer que ella esté aceptando esto. La peor verdad sobre lo que soy, y ella la está eligiendo.

—¿Bien? —mi voz se quiebra ligeramente al decir la palabra.

—Pareces sorprendido —dice ella, acercándose más, lo suficiente como para que sienta el calor que irradia de su piel—. ¿Pensaste que quería algo seguro, Adrian? ¿Algo domesticado?

—Pensé…

—Pensaste mal —sus uñas manchadas de sangre recorren mi pecho, encontrando el moretón que dejó Leonardo, presionando con la fuerza justa para que duela—. He pasado demasiados años creyendo que destruyo todo lo que toco. Necesito a alguien que no pueda ser destruido. Alguien tan peligroso como yo.

Se presiona más contra mí, y siento que mi control comienza a fracturarse—. No quiero al hombre que me dejaría ir —continúa, su voz bajando a un tono más oscuro—. Quiero al que derribaría el mundo antes de soltarme. Así que demuéstralo, Adrian. Muéstrame que eres realmente el monstruo que dices ser.

El desafío en su voz hace que mi verga se endurezca al instante, presionando contra mi pantalón con una necesidad desesperada. Está poniendo a prueba si lo digo en serio, si la jaula es real o solo más palabras bonitas envueltas en encanto.

—¿Demostrarlo? —la agarro de la muñeca, sintiendo su pulso acelerado bajo mi pulgar como un pájaro atrapado.

—Dices que nunca me dejarías ir. Que eres esta cosa posesiva que me posee —se presiona aún más, hasta que siento cada curva de su cuerpo contra el mío, sus pezones duros contra mi pecho a través de nuestra ropa—. Pero sigues ahí parado teniendo cuidado conmigo. ¿Dónde está el hombre que taladró agujeros en mi pared? ¿El que me encerró en su departamento?

Mi control se rompe como un hilo de algodón.

La agarro de la cintura y la levanto, llevándola hacia la mesa del comedor, donde yacen varios de mis dibujos para colorear, a medio terminar. Los diseños botánicos en los que pasé horas

perfeccionando, sin cruzar nunca una línea, cada degradado construido con precisión obsesiva.

—Espera —dice ella, haciendo el amago de apartar las páginas perfectas del camino.

Su mano descansa sobre un mándala que me tomó tres meses.

La agarro de la mano, con brusquedad, deteniéndola—. No. Mira cómo los arruino por ti.

La beso con fuerza, presionando su espalda contra la mesa mientras las páginas se mueven y se arrugan. Años de mantener todo dentro de bordes cuidadosos, y ahora los estoy destruyendo por la mujer que hace que todo mi control no tenga sentido.

Caemos juntos sobre la mesa y escucho el sonido distintivo del papel desgarrándose bajo nosotros. Agudo y final.

—Tus dibujos —jadea ella contra mi boca, pero ya le estoy quitando la camisa, sin importarme qué más se rasgue bajo nosotros. La tela se engancha en la sangre seca de su piel.

—A la mierda los dibujos —mis manos encuentran su piel, todavía pegajosa por la sangre seca, y la sensación de violencia en su carne mientras destruyo mis cosas perfectas envía calor directo a mi verga —. A la mierda las líneas que he mantenido con tanto cuidado. A la mierda el control que me ha impedido tener esto.

Más papeles se arrugan y se desgarran mientras la desnudo por completo. Sus jeans se resisten, pero los quiero fuera, así que tiro hasta que los dientes de la cremallera se separan y el denim se desprende de sus piernas, exponiéndola por completo ante mí. La ropa interior de Isa está casi transparente por la humedad, la prueba de ello ya empapa mis manos mientras la deslizo hacia abajo. Los lápices de colores se dispersan y ruedan fuera de la mesa como balas de un cargador derramado. Uno se rompe bajo mi rodilla mientras me muevo para separar sus muslos, la madera astillándose con un crujido de hueso.

Ella se estremece cuando me coloco entre sus rodillas, un tobillo enganchado sobre mi hombro, el otro rodeando mi cadera, y ella arrastra sus uñas por mi pulso, marcando líneas brillantes a lo largo de mi garganta.

—Todavía estás sorprendido de que quiera esto —dice, sin aliento, con la voz cargada de risa y hambre a la vez. Sus manos se cierran en mi cabello y tiran de mi cabeza hacia arriba para que nuestras miradas se crucen—. ¿Crees que eres el único que rompe cosas?

—Mírate —raspo, trazando su hendidura con la punta del dedo para luego hundirme en su interior—. Estás empapada. Quieres que te arruine —añado otro dedo, luego un tercero, y sus caderas se elevan de la mesa, ansiando más. El estiramiento la hace parpadear, con las pupilas dilatadas, su boca abriéndose en un jadeo silencioso.

Se arquea contra mí y otra página se rasga completamente por la mitad. El sonido llena el departamento como un aplauso. Mi obra maestra, el mándala en el que he estado trabajando durante tres meses, partiéndose justo por su centro perfecto. El sonido podría haberme horrorizado una vez, pero en cambio presiono mi peso sobre ella, sintiendo el caos, la destrucción, la prueba de que nada de lo que he hecho con mis manos importa tanto como la mujer que se retuerce contra ellas.

—Adrian —gime mientras deslizo dos dedos dentro de su coño, encontrando que ella ya se aprieta a mi alrededor—. Joder, necesito…

—Dime exactamente qué quieres —ordeno, curvando mis dedos dentro de ella, con el pulgar rodeando su clítoris hinchado—. Dime qué necesitas de tu monstruo.

—Te quiero de rodillas —sisea contra mi boca—. Cómeme hasta que no pueda mantenerme en pie. Arruina todas tus páginas bonitas. Fóllame tan duro que olvide mi propio nombre.

Agarro sus muslos y la tiro hacia el borde de la mesa, con más páginas rasgándose debajo de ella, y caigo de rodillas. Entierro mi rostro en ella, mi lengua trazando la costura entre la violencia y la vulnerabilidad, y saboreo su excitación, sal y dulzura. El primer sabor de ella deshace algo en mí. No porque esté mojada —aunque lo está, empapada, su flujo ya está en mi mentón antes de que apenas haya comenzado— sino por la sangre seca que aún tiene en la piel de the Lins. Ella mató por mí. Caminó a través de la sangre para encontrarme.

Gruño contra ella, mi lengua pasando por su clítoris para luego aplanarse y lamerla con pasadas largas y castigadoras. Ella aprieta mi cabello, tira tan fuerte que el dolor se convierte en placer, y se frota contra mi boca, buscando su propia aniquilación.

—Justo ahí —jadea—. No me sueltes. No me dejes ir, carajo—.

No lo hago. La trabajo con la misma precisión obsesiva que una vez dediqué a cada línea y degradado cuidadoso, excepto que ahora la uso para destruirla. La trabajo con un hambre desesperada, mi lengua rodeando su clítoris mientras mis dedos bombean dentro de

su coño. Sabe a los fuegos del infierno, su humedad gotea por mi barbilla mientras me doy un festín con ella.

Se corre con un grito, todo su cuerpo convulsionando, sus muslos trabados como una prensa alrededor de mi cabeza. Pero no me detengo. Sigo lamiendo, sigo succionando, sigo trabajándola, y cuando intenta apartarme, la agarro con más fuerza, mi nariz presionada contra su clítoris, la lengua clavada en su interior como si pudiera alcanzar su alma y devorarla.

—Adrian —se ahoga ella—, no puedo—.

—Vas a aceptar cada maldita cosa que te dé —gruño, y ella se hace pedazos de nuevo, esta vez con un sollozo crudo y desesperado. Su humedad inunda mi boca y trago, sin perder ni una gota. Si pudiera abrir mi pecho y dejar que se metiera dentro, lo haría.

Cuando finalmente me pongo de pie, mi cara está resbaladiza por ella, mi boca en carne viva, mi verga un dolor brutal tras mi cremallera. Está desparramada sobre la mesa, sus extremidades tiemblan, sus ojos vidriosos con algo cercano al asombro. Pequeños trozos de arte roto se pegan a su espalda, confeti en su cabello, y sé que nunca podrá mirar este departamento sin recordar este momento.

Deslizo mis manos por sus muslos, sobre sus caderas, y la volteo sobre su estómago. —Manos sobre la mesa —digo, con la voz convertida en grava.

Obedece de inmediato, poniéndose boca abajo y apoyándose en la mesa. La posición deja su trasero a la vista, perfecto, su coño reluciente e hinchado por mi boca.

Aflojo mi cinturón, el tintineo metálico resuena en el silencio en ruinas, y libero mi verga. Está tan dura que duele, el líquido preseminal ya lubrica la punta, y la froto a lo largo de sus pliegues, provocándola, alargando la anticipación.

—¿Es esto lo que querías? —pregunto, frotando la cabeza de mi verga a través de su humedad, tentándola—. ¿Al hombre que nunca te dejaría ir?

—Sí —gime, empujando hacia atrás contra mí—. Fóllame, Adrian. Muéstrame que soy tuya.

La penetro de una estocada brutal, enterrándome hasta el fondo. Ambos gruñimos ante la conexión. Está caliente, estrecha, cada centímetro de ella apretándose a mi alrededor, y la sensación es tan intensa que casi pierdo el control de inmediato. Pero quiero que ella

recuerde esto; que recuerde al hombre que destruiría su propia vida solo por mantenerla en ella.

La tomo con fuerza, castigándola, mis caderas golpeando contra su trasero, la mesa estremeciéndose bajo cada embestida. Quiero dejarle marcas, marcarla como mía tan profundamente que lo sienta durante semanas. Mis manos magullan sus caderas, mis uñas hunden medias lunas en su piel, y ella lo acepta todo, devolviendo las embestidas con igual ferocidad, desafiándome a darle más. La mesa cruje bajo el asalto.

—Esto es lo que eres —gruño, apretando sus caderas con la fuerza suficiente para dejar moretones—. Mía. Mi chica perfecta y peligrosa que mata por mí.

—Tuya —jadea, recibiendo mis estocadas—. Siempre jodidamente tuya.

La mesa finalmente cede con un estallido, una pata se astilla y caemos al suelo en un desastre de papel roto y madera quebrada. No nos detenemos. La pongo de espaldas en medio de la destrucción y me deslizo de nuevo dentro de ella, necesitando ver su rostro.

Ella sonríe, sangrienta y feroz.

—Amas esto —susurra, y no es una pregunta.

Me hundo en ella, con las manos en su garganta, el pulgar acariciando el pulso que aletea frenético y vivo.

—Te amo —digo, y es la cosa más verdadera que jamás he pronunciado.

Enreda sus piernas alrededor de mi cintura, atrayéndome más profundo, sus uñas arañando mi espalda. —Tengo que decirte algo —dice mientras la penetro, con las piernas alrededor de mi cintura.

—Dime —me inclino para capturar su boca, saboreándome en sus labios.

—Te amo —las palabras salen claras y seguras entre las estocadas, atravesándome más afiladas que cualquier cuchilla. Todo mi cuerpo se pone rígido, mi verga pulsa dentro de ella—. Eres un maldito imbécil que toma demasiado, que lo toma todo, un completo maniático del control, pero lo quiero todo. Me encanta. Te amo, Adrian.

Mi pecho se abre. Mi chica finalmente sabe la verdad. Ella me pertenece y yo le pertenezco a ella.

—Dilo de nuevo —exijo, empujando más profundo, más fuerte, necesitando escucharlo, creerlo.

—Te amo —gime, su coño apretándose mientras ambos nos acercamos al borde—. Te amo, carajo, Adrian. Amo al monstruo que eres.

—Joder, Isa.

Algo en mí cede por completo. Mi ritmo vacila, pierde su brutalidad, se convierte en algo más; menos castigo, más como ahogarse. Presiono mi frente contra la suya y me corro con su nombre en mi garganta, no un gruñido sino algo más crudo, más antiguo que las palabras. Ella me sigue al borde con un sonido que es casi un sollozo, sus uñas encontrando mi espalda no para arañar, sino para sostener.

Terminamos en el suelo entre los restos de tres meses de trabajo cuidadoso. Una esquina rota del mándala está pegada a su hombro. No se la quito. Nuestra respiración se ralentiza. En algún lugar del departamento, un lápiz de color rueda por algo y golpea el suelo.

Después de que nuestra respiración se calma, ella se mueve debajo de mí, mi verga ablandándose todavía en su interior, mi semen filtrándose a su alrededor. —Deberíamos marcar esto —dice, todavía con voz ronca—. Hacerlo permanente.

—¿Cómo?

Ella me aparta suavemente y observo cómo mi semen gotea por sus muslos mientras se levanta. La vista hace que mi verga se mueva con renovado interés. Regresa con un bolígrafo, un pequeño cuenco y un cuchillo afilado de su cocina, gloriosamente desnuda y marcada con mi semilla.

—Dame tu muñeca.

Extiendo mi brazo sin dudarlo, observando su rostro mientras trabaja. Abre el bolígrafo y vierte la tinta en el pequeño cuenco. Luego sumerge la punta afilada del cuchillo en la tinta y comienza a marcar mi piel con ella, presionando con la fuerza suficiente para que el cuchillo abra pequeños surcos en mi piel.

El tatuaje rudimentario escuece mientras ella lo graba. Una pequeña cuchilla en la parte interna de mi muñeca. El dolor es inmediato y perfecto, el calor se extiende por mi brazo. Mi verga se endurece por completo de nuevo ante la intimidad del acto, ante ella marcándome como suyo.

—Porque yo soy La Cuchilla —dice simplemente, presionando el cuchillo con más fuerza—. Ahora me llevarás contigo para siempre.

Cuando termina, le quito los implementos, con manos firmes a pesar de las pulsaciones en mi muñeca y mi renovada excitación. —Tu turno.

Ella ofrece su muñeca sin dudarlo, la que ya tiene el tatuaje de la llave.

—¿Quieres que tatúe sobre la llave?

Niega con la cabeza. —No puedo reemplazar mi dolor, Adrian. Pero puedo aprender a llevar el amor a su lado.

Trabajo con cuidado, añadiendo una pequeña corona junto a la marca existente. Mi apodo, el Rey, yendo justo al lado de la llave de Meiling que siempre ha llevado. El cuchillo manchado se clava en su piel perfecta, la sangre brota en pequeñas gotas.

Mientras trabajo, ella no se inmuta, solo observa cómo nuestro futuro se graba en su piel junto a su pasado.

Las marcas laten al ritmo de nuestros corazones. La atraigo contra mí, ambos desnudos y marcados, mi verga presionando contra su estómago, ya dura de nuevo por la intimidad de lo que acabamos de hacer.

—mi amor —gruño contra su boca.

—Sí —asiente ella, buscando entre nosotros para acariciar mi verga—. Y viceversa. Que no se te olvide.

Ya nos estamos moviendo hacia su dormitorio, incapaces de dejar de tocarnos. Esto no ha terminado. No terminará en horas, tal vez días. Hemos atravesado cada barrera, y ahora no queda nada más que la verdad y la piel y la hermosa violencia de ser exactamente lo que somos.

32 - Isa

El suelo de mármol de Roth & Associates refleja nuestros pasos como si fuera agua, frío y perfecto. Aprieto la carpeta de manila contra mi pecho. Cada papel en su interior quema. Los maté, y ahora estoy regalando todo lo que poseían como si eso pudiera, de alguna manera, equilibrar la balanza.

—No hace falta que vengan —digo por tercera vez desde que Marisol y Nico aparecieron en la puerta de mi departamento esta mañana, después de que Adrian se fuera por café; su presencia hace que mi piel se erice con los recuerdos de sus acusaciones—. Puedo encargarme de esto sola.

—Por supuesto que puedes —dice Marisol, con sus ojos color miel brillantes—. Pero vendremos de todos modos. Considéralo apoyo moral. O apoyo inmoral. Lo que necesites.

Nico no dice nada, solo nos sigue con esa precisión militar que hace que cada movimiento sea deliberado. Su mano descansa cerca de su cadera, un viejo hábito de un hombre que ha matado a más personas de las que este abogado tiene como clientes. La forma en que se posicionó entre la calle y yo cuando caminamos hacia aquí, la forma en que revisó las salidas al entrar. Una protección que no pedí, de parte de personas que me llamaron un lastre hace apenas unos días.

Adrian habría insistido en venir, se habría quedado detrás de mí con esa mano posesiva en mi espalda baja, y su colonia me habría dificultado pensar con claridad. Pero le dije que necesitaba hacer esto sola, y por una vez, después de todo lo que hemos pasado, tras todas sus promesas de no dejarme ir jamás, me concedió este espacio. No fue fácil, no fue sin esa resistencia de mandíbula tensa que conozco tan bien, pero lo hizo. Su ausencia se siente mal, como un diente perdido que mi lengua no deja de buscar.

La oficina del abogado se alza frente a nosotros, toda de vidrio y cromo, con esa clase de silencio que el dinero compra. Dos hombres con trajes caros esperan en el vestíbulo cuando llegamos. No son

abogados, ni clientes. Son el tipo de hombres que hacen que la mano de la recepcionista flote cerca del botón de pánico. Un sutil movimiento de cabeza de Nico hace que se relajen. Sus hombres. Siguiendo protegiéndome incluso después de todo.

—El Sr. Roth la atenderá en breve —dice la recepcionista; su calma es de esa clase que surge de ver pasar por estas puertas a gente peor que nosotros.

Quiero que se vayan. Esto es lo más privado que he hecho jamás: canalizar el patrimonio de las personas que maté hacia algo que pueda significar algo. Tener testigos se siente insoportable, especialmente estos testigos que me vieron entrar cubierta con la sangre de the Lins, que saben exactamente qué clase de monstruo habita bajo mi control.

—La cita es en cinco minutos —digo, intentándolo una vez más, con la voz quebrándose ligeramente—. De verdad no necesitan…

—Nos quedamos —interrumpe Nico, con esa voz que tiene el filo necesario para terminar cualquier discusión.

La carpeta quema con más fuerza en mis manos. Dentro, cada documento necesario para desviar una herencia vacante hacia la caridad. dinero manchado de sangre transformado en algo más, aunque no en redención. No soy tan estúpida como para pensar que el papeleo puede comprar eso.

La sala de espera huele a cuero. El aire acondicionado está demasiado frío, erizándome la piel de los brazos y haciéndome sumamente consciente de cada centímetro de piel expuesta. Nos sentamos en sillas mullidas, ninguno se mira entre sí.

Marisol no puede soportarlo. Nunca pudo soportar el silencio.

—Esa pintura parece como si alguien hubiera estornudado pintura dorada sobre el lienzo —dice, señalando una pieza abstracta con un brillo forzado—. Apuesto a que pagaron treinta mil por ella. Treinta mil por un estornudo.

No le doy nada. Solo me quedo mirando mis manos, la carpeta que contiene todo a lo que estoy a punto de renunciar con mi firma. Mis dedos tiemblan ligeramente. Los presiono contra mis muslos.

—Y estas revistas —continúa, tomando una con energía maníaca —. ¿Quién lee realmente 'Yacht Quarterly'? «Oh, querida, simplemente debo conocer lo último en tendencias de yates». Como si los barcos cambiaran por temporada. «Querida, ¿ese es el yate del

año pasado? Qué gauche. Todo el mundo sabe que esta temporada se trata de baupreses agresivos y ojos de buey criticones».

Nico se mueve ligeramente en su silla y el cuero cruje. Eso es todo. Solo un movimiento que indica que está escuchando sin participar, buscando amenazas incluso aquí.

—La recepcionista definitivamente ha matado a alguien —susurra Marisol con fuerza, su voz subiendo de tono por la desesperación—. Mírala. Ese nivel de calma solo viene de saber dónde están enterrados los cuerpos. Literalmente. Probablemente tenga una hoja de cálculo. «Martes: esconder cadáver. Miércoles: cita con el dentista».

Las bromas caen al vacío, golpeando el suelo como cristal roto. Cuerpos. Matar. Las palabras cuelgan ahí, demasiado cerca de lo que todos sabemos. The Lins en su sala de estar, la sangre extendiéndose por la madera, el sonido húmedo cuando saqué mi cuchillo. El silencio que sigue no es solo quietud. Es el sonido del total fracaso de la distracción de Marisol.

Ella abre la boca para decir algo más, probablemente otra broma, pero no sale nada. El humor ya no puede cubrir lo que hay entre nosotros. Ella llamándome una bomba a punto de estallar, Nico eligiendo su sangre por sobre nosotros, todo eso presionando como la humedad que espera afuera.

—El Sr. Roth los recibirá ahora —dice la recepcionista, y todos nos ponemos de pie demasiado rápido, agradecidos por el escape.

La sala de conferencias tiene ventanales que dan al centro de Miami. El Sr. Roth se sienta al otro lado de la mesa de caoba, con los papeles en una pila ordenada junto a su mano derecha. Somos monstruos fingiendo ser civilizados, firmando papeles como si la sangre no siguiera manchando nuestras manos.

—El Sr. Rosetti ya se ha encargado del trabajo preliminar —dice el abogado, y mis ojos se disparan hacia Nico—. Una investigación cerrada y la ausencia de herederos sobrevivientes simplifican considerablemente el proceso sucesorio —añade el Sr. Roth, barajando su pila ordenada—. El tribunal aceleró la administración. Francamente, nunca he visto un patrimonio de este tamaño liquidarse tan rápido.

Investigación cerrada. Las palabras caen en mi estómago como piedras arrojadas a un pozo. Sé exactamente qué la cerró, y quién. Sus huellas no están en ninguna parte del archivo, del mismo modo

que no han estado en nada durante catorce años. La historia oficial ya es pública: el dolor terminó lo que empezó. Un esposo, un cuchillo, un aniversario. Los vecinos están dejando flores en el porche donde me arrodillé y confesé.

Nico no reacciona, solo mantiene esa postura firme. Pero ahora lo veo. Él encontró al abogado, despejó el camino legal, hizo posible que un patrimonio vacante fuera a donde yo quiero en lugar de al estado. Hizo todo eso antes de que yo lo pidiera. Antes de que siquiera supiera que era posible.

—El fondo se establecerá a nombre de Meiling Lin —continúa el Sr. Roth, y escuchar su nombre en esta sala estéril hace que se me oprima el pecho. Me dificulta respirar—. Brindará un futuro a niñas de entre catorce y dieciocho años. Becas completas, gastos de manutención, oportunidades.

Mis dedos buscan el tatuaje de la llave en mi muñeca sin pensar, presionando con la fuerza suficiente para sentir el hueso debajo. La pluma no pesa nada, pero siento el fantasma de esa pequeña llave del diario que llevaba Meiling. La que se suponía que abriría nuestros futuros. Ahora su nombre abrirá futuros para niñas que nunca sabrán cómo murió, que nunca sabrán que mis manos fueron las que… No. No puedo terminar ese pensamiento. Aquí no.

—Firme aquí —dice el Sr. Roth, deslizando los papeles.

Mi firma se ve mal, temblorosa, como si alguien más estuviera sosteniendo la pluma. Firmo. Cada página, cada línea que entrega aquello por lo que maté. Ni un centavo para mí. Mi nombre no aparece en ninguna parte excepto como la firmante. Es el nombre de Meiling el que importa, el fondo de Meiling, la memoria de Meiling convertida en algo que podría ayudar a alguien en algún lugar.

La amarga ironía de esto se asienta en mi pecho como cristal añicos. Estoy fundando un memorial para una niña a la que maté, usando dinero de los padres a los que también maté. La expiación no tiene sentido. Pero es todo lo que tengo para dar.

Marisol y Nico son testigos de la verdad de lo que estoy haciendo. Me ven renunciar a cada centavo de lo que costó esa noche, sin tomar nada para mí. Vinieron esperando papeleo. Están viendo quién soy realmente, aunque no sé cómo se ve eso a través de sus ojos. Alguien que intenta cuadrar cuentas que nunca cuadrarán. Alguien que mató por la familia y no se beneficiará de ello.

Roth se inclina hacia atrás en su silla cuando firmo la última página. —Según las instrucciones del Sr. Rosetti, invertiremos el capital y usaremos los intereses para financiar las becas. Preveo que financiaremos hasta 25 becas de vivienda y educación por año de forma rotativa, por lo que 125 niñas de entre 14 y 18 años estarán becadas en cualquier momento dado —Sonríe con benevolencia—. Ya está hecho.

Hecho. Como si el papeleo pudiera alguna vez dar algo por terminado. Como si los fondos para becas pudieran resucitar a los muertos o limpiar la sangre de mis manos. Pero es lo único que queda por hacer con lo que queda de ellos.

El Sr. Roth recoge sus papeles y nos deja allí, en la sala de conferencias con paredes de cristal que da a Biscayne, con el calor y la luz de Miami entrando a raudales. El eco del pestillo de la puerta aún está en el aire cuando Nico habla, con una voz tan suave que apenas se percibe al principio; una voz que no está hecha para despachos de abogados ni para testigos, una voz que solo he escuchado en el preludio de la violencia o en sus secuelas.

—Estaba equivocado.

Las palabras me congelan a mitad de un movimiento, con las manos apoyadas sobre la mesa como si me preparara para una onda de choque. Sus ojos, tan famosos por estar vacíos ante la amenaza, ahora contienen un destello de algo más crudo, más afilado, como si se hubiera estado destripando en silencio desde la semana pasada. Mi pulso se acelera, ese viejo instinto de correr antes de que alguien se acerque demasiado.

—En La Sirena. Cuando importaba, elegí la sangre por sobre la familia que tenía frente a mí —No aparta la mirada, no suaviza las palabras, simplemente expone el fallo como un informe militar—. Me puse del lado de la sangre de Nueva York en lugar de las personas que realmente elegí. Ellos son mi familia y siempre lo serán, y siempre estaré ahí para ellos. Pero tomé la decisión equivocada ese día. Lo supe en el momento en que lo hice.

La parquedad de sus palabras. Sin excusas, sin largas explicaciones, simplemente el fallo nombrado y asumido. Golpea con más fuerza que cualquier discurso. Mi garganta se cierra.

Se detiene ahí. Solo dice la verdad y espera. No baja la mirada, ni una sola vez. Me mantiene ahí, anclada e incapaz de escabullirme,

esperando algo de mí: un golpe, una maldición, un perdón que no estoy segura de poder dar.

Casi lo rechazo. Las palabras están en mi lengua. Es demasiado poco, demasiado tarde. Pero luego veo lo que realmente está diciendo. Para hombres como Nico, la acción es la única moneda real. Él está aquí, después de todo, sin huir. Eso es lo que importa.

—Tú creaste el fideicomiso —digo, no como una pregunta—. Tú encontraste al abogado, hiciste todo el papeleo, hiciste que sucediera antes de que nadie lo pidiera.

Él asiente una vez. —Lo necesitabas. Y ella también —Sé que se refiere a Meiling. Las palabras caen pesadas.

—Está bien —digo, con la voz más ronca de lo que pretendía—. Es suficiente.

Algo en sus hombros se relaja, solo un poco. Estamos curados, él y yo, en el lenguaje que ambos hablamos. Competencia y acción, sin líos. Lo perdono sin decir la palabra. Él lo entiende sin ceremonias. Así es como funcionamos.

El silencio posterior es espeso y absoluto, cargado de todas las cosas no dichas que nunca se resolverán, solo se aprenderá a vivir con ellas.

Entonces Marisol se quiebra.

Marisol no solo rompe el silencio, lo apuñala con un tenedor y lo arrastra, chillando, a la luz. Empieza con un bufido —genuino, feo— y luego se lanza, con las palabras tropezando unas con otras, ninguna de ellas diseñada para librarse de la culpa.

—Oh, qué bien, ya tuvo su turno, muy eficiente, muy Nico, una estrella dorada para el militar —dice.

El sarcasmo es del tipo antiguo, la vieja armadura, pero está abollada y ella lo sabe. Sus dedos están extendidos sobre la mesa, con los nudillos blancos, su mandíbula tensa contra las lágrimas que se niega a dejar caer. —Mientras tanto, yo estoy aquí a punto de estallar porque fui una perra y necesito...

Vacila. Está esperando a que yo la salve, o al menos que le lance un salvavidas para no tener que decirlo de verdad. No lo hago. Me obligo a estar quieta, me obligo a no mirar hacia la puerta, ni a la salida, ni a Nico. Espero. No le doy nada. Hago que lo haga correctamente, aunque una parte de mí quiera salir antes de que ella pueda terminar.

—Mierda —Pasa sus manos por su cabello dorado—. Está bien. Está bien. Te llamé una bomba a punto de estallar.

Me mira fijamente, desafiándome a retroceder, pero sus ojos están enrojecidos y son tan sinceros que resulta físicamente doloroso.

—Lo hiciste —El recuerdo todavía quema.

—¿Y sabes qué? Tenía razón —La honestidad en eso me hace parpadear—. Sí estallaste. Mataste a dos personas. No me voy a quedar aquí parada fingiendo que me equivoqué al decir que eras peligrosa porque, hola, sangre, asesinato, todo el asunto.

Toma aire y, de repente, todo el caos desaparece. Su voz se quiebra.

—Pero me equivoqué sobre hacia qué lado explotarías. Pensé que ser peligrosa significaba que nos lastimarías a nosotros. En cambio, detonaste para protegernos. Te convertiste en una bomba total, pero apuntaste a las personas que amenazaban a tu familia. Y yo te traté como una amenaza que gestionar en lugar de como familia en quien confiar.

Deja que la frase quede ahí, la última palabra cayendo como una piedra en el agua. Confianza. Familia. Las palabras que más deseo y menos merezco.

La crudeza de esto, viniendo de alguien que lo desvía todo con bromas, golpea fuerte. Mi cuerpo quiere correr. Ese viejo instinto de huir antes de que alguien se acerque demasiado, antes de dejar que vuelvan a importarme. Pero clavo mis dedos en la parte inferior del escritorio, anclándome en el dolor.

Ella inhala, temblorosa, y de repente toda la vieja Marisol se evapora: la malicia interpretativa, la ironía calculada, la forma en que dominaba tanto las habitaciones como las conversaciones. Lo que queda es crudo, silencioso y tan vulnerable que casi no puedo soportarlo.

—Siento no haber podido ver hacia dónde apuntarías la explosión —dice, con la voz temblando de una forma que suena más a niña que a adulta—. Siento haber tratado a mi propia familia como a un enemigo.

Quiero decirle que no es tan simple, que no estaba equivocada, que solo se estaba protegiendo a sí misma de la forma en que todos lo hacemos. Pero las palabras no salen. En su lugar, encuentro mi voz, baja y monótona.

—No te equivocaste al tener miedo de mí —digo, deslizando mi mano por el borde de la mesa—. Soy lo que dijiste. Una bomba. Peligrosa. El punto es seguir siendo familia a pesar de eso.

Ella se ríe —un sonido a medio camino del sollozo— y se limpia los ojos con el dorso de la mano. —Sí —dice—. Sí, ese es el punto, ¿no?

El mundo se inclina, solo un poco, mientras sus palabras aterrizan. Veo el momento en que lo dice en serio, la forma en que sus rasgos se suavizan, la forma en que parpadea con fuerza para despejar las lágrimas. Veo a Nico observando también, su rostro en una estudiada neutralidad pero sus ojos un poco más brillantes que antes. Por primera vez desde la noche en que todo se fue al infierno, realmente puedo sentirlos: mi familia, justo aquí, en esta espantosa sala de conferencias.

Quiero perdonarla. Quiero absorberlo, hacer que signifique algo. Lo intento. Por un segundo surge la ira: qué fácil, qué pulcro es cerrar las cosas con palabras, alejarse y decir «lo siento» y fingir que el daño nunca ocurrió. Pero debajo de eso, un viejo cansancio, el agotamiento de estar en guerra con las personas que más importan. Veo mi propio rostro en la superficie pulida de la mesa, con los ojos enrojecidos y la mandíbula tensa. Casi no me reconozco. Parezco alguien que también podría usar un poco de perdón.

El impulso de correr se ha ido, reemplazado por algo más; más pesado, pero más firme.

—Te perdono —digo, y lo digo de verdad.

De verdad, no solo como una actuación o una ofrenda de paz, sino como un pequeño acto de demolición, una quema controlada del viejo rencor para que algo mejor pueda echar raíces. Hay un dolor hueco en mi pecho donde solía habitar la ira, y por primera vez desde the Lins, casi puedo respirar.

Marisol exhala, soltando toda su tensión en ese aliento. Asiente, con los ojos brillantes y la boca todavía torcida por el esfuerzo de mantenerse entera.

—¿Estamos bien? —pregunta, con voz pequeña como la de una niña.

—Estamos bien —digo. Y lo estamos.

Nos quedamos sentados durante un largo momento en el silencio, dejando que el aire a nuestro alrededor se asiente. Nico no dice nada; no tiene por qué. Ya ha dicho lo que tenía que decir en el único

lenguaje que conoce: acción, no palabras. Se levanta primero, se estira y luego me ofrece una mano para ayudarme. La tomo, sorprendida por lo firme que es mi agarre ahora. Marisol también se levanta, alisando su falda y fingiendo una risa despreocupada, pero esta vez la ligereza en sus movimientos es genuina.

Cuando salimos de la sala de conferencias, la recepcionista no levanta la vista. Solo me entrega una tarjeta de presentación del asistente del Sr. Roth y una carpeta de cartón con copias de los documentos presentados en su interior.

—Felicitaciones —dice, como si hubiera ganado algo, y tal vez así sea.

La humedad golpea cuando salimos, inmediata y sofocante, pero de alguna manera es más fácil de respirar que el aire reciclado del interior. Toco la cadena en mi garganta, la que he llevado durante catorce años, luego toco su tatuaje en mi muñeca. Esa llave no abrió nada para Meiling. Ahora su nombre lo abrirá todo para niñas que nunca conocerán el mío.

No me compra la absolución. El fondo, las becas, los futuros. Nada de eso borra lo que pasó en esa casa. Lo sé con la misma certeza con la que sé que el sol saldrá mañana. La sangre en mis manos permanece allí, tan permanente como el tatuaje en mi muñeca.

—Gracias —les digo a ambos, sintiendo las palabras extrañas en mi boca—. Por venir. Por… decir esas cosas.

—Al carajo —dice Marisol y entonces se lanza sobre mí y me envuelve en un fuerte abrazo.

Estoy tan sorprendida que le devuelvo el abrazo.

Tal vez eso es lo que realmente es la familia. No las personas que tienen que amarte, sino las que eligen hacerlo después de ver exactamente de lo que eres capaz. Los monstruos que te reclaman como suya.

Y las perras locas que te abrazan demasiado fuerte.

33 - Isa

El domingo llega con una humedad de Miami que se aferra a la piel como seda mojada. Tres días han pasado desde la oficina del abogado, desde que renuncié por escrito al dinero manchado de sangre y encontré un perdón que no esperaba.

En el auto, frente a La Sirena, Adrian mete la mano en su chaqueta y me entrega un sobre acolchado. Sin abrir. Tiene mi nombre —mi dirección real, no el servicio de escaneo—.

—Llegó el jueves —dice—. El redireccionamiento termina el lunes. Tu correo llegará a tu propia puerta de ahora en adelante. Te lo digo a ti primero. —Una pausa, y luego, porque los nuevos términos requieren toda la verdad y no solo la parte halagadora—: Llamé a Miguel la mañana después de que tomaste mi cadena. Liberé la retención.

Ya sé lo que hay dentro por el peso. Lo abro de todos modos. Mi propio rostro me devuelve la mirada desde la esquina de un rígido cuadernillo azul marino; una mujer que intenta desaparecer incluso en la foto de identificación requerida. Renovado. Válido. Diez años de páginas en blanco.

—¿Cuánto tiempo habría tardado —pregunto— si no hubieras cancelado tu retraso?

—Para siempre, mi amor. —Lo dice sin inmutarse, con los ojos fijos en los míos—. Habría tardado para siempre.

Doy vuelta al pasaporte en mis manos. Hace meses, este era todo el plan: Lisboa, una ciudad que elegí de un tablero de salidas porque estaba lejos y a nadie se le ocurriría buscar allí. Nunca fue un destino. Era una salida de emergencia, y yo iba a tirar de la alarma de mi propia vida.

Taiwán tiene montañas que desaparecen en las nubes. El pensamiento llega como siempre, de costado, con la voz de Meiling. Pero no hiere de la misma forma esta noche. Algún día, tal vez. No como un escape, sino como una promesa cumplida, con él cargando

las maletas y quejándose de la humedad. Sus becarias llegarán allí antes que yo. Eso me parece correcto.

Deslizo el pasaporte en el bolsillo interior de mi chaqueta, plano contra mis costillas, y bajo del auto llevando mi salida conmigo.

La mano de Adrian busca la mía mientras estamos frente al comedor privado de La Sirena's. La cena dominical a la que falté la semana pasada, cuando yo era la grieta que atravesaba a esta familia.

El comedor privado huele a ajo y lima cuando Adrian abre la puerta. El pecho se me aprieta en el umbral, inundada por la incertidumbre. El domingo pasado no vine. No podía enfrentarme a la familia que había fracturado, al cisma que había provocado. Ahora la mano de Adrian descansa ligera en mi espalda baja, sin empujar, solo presente, mientras dudo en la entrada. Su pulgar traza pequeños círculos a través de mi camisa. Él sabe que mi cuerpo se tensa antes de entrar en cualquier habitación, y especialmente en esta.

—Ahí están. —La voz de Logan's resuena en el espacio, y me preparo para una frialdad que no llega—. La feliz pareja, honrándonos con su presencia.

Su traje Armani permanece impecable incluso a las once de una noche de domingo, ni un cabello fuera de lugar a pesar del largo turno. Cuando me encuentro con sus ojos azules, estos reflejan una calidez genuina. No la evaluación calculadora que esperaba, ni un juicio apenas oculto. Solo Logan.

El nudo en mi pecho se afloja ligeramente, aunque mi pulso todavía se acelera como si estuviera entrando en una emboscada.

La mesa se extiende ante mí, madera desgastada y sillas desparejadas que de algún modo crean armonía. Velas porque Adrian insiste, botellas de vino ya respirando. La cosecha de Ariele's, aquella tarde perfecta antes de que todo se hiciera añicos. Una promesa silenciosa de que podemos reconstruir a partir de las cosas rotas. El caos familiar de nuestros amigos instalándose en sus asientos. Cada rostro se vuelve hacia nosotros.

—Ya era hora —continúa Logan, señalando las sillas vacías—. Sera ha estado amenazando con empezar sin ustedes.

Desde la puerta de la cocina, Sera grita algo en español que hace reír a Gabriel. El sonido tira de algo en mi pecho. Gabriel riendo. El exsacerdote que se mantuvo firme en sus principios contra nosotros, que eligió la sangre sobre la amistad cuando ocurrió la ruptura.

Ahora riendo ante el comentario de su pareja como si la fractura nunca hubiera existido.

Los dedos de Adrian rozan los míos mientras nos dirigimos a nuestros asientos, un toque tan ligero que podría ser accidental, excepto que nada con Adrian lo es nunca. El calor de su muslo contra el mío bajo la mesa me hace recordar esta mañana. Su boca entre mis piernas, mis manos en su cabello, la forma en que me hizo correrme tres veces antes de dejarme salir de la cama. Incluso ahora, rodeada de otra gente, mi coño se contrae con ese dolor familiar.

Sera emerge de la cocina cargando platos, sus movimientos eficientes como siempre. Coloca uno frente a mí sin ceremonias. Mofongo con la proporción exacta de ajo y cerdo que sabe que prefiero, los plátanos fritos en ese punto perfecto entre suaves y crujientes. Ya sé que el picante me quemará la lengua de la mejor manera.

—Finalmente —dice, pero se dirige a Adrian—. Más vale que tu selección de vino valga la espera.

Sera, que estuvo al lado de Gabriel y Marisol en nuestra contra, que me lanzó esa mirada fría cuando entré tambaleándome en el bar cubierta con la sangre de the Lins. Ahora dándome de comer como si nada nos hubiera separado jamás. En su mundo, alimentas a la gente que importa. El plato frente a mí dice todo lo que su orgullo no le permite expresar. Esta es su disculpa por haber dudado de mí, y la acepto.

Gabriel se pone de pie mientras los demás se acomodan con su comida, y la habitación se silencia naturalmente. Su solemnidad sacerdotal sobrevivió cuando se quitó el cuello de clérigo. El pulgar de Adrian busca mi muñeca, un ancla silenciosa.

—Antes de comer —dice Gabriel, y yo me tenso. Pero sus ojos encuentran los míos, firmes y claros—. Paz, Isa. Paz a esta mesa y a todos los que están en ella. Esta noche estamos completos.

La bendición de Gabriel suena diferente sabiendo de quién viene. No es elaborada, ni dramática. Solo Gabriel ofreciendo lo que antes retuvo. La paz extendida a la mujer que pensó que destruiría a su familia. La objeción disuelta en gracia.

—Eso fue casi religioso, Padre —bromea Sera, y su mano busca la de él, entrelazando los dedos.

—Viejos hábitos —responde Gabriel, volviéndose a sentar.

—Por Dios, Gabriel, no lo hagas raro. —La voz de Marisol corta el momento como burbujas de champán a través de la solemnidad—. ¿Qué es esto, la iglesia? Pasa el vino antes de que mi hermano nos haga tomarnos de las manos y cantar 'Kumbaya'.

La mesa estalla en carcajadas, aunque todos sabemos que su vino será sin alcohol. Incluso Gabriel esboza una sonrisa mientras se sienta de nuevo. La tensión cruje como hielo rompiéndose, y de repente Marisol me sonríe con esa energía salvaje que la hace imposible de predecir, levantando su copa en un brindis burlón. Sin embargo, sus ojos color miel todavía tienen bordes afilados, como si aún no hubiera decidido del todo si nos ha perdonado.

—Por las decisiones terribles que salen bien de todos modos —declara, con voz brillante pero con algo por debajo—. Por que mi hermano finalmente sacó la cabeza del culo. Porque Adrian está tan completamente jodido que recibió una paliza de Leonardo Rosetti y aun así no la soltó. —Hace una pausa, estudiándome como si estuviera pesando mi valor—. Por Isa, que sigo pensando que podría conseguir algo mejor, pero aquí estamos.

La comida en mi plato se vuelve digerible, mi garganta ya no está cerrada por el miedo al rechazo. La colonia de Adrian, tabaco y lima, se mezcla con el ajo y el vino hasta que no puedo separar los aromas, hasta que no puedo distinguir dónde termina la comida y dónde empieza él.

Adrian sirve vino, llenando las copas mientras la conversación crece. La cosecha significa algo para él. Me doy cuenta por cómo maneja la botella.

Marisol lo mira con los ojos entrecerrados por encima del borde de su copa. —Espera. Paren todo. —Señala su cuello abierto—. ¿Dónde está la cadena? Has usado esa cosa desde antes de que yo tuviera una identificación falsa. ¿Perdiste una apuesta o finalmente ella te despellejó?

—Está en buenas manos —dice Adrian, y sus ojos se encuentran con los míos con un calor que no tiene lugar en una mesa familiar.

En un archivo sobre mi mesa de trabajo, guardado entre un agitador de café y el fantasma de mi propio lápiz labial, etiquetado con mi letra. —Algo así —digo.

Marisol nos mira a ambos, decide visiblemente que no quiere los detalles, lo clasifica como cosas asquerosas de pareja y sigue adelante.

—Bien, bien, tenemos que abordar el tema incómodo —anuncia Marisol, con su cabello dorado captando la luz de las velas—. O tal vez no sea tan incómodo. Podría ser una jirafa. Un trauma muy alto con manchas. O esperen, ¿nuestras heridas emocionales tienen patrones? La mía definitivamente sería de rayas. Rayas de prisión porque todos hemos sido reclusos en la penitenciaría del drama familiar y...

—Respira, Tiburoncito —ruge Gunner desde el otro lado de la mesa. Sus nudillos con cicatrices captan la luz de las velas mientras gesticula.

—¡Estoy respirando! ¡Estoy respirando genial! ¡Respiración de nivel olímpico! —Toma su copa de vino, da un sorbo teatral—. Lo que digo es que todos dijimos mierda. Todos elegimos bandos como si fuera un juego de quemados en la primaria, excepto que en lugar de pelotas lanzábamos acusaciones y en lugar de clase de gimnasia era toda nuestra estructura familiar y, honestamente, ¿a quién le gusta el juego de los quemados?

La risa se me escapa antes de que pueda detenerla. La locura de Marisol disuelve la última distancia cautelosa, convirtiendo el peso en algo más ligero. Me señala triunfante.

—¡Ven! ¡Se ríe! ¡La Cuchilla se ríe! Documenten este momento porque es un evento único en la vida, pero aquí estamos.

—Aquí estamos —repite Nico, tan seco como siempre. Está sentado al lado de Marisol, firme donde ella es caos. Su teléfono vibra, el encriptado, y lo revisa rápidamente, con la mandíbula tensándose ante cualquier información que acabe de llegar—. Logan, los the Zayas movieron dos soldados más a el puerto. Después del jueves, ajustaremos las rutas. Y han dejado de preguntar por Lito. Lo que significa que se han rendido o han decidido quién lo hizo. Y el investigador que contrataron the Lins aceptó un acuerdo y una advertencia. Sus archivos venían con el trato; Logan's ya los quemó.

Se encuentra con mis ojos brevemente, el informe operativo diciendo lo que su naturaleza cuidadosa no dirá: hemos vuelto a los negocios, lo que significa que hemos vuelto a ser familia.

Marisol murmura algo sobre una "maldita gárgola", pero se recuesta en su silla con su vino sin alcohol con gusto, dejando que la conversación pase a los negocios.

Gunner no dice nada. Nunca lo hace cuando las palabras serían redundantes. Pero levanta ligeramente su copa cuando lo miro. El

gesto es tan pequeño que alguien más podría pasarlo por alto. Un asentimiento hacia Adrian y hacia mí, juntos. Su bendición silenciosa pesa más que cualquier elocuencia.

Al otro lado de la mesa, Daphne me ha estado lanzando miradas furtivas entre bocetos durante toda la noche. —Tu camisa —comienza, luego sus dedos revolotean hacia su clavícula, trazando el escote de su propio vestido—. La forma en que te mueves en ella. Te estuve observando a través de la mesa y pensaba… —Se detiene, se ríe de sí misma una vez, en voz baja—. Lo siento. Eso suena extraño. Solo me refiero a las líneas que tiene. Dibujo mucha ropa. —Gira un poco su cuaderno, lo suficiente. Una página de figuras en movimiento, una de ellas soy inconfundiblemente yo.

—No suena extraño —digo, y observo cómo sus hombros se relajan mínimamente. Sus dedos vuelven al cuaderno, pero me ofrece la sonrisa más pequeña antes de apartar la mirada.

La mano de Adrian se desliza de mi espalda a mi muslo bajo la mesa, posesiva y cálida, con su pulgar encontrando el lugar donde mis jeans están desgastados. El toque envía calor directo a mi núcleo, haciéndome removerme en mi silla. Él sabe exactamente lo que está haciendo. El bastardo siempre lo sabe.

Wren nota un moretón en mi muñeca. Me atrapa mirándola y, cuando nuestros ojos se encuentran, lo veo de inmediato. Ese reconocimiento entre personas que cargan oscuridad por dentro. Wren sabe exactamente lo que ese moretón es en realidad, lo que significa, qué clase de mujer permite ser marcada de esa forma y encuentra paz en ello. Sus ojos gris azulados contienen un entendimiento que llega hasta los huesos.

La boca de Wren's se curva en la más mínima sonrisa.

Pero incluso mientras la mirada de complicidad de Wren's aterriza, el viejo reflejo se agita: ¿Adrian le pidió que fuera amable esta noche? ¿Él también organizó esto?

Vieja pregunta. Nuevo acuerdo. Me inclino contra su hombro. —¿Tú incitaste a Wren a hacer eso? —Lo digo lo suficientemente bajo para que solo él lo oiga.

—No. —No hay actuación en ello, ni encanto. Solo la pura verdad, entregada de la forma en que yo le enseñé a entregarla, con un cuchillo de por medio.

Asiento y lo dejo pasar. Ese es el milagro más extraño de los nuevos términos; no es que él responda. Es que le creo.

—Por la supervivencia —dice Wren en voz baja, levantando su copa lo suficiente para que yo lo note. Las palabras tienen peso. Ambas sabemos lo que hemos sobrevivido, lo que hemos hecho para seguir respirando.

—¡Esperen, esperen, si vamos a hacer brindis, necesito el protagonismo! —The Siren se levanta de su silla dramáticamente, cada movimiento calculado para causar efecto—. ¡Por nuestros hermosos desastres! —Abre los brazos de par en par, actuando incluso aquí, incluso para nosotros—. ¡Por la familia que se rompe y vuelve más fuerte! ¡Por el amor que sobrevive incluso a nuestros espectaculares intentos de sabotaje!

—Estás mezclando metáforas —observa Logan.

—Estoy mezclando todo, querido. Se llama arte.

—Jesucristo —murmura Marisol, pero the Siren continúa con esa incapacidad de quien actúa para ser detenida.

—Y a veces eso es exactamente lo que dos personas necesitan. —Levanta su copa en alto, y de alguna manera la luz capta su rostro perfectamente, como si incluso el universo se organizara para sus actuaciones—. Por Adrian e Isa. Por elegirse el uno al otro con los ojos bien abiertos.

Ojos bien abiertos. La frase resuena mientras bebo el vino que Adrian seleccionó. Algo costoso y rojo sangre que recubre mi lengua. En el bolsillo de mi chaqueta, plano contra mis costillas, diez años de páginas en blanco responden a su brindis mejor de lo que las palabras podrían hacerlo.

The Siren se deja caer de nuevo en su asiento, y mis músculos se derriten y se relajan.

Un movimiento a mi lado atrae mi atención. Juliet se deja caer en la silla vacía a mi derecha, sin anuncio, sin vacilación. Simplemente está allí de repente, viva y entera.

—Hablando de decisiones terribles —dice. Llega tarde, con el cabello todavía húmedo pero limpio. Recién salida de una ducha de verdad, no de agua del puerto. Aunque sigue pareciendo cansada, con sombras bajo los ojos que no estaban allí antes de la isla de Santiago. Pero está aquí. Viva. No flotando en el puerto de Miami porque la envié a enfrentarse a Santiago Zayas. No muerta por mi consejo. Choca su hombro con el mío, una intimidad casual de la mujer que yo estaba segura de haber matado—. Parece que estás pensando demasiado.

—Al menos no estoy por ahí nadando toda la noche como alguien con deseos de morir —le digo, y el alivio hace que mi voz se quiebre ligeramente.

—Nado como alguien que aprendió en una piscina de los Hamptons y pensó que tres millas eran factibles. —Roba un plátano de mi plato sin preguntar, el gesto es tan normal que me oprime el pecho—. La próxima vez que me enfrente a mis demonios, tomaré un bote adecuado de regreso. Con un capitán que de verdad espere.

Está bromeando sobre casi ahogarse. Restándole importancia al horror por el que la hice pasar con mi consejo descuidado. Pero está aquí a mi lado, robando comida de mi plato, eligiendo sentarse conmigo aun sabiendo lo que casi le costó su amistad conmigo. La prueba viviente de que esta vez no destruí lo que amaba.

—Gracias por estar aquí —le digo, prometiéndome no convertir en hábito el agradecer a los demás. No quiero volverme débil.

—¿Dónde más estaría? —Vuelve a chocar su hombro con el mío—. No te desharás de mí tan fácilmente. Eleanor intentó meterme en el jet el martes. Me empacó físicamente; dobló mis jeans en una maleta mientras mantenía el contacto visual. Yo desempacaba todo mientras le devolvía el contacto visual. Una vida entera siendo manejada por mi propio bien es suficiente; mi vida está aquí ahora. Incluso si tus consejos son terribles y yo soy aparentemente demasiado cobarde para confrontar a nadie y, honestamente, Santiago Zayas puede irse a la mierda porque…

Sigue hablando, la charla ligera de alguien que convierte una experiencia cercana a la muerte en una conversación de cena, pero yo me quedo atrapada en la realidad de su calidez a mi lado. La amiga a la que no destruí. La prueba, literal y palpitante, de que no todo lo que toco muere.

Bajo la mesa, el pulgar de Adrian acaricia mi muñeca, justo sobre la corona que grabó en mi piel. La herida, que aún está sanando, pulsa aguda con los latidos de mi corazón, y me doy cuenta de que me ha estado tocando constantemente desde que llegamos. Mi espalda, mi muslo, mi muñeca. Reclamándome frente a todos, asegurándose de que sienta su presencia con cada respiración.

El calor me rodea ahora. Cada pieza fracturada sanando o ya sanada, la mesa completa de nuevo a pesar de lo que Adrian y yo les hicimos pasar. Nadie menciona a the Lins, ni la sangre en mis manos

de hace apenas unos días. Todos alrededor de esta mesa tienen sangre en sus manos.

Sera trae el postre. Un flan que se tambalea perfectamente cuando lo apoya, el azúcar caramelizado captando la luz como ámbar. Gabriel sirve más vino mientras discute con Marisol sobre algo ridículo relacionado con las criptomonedas y la cartera de inversiones de la Iglesia Católica. Incluso Gunner aporta una frase completa sobre protocolos de seguridad, su voz profunda resonando a través de la discusión sobre las nuevas cámaras en el puerto. The Siren tararea inconscientemente, llenando los espacios entre las conversaciones con una melodía que hace que todo se sienta bien.

Esto es lo que pensé que había destruido. Esta familia que Adrian reconstruyó de la nada tras perder la suya, la mesa ruidosa y cálida que a su madre cubana le habría encantado. Y me están dejando volver a entrar.

Pero mientras el pulgar de Adrian traza esos círculos posesivos en mi rodilla, algo crece en mi pecho de todos modos. Inevitable y abrumador. No es duda; he pasado catorce años dominando la duda, la reconocería en cualquier lugar. Esto es lo otro. Lo que no tengo práctica en cargar. Una mujer que nunca pudo conservar nada, sentada en una mesa llena de todo lo que ahora puede conservar.

—¿Estás bien? —pregunta Juliet, y su voz me llega a través de lo que lentamente reconozco como el rugido de mi propio pulso.

Pero sentada aquí, rodeada de calidez, algo inesperado se extiende por mi interior como un buen vino, como su semen goteando por mis muslos, como la primera bocanada de aire después de estar bajo el agua.

Paz.

Toda mi vida necesité controlar cada variable, verificar cada verdad, mantener una vigilancia perfecta sobre mi propia existencia. La agotadora vigilancia de asegurarme de que nada pudiera sorprenderme, herirme o destruir lo que tocaba. Cada puerta revisada tres veces, cada persona mantenida a una distancia calculada, cada sentimiento contenido.

Adrian me quitó eso.

Él conoce cada parte de mí. Sostiene toda mi existencia en sus manos. Una vez construyó mi mundo entero sin que yo lo supiera; ahora, me pregunta. En voz alta. Con palabras. Y a veces, incluso digo que sí.

Esta entrega completa me aterra menos de lo que me aterraría otro día manteniendo un control perfecto.

—Estoy bien —le digo a Juliet, diciéndolo en serio por primera vez en catorce años—. Estoy realmente bien.

Los dedos de Adrian se entrelazan con los míos bajo la mesa, y yo le aprieto la mano con la fuerza suficiente para que nuestros huesos crujan. El hombre que perforó agujeros en mi pared para verme dormir. Su colonia llena mis pulmones con cada respiración, y quiero saborearla en su piel, quiero morder su cuello justo aquí y hacerlo gemir.

La conversación fluye a mi alrededor. Nico revisando su teléfono de nuevo por actualizaciones sobre el territorio, alguien bromeando sobre el nuevo soldado de los Zayas al que atraparon intentando infiltrarse en nuestras operaciones en el muelle, Marisol amenazando con lanzarle vino a Gabriel si no se calla con lo de las criptomonedas. Mi familia, completa, cálida y peligrosa, pasándose un vino caro mientras discuten asesinatos con el mismo tono que usan para hablar del clima.

Me permito sumergirme en ello por completo. Doy otro sorbo al vino que Adrian seleccionó, en esta vida que Adrian construyó, en esta mesa familiar que Adrian llenó con la gente que reunió para reemplazar lo que perdió.

La corona que quemó en mi muñeca palpita con mi pulso, evidencia permanente de la elección que hice con los ojos bien abiertos.

El pasaporte descansa contra mis costillas, caliente por mi cuerpo, sin ir a ninguna parte. Estoy exactamente donde se supone que debo estar. Sostenida, conocida, resguardada y, finalmente, contra todo pronóstico, en paz.

34 - Epílogo - Santiago

Una semana antes

La chica lleva nadando cuarenta minutos y no va a lograrlo siguiendo la línea actual.

Estoy de pie junto a la barandilla de la terraza oeste con los binoculares nocturnos y la observo luchar contra la contracorriente frente a la punta. Ella no sabe nada de la corriente. La gente que aprende a nadar en piscinas nunca lo sabe. Está corrigiendo el rumbo hacia el lado equivocado, agotándose contra el agua que la llevará más allá de las boyas del canal y hacia la nada, y existe una versión de esta noche en la que me quedo aquí parado y dejo que el Atlántico resuelva un problema que no sabía que tenía.

En su lugar, tomo el radio.

—Pónganse detrás de ella. Luces apagadas. Si se hunde, sácquenla. Si no, escoltenla: mantengan una estela amplia a su izquierda hasta que esté dentro de la línea del puerto.

—¿Y si nos ve?

—No lo hará. No ha visto nada en dos días.

Abajo, la lancha de persecución sale de la oscuridad del muelle y se sitúa en su punto ciego, tan paciente como yo, y juntos escoltamos a Juliet Price fuera de mi isla.

Serrano avisó en el momento en que su chárter cruzó la línea del arrecife. Hace cincuenta y una horas. Un barco no programado es una llamada telefónica; un intruso es una conversación corta y un nado largo con pesas. Esa es la aritmética de Bacanao, y todos, desde Key West hasta Caracas, conocen la aritmética, razón por la cual nadie viene.

Entonces Serrano envió la fotografía y dejé de sacar cuentas.

Rubia. Blusa de seda y jeans de diseñador, vestida para un brunch en la marina, de pie en mi arena con los puños cerrados como una niña que ha marchado hacia el mar para abofetearlo.

La reconozco de inmediato. La Sirena, hace meses. Lo único suave en un edificio lleno de cuchillos: la chica de la que me apartaron los perros de los Delgado antes de que la noche se pusiera interesante. Recuerdo la temperatura exacta de su miedo. La mayoría de los miedos son solo ruido. El suyo era música, y debajo, enterrada donde ni siquiera ella podía oírla, había una nota baja de algo más. Rabia, tal vez. Algo con dientes, usando un disfraz de princesa. Le dije que la recordaría.

Cumplo mis promesas. Es lo único honesto que hay en mí.

—¿Órdenes? —preguntó Serrano.

—Nada —dije—. Que nadie se le acerque. Que nadie se deje ver. Retira las patrullas de la costa sur y dale la isla.

Él no preguntó por qué. Le pagan para no hacerlo. Si lo hubiera hecho, no estoy seguro de qué le habría dicho, porque *quiero ver qué hace* no es una frase que se suponga que los hombres en mi posición necesiten decir.

Lo del capitán fue más sencillo. La tripulación de Ortega interceptó su barco antes de que saliera de las aguas poco profundas, y el hombre tomó todas las decisiones correctas muy rápido, de la forma en que lo hacen los capitanes de chárter. Su barco está en mi muelle ahora. Él está en mi nómina ahora, con un salario que compra el olvido, y si el acuerdo le preocupa, ha sido lo bastante sabio como para preocuparse en silencio, en algún lugar donde yo no pueda verlo. Hugo entiende la aritmética.

Así que: dos días.

Dos días de la chica linda de La Sirena merodeando por mi isla, tratando de reunir el valor para llamar a mi puerta. La observé por las cámaras y, cuando las cámaras me aburrieron, desde el límite del bosque, lo bastante cerca como para oírla dándose ánimos. *Puedes hacerlo. Solo es un hombre.* Ensayando su confrontación frente a las palmeras como una actriz con un terrible pánico escénico. Avanzando hasta la mitad del camino hacia el complejo —llegó hasta la tercera curva en la segunda mañana, más lejos de lo que llegan la mayoría de los hombres armados— y luego dando la vuelta, odiándose por ello. Su odio emanaba de ella como el calor.

Durmió en el cobertizo del jardinero. Hice que Marta lo abasteciera la primera noche —agua, comida, la manta doblada en el estante como si siempre hubiera estado allí— porque un intruso muerto es una llamada telefónica, pero a esta, descubrí, la quería viva. Bebió mi agua y comió mi comida y ni una sola vez se preguntó por qué un cobertizo de herramientas en una isla privada estaba equipado como una habitación de huéspedes. Confiada. O desesperada. En ella, las dos cosas se parecen, y ambas parecen una invitación.

Esto es lo que me interesa, y le he estado dando vueltas durante dos días como se le da vueltas a una moneda que sospechas que es rara:

Vino a mí.

No la enviaron. No la vendieron. No la trajeron a rastras. La hermana pequeña de los Price —la que su familia se desvivió por mantener fuera de nuestro mundo, la que se compró un matrimonio Rosetti para proteger— contrató un barco con su propio dinero y lo dirigió hacia la dirección más peligrosa de Florida porque yo la asustaba, y había decidido hacer que eso terminara. Es el peor plan que he visto en mi vida. Es lo más valiente que he visto hacer a un civil. En las cámaras sus manos temblaron todo el tiempo, cada hora de cada día, y se quedó de todos modos.

El miedo es común. Yo lo cultivo; conozco cada uno de sus matices. El miedo que camina *hacia* uno… eso, lo he visto quizás dos veces en mi vida.

Llega a la línea del puerto poco antes de las cuatro. La lancha de búsqueda se aleja en la oscuridad, sin ser vista, sin recibir agradecimiento. Dejo los binoculares.

En la arena donde empezó, sus zapatos todavía están allí donde se los quitó: juntos, con cuidado, los tacones alineados, porque incluso huyendo para salvar su vida, la chica es educada. De tiras, absurdos, hechos para el mármol y el champán, ahora manchados de sal. Los subo a la casa yo mismo. No analizo por qué. En mi estudio

los pongo en el estante donde no hay nada más, y la habitación se reorganiza a su alrededor.

En algún otro lugar a través de tres millas de agua negra, ella está subiendo a rastras a un muelle, convencida de que fracasó. Convencida de que es una cobarde. Llevará eso de vuelta a su hermana y a su familia prestada y a su vida brillante y controlada, y ninguno de ellos sabrá jamás que pasó dos días viviendo en la palma de mi mano, respirando porque su respiración me resultó interesante.

Ella cree que nadie la vio.

Yo lo vi todo.

Y he decidido algo, aquí de pie en la madrugada con sus zapatos en mi estante y el sabor de su miedo todavía organizando mis pensamientos. Cualquier hombre en mi nómina podría llevársela. Un auto, un bote, una aguja… el trabajo de una tarde. Pero no robas una cosa así. El robo es para los objetos, y ella no es un objeto. No. Una cosa así, haces que el mundo te la *entregue*. Formalmente. Por escrito. Con las manos de su familia en la pluma y sin ningún lugar adonde huir —mucho menos ella.

Requerirá paciencia. No soy más que paciencia con traje.

—*Chica linda* —le dije una vez—. *Te recordaré*.

Cumplo mis promesas.

Gracias por leer la historia de Adrian e Isa.

Siempre me ha fascinado la fina línea que separa la devoción de la obsesión… y la aterradora posibilidad de que, a veces, sean exactamente lo mismo. Adrian no pasó catorce años esperando el momento perfecto. Pasó catorce años asegurándose de que Isa sobreviviera el tiempo suficiente para llegar hasta él.

Lo que viene: **Juliet y Santi**.

Todo el mundo en Miami sabe que Santiago Zayas está loco. Y ahora Juliet ha llamado su atención. Cuando una paz brutal entre familias rivales exige un matrimonio concertado, termina atrapada

en la isla privada de Santiago con un hombre que la aterra. Él lo llama destino. Ella lo llama una pesadilla.

Si te gustan los romances enemies-to-lovers, los matrimonios concertados, las familias mafiosas rivales y los héroes peligrosamente desequilibrados, te va a encantar Vowed Enemy.

xx Pia